



ANTHONY CAPELLA  
**La emperatriz  
de los helados**

Su cuerpo pertenece a un rey,  
pero ¿quién podrá derretir  
su corazón?

**Lectulandia**

UNA HISTORIA DE AMOR EN LA QUE LOS SECRETOS DE PALACIO RECORREN DELICIOSAMENTE LOS CAMINOS DEL DEBER Y LA PASIÓN.

Versalles, Siglo XVII. Louise de Keroualle, hija de una familia noble que ha perdido buena parte de sus riquezas, vive en la Corte de Luis XIV con la esperanza de encontrar un buen marido. Allí conoce a Carlo Demirco cuyo talento culinario le ha permitido gozar de una posición privilegiada en la Corte del Rey Sol. Los dos serán enviados a Inglaterra donde compartirán la misión de seducir al rey Carlos II. Ella mediante sus encantos y él con su exquisito arte de hacer helados.

En este entorno tan intrigante como distinguido, Carlo se sentirá profundamente atraído por la hermosa y enigmática Louise e intentará conquistarla, poniendo en jaque su fidelidad al rey.

**Lectulandia**

Anthony Capella

# **La emperatriz de los helados**

ePub r1.0

orhi 10.04.16

Título original: *The Empress of Ice Cream*

Anthony Capella, 2010

Traducción: Josep Escarré Reig

Ilustración de cubierta: The White Hat (detalle), 1780. Jean-Baptiste Greuze, French, 1725-1805.  
Museum of Fine Arts, Boston

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Deja que ser rime con parecer.  
El único emperador es el emperador de los helados.*

WALLACE STEVENS,  
«El emperador de los helados».

Para Louis Denne, BDBA<sup>[1]</sup>

## Nota del editor

Durante muchas décadas, el fajo de documentos del siglo XVII descubiertos en la Gran Biblioteca de Ditchley Park, conocidos más adelante con el nombre de «Legajo de Ditchley», fue ignorado casi por completo por los estudiosos. Al igual que muchos textos de esa turbulenta época, estaba escrito en clave; una clave que resultó si cabe más impenetrable que la empleada por Samuel Pepys. No fue hasta finales de los años 90 del siglo XX, cuando el legajo fue vendido en América junto con docenas de otros manuscritos antiguos, que un archivero —en realidad un joven y brillante interno de Wellesey— se preguntó si el material original no habría sido escrito en inglés sino en francés: fue así como el diario íntimo de Louise de Keroualle, amante del rey Carlos II, fue dado a conocer al mundo.

Parece que en algún momento de su estancia en Inglaterra, Louise empezó a escribir, en su lengua materna, un relato cifrado de su vida en la corte inglesa. No se sabe si fue un remedio para combatir la nostalgia, una póliza de seguros en caso de arresto o, como se ha sugerido recientemente, una especie de sustituto de la confesión que ya no podía hacerle a un sacerdote, viviendo como vivía, por supuesto, en un estado de permanente pecado mortal. El manuscrito tampoco sugiere tales especulaciones, y en algunos pasajes parece más un documento de estrategias políticas modernas o un manifiesto por una Europa unida que un libro de memorias; por otro lado, a pesar de la inequívoca posición de su autora en la corte, el texto contiene menos detalles procaces que, por ejemplo, el diario de Pepys. Al hacer la selección, me he centrado en las experiencias personales de Louise en la corte y en su círculo y no tanto en su implicación en las grandes intrigas y tramas que absorbían a la Europa de aquellos tiempos, que ya han sido ampliamente descritas en otros libros.

En cuanto al tratado de Carlo Demirco —un nombre quizás demasiado pomposo para el prefacio de un libro de recetas—, basta con una presentación mucho más breve. Los estudiosos de gastronomía siempre han demostrado su fascinación por la historia del helado y, en particular, por el hecho de que fuera mencionado por primera vez en Inglaterra, en el menú de un banquete ceremonial ofrecido por el rey Carlos II a los caballeros de la Orden de la Jarretera en 1671, el mismo año, casualmente, que Louise se convirtió en su amante. Carlo Demirco no es el único que puede reclamar su paternidad —también hay que tener en cuenta los escritos de su rival Ludan Audiger en *La casa bien ordenada*, publicado en París en 1692—, pero sí es el único en explicar todas las circunstancias, como el hecho de que, en el banquete de la Orden de la Jarretera, el pastelero real sirvió sólo un cuenco de helado, reservado a la mesa del rey. Por otra parte, el tratado contiene recetas que confirman sus afirmaciones y que, además, aún se siguen usando en la actualidad.

El libro de Demirco —impreso por primera vez en 1678; traducido a cinco idiomas a finales de siglo; reeditado durante el período georgiano, cuando el helado

estaba muy de moda, con el título de *El libro de los helados*; y olvidado sólo cuando los modernos métodos de refrigeración hicieron que sus técnicas quedaran obsoletas — puede parecer un extraño complemento del diario secreto y cifrado de una cortesana del rey, en especial de una tan impopular como Louise, quien fue considerada, tanto por sus contemporáneos como por los historiadores modernos, como un emblema sin escrúpulos de una era especialmente avariciosa. Puede que la publicación de esos fragmentos de su diario consigan presentarla bajo otra luz. Curiosamente, existen pruebas de que los dos documentos —las recetas y el diario— se conservaron en el mismo legajo durante el largo tiempo que permanecieron en el armario de la biblioteca: las manchas de comida que decoran las páginas de *El libro de los helados* dan a entender que, a lo largo de los trescientos años transcurridos, el fardo fue descubierto y que sólo se sacó el volumen de Demirco, dándole un uso que su autor seguramente habría aprobado.

# PRIMERA PARTE

## Carlo

Para enfriar el vino: coger un bloque de hielo o nieve bien compacto; cortarlo y aplastarlo hasta reducirlo a polvo, desmenuzándolo a voluntad. Colocarlo en un cubo de plata e introducir la garrafa hasta el fondo.

*El libro de los helados*

Es costumbre, en escritos como en el que estoy a punto de embarcarme, empezar describiendo las circunstancias del nacimiento de su autor y, por consiguiente, invocar la autoridad legítima en virtud de la cual se otorga el derecho de dirigirse al lector (ya que su situación en la vida y sus éxitos y muchas otras cosas dependen intrínsecamente del lugar que ocupa en la sociedad).

¡Ay! Pero yo no puedo presumir de nada de eso, porque mis orígenes son humildes y la educación que recibí, muy deficiente.

Creo que no tendría más de siete u ocho años cuando Ahmad, el persa, me separó de mi familia. Lo único que recuerdo de la isla donde vivían mis padres es que los bosques de almendros se volvían blancos en primavera, como la nieve que cubría la cima del volcán que se alzaba sobre ellos y el color verde del mar donde pescaba mi padre. Era el mismo mar en el que navegaban los barcos como el que trajo a Ahmad, que buscaba a un muchacho que trabajara para él. Al vernos a mi padre y a mí reparando las redes, habló con mis progenitores de la maravillosa vida que podría tener, de la grandeza de Florencia y de la fastuosa corte en la que viviría. A partir de ese día estuve al servicio de un señor cruel y caprichoso. No, no me estoy refiriendo a Ahmad; él, aunque severo, no era peor que muchos otros. No, el señor que me trataba con tanta dureza era el mismísimo hielo.

Cuando llegamos a Florencia, una de mis primeras tareas fue transportar los pesados bloques desde los depósitos de hielo de los Jardines de Bóboli hasta las cocinas de palacio. La primera vez que lo hice, la curiosidad de jugar con esos bloques de hielo —verlos escurrirse entre mis manos como una anguila, sentarme a horcajadas sobre ellos y montarlos como si fueran una carreta por las pendientes cubiertas de hierba o lanzarlos desde lejos contra las paredes de la cocina y ver cómo se convertían en docenas de esquirlas, brillantes como gemas— fue tal que, en un estado de infantil entusiasmo, desatendí mis otros quehaceres.

Cuando Ahmad me encontró en el patio, rodeado de docenas de bloques brillantes de hielo hechos añicos, no pareció enfadado por mi negligencia, al menos de entrada.

—Ven conmigo —me dijo.

Me llevó al depósito de hielo, me dijo que entrara y me encerró con llave.

A diferencia del calor de Florencia, allí dentro hacía un frío glacial, la temperatura necesaria para convertir el agua en hielo. Sólo llevaba unas calzas y una camisa muy

fina y el delantal que usaban todos los aprendices. Al cabo de unos minutos empecé a tiritar. El frío parecía una llama o un cuchillo recorriendo mi piel. Media hora más tarde tenía unos temblores tan fuertes que me mordí la lengua y la hice sangrar.

Poco después sentí que remitía el temblor. Al final me he acostumbrado, pensé. Sentí que me invadía un gran cansancio. Me di cuenta de que me estaba quedando dormido. Aún notaba la mordida del frío, pero mi cuerpo ya no era capaz de combatirlo. Mis defensas se venían abajo; el frío me calaba hasta los huesos. No me sentía agotado, sino entumecido por dentro, como si mis miembros se estuvieran poniendo rígidos uno tras otro, convirtiéndome en una estatua, tan fría y carente de vida como el David de Florencia. Traté de gritar, pero, por alguna razón, mi grito también se congeló dentro de mí y descubrí que ni siquiera podía abrir la boca.

Lo siguiente que recuerdo fue que me arrastraban hasta las cocinas. Cuando me desperté, miré fijamente los ojos oscuros de mi señor antes de que el persa me dejara caer bruscamente al suelo.

—Esto no se repetirá —dijo y, dándose la vuelta, se fue.

Nunca volví a jugar con el hielo. Sin embargo, algo había cambiado. No es que ya no me fiara de mi señor. El frío que había sentido nunca abandonó del todo mi cuerpo: siempre había una o dos astillas de hielo clavadas en lo más profundo de mis huesos y puede que también en mi corazón.

Pocos días después de haber sido encerrado en el depósito de hielo, el dedo medio de la mano derecha empezó a ponerse negro. Ahmad le echó un vistazo sin hacer ningún comentario. Luego llamó a dos de sus hermanos para que me inmovilizaran el brazo sobre un bloque de hielo mientras él me amputaba el dedo con un cuchillo de carnicero. La sangre caliente se derramó sobre el hielo. Cuando se congeló, se convirtió en cristales de color rosa.

—Esto no afectará a tu trabajo —dijo, cuando dejé de gritar.

Todas las noches, cansado como un perro y medio congelado, me metía sigilosamente en la cocina de palacio para dormir junto a una de las enormes chimeneas donde se asaba la carne *alla brace*, sobre las brasas del fuego. El personal de la cocina se había acostumbrado a mí, y ya no me perseguían con escobas y cuchillos. Empecé a observar a los cocineros mientras trabajaban: los miraba mientras trituraban la fruta para intensificar su sabor; mientras extraían el perfume de las violetas y de las flores de naranja para aromatizar cremas y licores o mientras exprimían el zumo de las uvas y del membrillo para acompañar la fruta con el sabor más delicado. Sin embargo, cuando quise sugerirle a Ahmad que nosotros también podríamos emplear esas técnicas, mi señor se mostró desdeñoso.

—Somos ingenieros, no cocineros —le gustaba decir—. Cocinar es cosa de mujeres. Nosotros conocemos los secretos del hielo.

Efectivamente, eran secretos muy antiguos, un montón de conocimientos que habían pasado de padre a hijo en algunas familias persas que preparaban sorbetes en

la corte del sha Abbas, en Isfahán. Parte de esos conocimientos habían sido recogidos en unos cuadernos manchados y con unas tapas de piel cuyas páginas estaban llenas de esquemas y de una enmarañada caligrafía árabe. Sin embargo, la mayoría estaban en la cabeza de Ahmad, en forma de reglas y máximas que seguía a ciegas, como un ignorante sacerdote rural que recita en latín una liturgia que en realidad no comprende.

—Por cinco medidas de hielo picado, añadir tres de salitre —recitaba.

—¿Por qué? —le decía yo.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué hay que picar el hielo? ¿Y para qué sirve el salitre?

—¿Qué más da? Ahora agita la mezcla veintisiete veces en el sentido de las agujas del reloj.

—Puede que el humor del salitre sea caliente y el del hielo frío, y así, cuando se mezclan, quizás...

—Puede que te dé con la vara si no mezclas el hielo.

Llevaba dos años trabajando para el persa cuando me atreví a preguntarle qué sabor tenían los helados que preparábamos.

—¿Sabor? ¿Y a ti qué te importa el sabor, muchacho? —replicó Ahmad, desdeñoso.

Sabía que debía medir mi respuesta si quería evitar que volviera a darme una paliza.

—Señor, he visto que los cocineros prueban los platos mientras los preparan. Creo que podría entender mejor cómo preparar estos helados si supiera qué sabor deben tener.

Estábamos preparando un helado con esas pequeñas naranjas dulces que algunos llaman naranjas de la China y otros mandarinas. El sirope se espesaba más adelante con pulpa de naranja, antes de verterlo sobre una montañita de hielo picado.

—Muy bien —dijo Ahmad, señalando la olla con un gesto—. Pruébalo, si eso es lo que quieres.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, cogí una cuchara, tomé un poco de la mezcla y me la llevé a los labios.

Los cristales se rompieron y crujieron bajo mis dientes. Noté cómo se disolvían en la lengua —una sensación de frío penetrante mientras se fundían— y luego me tragué el sirope, frío, espeso y azucarado. El sabor se multiplicó en la boca como si, de pronto, una naranja hubiera madurado en ella. Lancé un grito ahogado de placer y entonces, un momento después, un dolor terrible me golpeó la cabeza mientras el frío se agarraba a mi garganta. Sofocado, empecé a toser.

Ahmad se mordió el labio, divertido.

—Ahora puede que entiendas por qué no es un plato para niños. Ni para el populacho, ya que no tiene ningún poder nutritivo. No estamos aquí para alimentar, muchacho, sino para divertir. Somos como los juglares, los actores o los pintores,

artífices de exquisitas fruslerías para los ricos y los poderosos, es decir, para los reyes, los nobles, los cardenales y sus cortesanas. Sólo ellos pueden gastarse tanto dinero en algo que se deshace en la boca más rápido de lo que tarda en perderse un canto en el aire de la noche.

Sin embargo, una vez superada la sorpresa inicial, descubrí que aquel era un sabor que no podría olvidar. No era el sabor dulce y concentrado de las naranjas; lo que me sedujo fue el hielo, frío y granuloso. A partir de aquel momento, a escondidas de Ahmad, probé todas nuestras creaciones. Y nunca volví a toser cuando sentí el frío agarrándose a mi garganta.

Una noche noté en la cocina un olor acre y desconocido, como si hubieran cocido hígado en salsa de vino. Sin embargo, aquel aroma era de una intensidad que no se parecía al de ninguna víscera. Procedía de una olla que estaba en el fuego; su contenido, espeso y marrón, borboteaba como la lava caliente mientras el cocinero lo removía con una cuchara de madera.

—¡Xocalatl! —exclamó.

Vertió el contenido en una pequeña taza para que se la tomara el gran duque antes de acostarse. Entonces, al ver que no le había entendido, me ofreció la punta de la cuchara para que lo probara.

Es otro recuerdo que nunca he olvidado, aunque muy distinto: una sensación de calor me llenó la boca y bañó mi paladar, dejándolo impregnado de aquel fuerte sabor durante horas; era espeso y amargo, aunque extrañamente reconfortante, justo lo contrario al hielo.

## Carlo

Para preparar un sorbete de albaricoques: quitar el hueso y escaldar doce albaricoques frescos y pasarlos por el tamiz; añadir seis onzas de azúcar de caña y batir la mezcla con un poco de crema de limonada. Hervir la mezcla a fuego lento, verterla en un cuenco y trabajarla hasta obtener una una crema finísima.

*El libro de los helados*

Fue una gran suerte para mí que en aquellos tiempos, entre las princesas Médici, hubiera una dama, Cosima de Médici, que nunca se casó. Dedicó su vida, y una parte considerable de las riquezas que le correspondían, a obras de caridad. Una de ellas fue la creación de una escuela para niños pobres, huérfanos y los hijos de sus sirvientes, bajo la tutela de dos o tres grandes eruditos. Yo fui uno de los afortunados que formó parte de ese grupo. Mi señor no quería poner en peligro su posición y fingió que estaba entusiasmado con la idea. No sé qué opinarían esos eminentes pensadores y estudiosos de tener que enseñar los rudimentos del saber a un montón de *ragazzi*, pero el poder de la riqueza es tal que, tres veces por semana, nos reuníamos en la enorme biblioteca situada sobre el claustro para descifrar nuestras primeras letras en los valiosos manuscritos que contenía. Creo que la princesa Cosima fue criticada por este proyecto, sobre todo por el clero: creían que difundir el saber entre los que no pertenecían a la Iglesia tendría consecuencias nefastas y, además, confundiría a unos pobres niños ignorantes como nosotros sobre el lugar que nos correspondía en el orden natural de las cosas. Sin embargo, mi educación no me resultó útil sólo por lo que aprendía de los libros. No es que estudiara a propósito a quienes me rodeaban, tratando de copiar sus modales, pero, igual que un niño aprende a hablar la lengua de sus padres con sólo escucharlos, al educarme en esa corte adquirí, sin darme cuenta, las maneras y la desenvoltura de un caballero. Asimismo, creo que el hecho de ser educado en latín desde muy pequeño contribuyó a mi fluidez con los idiomas, una cualidad que me ha resultado casi tan útil como mi habilidad con el hielo.

A medida que fueron pasando los años, acabé detestando a mi señor. Aunque hizo todo lo posible para que siguiera teniéndole miedo, él también sentía temor. Lo que más temía era que alguien le robara sus secretos. A menudo contaba la historia de un famoso cocinero, el *chef d'équipe* de un noble ilustre; estaba tan orgulloso de sus creaciones que decidió escribir sus recetas y publicarlas en un libro. El libro fue un gran éxito; fue copiado y reeditado (sin que, evidentemente, su autor recibiera más dinero). Mientras tanto, otros cocineros se apropiaron de las recetas y las mejoraron, o simplemente servían los platos como si fueran suyos. En consecuencia, el cocinero fue despedido y su puesto lo ocupó un rival más joven; murió siendo famoso, pero en

la miseria. Era un ejemplo, dijo Ahmad, de lo absurdo que resultaba, en este mundo, aspirar a la fama y no a la riqueza.

A veces me preguntaba por qué Ahmad estaba dispuesto a compartir sus conocimientos conmigo sin ningún reparo. Sin embargo, llegué en seguida a la conclusión de que, para él, yo era sólo una bestia de carga, una criatura incapaz de razonar. Me enseñó todo cuanto sabía, pero no porque quisiera compartir sus secretos, sino porque quería dividir el trabajo. Así pues, aprendí la diferencia entre las cuatro clases de preparados con hielo que se podían elaborar: *cordiale* o licores, mezclados con nieve finísima para enfriarlos; *granite*, hielo picado sobre el que se vertían siropes hechos con agua de rosas o naranjas; *sorbetti*, más complicados, en los que eran los propios siropes los que se congelaban, mientras la mezcla se endurecía para que los fragmentos parecieran una montaña de zafiros, y finalmente otra clase de sorbetes, los más difíciles de todos, preparados con leche en la que se había disuelto una infusión de lentisco o cardamomo, que parecía nieve que se hubiera vuelto a congelar durante la noche. Aprendí a construir obeliscos helados de gelatina, a utilizar moldes de plata para conseguir fantásticos platos y cuencos helados y a tallar el hielo para crear extravagantes decoraciones de mesa. Llegué a dominar las especialidades del ingeniero Buontalenti, que había construido fuentes, mesas e incluso cuevas de hielo. Sin embargo, sabía que si hubiera hablado de todas estas técnicas con alguien, Ahmad me habría dejado ciego y me habría cortado la lengua con uno de esos hierros candentes que usábamos para esculpir el hielo. También me dio a entender que había secretos que aún no me había revelado: ingredientes especiales y resinas descritos en unos cuadernos que no me enseñaba, para asegurarse de que siempre sabría menos que él.

Y, sin embargo, me di cuenta de que el aprendizaje era de sentido único. Como ya he dicho, a menudo observaba a los cocineros mientras trabajaban, y a veces tenía la impresión de que sus elaboraciones podrían ser unos excelentes siropes con los que aromatizar nuestros helados. Un *dolci* de limón con vino de postre, por ejemplo, o rodajas de melón cuyo dulzor sería compensado con una pizca de jengibre en polvo, ampliarían la variedad de nuestros sabores. Pero si sugería algo así, aunque sólo fuera para experimentar, Ahmad me miraba como si estuviera loco.

—No es uno de nuestros cuatro sabores. Si no me crees, consulta el libro.

Me estaba tomando el pelo, por supuesto: sabía que yo no podía leer los caracteres árabes de sus cuadernos de notas, aunque tampoco necesitaba consultarlos para conocer los cuatro únicos sabores que esas antiguas páginas de pergamino permitían utilizar: agua de rosas, naranja, lentisco y cardamomo.

También creía que nuestros helados tenían un inconveniente: el dolor punzante que se había agarrado a mi garganta mientras machacaba con los dientes los cristales aromatizados con naranja. Me parecía que era debido a la acción de morder el hielo, algo que, presumiblemente, no se podía evitar. Intentábamos que los cristales fueran lo más pequeños posible, raspando el hielo de los bloques con una especie de guantes

de cota de malla hasta que eran tan diminutos como los cristales de sal o de azúcar; sin embargo, si eran demasiado pequeños, el hielo se fundía y se convertía en agua, y lo que quedaba en la copa o en el cuenco era una especie de aguanieve con sabor a naranja o a agua de rosas. Quería preparar un helado que fuera tan delicado, espeso y mórbido como el chocolate que el cocinero me había dado a probar; un helado que tuviera el frío del hielo pero no su dureza.

Un día Ahmad no apareció por las cocinas porque tenía dolor de muelas. Me dio instrucciones muy precisas sobre lo que debía hacer. Sin embargo, la extracción de la muela resultó ser más dolorosa de lo que esperaba, porque no volvió cuando dijo que lo haría. Por fin tenía mi oportunidad.

Estábamos en la estación de los albaricoques. Los cocineros los servían a los Médici pelados y cortados en cuartos, con zumo de melón y un poco de nata. Cogí un cuenco que ya habían preparado para la mesa del gran duque, lo trituré y vertí el contenido en la *sabotière*, el recipiente para preparar los sorbetes, y esperé impaciente a que cuajara, removiendo como de costumbre.

No funcionó. La mezcla se congeló, sí, pero los distintos ingredientes habían cuajado de un modo diferente: había trozos de albaricoque duros como una piedra y cristales helados de zumo de melón, pero la nata se había convertido en una masa grumosa, como la leche cortada. En vez de combinarse, los elementos se habían desligado. Cuando intenté probar una cucharada de aquella mezcla granulosa, sus distintos ingredientes ni siquiera se fundieron del mismo modo en la lengua: era como masticar arena. Pero, aun así, conservaba parte del frescor de la fruta y del dulzor del zumo de melón, una estimulante variación con respecto a los sabores excesivamente aromatizados que Ahmad se obstinaba en emplear.

Pensé que lo mejor sería preparar un sencillo cordial o sirope de albaricoque y luego congelarlo; es decir, un *sorbetto*. La morbidez podía esperar; lo importante era el sabor de la fruta. Me disponía a coger otro plato de albaricoques cuando presencié una violenta discusión entre el cocinero que había preparado el primer plato y el criado al que acusaba de haberlo robado. No era el momento de hacerme con otro. Además, Ahmad podía volver en cualquier momento y tenía que limpiar todos los utensilios antes de que se diera cuenta de lo que había hecho.

Así pues, empezó una etapa en la que llevaba una doble vida. Durante el día, con Ahmad, era un sirviente que seguía obedientemente y sin quejarse sus instrucciones. Sin embargo, por la noche era una especie de alquimista: la cocina era el laboratorio donde probaba diferentes combinaciones de ingredientes y sabores. Nada me parecía extraño o ridículo a la hora de ensayar. Congelaba quesos blandos, *digestifs*, zumos vegetales e incluso sopas. Preparaba helados con vino, *pesto genovese*, leche de almendras, hinojo picado con toda clase de cremas. Experimentaba a ciegas, sin método ni objetivo, esperando dar con algo —un sistema, un truco— que estaba convencido que debía existir en alguna parte: algo capaz de revelarme los secretos

más profundos del hielo. Era como si el hielo me llamara, tentándome, y aunque no podía afirmar con certeza qué funcionaría y qué no —como un pintor que, a fuerza de practicar con su paleta, llega a comprender qué colores debe mezclar para conseguir un determinado efecto—, empecé a dominar cada vez más el lenguaje de los sabores. Estoy seguro de que Ahmad se dio cuenta de que estaba más seguro de mí mismo, pero seguramente lo atribuyó a que me estaba haciendo mayor.

También se estaban produciendo otros cambios. Era consciente de que me estaba convirtiendo en un hombre, a juzgar por el fuego que ardía en mis venas; un hombre bastante bien parecido, a tenor de las miradas que me lanzaban las muchachas que trabajaban en las cocinas, por no hablar de los procaces comentarios de sus compañeras, más maduras y casadas. Y luego estaba Emilia Grandinetti... Tenía quince años, como yo. Trabajaba como aprendiz de una de las costureras que confeccionaba vestidos para la corte, y era la cosa más dulce que había visto en mi vida. Su piel era del color de la mantequilla cuando se calienta en una marmita; sus dientes y el blanco de sus ojos eran tan límpidos y brillantes como la nieve en su rostro bronceado y sonriente. Muy pronto, las miradas que nos lanzábamos se convirtieron en sonrisas, los escarceos en conversaciones y las risas en amor. «Soy el príncipe más afortunado de toda Florencia», pensaba, orgulloso. Nos pasábamos horas robadas en el tejado del palacio, donde nadie podía vernos, ebrios de amor, cogidos de la mano mientras hablábamos de nuestros sueños.

—Voy a ser el mejor pastelero del mundo —le decía.

—¿De veras? ¿Y cómo piensas conseguirlo? —contestaba ella, burlándose.

—Prepararé helados de mil sabores distintos. Los helados más exquisitos y delicados que puedas imaginarte.

Sin embargo, cuando le dije que prepararía uno especialmente para ella y que lo sacaría a escondidas de la cocina, sacudió la cabeza.

—No quiero que te metas en líos.

Le pregunté cuáles eran sus esperanzas para el futuro, pero todas se referían a mí: quería que estuviéramos juntos y que formáramos una familia, y puede que, con un poco de suerte, nuestros hijos también estuvieran un día al servicio de los Médici.

El matrimonio estaba prohibido a los aprendices, pero los que conseguían el permiso de sus señores podían comprometerse. Entre los aprendices, un compromiso estaba considerado casi como un matrimonio, si no a los ojos de Dios, sí a los de quienes estaban inmediatamente por debajo de Él. Así pues, esperé el momento oportuno para hablarlo con Ahmad.

Estábamos trabajando en una magnífica escultura de hielo que representaba un águila en pleno vuelo, un centro para una mesa de gelatinas heladas. Había esculpido la mayor parte de la pieza y me había envuelto las manos con un paño para protegerlas del frío. No sólo tenía las manos más firmes que mi señor y la vista más aguda, sino que podía trabajar más tiempo que él, como si el hielo que me había

hecho perder el dedo hubiera insensibilizado el resto de mi cuerpo contra sus efectos. O quizás, pensé mientras pulía el hielo hasta que la escultura parecía que brillaba por dentro, mi señor era un haragán que se estaba haciendo viejo. Sabía que, al menos en esta ocasión, Ahmad estaba satisfecho con mi trabajo. Cuando terminé, el persa me dedicó un gesto con la cabeza y, de mala gana, dijo:

—No está nada mal.

—Señor, he estado pensando... —empecé.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Hay una muchacha que me gusta. Me preguntaba si me daríais permiso para comprometerme con ella.

Ahmad se puso a limpiar la mesa en la que habíamos estado trabajando.

—¿Qué te hace pensar que mi permiso cambiaría las cosas?

—Son las normas de los aprendices, señor —le recordé—. No puedo casarme sin el consentimiento de mi señor.

Ahmad me lanzó una mirada divertida.

—Te consideras mi aprendiz, ¿verdad?

—Por supuesto —repuse, sorprendido—. ¿Qué, si no?

En un momento de delirio me pregunté si no iba a decir que no me consideraba su aprendiz, sino un igual, y puede que, un día, su socio.

—El aprendizaje se compra —se limitó a decir—. Tus padres eran pobres.

—No lo entiendo. ¿Tan pobres eran que ni siquiera podían permitirse el aprendizaje?

—Más pobres que eso. Tan pobres que se alegraron de venderte. Tú no eres un aprendiz, muchacho, y nunca lo serás. Tú eres de mi propiedad, y, mientras vivas, nunca serás libre para comprometerte con una muchacha, y mucho menos desposarte. —Tras apartar los trapos empapados, añadió—: Y ahora quita esto de aquí y lávalo.

Lo que me salvó fue la astilla de hielo que tenía clavada en el corazón. Pero en aquel momento podría haber matado al persa, sin pensar en las consecuencias.

No poder desposarme. Era horrible, pero si no tenía la libertad para poder hacerlo, eso significaba también que no la tendría para convertirme en artesano. Sería propiedad de Ahmad hasta el día de mi muerte. Nunca tendría la oportunidad de crear nada por mí mismo: seguiría trabajando siempre con los cuatro sabores de sus malditos cuadernos de notas. Habría desperdiciado mi vida; mi carne y mi sangre se fundirían en la tumba como un bloque de hielo que se queda encima de la mesa y se convierte en agua. Al pensar en eso, sentí correr por mis venas una furia muda y terrible. Sin embargo, como un bulbo en la tierra helada, contuve la rabia y esperé a que se presentase mi oportunidad.

Mi oportunidad fue un francés llamado Lucian Audiger. Nunca supe cómo me encontró: puede que sobornara a alguien para que le diera información sobre los fabricantes de helados persas y le hablaran de un joven italiano que era el eslabón

más débil de la cadena. Recabar información era, sin duda alguna, una de las grandes habilidades de Audiger, aunque él creía que sólo le animaba el ferviente deseo de convertirse en un gran pastelero. Por eso había viajado mucho. Primero a España, donde aprendió el arte de preparar decocciones de piñones, cilantro, pistacho y anís. Luego a Holanda, donde estudió la destilación de flores y frutas. Y de allí a Alemania, donde se convirtió en un maestro de la elaboración de siropes. Era inevitable que acabara viajando a Italia, donde los Habsburgo en Nápoles y los Médici en Florencia eran célebres por mezclar hielo y nieve con los vinos y los postres.

Me abordó en plena noche y me zarandeó para que me despertara. La persona que le había guiado por el laberinto de las estancias del servicio desapareció sin que yo la viera. Cuando conseguí despertarme del todo ya me estaba hablando de París, de la magnífica corte que estaba construyendo Luis XIV y de los nuevos palacios de Marly y Versalles, de una opulencia que no podía compararse con la de los Médici, y de una ciudad llena de hombres y mujeres elegantes, ansiosos por probar nuevas exquisiteces. En todo París abrían casas donde se servía café y chocolate: quien supiera preparar bebidas y dulces helados nunca se moriría de hambre, y si nos asociábamos —dos jóvenes como nosotros serían capaces de crear cualquier clase de dulce o novedad— era probable que entráramos al servicio del mismísimo rey... Pero yo ya había dejado de escucharle. Ya había oído cuanto necesitaba oír. Si pensaba escapar de la corte de los Médici con los secretos del persa en la cabeza, me harían falta dos cosas: un señor al menos tan poderoso como los Médici, a fin de que no pudieran exigir mi regreso, y un lugar lo bastante alejado para escapar a la daga del persa.

—Tengo dos condiciones —dije, cuando Audiger hizo una pausa para tomar aliento.

—Adelante.

—Nunca llamaré «señor» a nadie. Y necesito veinticuatro horas para convencer a Emilia de que nos acompañe.

—Trato hecho —repuso Audiger, tendiéndome la mano—. Nos reuniremos mañana, a medianoche, en la puerta de San Miniato.

A la mañana siguiente, a una hora temprana pero razonable, salí al paso de Emilia frente al taller de costura. Llevándola a un rincón, le referí mis planes.

—Pero... —dijo. Le temblaba la voz—. Si huyes, te cogerán y te enviarán a prisión. Puede que incluso te cuelguen.

—Es la única solución. ¿No te das cuenta? Aquí no tenemos nada. Si huimos, al menos tendremos una oportunidad.

Ella miró a su alrededor.

—Ahora no puedo hablar. Mi señora...

—¡Emilia! —exclamé, en un susurro—. Tienes que decírmelo. ¿Vendrás o no?

—Yo. Yo, —repuso, mirando nerviosamente la puerta.

En ese momento supe que el miedo la superaba.

Desesperado, le dije:

—Escucha, tesoro. Lo comprendo. Me amabas porque creías que no estaba prohibido, pero ahora que sabes que podrías meterte en líos, estás asustada. Pero ésta es la única oportunidad que tendremos. Y tengo que aprovecharla. Pero la cuestión es: ¿vendrás conmigo?

—Siempre te amaré —susurró.

Sentí que me invadía el abatimiento.

—Eso significa que no.

—Por favor, Carlo. Es muy arriesgado...

Esa noche estaba esperando frente a la puerta de San Miniato mucho antes de que las campanas de la iglesia dieran las doce. Conmigo llevaba un baúl que contenía buena parte de los utensilios que Ahmad utilizaba para preparar los helados.

Paramos la diligencia, el transporte rápido que llevaba el correo. Tiraban de ella seis caballos y realizaba el trayecto entre Roma y París sin paradas. Normalmente no admitía pasajeros, pero, una vez más, Audiger parecía tener la seguridad y el dinero para pagar un soborno y subir a bordo.

Mientras nos dirigíamos al norte, miré por la ventanilla. Nunca había viajado más allá de Pisa. Con dolor en el corazón, pensaba que cada milla que recorríamos me alejaba más de Emilia.

—He estado pensando —dijo Audiger.

Centré de nuevo mi atención en el interior de la diligencia.

—¿Sí?

—Antes de llegar a París deberíamos procurarte una vestimenta adecuada. —El francés señaló su elegante atuendo—. Es importante que no nos tomen por unos artesanos. En la corte francesa, la apariencia lo es todo.

Me encogí de hombros.

—Muy bien.

—Y debemos pensar en la mejor forma de presentarnos ante el rey. Conozco a uno de sus ayudas de cámara. Podemos sobornarle para que nos lleve ante él, pero será una pérdida de tiempo si no le ofrecemos un presente..., algo especial, algo que le haga hablar de nosotros a todos los hombres y mujeres de su corte.

—Muy bien —dije, bostezando. Ahora que la tensión de nuestra huida había quedado atrás, estaba exhausto—. Podemos prepararle un helado.

Audiger sacudió la cabeza.

—Algo más especial que eso.

—Pensaré en ello.

Me sorprendía la capacidad de Audiger de preocuparse no sólo por lo que podía ocurrir dentro de veinticuatro horas, sino por acontecimientos que tendrían lugar días

o semanas más tarde.

—Hay algo más. —Audiger dudó—. Dijiste que no querías volver a tener un señor. Me parece justo. Sin embargo, creo que deberías llamarme «señor» en presencia de otras personas.

De pronto, me desperté del todo.

—¿Por qué?

—Simplemente porque soy mayor que tú. La gente espera que yo sea el patrón. Y, además, en París ya tengo cierta reputación. Les parecería extraño que me presentara con un galopín italiano y le tratara como a un igual. No es que seas ningún galopín, por supuesto —añadió, sin perder tiempo—, pero así es como podría verlo la gente.

Una vez más fue la astilla de hielo que tenía clavada en el corazón lo que reprimió mi furia.

—Dije que no quería tener ningún señor.

—Y no lo tendrás. Repartiremos las ganancias, eso está claro. Yo no seré tu señor; sólo te pido que me llames señor. ¿Comprendes la diferencia, verdad?

A regañadientes, asentí.

—Muy bien.

—Estupendo. —Audiger miró por la ventanilla—. Pero ¿qué le ofreceremos al rey? —dijo, casi para sí mismo—. Eso sí es un problema.

Mientras me estaba quedando dormido me di cuenta de que Audiger había malinterpretado lo que le había dicho en Florencia. Él creía que yo había dicho que no quería tener un señor, cuando en realidad le dije que no llamaría a nadie señor. Estaba casi seguro de ello. Y aun así había aceptado hacerlo. Puede que Audiger hubiera olvidado los términos exactos de nuestro acuerdo.

—¿Se puede preparar un helado de guisantes?

Me desperté sobresaltado. La diligencia se había detenido para que los conductores pudieran hacer sus necesidades. Audiger estaba de pie junto al camino, detrás de la puerta abierta, orinando en un campo.

—¿Qué?

—He preguntado si se puede preparar un helado de guisantes —gritó Audiger, dándose la vuelta—. Mira, ahora mismo estoy regando unos cuantos.

Saqué la cabeza para echar un vistazo. A la luz fría y brillante de la luna vi un campo de guisantes; las vainas, verdes y turgentes, ondeaban al viento. Afortunadamente, el olor de las legumbres era más fuerte que el de la orina de mi compañero.

—Al rey le apasionan todas las verduras —dijo Audiger—. Sobre todo los guisantes. Todos los años, sus cortesanos rivalizan para llevarle la primera cosecha de sus tierras... Le encanta esa competición. Y estos guisantes han germinado antes que los franceses. Me pregunto si podríamos preparar un helado con ellos.

—Pero si lo que quieres es ofrecerle guisantes al rey, ¿por qué no coges

simplemente unos cuantos?

—Se habrían marchitado antes de que llegáramos a París. Aun viajando en diligencia, tardaremos dos semanas.

—Podrías congelarlos.

Audiger asomó la cabeza por la puerta de la diligencia.

—¿Cómo?

—Congélalos —repetí—. Consérvalos en hielo.

Audiger se quedó mirándome fijamente.

—¿Es posible hacer eso?

—No sólo es posible, sino muy fácil. Los persas descubrieron hace mucho tiempo que el hielo evita que la fruta se pudra. Me imagino que se puede hacer lo mismo con los guisantes.

—¿De veras? ¡Es brillante! ¿Qué necesitas? ¿Hielo? —Audiger inspeccionó el campo bañado por la luz de la luna—. Está claro que aquí no hay hielo —dijo, abatido—. Sólo dos heladeros, pero nada de hielo.

—Audiger... ¿Adónde nos dirigimos?

El francés parecía desconcertado.

—¿A París?

—Pasaremos por los Alpes —le recordé—. Y aunque nunca he estado allí, incluso yo sé que los Alpes están...

—¡Llenos de hielo! ¡Hay montañas de hielo! ¡Hay hielo y nieve por todas partes! ¡Sí! —Audiger lanzó su sombrero al aire y lo recogió—. Pero primero tenemos que llevar los guisantes hasta los Alpes —dijo, menos animado.

—¿Cuánto tardará la diligencia en llegar allí?

—Dos días, puede que tres.

—Mi baúl aún debería estar frío; saqué los cubos de peltre y todo lo demás del depósito de hielo de Bóboli. Si guardamos los guisantes allí...

—¡Sí! ¡Sí! —Audiger volvió a lanzar el sombrero al aire— ¡Claro! Demirco, con mis ideas y tu experiencia, ¡seremos los mejores pasteleros del rey de todos los tiempos!

Dos días más tarde, en una posada de alta montaña situada en el paso que conducía a Francia, Audiger me observaba mientras preparaba los guisantes.

—La nieve prensada es más fría que el hielo, y dura más tiempo —le expliqué—. ¿Por qué? Lo ignoro. Pero un día intentaré averiguarlo.

Audiger miraba la *sabotière* como si esperase asistir a un milagro. Muy bien, me dije: voy a enseñarte un poco de magia.

—Ahora añado salitre a la nieve. Eso hace que esté mucho más fría. Una vez más, ignoro por qué.

—Continúa —dijo Audiger, casi sin aliento.

—Y ahora meto los guisantes en el recipiente, así.

Introduje los guisantes y tapé el contenido.

—¿Y ahora qué?

—Ahora los dejamos ahí. Es como cocer una tarta en el horno... Si lo abres demasiado a menudo para comprobar cómo está, se escapará el calor y la tarta no se cocerá. Sólo que, en este caso, es el frío lo que debe conservarse.

Audiger sacó un reloj de bolsillo.

—¿Cuánto tiempo?

—El tiempo que transcurre entre maitines y la misa, según las campanas de Santa María.

—¿Cómo?

—Pongamos media hora.

Audiger se pasó los siguientes treinta minutos paseando arriba y abajo. Cuando por fin abrimos la *sabotière*, examinó su interior y lanzó una exhalación. Los guisantes se habían hecho una bola, una masa de color verde plateado recubierta de hielo. Audiger la cogió.

—¡Es increíble! —exclamó, en voz baja.

—Con cuidado —le advertí—. Podrías calentarlos con las manos. Su sabor perderá frescor si tenemos que congelarlos otra vez.

—¡Están pegados!

Los guisantes cubrían los dedos de Audiger, agarrándose a su piel como las rebabas de unos mitones. Trató de arrancárselos, pero no lo consiguió.

—A ver, déjame a mí. —Arranqué los guisantes uno a uno. Me di cuenta de que no se adherían tanto a mis dedos como a los de Audiger—. Tenemos que guardarlos. Y deberíamos llevarnos con nosotros en la diligencia un baúl lleno de nieve prensada para poder conservarlos en hielo.

## Carlo

Para preparar una ratafia de nueces verdes: coger nueces no muy maduras y cortarlas en cuartos sin quitarles la cáscara; a continuación, dejarlas en infusión durante un mes en un galón de aguardiente con un limón y unas hojas de lima dulce. En Francia, este cordial es conocido con el nombre de *liqueur de noix*, y se congela fácilmente, aunque no se solidifica por completo.

*El libro de los sorbetes*

En París tuvimos que movernos con celeridad para conseguir una audiencia con el rey antes de que se descongelaran los guisantes. Afortunadamente monsieur Bontemps, el ayuda de cámara del monarca, era tan corruptible como Audiger había previsto, y al cabo de unos días estábamos en presencia de Luis XIV, su hermano y algunos otros miembros de la nobleza. Audiger estaba tan intimidado que apenas era capaz de hablar. Por suerte, nuestro presente no requería mucha presentación, y el tartamudeo de Audiger fue olvidado en seguida cuando los aristócratas se agolparon en torno a la caja de guisantes para probarlos.

El rey le ordenó a su ayuda de cámara que llevara las sobras a su chambelán para que las repartiera: una parte para la reina, otra para la reina madre, otra para el cardenal y otra para él.

—Y en cuanto a estos intrépidos caballeros, Bontemps —dijo, señalándonos con un gesto—, os ruego que los recompenséis por sus desvelos.

Miré a Audiger. Aquél era el momento en que, de acuerdo con nuestro plan, debería haber pronunciado el discurso que había preparado. Sin embargo, mi compañero, contrariamente a su costumbre, parecía haberse quedado sin habla y miraba al rey con los ojos como platos y una expresión en el rostro que era de pura adoración.

—Si me dais vuestro permiso, Majestad —dije, haciendo una reverencia—, no queremos ninguna recompensa, salvo el privilegio de poder preparar helados y otros postres fríos para vuestro real placer.

Luis levantó las cejas.

—¿Helados?

Audiger recuperó la voz.

—Mi ayudante, sire, estaba en la corte de los Médici, y es un maestro preparándolos.

El rey me escrutó con la mirada.

—¿Cómo os llamáis, signor?

—Demirco, sire.

—¿Cuántos años tenéis?

—Dieciocho —mentí.

—Hum... Buena edad... La misma que tenía yo cuando ocupé el trono de Francia. Estoy impaciente por probar vuestras creaciones. Desde hace tiempo, el cardenal Mazarino tiene a su servicio a un *limonadier* italiano, y he podido admirar su trabajo en varias ocasiones. Se llama Morelli... ¿Lo conocéis?

Sacudí la cabeza.

—No, sire.

—Es un hombre muy creativo. Pero tal vez vos —continuó el rey, escrutándome más de cerca— podáis demostrar que sois su igual. Eso espero. Sería un gran placer superar al cardenal en la mesa.

Intuí una parte de la personalidad del rey. La rivalidad: eso era lo que le movía. Todo lo que hacía, poseía o gozaba de su mecenazgo debía ser lo mejor, y cualquier hombre de estado o cortesano que le ofreciera algo —aunque fuera algo tan insustancial como un trocito de hielo aromatizado— estimulaba en Luis el insaciable deseo de superarlo.

Hice otra reverencia.

—Lo intentaré, Majestad.

Audiger, que estaba a mi lado, añadió:

—Una tarea, sire, que ciertamente resultaría más fácil si pudiéramos establecer un gremio —un gremio de fabricantes de sorbetes— con una patente real, un consejo y el derecho a formar aprendices...

—Sí, sí. Preparad un helado y hacedlo llegar esta noche a mi mesa. Si me parece aceptable, el honor es vuestro.

El rey se fue, seguido por su corte.

Audiger se quedó mirando la puerta, pero ya se habían ido todos. Luego, tirándome de la manga, dijo:

—¡Esta noche! —exclamó—. ¡Tenemos que prepararle un helado para esta noche!

—No hay ningún problema —dije, lleno de confianza—. Ve al mercado y tráeme unas cuantas nueces verdes; busca una tienda de cordiales y compra un poco de *liqueur de noix*. Será el licorero quien habrá hecho el trabajo más duro.

Ahora que, por fin, ya estaba en Francia, no tenía ninguna intención de ceñirme de nuevo a los cuatro sabores de Ahmad.

Fue el principio de una época memorable. En Florencia era menos que un sirviente, pero aquí, en París, era casi un cortesano. Audiger me vistió como si fuera un profesor de danza o un pintor de retratos: un jubón que lucía veinticuatro botones que no usaba nunca; unos calzones blancos y tan estrechos que resaltaban mis pantorrillas; un sombrero de tres picos y una peluca —la primera que tenía en mi vida— larga y generosamente empolvada con yeso. Sin embargo, la peluca me producía unos picores insoportables. Después de haberla llevado una semana, me di cuenta de

que debería haberme afeitado la cabeza, como había hecho Audiger, o librarme de la peluca. Decidí librarme de ella. Sin embargo, el resto de mi vestimenta me quedaba bastante bien. Cuando me vi de cuerpo entero en uno de los espejos que cubrían las paredes de los nuevos salones del rey, no pude evitar sentirme impresionado.

Mi compañero y yo nos instalamos en un sótano de la residencia en el campo del rey en Marly, y en París vivíamos en Saint-Germain-des-Près, un lugar muy práctico porque estaba cerca del Louvre. Aquí, la ardua tarea que tenía que hacer en Florencia, trasladar los bloques desde el depósito de hielo hasta palacio, la hacían otros: en París, el comercio de hielo y de nieve prensada para enfriar el vino de la nobleza era un negocio floreciente, y se podían conseguir productos de calidad durante todo el año. El trabajo de picar el hielo y reducirlo a polvo también lo hacían los aprendices: Audiger ya había contratado a cuatro.

Sin embargo, donde más tiempo pasábamos era en el nuevo palacio del rey, en Versalles. Audiger no había mentido cuando me habló de su magnificencia. Aunque lo obra aún no estaba terminada —en realidad, no llegó a terminarse mientras estuvimos allí: cuando se acababa un proyecto, Luis se embarcaba en seguida en otro, tan ambicioso que los arquitectos se veían superados para llevarlo a cabo—, el viejo edificio ya contaba con una nueva y grandiosa *façade*, con ventanas simétricas y regulares, más grandes que la de cualquiera de los palacios que había visto en Florencia, considerada en aquel tiempo la ciudad más bonita del mundo. Versalles —o «el nuevo palacio», como solían llamarlo— tenía las elegantes proporciones de los Uffizi o del palacio Pitti, pero estaba rodeado de unos enormes jardines, como una casa de campo. Era tan grande como un castillo, aunque no tenía ningún tipo de fortificación; cumplía los requisitos de una corte, aunque no contaba con modestos despachos o cámaras para los funcionarios: sólo disponía de espléndidos salones y suntuosas galerías. En pocas palabras: era un palacio de un estilo totalmente nuevo donde Luis ejercía una forma de gobierno totalmente nueva. No hacía distinciones entre las cuestiones de estado y las cuestiones de moda, y los ministros eran respetados tanto por sus modales o la elegancia en el vestir como por sus sabios consejos. En Versalles, todo, desde la longitud de las uñas a los asuntos de guerra, giraba en torno a la indiscutida figura del rey, de sus humores, de sus maneras y, por encima de todo, de sus gustos alimentarios.

Luis era un *gourmet*. Un glotón, según algunos. Más de trescientas personas trabajaban en sus cocinas, que ocupaban un edificio entero adyacente al palacio, y sesenta de ellas se dedicaban exclusivamente a los postres. Un equipo de nueve pasteleros preparaba mostachones y pastel ¡tos parecidos a un merengue rellenos de cremas de brillantes colores con sabor a pistacho, regaliz, grosella negra o almendra. Había otros especializados en la elaboración de caramelo hilado, confituras de semillas azucaradas o una pasta de almendras escaldadas, flores de naranja y cilantro que al rey le gustaba especialmente. Me pasaba todo el tiempo que podía en las cocinas, con la excusa de calentarme las manos después de haber trabajado con el

hielo, aunque en realidad lo que quería era ver cómo trabajaban todos esos especialistas. Muy pronto, para deleite del rey, empecé a preparar helados nunca vistos hasta entonces: cordiales helados aromatizados con pasta de almendras, flores de naranja y cilantro, emparedados de merengue con crema de leche helada que parecían mostachones o *sorbetti* servidos en unas copitas hechas con caramelo hilado, para que no acabaran goteando sobre las elegantes vestimentas de la corte a medida que se fundían.

Ahora, nadie me decía lo que podía o no podía hacer: efectivamente, quedó claro en seguida que la novedad era una parte esencial del servicio que ofrecíamos Audiger y yo. Siempre que el rey ofrecía un refrigerio o un almuerzo al aire libre había una mesa reservada para nuestras creaciones. Alrededor de un centro de mesa de hielo esculpido o de una fuente de licores de frutas, disponíamos un *tableau* de gelatinas, sorbetes, licores helados, aguas aromatizadas, fruta recubierta de hielo y otras delicias congeladas. Luego —puede que unas horas más tarde o la semana siguiente: dependía de los caprichos de la corte, que era igual que decir los caprichos de Su Muy Cristiana Majestad— repetíamos la operación, *sin repetir jamás una receta o un sabor*. Si un martes preparábamos un helado de flores azucaradas, pasaban al menos dos semanas hasta que volvía a servirse en la mesa del rey. Si un miércoles deslumbrábamos a la corte con unas rodajas de melocotón cortadas como si fueran los rayos del sol, aromatizadas con galanga, no volvíamos a ofrecerlas al menos hasta el miércoles siguiente. Puede que un día, los cortesanos y sus damas se sorprendieran con un *eau glacée* de cubeba y pimienta larga, pero al día siguiente ya no sería una novedad, y dos días después ya les habría aburrido.

Después de unos meses en la corte, el rey me mandó llamar. Al principio pensé que querría pedirme un helado, pero cuando le pregunté cuántos invitados tenía, me dijo que sólo tenía uno y que en esta ocasión no era necesario ningún helado. Pensé de inmediato que, por alguna razón, mi última creación —un sorbete de leche aromatizado con granos del paraíso— le había parecido inaceptable. Con el corazón latiéndome a toda velocidad, convencido de que estaba a punto de caer en desgracia, seguí al lacayo por los interminables pasillos que conducían a la sala de audiencias.

El rey estaba hablando con un hombre que vestía un jubón con manchas verdes de liquen y las medias blancas y las hebillas de sus zapatos cubiertas de barro. Sin embargo, el rey hablaba con él como lo hacía con cualquier otro cortesano.

—¡Ah, Demirco! —exclamó Luis. Vi que tenía en la mano un cuchillo de fruta y una pera—. ¿Conocéis a monsieur La Quintinie?

Había oído hablar de él: era abogado de profesión y se encargaba de supervisar los huertos del rey. Sin embargo, aún no lo conocía. Nos saludamos con un gesto de la cabeza.

—Oled esto —me ordenó el rey, ofreciéndome una rodaja de pera—. ¡Adelante, oledlo!

Olí la rodaja a fondo, dejando que el perfume de la pera penetrara en mis fosas

nasales. Olía muy bien; tenía un aroma fresco y floral que me recordó el de la uva moscatel. La rodaja de pera en forma de media luna que había cortado el rey revelaba que la piel era áspera, casi verrugosa, con un tono rojo, como el de una manzana. Sin embargo, la pulpa era blanca y crujiente, como un bloque de mármol antes de ser esculpido.

—Ahora, probadla —me ordenó el rey.

Me llevé la rodaja de pera a la boca. La fragancia se volvió líquida, inundándome el paladar: la pulpa crujió bajo mis dientes, soltando otros jugos igualmente deliciosos.

—Es magnífica, sire —dije, con toda sinceridad, después de haberla tragado.

El rey asintió con la cabeza.

—Es una variedad nueva. Los hortelanos de monsieur La Quintinie llevan tres años cultivándola, y es la primera vez que da frutos. —Tras guardar silencio un momento, añadió—: Está claro que Dios es el mejor cocinero del mundo; sólo podemos honrar sus recetas con la mayor humildad.

—Cierto, sire —dije, sin saber muy bien adónde quería ir a parar.

—La perfección está en la sencillez, Demirco.

Hice un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Vos sentís una debilidad por los aromas, las especias y todo eso, y está muy bien. Sin embargo, los productos de la huerta, simples y sin adornos, nos hablan de la gloria de Dios. ¿Seríais capaz de plasmar unos sabores como éstos en un helado?

—Creo que sí, Majestad —dije, con prudencia—. No estoy seguro de poder conservar el perfume de, por ejemplo, esta pera, pero será un honor intentarlo.

El rey extendió una mano para señalarnos a los dos.

—La Quintinie y Demirco, discutidlo. Estoy ansioso por ver los frutos de vuestra polinización.

Así pues, aprendí las virtudes de la sencillez, y preparé *sorbetti* helados para el rey con todos con todos los frutos de la temporada, adornados sólo con un poco de azúcar. Descubrí que, aunque el proceso de congelación atenuaba un poco el perfume de la fruta, también ayudaba a concentrar su sabor, captando su esencia en unos cuantos cristales dulces en la punta de una cuchara. Eso ocurrió antes de que La Quintinie completara el vasto *potager du roi*, el más grande de Europa, que Luis consideraba la parte más hermosa de todas sus posesiones. Sin embargo, los huertos de frutas, las huertas y los invernaderos que tenía a su disposición ya producían unos extraordinarios resultados. A Luis le encantaban las peras más que cualquier otra fruta, por lo que La Quintinie se dispuso a cultivar las mejores variedades de Francia y a crear otras nuevas para deleite del rey: esféricas, redondeadas, alargadas; verdes, amarillas, de color marrón rojizo, rojas; de piel áspera o fina; con nombres extraños como Bon Chretien d'Hiver, Petit Blanquet, Sucrée Verte, o la favorita del rey, la dulce y muy aromática Rousselet de Reims: él las cultivaba todas y yo tenía todos

esos frutos a mi disposición para hacer con ellos lo que se me antojara. En una ocasión, cuando hice llegar al rey una simple tabla de madera con seis sorbetes, cada uno de ellos preparado con una variedad de pera distinta, que culminaba con una brillante *sanguinello* rosa o pera de sangre que había sido asada ligeramente para caramelizar la pulpa, quedó tan satisfecho que dejó de lado los asuntos de la corte y nos mandó llamar a Audiger y a mí para que todos los presentes ovacionaran nuestras creaciones. En otra ocasión le preparé un cuenco de cerezas que, examinadas más de cerca, resultaron ser veinte helados de cereza que habían sido congelados uno por uno en un molde. En cuanto a mis sorbetes de mandarina —servidos dentro de la piel de una mandarina recién pelada, con la piel aparentemente intacta, como si fuera un barco en miniatura en el interior de una botella— fueron una maravilla que la corte comentó durante varios días.

De vez en cuando, el rey organizaba grandes *divertissements* para hasta mil invitados, con teatros y cuevas artificiales —casi tan grandes como el propio palacio— construidos con papel maché para los bailes de máscaras y los estrenos de *comedies-ballets* encargados para la ocasión. El hecho de que estos complejos edificios fueran destruidos después de haber servido para una sola noche de fiesta era sólo otro aspecto de su magnificencia. Para tales ocasiones preparábamos helados únicos para homenajear al invitado de honor, del mismo modo que un chef podía elaborar una salsa en honor del comensal que la había inspirado. Audiger se tomó muy en serio la orden del rey de superar al *limonadier* del cardenal Mazarino. Llegó a sobornar a sirvientes de los palacios de otros grandes miembros de la nobleza para saber qué preparaban sus pasteleros. Sin duda fue un gran día cuando nos enteramos de que el célebre signor Morelli se había rebajado a copiar nuestra idea de un sorbete de grosellas rojas amargo servido en una brillante cuchara de plata que, cuando se llevaba a la boca, resultaba que estaba hecha de azúcar.

Para Audiger, sin embargo, nuestro éxito siempre estaba teñido de frustración. La creación de un gremio —su gran sueño— estaba atascado por la burocracia, y cada paso que daba exigía un soborno para seguir adelante. El consejero del rey, monsieur Le Tellier, no veía ningún problema, pero refirió el asunto al Consejo de la Corona. El Consejo no podía pronunciarse sin un informe del secretario de estado, quien refirió el asunto al canciller. Éste, por su parte, no podía hacer nada sin el apoyo de un noble. Por desgracia, el noble elegido por Audiger resultó que se acostaba con una dama que no era su esposa. La situación no era nada inusual, pero se daba el caso de que su esposa era la nieta del canciller... Así pues, el asunto iba para largo, y nadie estaba dispuesto a apoyar la patente que hubiera permitido crear el gremio hasta que la solicitud no fuera explotada para sacarle hasta el último beneficio que permitían todas las formas de intriga y corrupción.

—¿Pero por qué te molestas? —dije, cuando Audiger se enfrentó al último contratiempo—. ¿Por qué te importa tanto el gremio cuando ya podemos preparar

todo lo que nos apetece?

—¿Es que no lo entiendes? —me preguntó Audiger. Se acercó a mí a grandes zancadas mientras vertía leche aromatizada con clavo en un molde de peltre—. ¿Quién crees que paga todo esto? —preguntó, furioso—. ¿Quién paga tus vestimentas? ¿Tu elegante sombrero? ¿Este sitio? ¿Quién da de comer a los aprendices? ¿Quién consigue los sobornos? ¿Quién compra los ingredientes que tú usas sin mesura? —Metió los dedos en una caja llena de clavo y lanzó un puñado al aire—. ¿Es que nunca te haces estas preguntas?

Me quedé mirándolo fijamente, perplejo, mientras el clavo rodaba por el suelo. Lo que había dicho era totalmente cierto: nunca me había planteado el aspecto financiero de lo que hacíamos. Era la única libertad que el esclavo comparte con el caballero: no preocuparse nunca por el dinero.

—Pero... recompensa el rey?

Audiger se echó a reír desdeñosamente.

—A veces. Pero nunca a tiempo y nunca lo suficiente. Sabe que la moneda con que nos paga es el mecenazgo, no el oro. Ya llevo invertidas casi mil *livres* en esta empresa; todo lo que tenía. Si no conseguimos crear un gremio, si no encontramos gente que esté dispuesta a pagar por formar parte de él, si no podemos cobrar a la gente para tomar a sus hijos como aprendices y venderles luego el derecho a convertirse a su vez en maestros... estaré arruinado en menos de seis meses.

—Lo siento mucho, Audiger. No tenía ni idea. Tienes razón... He sido un desconsiderado.

—Bueno —dijo Audiger, cuya ira se calmó con la misma rapidez que había estallado—, no importa. He dejado que te concentraras en los helados y no en los negocios, porque está claro que eres muy bueno en eso. Ahora ya sabes cuál es el motivo si alguna vez tengo un arrebató. Si esto no sale bien, perderé todo cuanto tengo.

Fue sólo una pequeña discusión que pronto quedó olvidada. Sin embargo, tuvo una consecuencia importante. A partir de aquel momento, empecé a interesarme por los aspectos financieros de nuestra actividad. Empecé a comprender el curioso funcionamiento de nuestra empresa: lo más costoso no eran los ingredientes o el hielo, sino todos los accesorios que requería: las elegantes vestimentas, los criados de librea o las exquisitas copas y cucharas de oro con las que el rey o los nobles degustaban nuestras creaciones. Al menos, Ahmad tenía razón en esto: era nuestra pericia lo que justificaba las exorbitantes sumas que exigíamos, del mismo modo que un juglar es recompensado por la belleza de su voz o un pintor por su talento más que por el coste de sus pinturas. Y ése era el motivo por el que debíamos mantener nuestras técnicas en secreto: en cuanto las compartiéramos con otros, perderían todo su valor. Teniendo esto en mente, convencí a Audiger de que cargáramos sumas aún más altas por nuestras especialidades. El rey alimentaba el gusto por lo extravagante en sus cortesanos: si Luis elogiaba un sorbete u otro dulce helado con algún

ingrediente novedoso como el jazmín, la mora o la menta, tarde o temprano todos los cortesanos que se preciaran apretarían los dientes y pagarían una fortuna por el placer de confirmar que, efectivamente, era algo extraordinario. Siguiendo este plan, fuimos amasando una fortuna además de privilegios, nuestras vestimentas fueron cada vez más elegantes —los botones que antes eran de cuerno eran ahora de madreperlas—, aunque eso no impidió que Audiger siguiera aspirando a crear su gremio.

Sin embargo, si Audiger se sentía frustrado, yo no iba a ser menos. En Florencia siempre había imaginado que, en cuanto pudiera combinar libremente sabores y texturas según mis deseos, acabaría encontrando una sustancia que, una vez congelada, tendría la mórbida densidad de la crema o del chocolate derretido, y que mis creaciones se disolverían rápidamente en la lengua, como la crema *chantilly* o la pasta que rellena los mostachones, pero que no crujiera como el hielo. Sin embargo, a pesar de que congelaba estas mezclas y muchas otras, no daba con la solución. Parecía que no había forma de elaborar un helado que fuera realmente mórbido.

Aun así, hubo algo que mejoró muchísimo. Mientras que en la corte de los Médici eran muy estrictos con la observancia moral, como era de esperar de los banqueros de Europa, en la de Luis XIV eran más sofisticados. Los nobles franceses se casaban por motivos económicos y políticos, pero la pasión quedaba reservada a las relaciones extraconyugales. Incluso en los rangos inferiores de la corte, nadie veía una razón para no permitirse las *liaisons*. Un joven italiano con talento —que, si se me permite decirlo, era muy apuesto cuando llevaba el sombrero de tres picos— no pasaría desapercibido durante mucho tiempo.

Un día estaba preparando unos cordiales helados para los invitados del rey cuando una dama de la corte se detuvo para observarme mientras trabajaba.

—Vos sois mi compatriota —dijo, en italiano.

Levanté la mirada, sorprendido al oír hablar en mi lengua materna. Era una mujer bajita, de rostro redondeado y ojos oscuros, con una expresión perezosa y traviesa en la mirada.

—Me crié en Roma —explicó—. Mi tío me trajo a París para encontrar marido.

—¿Y lo habéis encontrado? —le pregunté, con osadía.

Ella asintió con la cabeza.

—Varios, en realidad. Uno para mí y algunos casados con otras mujeres.

Eché una ojeada hacia el lugar donde se encontraba el rey, rodeado por un grupo de cortesanos.

Entonces comprendí con quién estaba hablando. Incluso yo había oído hablar de Olympe de Soissons, la belleza italiana entre cuyas conquistas se contaba el mismísimo rey. Ella y sus cuatro hermanas eran conocidas como las *mazarinettes*, por su tío, el poderoso cardenal Mazarino.

—¿Qué estáis preparando? —me preguntó, observando cómo filtraba el líquido a través de una tela de muselina.

—Un cordial. Peras al moscatel y jengibre con un poco de...

—Preparad uno para mí —me interrumpió—. Pero éste no. No me gusta tener lo que ya tienen otros.

Se alejó para reunirse con los demás, aunque se dio la vuelta para dedicarme una mirada breve pero atrevida.

Cuando hube repartido los cordiales de jengibre, preparé algo distinto para ella y se lo serví.

—¿Qué es? —preguntó, con coquetería.

—Una tisana fría de hojas de té verde de China con esencia de lima y algunas semillas —dije, haciendo una reverencia.

Asintiendo con la cabeza, tomó un sorbo. Llevaba varios días trabajando en aquella tisana, algo que se saliera un poco de lo habitual, empleando nuevos ingredientes que estaban en boga. Al principio, su sabor era fuerte y ácido, gracias a la lima, pero las hojas de té verde le proporcionaban un toque ligeramente ahumado. También sabía a jazmín y tenía un leve retrogusto especiado de cardamomo.

—Interesante —se limitó a decir. Y entonces, mientras me daba la vuelta, añadió —: Y muy refrescante. Gracias.

Al día siguiente recibí el encargo de preparar cinco galones de cordial.

—¿Cinco galones? —le repetí al lacayo que me había transmitido la orden—. ¿Estás seguro? Con eso se abastecería a toda la corte.

—Es sólo para *madame la comtesse*. Quiere el que le preparasteis ayer. Llevad los ingredientes directamente a sus aposentos.

Era muy fácil perderse en el inmenso palacio. Tuve que preguntar varias veces qué dirección debía tomar a los lacayos tocados con peluca que prestaban sus servicios en los interminables pasillos. Al final encontré la puerta que buscaba. La abrió una doncella, que me hizo pasar. Aun teniendo en cuenta los criterios de Versalles, los aposentos eran suntuosos. De las paredes revestidas con seda roja colgaban obras de arte, entre las cuales se encontraba un retrato de la propia Olympe, vestida apenas con unos trapos de terciopelo.

La doncella me acompañó a una antesala con una bañera y una hilera de humeantes aguamaniles. No había nada más, salvo un biombo de seda bordada, una silla y una *chaise longue* tapizada de terciopelo rojo sobre la que habían depositado un montón de gruesas toallas.

—Madame, ha llegado el pastelero —dijo la doncella, inclinándose en dirección a la estancia vacía.

—Gracias, Cécile.

Olympe asomó la cabeza por encima del biombo. Se estaba soltando el pelo con una mano, sacudiendo los elaborados rizos.

—Vuestro cordial era tan delicioso que he decidido darme un baño con él —dijo

—. ¿Me lo prepararéis, por favor?

Hice lo que me había ordenado. En vez de llenar la bañera con hojas de té y trozos de lima, metí directamente en el agua las bolsas de muselina que contenían los ingredientes y las dejé en remojo. El agua estaba bastante caliente; de haberlo sabido, habría modificado ligeramente las proporciones, porque el calor potenciaba el sabor de las hojas de té, mientras que el frío potenciaba la lima...

—¿Está listo? —me preguntó.

—Habría que dejarlo un poco más en remojo.

—Entonces yo también me pondré en remojo.

Olympe salió de detrás del biombo. Llevaba un deshabillé de encaje muy fino; apenas sujeto por delante, ni siquiera le cubría las rodillas. En el caso de que se diera cuenta de mi reacción, no lo dio a entender.

—Madame —dije, inclinando la cabeza y preparándome para retirarme.

—Esperad —me ordenó en tono imperioso, introduciendo una pierna en la bañera para comprobar la temperatura.

—Puede que quiera modificar la cantidad de algunos ingredientes. Además, me gusta hablar italiano mientras me doy un baño. Sentaos y conversad conmigo.

Me acerqué a la silla y me senté, un poco incómodo. Me di cuenta de que el biombo se había colocado de tal forma que, desde mi asiento, tapara un poco —pero muy poco— la bañera; aun así, no me ocultó la espalda desnuda de Olympe mientras se desvestía y se metía en el agua, lanzando un suspiro.

—¿Cómo os llamáis? —me preguntó, en italiano.

—Demirco, madame.

—Eso ya lo sé. Me refería a vuestro nombre.

—Carlo.

Hubo una larga pausa, durante la cual oí una serie de leves chapoteos mientras Olympe se echaba el agua encima con las manos. El aroma de la lima, el té verde y el jazmín llegó hasta mí. Me quedé inmóvil. Al final, ella dijo:

—Después de todo, creo que no me apetece hablar, Carlo. Me temo que hoy mis labios están tan sellados como los vuestros. Pero podéis venir aquí.

—¿Madame?

—Venid conmigo. A la bañera.

Más tarde, me dijo:

—Decidme, ¿ha sido tan placentero como esperabais?

—Oh, sí. Pero necesitáis más lima.

—Necesito más sexo.

Se desperezó voluptuosamente ante mis ojos, como una gata, y con la misma desenvoltura que habría mostrado si ambos hubiésemos estado vestidos. Ahora nos habíamos tumbado en la *chaise longue*: comprendí en seguida que, al igual que la bañera y el biombo, no estaba allí por casualidad.

Me acerqué a ella.

—Esperad —dijo, colocándome una mano sobre el pecho—. Para ser la primera vez no ha estado mal, pero la próxima tenéis que ir más despacio. Y ser un poco más imaginativo.

—¡Imaginativo! —repetí, dolido.

Ella se echó a reír.

—No os ofendáis. Lo he hecho muchas más veces que vos, eso es todo, y como cualquier otra habilidad, lo que se debe hacer es practicar. Además, como en todo, hay modas sobre cómo hacer el amor, y algunas especialidades nacionales. Los franceses son bastante buenos en ello, casi tan buenos como preparando tartas y postres.

—¿Qué puede saber un francés que no sepa un italiano? —le pregunté, bruscamente.

Ella sonrió.

—Eso es lo que estoy a punto de enseñaros.

Cuando terminó con la demostración y yo me disponía a irme, añadió:

—La próxima vez, cuando vengáis, debéis traer unos helados; os enseñaré una forma de usarlos que tal vez nunca se os haya ocurrido.

Audiger estaba furioso.

—Te han visto saliendo de sus aposentos. ¿Es que pretendes que nos echen de la corte?

—Todos lo hacen —repliqué—. ¿Por qué no debería hacerlo yo también?

Audiger levantó las manos.

—Porque su situación es segura, y la nuestra no.

—Me da igual —dije—. No pienso dejar de verla sólo porque alguien pueda poner una objeción. No puedo vivir así.

—Entonces es que estás loco —repuso Audiger—. La corte no es un lugar para enamorarse.

—¿Y quién ha hablado de amor?

Lo dije sin pensar, como habría hecho cualquier joven de mi edad, aunque sabía que era verdad: la astilla de hielo estaba profundamente incrustada en mi corazón para eso.

—Muy bien —dijo Audiger, de mala gana—. Pero cuidado con el corazón o podrías acabar perdiendo otra parte de ti..., la cabeza, que, a diferencia de ese otro órgano, no tiene arreglo.

Asentí. Sabía que Audiger no podía prohibírmelo. El equilibrio de poder entre nosotros había cambiado durante esos años en la corte. Ahora tenía todo lo que quería: dinero, prestigio, los apetitos carnales saciados por una de las amantes más expertas de aquellos tiempos y el mecenazgo del rey más poderoso de toda Europa.

Cuando volví a visitar a Olympe, me dirigí a la puerta con paso seguro. Llevaba una bandeja en la que había dispuesto cuatro copas de cristal con diferentes helados. Todos tenían un color y un sabor diferentes: caqui, pistacho, melocotón blanco y miel dorada. No había cucharas.

Levanté la mano para llamar, pero en ese preciso instante, surgido de la nada, apareció un lacayo que se interpuso entre la puerta y yo.

—*Madame la comtesse* no quiere ser molestada.

Le señalé los helados.

—Le traigo esto.

—Yo me encargaré de entregárselo —dijo, arrebatándome hábilmente la bandeja.

No protesté. Entonces reconocí al lacayo: era uno de los criados personales del rey. Mientras me alejaba, oí abrirse la puerta y al criado entrando en la estancia.

Decidí esperar cerca de allí. Y, efectivamente, alrededor de media hora después, vi al rey abandonando la estancia de Olympe y descender la majestuosa escalera que conducía a sus aposentos. Se estaba ajustando el puño de la camisa, como si acabara de ponérsela.

Volví para recoger la bandeja. Olympe estaba en la bañera, pero su doncella me dijo que podía recibirme.

—El rey se ha quedado muy impresionado con vuestros helados —dijo Olympe sin preámbulos cuando me vio—. Eran justo el refrigerio que le apetecía. En estos tiempos es raro que consiga hacerlo dos veces; estaba muy satisfecho de sí mismo, lo cual significa que está satisfecho conmigo. Gracias.

La miré fijamente, sorprendido por su tono descuidado.

—¿Aún sois su amante? Creía que...

—¿Que yacía entre los brazos de madame de la Vallière? Normalmente sí, pero hay veces que ella está indispuesta o él prefiere la variedad. O en ocasiones coquetea con una nueva dama de compañía que lo rechaza y entonces acude a mí para restaurar su maltrecha vanidad. Hay muchas razones por las que un hombre puede acostarse con una mujer, y no son siempre sencillas. A veces el rey echa de menos mi compañía.

—Entonces... ¿no queréis que vuelva? —dije, un poco herido en mi orgullo.

Olympe se echó a reír.

—En absoluto. Con vos, Carlo, el acuerdo está bastante claro, y en eso reside el encanto. Hoy estoy cansada, y espero que el rey vuelva a verme mañana. Podéis volver dentro de unos días y veremos cómo están las cosas. —Lanzó una maliciosa mirada a mis nalgas—. En cualquier caso, no es justo que os tenga sólo para mí.

—¿Qué queréis decir?

—Simplemente digo que os falta experiencia. No, no, no pongáis esa expresión alicaída; en otros tiempos yo también estaba en vuestra misma situación, pero un hombre como vos resolverá muy pronto ese problema. El palacio está lleno de

mujeres ansiosas por adiestraros.

—¿De veras? —dije, perplejo.

—Por supuesto. ¿Por qué creéis que madame de Corneil se hace servir uno de vuestros cordiales todas las noches? ¿Por qué pensáis que madame Rossoulet os invita siempre a jugar a las cartas? Y, en vuestra opinión, ¿por qué creéis que he querido seduciros antes que cualquiera de ellas?

—¿Queréis decir que... era una cuestión de honor para vos?

Olympe sonrió.

—Entre otras cosas —dijo, echándose agua por encima.

—¿Y no estaréis celosa si me acuesto con otras mujeres?

—Los celos son para la gente común —replicó—. Para la gente cuyas migajas de placer son tan escasas y tan infrecuentes que deben pelear por ellas como lo hacen los mendigos por una corteza de pan. Aquí, en la corte, donde no faltan precisamente las sensaciones más placenteras, podemos permitirnos elegir. —Me lanzó una mirada divertida—. Pero si sois un espíritu sensible, dejadme que os dé un consejo. Al igual que a la hora de escoger un agua de colonia o de disfrutar de una *sarabande* se demuestra si sois o no un experto, la elección de las amantes que están a vuestro alrededor demostrará si sois una persona de gustos refinados o un impostor.

—¿Un impostor? —repetí, inquieto.

Supongo que aún temía que un paso en falso pudiera traicionar mis orígenes.

Ella asintió con la cabeza.

—Sólo un bruto, por ejemplo, seduciría a una criada. Acostarse con una mujer vulgar, por mucho que esté dispuesta a hacerlo, implica el riesgo de contagiarse de su vulgaridad. Y, pase lo que pase, nunca debéis permitir que os dominen los sentimientos. El amor es algo extraordinario, pero del mismo modo que el hambre no justifica los malos modales en una mesa, la pasión no es una excusa para comportarse en la cama como un patán. El exceso de emociones en una relación amorosa resulta tan desagradable como el exceso de romero en un plato o un énfasis exagerado en una pieza musical. Es posible —y necesario, además— mostrar elegancia en los *amours* propios al igual que en todos los aspectos de la vida.

Dijo todo eso en voz baja e indolente, como si hubiera abordado en tantas ocasiones aquel tema que no mereciera la pena añadir nada más. Era el modo en que todos hablaban en la corte, sobre todo las mujeres: lo había oído definir como *préciosité*, y las damas que lo cultivaban en los salones más elegantes de París eran conocidas como *les précieuses*. Sin embargo, el brillo de malicia en sus ojos daba a entender que aquello era algo que se tomaba muy en serio.

Me incliné con ironía.

—Os quedaré muy agradecido por todos los consejos que podáis darme al respecto, madame.

—Estupendo —repuso ella—. Entonces está decidido. Traedme un helado dentro de dos días y mientras tanto pensaré en cuál debería ser vuestra próxima conquista.

Así empezó la siguiente fase de mi educación. Del mismo modo que en Florencia había experimentado diferentes técnicas y sabores, en Versalles probé los diferentes gustos y aromas del amor. Olympe tenía razón: no tardé en descubrir que muchas mujeres de la corte estaban más que dispuestas a frecuentarme. Y también descubrí algo más; amaba a las mujeres y, en general, ellas me correspondían. Puede parecer una afirmación extraña, pero no había nada evidente: muchas de las amantes más célebres de la corte parecían estar cansadas de sus relaciones, como si enamorarse fuese un deber tan arduo e inevitable como el de asistir a un enésimo baile. De vez en cuando, Olympe me recordaba que no me entusiasmara demasiado —«Si vais por ahí con una sonrisa en los labios, la gente os tomará por un mentecato»—, pero, en general, me trataba con una divertida indulgencia. Por mi parte, aprendí en seguida a mostrarme ante el mundo con un aire de irónico cinismo que estaba muy en boga en aquellos tiempos.

También descubrí que si una mujer quería ser cortejada, tenía un medio perfecto a mi disposición. Al parecer, no había nada más convincente que anunciar que estaba tratando de perfeccionar un nuevo sabor o una combinación inédita de helados que nadie hasta entonces había degustado y que necesitaba la ayuda de la dama en cuestión para probarlo y conocer su opinión. También hacía falta cierta pericia, además de un placer innegable, para dar con el sorbete adecuado para cada mujer: las más jóvenes e inocentes —aunque en la corte no existía la verdadera inocencia— se dejaban tentar con sabores más sofisticados, mientras que las mujeres maduras preferían la autenticidad y la frescura de los gustos más sencillos.

A medida que iba adquiriendo experiencia, era más creativo con los helados que preparaba para el rey y para mis amantes. Evidentemente, aún seguía elaborando los sorbetes con una sola fruta que tanto le gustaban al rey, pero después de haber probado todas los frutos que la naturaleza ponía a mi disposición, me puse a crear nuevos e imaginarios huertos de árboles frutales y *potagers* por mi cuenta, como uno en el que crecían frutos que eran mitad lima y mitad limón, o un arbusto que daba pan de centeno, o una planta cuyo polen eran huevas de esturión de Aquitania. Incluso los parterres me ofrecían sus flores para preparar sorbetes con la esencia de las hojas de geranio o lavanda, o empleaba sus aromas para perfumar *granites* con bálsamo de melisa, violeta o rosa. El hecho de que todos estos sabores pudieran existir y que se dejaran apresar dentro de los cristales helados de mis *eaux glacées* nunca dejaba de asombrar a los invitados del rey: mi estrella subía cada vez alto y mi prestigio acabó siendo conocido más allá de los confines de la corte.

Entonces, un día, le llevé al rey un helado de fresas aromatizado con pimienta blanca y, aunque al principio no me di cuenta de ello, mi vida cambió por completo.

## Carlo

Para preparar un sorbete de fresas: coger treinta fresas grandes bien perfumadas, cortarlas en daditos y pasarlas por un tamiz; añadir una copa de azúcar, una pinta de leche de vaca muy espesa y mezclar mientras se congela. No hace falta nada más, pero se puede aderezar con un poco de menta o de pimienta blanca a discreción.

*El libro de los sorbetes*

El helado no cuajaba, y el rey estaba esperando.

A pesar del frío que hacía en la despensa subterránea, estaba sudando. Sujetando el cubo de madera con las rodillas, vertí la mezcla de azúcar, crema y fresas troceadas en la *sabotière*, el contenedor interno de peltre, y volví a remover otra vez con la espátula.

A mi lado, Audiger se estaba poniendo nervioso.

—Tal vez deberías hacerlo más despacio. Pero date prisa, vamos.

No me molesté en señalar que era muy difícil hacer esas dos cosas al mismo tiempo.

—El hielo no está lo bastante frío. Necesito más salitre.

—El hielo es hielo, ¿no? Sólo tiene una temperatura, la de congelación. Lo han dicho muchos expertos. Galeno afirma que...

—Está allí —le interrumpí—. Dos medidas.

Audiger se dirigió a las arcas donde guardábamos los ingredientes y cogió unos cuantos cristales amarillentos.

—Aquí está.

Dejé de remover para que Audiger pudiera añadirlos a la mezcla. Con mucho cuidado, vertió el salitre en la parte externa del cubo. Mientras lo hacía, un lacayo vestido con la librea real asomó la cabeza por la puerta de la despensa.

—Vamos a servir los postres al rey —anunció.

Audiger se volvió hacia él y le gritó:

—¡Dos minutos! ¡Sólo dos minutos más! Su Majestad ha dicho que hoy le apetecía un helado de fresas, y eso es lo que tendrá.

Siguiendo su costumbre, se interpuso entre el lacayo y nuestros utensilios de manera para que este no pudiera ver nada.

Entre las piernas sentí que —¡por fin!— el cubo se enfriaba mientras el salitre cumplía con su cometido. La espátula se movía más despacio, encontrando una mayor resistencia. Yo también aminoré la velocidad, para adecuarme al ritmo. Era una tarea ardua, la parte más difícil, pero mi alivio era tal que sentí que disminuía la tensión de mi espalda.

«Si eres demasiado impaciente, la espátula puede calentar la mezcla —decía la voz de Ahmad en mi cabeza—. Presta atención a tu mano, no a tus ojos. Cuando parezca arena, es que ya está casi listo».

—Ya está listo —dije.

Hoy no había tiempo para exquisiteces. Cuando el rey expresaba su deseo por un determinado sabor, incluso el hielo debía obedecer.

—Por fin.

Audiger se arregló la peluca y se quitó el polvo del sótano de sus elegantes vestimentas. Miró a su alrededor mientras se ponía los guantes blancos.

—¿Dónde está la fuente?

Le hice un gesto con la cabeza.

—En el estante.

La bandeja también estaba hecha de hielo; había sido introducida en un molde y luego pulida hasta obtener el aspecto del cristal. Ya estaba llena de hielo picado.

Inspeccioné el contenido del cubo por última vez. Ahora, la mezcla era densa y granulosa como la miel sin refinar. Los grumos y las vetas de las fresas trituradas se habían desparramado por la crema. Metí un dedo para probarlo.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Audiger—. Apenas hay bastante para los invitados del rey.

No le contesté. Probaba todos los helados que preparaba, pero Audiger no tenía por qué saberlo. Tras reflexionar un momento, asentí.

—Está rico.

Cogiendo la cuchara que se apoyaba en el borde, vertí una cucharada del sorbete rosa en la fuente. Luego añadí otra, y otra más. La fuente adquirió en seguida el aspecto de un mar helado; las crestas y los rizos de crema ayudaban a disimular que la ración era muy escasa.

—Y ahora vete —dije.

—¿Un poco de canela? —sugirió Audiger, nervioso—. ¿Hojas de oro? ¿Nuez moscada?

—Tal vez un poco de pimienta blanca.

—¿Pimienta? ¿Con las fresas? ¿Te has vuelto loco?

—Sólo una pizca. Confía en mí.

Audiger lanzó un suspiro.

—De acuerdo, pimienta. Y un poco de azafrán. Su Muy Cristiana Majestad no espera menos.

Antes de que pudiera detenerlo ya había echado un buen puñado de hilos de azafrán en el plato.

—Le gustará más si tiene el sabor que debe tener —balbuceó.

Con el pretexto de decorar con unas hojas de menta, conseguí quitar casi todo el costosísimo azafrán con el dorso de la mano.

—Vete —repetí, alcanzándole el plato.

Audiger subió las escaleras de la despensa sosteniendo el plato con aire solemne, con la espalda totalmente erguida, como si ya estuviera en presencia del rey. Fui tras él. Fuera, la luz de sol y el calor creaban un fuerte contraste con el frío húmedo de la despensa. Vi que el helado de fresas brillaba ligeramente como la escarcha en el aire caliente y recordé el sabor que había probado brevemente con la punta del dedo: azúcar, leche y fresas, concentrados gracias a la acción del hielo en minúsculos cristales de sabor.

Sí, pensé. Está rico. Un plato digno de un rey.

Era algo que Audiger nunca habría entendido: los helados no eran simplemente una novedad, un modo de demostrar la ingeniosa supremacía del hombre sobre el orden natural de las cosas. Era una forma totalmente nueva de combinar aromas y sabores cuyo éxito dependía de la bondad de las recetas que se ensayaban.

El lacayo que nos había apremiado extendió las manos para coger la fuente. Audiger lo ignoró. Por un momento, ambos se miraron fijamente; luego, el lacayo se dio la vuelta y empezó a caminar delante de Audiger. Otro lacayo lo siguió, y luego otro más, mientras un cuarto y un quinto abrían unas elegantes sombrillas para proteger el sorbete del sol. Al frente de la escuadra iba un *maître d'hôtel* de rasgos marcados y tocado con peluca que empuñaba un largo bastón plateado como símbolo de su autoridad. A una orden suya, todos se dirigieron a paso ligero hacia el jardín de rosas.

El esfuerzo de tener que mantener el paso implicaba que, a pesar de que iban al trote, la procesión de lacayos no iba mucho más deprisa que yo, que les seguía de cerca. En cualquier caso, sabía a dónde se dirigían. En la entrada del jardín de rosas, donde los setos se desplegaban hasta desembocar en un lago ornamental, treinta o cuarenta cortesanos con sus respectivas damas daban un paseo, desplegando toda su elegancia. Las mesas se habían dispuesto a la sombra de un cedro. Detrás de ellas, formando en filas de cuatro, había un pequeño ejército de criados que sudaban bajo sus cortas pelucas. A un lado, tocaba un grupo de músicos. En el centro, donde la multitud de cortesanos era más densa, vislumbré la oscura y tupida peluca del rey.

Los criados recorrieron al trote los zigzagueantes senderos que cruzaban los jardines. Yo crucé directamente por el césped, reuniéndome de nuevo con ellos cuando se disponían a rodear el lago. La procesión aminoró la marcha, adquiriendo un paso más digno, cuando se acercó al primer grupo de invitados; algunos cortesanos, curiosos, se dieron la vuelta para contemplar la fuente. Muchos, yo lo sabía, aún no habían tenido ocasión de degustar aquella pasión del monarca. Y teniendo en cuenta la poca cantidad de helado que había y el gran número de invitados, la mayoría tampoco tendría la oportunidad de hacerlo aquel día. Luis ya debía de haber elegido a los que tendrían el honor de probarlo.

Cuando nos acercamos, el rey se volvió.

—¡Ah! ¡Mi helado de fresas! —exclamó.

Audiger se detuvo y se inclinó, flexionando una rodilla con cierta torpeza a causa de la fuente que sostenía en la mano. Luis le hizo un gesto para que se acercara.

—Y ahora veréis si no tenía razón, señor duque. Es una auténtica especialidad.

Las palabras iban dirigidas al hombre que estaba a su lado. Vestía de forma parecida a los criados, pero yo sabía que, en realidad, era un inglés, un invitado muy importante, que había venido para negociar un tratado entre los dos países. Luis se divertía vistiéndolo a sus sirvientes según la moda de las cortes extranjeras. Era una forma recordar a los visitantes que su corte era mucho más rica y suntuosa que las suyas.

Al otro lado del visitante estaba madame, como la llamaban: Enriqueta de Inglaterra, la hermana del rey inglés. Estaba casada con el hermano de Luis, aunque también era una de las favoritas —eso se decía— del propio Luis.

—Sí, George, os proporcionaré fuerzas suficientes para permitirnos jugar con nosotros a *paille maille* —le estaba diciendo la dama—. Sé que sabéis jugar: me han dicho que mi hermano lo ha introducido en vuestro país y que en la corte se juega todos los días.

—Es cierto —dijo el duque, sonriendo—. Como tantas otras modas francesas, en Londres es una auténtica locura. Su Majestad ha ordenado disponer un terreno de juego cerca de Whitehall que la gente ya llama Pall Mall. —Examinó con cierto aire de perplejidad el plato de helado de fresas—. Y ha construido un depósito de hielo en St James Par: otra idea que le vino mientras estuvo exiliado aquí, creo, aunque sus cocineros aún no han utilizado el hielo en sus postres.

—Es mucho más que un postre helado —explicó Luis—. Probadlo y entenderéis lo que quiero decir.

El rey extendió la mano. Por un momento vi el pánico en la mirada de Audiger cuando se dio cuenta de que no sólo no había traído cuencos y cucharas, sino que al sostener la fuente con las dos manos no estaba en disposición de servir al rey. Sin embargo, yo lo había previsto todo. Había cogido media docena de cuencos de porcelana blanca y azul cuando pasé junto a una de las mesas; serví el helado en uno de ellos y se lo ofrecí con una reverencia.

—Demirco procede de Florencia —dijo el rey, cogiendo el cuenco—. Es uno de los pocos en Europa que sabe preparar helados. ¿Qué habéis creado en esta ocasión, *signor*?

—Un helado de fresas, sire, como me habíais ordenado, con un poco de crema de leche y pimienta blanca.

Vi a Audiger apretando la mandíbula. Con el francés sosteniendo la fuente mientras yo servía, por no mencionar la conversación sobre la receta con el rey, a ojos de todos parecía que Audiger fuera el aprendiz y yo el maestro.

—¿Majestad?

Quien se acercó al rey era su nuevo médico, un hombre llamado Félix.

—¿Qué ocurre, Félix?

El doctor carraspeó.

—El día es muy caluroso, sire, y las damas... Incluso las que no están especialmente delicadas se han acalorado jugando a *paille maille*. Dadas las circunstancias, no lo aconsejo.

—¿El helado?

El rey parecía sorprendido. Félix asintió con firmeza.

—En esta cuestión en particular las autoridades médicas se muestran de acuerdo. El consumo de hielo en un día tan caluroso puede provocar varias dolencias. Incluso ataques de apoplejía. El caballero inglés puede probarlo, pero vos y las damas...

—¿Insinuáis que estáis dispuesto a matar a nuestro honorable invitado, el duque de Buckingham, pero no a nosotros? —exclamó el rey—. Dios mío, Félix, os nombraremos diplomático.

Los que estaban más cerca del rey se echaron a reír, pero —me di cuenta— nadie probó el helado. Un embarazoso silencio cayó sobre la reunión de la corte.

Fue un *impasse*. Las virutas ya empezaban a fundirse bajo el sol. Sabía que era inútil discutir con aquel médico necio: eso sólo habría avergonzado al rey en presencia de sus invitados. Noté un sabor extraño en la boca y comprendí que me había mordido las encías para mantener la sonrisa en los labios.

Entonces, una voz —una fresca voz femenina— dijo, detrás del rey:

—Quizás podría probarlo yo por vos, Majestad.

La que había hablado era una mujer, o, mejor dicho, una muchacha, porque era incluso más joven que madame: puede que tuviera dieciocho o diecinueve años y llevaba un vestido que parecía uno que hubiera descartado madame y que le daba un aire si cabe más joven. Su rostro tenía algo de infantil: era hermosa, pero con aquellos labios demasiado grandes y aquellas pecas a ambos lados de la nariz, poseía la belleza severa y aún inmadura de la adolescencia. La masa de rebeldes tirabuzones que caían sobre su cuello, *au naturel*, parecía más la peluca de un hombre que los elaborados tocados que lucían las otras damas. Su piel era muy pálida, tan pálida como el helado de leche. Sin embargo, eran sus ojos lo que más llamaba la atención: eran verdes, y uno de ellos parecía un poco perezoso, como si tuviera que reflexionar un momento antes de seguir el movimiento del otro.

La joven se volvió hacia el médico.

—¿Ese es el fundamento del nuevo método, verdad? Hipótesis, investigación y finalmente deducción, ¿no?

El médico asintió a regañadientes.

—Muy bien, entonces —dijo la muchacha—. Yo seré vuestra investigación; si muero, podréis deducir todo lo que corresponda al caso.

—¡Bravo, *la belle bretonne*! —exclamó el rey—. ¿Y si os da un ataque, querida? Vuestros padres nunca me lo perdonarían.

—Es un honor correr ese riesgo por vos, sire.

Su voz tenía un tono sardónico, como si quisiera decir: «Son sólo tonterías, y

todos lo sabemos».

—Además —añadió la joven, cogiendo con destreza el cuenco que sostenía madame—, la ración es muy escasa. Así me aseguro de que, a pesar de mi inferior rango, podré probar esta maravilla de la que tanto he oído hablar.

La muchacha se llevó la cuchara a los labios.

Aquel era un momento que siempre había adorado, el momento en que alguien probaba uno de mis helados por primera vez. Evidentemente, era mucho mejor si no tenían ni idea de lo que estaban a punto de degustar, así la sorpresa era absoluta; había descubierto que, aunque creyeran adivinar qué les esperaba, no conseguían imaginar cuál sería la sensación. A veces, si la persona en cuestión era necia, se sobresaltaba y dejaba caer el cuenco; a veces, las damas solían gritar, alarmadas, llevándose a la boca la mano que aún sostenía la cuchara, como si tuvieran miedo de sufrir un ataque de hipo o de tos o de escupir lo que habían tomado. Luego, un instante después, el susto se convertía en asombro, y el asombro en placer. Eso significaba que la primera cucharada se acababa de fundir en su boca y que el sabor dulce e intenso —si yo había hecho bien mi trabajo— los empujaba inmediatamente a tomar otra cucharada, y otra más, hasta que el exceso de frío entumecía de repente el paladar y provocaba una punzada en la cabeza; en ese punto, la gente lanzaba alguna exclamación y boqueaba para absorber aire caliente y poder así fundir el hielo que se agarraba a su garganta. Sin embargo, eso también duraba sólo un momento; luego venía la batalla final entre la prudencia y la glotonería, mientras el deseo de tomar otra cucharada se enfrentaba al miedo de una nueva sensación de frío, hasta que todo el contenido del cuenco era devorado por completo y se lamía hasta la última pizca de helado licuado que quedaba en la cuchara con la que se había servido.

Sin embargo, aquella joven no gritó ni tosió. Sólo abrió mucho los ojos, mostrando durante un instante una expresión de sorpresa antes de recomponerse.

—¿Y bien? —le preguntó el rey.

Tenía una mancha blanca en el labio superior. Al cabo de un momento, la lamió con la lengua. Aunque estaba hablando con el rey, sus ojos —incluso el perezoso— se fijaron en mí más tiempo del debido, y por un instante detecté algo en ellos —un destello de algo indefinido, rápidamente reprimido— que reconocí.

Había visto esa expresión en el rostro de una mujer en otras dos ocasiones: una en el de Emilia, y otra en el de Olympe.

—Diría —observó— que es fresco y dulce como el beso de un amante en un caluroso día de verano, aunque, naturalmente, una muchacha como yo no tiene ni idea de cómo sabe tal cosa.

Algunos de los presentes se echaron a reír por lo imprudente de su ocurrencia. El rey aplaudió.

—Aquí tenéis vuestra respuesta, Félix... Como siempre, habéis sido demasiado prudente. Y *la belle bretonne* se ha tomado vuestra ración de helado de fresas, de modo que os quedaréis sin probarlo.

—No deseo probarlo, sire —repuso el médico, con aire contrito—. No sería un buen médico si no siguiera mis propios consejos.

Las damas y los nobles de la corte se apiñaron en torno a mí y a Audiger, más impacientes si cabe por el hecho de que no habría bastante para todos. Un momento después, el helado de fresas había desaparecido. Las risas y las exclamaciones de sorpresa llenaban el aire. Las mujeres se quedaron de piedra por el estupor, con los carrillos hinchados tras el primer bocado; los hombres se reían de ellas, aunque hacían muecas no menos desconcertadas. Algunos trataban de fingir que no era nada nuevo ni notable para ellos, aunque se llevaban a la boca las cucharadas con gran desenvoltura, con una cínica sonrisita en los labios, aunque sus gargantas se enfriaban más deprisa y eran los que sentían las primeras punzadas de dolor en la cabeza. Vi a un elegante cortesano dando un paso atrás, como si le hubiesen disparado en la espalda, con los ojos fuera de las órbitas. La sonrisa afectada en el rostro de otro se convirtió en una risotada de alegría infantil, mientras un tercero se puso a cantar por la sorpresa.

—¿Y bien? ¿Qué os parece? —les preguntó el rey, impaciente.

Todos se afanaban por acercarse a él para decir que era lo más asombroso que habían probado en su vida y que ninguna otra corte era capaz de ofrecer tantos prodigios como la francesa. El monarca asintió con la cabeza, complacido; entonces, señalándonos a Audiger y a mí, exclamó:

—¡El gran Demirco! ¡Audiger! ¡Los maestros pasteleros de Francia!

La corte aplaudió, batiendo las manos enguantadas. Audiger y yo les dimos las gracias haciendo elegantes reverencias a derecha y a izquierda.

Así eran las comidas al aire libre en la corte de Luis XIV.

—¿Y vos, lord Buckingham? —preguntó el rey, dirigiéndose al inglés—. ¿Qué os parece?

—Muy refrescante —repuso el visitante, colocando la cuchara en el cuenco vacío—. Estoy seguro de que a mi rey le gustaría saber cómo se elabora.

—Desgraciadamente, eso es imposible. Demirco y sus colegas son muy cuidadosos a la hora de guardar los secretos de su arte. Y hay cosas que ni siquiera un rey puede ordenar.

—Estoy convencido de que Su Majestad puede conseguir todo lo que desea —dijo el inglés, secamente.

—¿Estamos hablando del helado de fresas o del puerto de Dieppe?

Risas.

Me dio la impresión de que los fragmentos que conseguía entender de lo que estaban hablando formaban parte de otra conversación, como un partido de *paille maille*, en el que los lanzamientos más importantes son los que se elevan a dos metros del suelo.

—Además, vosotros, los ingleses, tenéis unos gustos muy particulares en cuestión de postres. Creo que lo que más os gusta son las tortitas —decía el rey, provocando

más risas.

Al menos era capaz de seguir aquella parte de la conversación: las tortitas eran un plato holandés, y los holandeses eran contra quienes estaban conspirando ahora los franceses; la segunda potencia de Europa enfrentándose a la primera, para adueñarse de las tierras que los holandeses habían robado al mar. O algo así. Oía las conversaciones sobre política que se mantenían en el laberinto de las cocinas y las despensas en los sótanos de Versalles, pero no les prestaba demasiada atención.

—¿Qué decís vos, Demirco? —Para mi sorpresa, el rey me estaba mirando fijamente—. ¿Podríamos prepararle un helado al rey Carlos de Inglaterra, algo tan delicioso que le hiciera olvidarse para siempre de las tortitas? ¿Un postre que le recordara a Francia, a los largos años de exilio durante los cuales disfrutó de nuestra hospitalidad, para que no se olvide de sus viejos amigos con el ansia de degustar de nuevo las tartas y los potajes ingleses?

El rey dijo «las tartas y los potajes» en un tono jocoso, provocando una vez más las risas y los aplausos de sus cortesanos.

—Por supuesto, sire —dije, sin estar seguro de si Luis estaba bromeando o no—. Como guste Su Majestad. Pero ¿no se habrá derretido antes de que pueda probarlo?

—Es posible —repuso el rey, encogiéndose de hombros.

Me pregunté si no habría dicho alguna inconveniencia.

De pronto, Audiger recuperó el habla.

—Sire, para mí sería un honor preparar un helado digno de que Su Majestad lo ofrezca al rey de Inglaterra.

Miré a Audiger, desconcertado. ¿Qué quería decir? ¿No estaría pensando que era capaz de preparar un helado que superara a los míos? Al parecer, así era. Me miraba con frialdad. Aquella sería su venganza por haber acaparado toda la atención del rey.

—¡Ah, signor Demirco! ¡Parece que os han desafiado! —exclamó Luis, con regocijo—. ¿Aceptáis el reto?

Hice una reverencia.

—Por supuesto.

—¡Estupendo! Invitaremos a participar a Procopio y a... ¿Cómo se llama ese otro pastelero? El signor Morelli. Cada uno dará lo mejor de sí, y... lord Buckingham, antes de partir tal vez nos haríais el honor de juzgar nuestra pequeña competición.

—Será un placer. Pero ¿cuál será el premio?

Luis reflexionó un instante.

—Ésta gente no ha parado de presionarme para tener un gremio. Digamos que el que elabore el mejor sorbete será nombrado su presidente.

Por el rabillo del ojo vi que Audiger se ponía rígido. Si no hubiésemos estado en presencia del rey, habría lanzado un suspiro. De todo aquello no podía salir nada bueno.

—¿Esta es tu forma de darme las gracias? —dijo Audiger, jadeando mientras

ascendíamos la colina en dirección a palacio.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy hablando de tu actitud condescendiente conmigo en presencia del rey. Por no hablar de esa joven bretona... ¡Qué insolencia! Seguro que lo tenía todo planeado.

—¿La morena? ¡Pero si nos ha hecho un favor! De no haber sido por ella, nadie habría probado el helado.

—Obedecía las órdenes de madame, puedes estar seguro de ello.

—¿Por qué? ¿Quién es?

Audiger hizo un gesto con la mano, como si quisiera obviar la pregunta.

—Una de las damas de compañía de madame. Aparte de eso, nadie importante. Pero si yo no hubiese estado allí para salvar el honor del rey y aceptar el desafío...

—¿Cómo?

—Si yo no hubiese estado allí —repitió Audiger— el rey se habría sentido avergonzado ante su invitado inglés. Aunque sólo sea por eso, él me convertirá en vencedor.

—¿Qué piensas prepararle?

Audiger adoptó una expresión burlona.

—Aún no lo sé, pero cuando lo sepa no pienso decírtelo. Algo glorioso. Quizás algo que simbolice el brillo del sol.

Por supuesto, pensé, lanzando un suspiro: el sol. Era la respuesta de todos los cortesanos. Personalmente, si yo fuera el rey, estaría harto de cajas de tabaco con el sol estampado en relieve, de espejos decorados con soles, de joyas con forma de sol, de cuadros embellecidos con soles, de muebles adornados con soles... Pero a Luis no parecía molestarle. Quizás fuera una ventaja tener un único símbolo asociado a su nombre, del mismo modo que en Florencia las tres bolas de los Medici estaban en todos los palacios y las iglesias.

—Tal vez deberías servirle un helado que estuviera derretido —le sugerí—. Ya sabes, para simbolizar el calor deslumbrante del sol que emana del rey.

—Un día —dijo Audiger, con gravedad— esa lengua tuya te meterá en un lío. Y sospecho que ese día llegará antes de lo que esperas.

En eso, como se vería más adelante, estaba muy equivocado. No fue mi lengua la que me metió en un lío ese día, sino mis ojos, cuando vieron a cierta dama de compañía de ojos verdes y pelo oscuro. Sin embargo, no le hablé de ella a Audiger. No tenía ningún sentido hacerle partícipe de mi interés.

## Carlo

Debe mezclarse el sorbete con un tenedor mientras se congela, a fin de ablandar los cristales y romper el hielo.

*El libro de los helados*

Unos días más tarde estaba dando un paseo por el jardín de rosas, sumido en mis pensamientos. Estaba pensando en la competición del rey y en lo que debería preparar, aunque también reflexionaba sobre mi futuro.

Parecía que mi asociación con Audiger, tensa desde hacía tiempo, se estaba convirtiendo finalmente en rivalidad, con la presidencia del gremio como recompensa. Me remordía la conciencia —si Audiger no me hubiese rescatado de la corte de los Medid, quién sabe cuánto tiempo habría tenido que resistir allí—, pero no se podía ser agradecido eternamente. Y, a decir verdad, me había dejado perplejo el hecho de que el francés pensara que podía superarme a la hora de crear un helado. Siempre había creído —no: siempre había sabido— que en aquel aspecto de nuestro trabajo mi supremacía estaba clara.

Las palabras de Luis al inglés habían constatado que, en su opinión, sólo era necesario un pastelero, y yo simplemente debía asegurarme de ser el elegido. No había otra opción: tenía que ganar la competición y Audiger debería ceder ante mí.

Había un lugar al que iba de vez en cuando para estar solo, cuando quería huir de las constantes idas y venidas de los cortesanos: un bosquecillo de nísperos cuyas ramas más bajas creaban una especie de banco oculto. Me dirigía hacia allí cuando descubrí que, después de todo, no estaba solo. Había una mujer leyendo justo en el mismo sitio donde tenía pensado sentarme.

Sólo cuando estuve muy cerca vi de quién se trataba. Era la joven de ojos verdes, la que había probado mi helado. Me puse contento: no pensaba que tendría la ocasión de volver a verla tan pronto.

—Madame —dije, inclinando la cabeza—. Buenos días.

—Mademoiselle —me corrigió, levantando un instante la mirada—. Soy mademoiselle Louise de Keroualle.

—Le pido disculpas mademoiselle. Yo soy...

—El gran Demirco, el heladero —dijo ella, lacónicamente—. Sí, lo sé.

Incliné nuevamente la cabeza, esperando que dijera algo, pero ya había retomado su lectura.

—Mademoiselle, debería daros las gracias por haber probado mi helado el otro día —dije—. Si no lo hubierais hecho, estoy seguro de que aquel médico necio habría convencido al rey de que no lo degustara.

—Bueno, de momento no he tenido ningún ataque —repuso, volviendo una

página—. Aunque vuestra creación sí ha tenido ciertos efectos desagradables.

—¿En qué sentido?

—Desde entonces, toda la corte no habla más que de helados. Era imposible hacer otra cosa. He tenido que venir aquí para huir de vos y leer mi libro en paz. Y ahora estáis aquí, en carne y hueso.

Lo dijo con tanta naturalidad que por un momento me pregunté si realmente le molestaba mi presencia. Pero entonces me acordé de la ansiedad con la que había devorado mi helado de fresas y decidí insistir.

—¿Y qué hacéis aquí, en la corte, mademoiselle? Normalmente no suele ser un lugar donde se lean libros.

—Si os interesa saberlo, estoy esperando —respondió, tras dudar unos instantes.

—¿Esperando a quién?

—A mi esposo.

—¿Y hace mucho que lo esperáis?

—Desde hace unos tres años. Ya veis, no tengo marido.

Ligeramente confundido por aquella frase sin sentido, dije:

—Creía que a una mujer joven y bonita como vos no le faltarían pretendientes.

No reaccionó a mi cumplido en alguna de las dos formas que yo había previsto: no se ruborizó con gracia, como habría esperado de haber correspondido a mi interés, pero tampoco me miró con desprecio, para darme a entender que no estaba receptiva. Simplemente lanzó un suspiro, como si ya hubiese tenido aquella misma conversación en muchas ocasiones.

—¿Queréis galantearme? Os ruego que no lo hagáis, signor Demirco. ¿No os lo han dicho? Soy demasiado pobre para ser cortejada.

—¿Qué queréis decir?

—Sólo quiero decir que nadie les ha explicado a mis padres el precio que tiene hoy en día un buen marido: casi una docena de elegantes vestidos, un palacio en la ciudad, un coto de caza, las deudas saldadas y las pérdidas en las cartas restituidas. — Hablaba en un tono ligero, aunque me pareció ver un destello de rabia en su mirada —. Han hipotecado las últimas propiedades que les quedaban y comprado a su hija mayor un puesto en la corte, con la esperanza de que la excelencia de su espíritu consiga que algún rico cortesano se olvide de la pobreza de su familia y nunca se dé cuenta de su error.

—Lamento oír eso.

—No me compadezcáis, signor. En cualquier caso, aquí no estoy perdiendo el tiempo. Mientras espero, soy la dama de compañía de madame Enriqueta.

Al no estar seguro de si continuaba hablando en sentido irónico, guardé silencio.

—Oh, madame es una gran persona —exclamó, con repentina pasión—. No es una de esas bellezas de la corte afectadas que se contentan con bordar cojines y concertar citas amorosas. —Había cerrado el libro, pero me di cuenta de que había metido el pulgar en él para no perder el punto. Bajé la mirada y me llevé otra

sorpresa: no estaba leyendo un relato romántico, sino los *Principios de la filosofía*, de Descartes—. Está trabajando en un importante acuerdo diplomático: una alianza entre su hermano, el rey de Inglaterra, y su... —Dudó un momento—. Su protector, el rey de Francia, como pudisteis ver vos mismo ayer.

Sacudí la cabeza.

—Sólo vi a algunos cortesanos ociosos, un partido de *paille maille* y un baile.

—En esta corte, bailar es diplomacia. Y, aunque pueda resultar divertido, lanzar polvo a los ojos de los ingleses no es tan fácil como hace que parezca madame.

—¿Polvo?

—Disculpadme —dijo, de repente—. Estoy hablando de asuntos sobre los cuales no debería decir nada. —Se puso en pie—. Deberíais hacerme un gran favor, signor: olvidar que hemos tenido esta conversación.

—¿Olvidar qué? —le pregunté, perplejo—. No habéis dicho nada; nada trascendental, al menos.

Había empezado a alejarse, pero se detuvo. Una vez más, su ojo perezoso parecía posarse en mí más tiempo que el otro.

—Me alegro de que penséis así —dijo, en tono burlón—. Por mi parte, creía haberos revelado los secretos más profundos de mi corazón.

Cuando se disponía a entrar en el jardín de rosas, sentí un impulso y le grité:

—Tal vez volvamos a vernos.

No se detuvo, pero su voz llegó flotando hasta mí.

—Si ambos seguimos buscando lugares donde estar solos, podéis estar seguro de ello, signor Demirco.

«Olvidadlo», me había dicho, pero, para mi sorpresa, descubrí que no podía hacerlo. No era su aspecto, o al menos no era sólo eso. La corte de Francia estaba llena de mujeres bonitas; pero lo cierto es que, según los cánones imperantes, ella *no era* ninguna belleza: su ojo perezoso, casi estrábico, no era ciertamente ningún punto a su favor. No, había algo más, algo en su forma de comportarse.

En italiano existe una palabra, *stizzoso*, para definir a una persona quisquillosa, insatisfecha, incluso enojada; como un puerco espín o un erizo. Entre las damas lánguidas y refinadas que habitaban en la corte había visto muy pocos erizos. Pero Louise de Keroualle era uno de ellos.

«Tal vez volvamos a vernos...». Qué torpe había sido... Sin embargo, no me había rechazado. «Podéis estar seguro de ello».

Desde entonces, había visitado el bosquecillo de nísperos media docena de veces, pero ella no estaba.

Olympe esperó a que acabáramos de hacer el amor y a que ambos estuviéramos tumbados, con mis pies junto a su cabeza, en la enorme cama con dosel, antes de decir:

—Hoy estabais distraído.

Volví la cabeza y le di un beso en su regordeta pantorrilla.

—Eso jamás.

—¿Quién es ella?

—¿Qué queréis decir? No hay nadie, salvo vos.

—Embustero. —Olympe me empujó con el pie y se sentó, apoyándose en un brazo—. Contadme. A decir verdad, prefiero las intrigas a los cumplidos. Tal vez pueda ayudaros a seducirla, sea quien sea.

—Hay una muchacha... —dije, a regañadientes.

—Sí, por supuesto. ¿Quién es? Vamos, decídmelo.

—Louise de Keroualle. No sé por qué, pero me parece fascinante.

—¡Ah, *ella!* —Olympe volvió a tumbarse en la cama—. Olvidadla. No podréis hacerla vuestra. Nadie podrá.

—¿Por qué no?

—Porque no está casada, naturalmente. —Al ver mi expresión de perplejidad, se explicó—. Se puede tolerar la infidelidad en una esposa o en una amante; en realidad, es algo que se espera en un lugar como éste. Pero una prometida en potencia, sobre todo una indigente como la pobre Louise de Keroualle, sólo puede ofrecer su virginidad. Lamentablemente, es *demasiado* pobre para que alguien de esta corte piense ni siquiera en desposarla. Así pues, seguirá siendo virgen toda su vida, a menos que sus padres se den cuenta de su error y la ofrezcan en un mercado menos exigente.

—Hacéis que parezca un objeto que está a la venta.

—Por supuesto. Nosotras, las mujeres, estamos todas a la venta, sólo que algunas preferimos ocuparnos personalmente de las negociaciones o conceder nuestros favores de vez en cuando. —Olympe se despezó voluptuosamente—. En cualquier caso, no es adecuada para vos. Esa muchacha censura a todo aquel que se divierte.

—¿Queréis decir que os censura a vos?

—¿Os podéis imaginar —continuó Olympe, sin responder a mi pregunta— cómo sería en la cama alguien así? Lo único interesante sería ver si sois capaz de llevarla hasta allí. Después de eso —añadió, encogiéndose de hombros—, sólo quedaría el hastío.

—Seguramente debe pensar que la cama es un lugar para leer libros.

Olympe se echó a reír.

—He encontrado un libro que me gustaría que leyéramos juntos —dijo, en tono burlón—. Las Posturas, de Aretino. La corte está encantada con él. Ilustra veintisiete posiciones distintas, y hay al menos cuatro que aún no hemos probado.

Contemplé su cuerpo desnudo.

—¿Cuándo volveré a veros?

—¿Así? Eso dependerá de si intentáis hacer algo con la joven De Keroualle.

—Habéis dicho que no puedo tenerla.

—Y no podéis. —Dejó que sus cortas y voluptuosas piernas colgaran de la cama y luego se dirigió a la antecámara, donde la estaba esperando el baño—. Aunque no creo que eso os impida intentarlo, ¿verdad?

No volví a ver a Louise de Keroualle hasta casi una semana después. Los días eran muy calurosos, y las damas y los caballeros de la corte no paraban de pedir cordiales helados y licores refrescantes, por no hablar de las preparaciones para la competición del rey. Aunque no la veía, no dejaba de pensar en ella, por lo que dedicaba mucha menos atención de la debida a la competición del rey.

Estaba en el depósito de hielo, supervisando la preparación de unos sorbetes, cuando una voz femenina dijo:

—Disculpad.

Era ella. Llevaba un vestido de manga corta muy sencillo, de lino marrón. Me di cuenta de que el frío del depósito le había puesto la piel de gallina en los brazos y en su delicado cuello. Pensé de repente cómo sería dar un paso al frente, agarrar aquellos aterciopelados brazos y frotarlos con las manos hasta aliviar sus escalofríos...

—Mademoiselle de Keroualle —dije—. ¿A qué debo este placer?

Quizás hablé con excesivo entusiasmo; en cualquier caso, me pareció que me miraba con desconfianza.

—Si esto es un placer, signor, entonces es que es muy fácil complaceros.

No pensaba dejarme disuadir por su escasa amabilidad.

—Si analizáis un cumplido tan inocente, puede que seáis demasiado susceptible.

—Tal vez —repuso ella, lanzando un suspiro—. En realidad, ha sido madame quien me ha enviado.

Quiere una copa de agua de achicoria helada.

—Por supuesto. Yo mismo se la prepararé. Pero tardará unos minutos.

—Puedo esperar.

Se apoyó en una de las estanterías de piedra de la pared, cruzando los brazos sobre el pecho para protegerse del frío mientras yo empezaba a reunir todo lo que necesitaba. De vez en cuando le lanzaba una mirada, esperando que mis sonrisas fueran contagiosas, pero ella se limitaba a mirar a su alrededor, como si sintiera curiosidad por todo lo que la rodeaba.

Al fondo del depósito había un montón de bloques de hielo, listos para ser machacados, esculpidos o triturados.

—Qué bonitos son —dijo, en voz baja.

—¿Bonitos?

Nunca los había contemplado bajo esa óptica. Para mí eran sólo bloques, un material tosco con el que trabajar, aunque en cierto sentido sí eran bonitos. Me di cuenta de ello en aquel momento, como si cada uno de los bloques fuera de pórfido o de mármol: algunos eran transparentes como el cristal, otros opacos, y los había que tenían corazones o espirales blancos en su interior, como el agua que se vuelve turbia

cuando se remueve. Los bloques eran bajos y largos como una mesa, y a la luz del depósito emitían una especie de reflejo frío y plateado.

—Son tan puros... —dijo ella—. Resulta muy extraño en pleno verano.

—Estos bloques han llegado en carro directamente de las bodegas del rey en Besangon. No hay un hielo mejor en todo París. —Contemplé sus brazos y el delgado vello de su piel erizándose de nuevo—. Estáis helada. Acercaos, dejadme que os frote...

—Gracias —dijo de inmediato, alejándose—. No es necesario. Como vos, estoy acostumbrada al frío.

—¿De verdad?

Tras ponerme un guante para picar —un guante de cuero muy grueso, cubierto de cota de malla— empecé a raspar el hielo en un cuenco con movimientos firmes y enérgicos.

—En el lugar de donde procedo, la bahía de Brest, los inviernos son muy severos. —Guardó silencio un momento, como perdida en sus recuerdos—. Incluso el mar se llena de hielo. A veces llega la niebla desde el mar del Norte y lo congela todo: cada árbol y cada hoja de hierba quedan cubiertos por minúsculos cristales, como si fueran una pelliza blanca.

Asentí.

—He oído hablar de eso, aunque nunca lo he visto.

—Si vas bien abrigado, o eres rico o joven, es maravilloso —dijo. Su mirada parecía muy lejana mientras seguía los rítmicos movimientos de mi mano sobre el hielo—. Sin embargo, si eres pobre o viejo o estás hambriento, puede ser terrible. Todos los años, cuando la tierra recupera su estado habitual, enterramos a decenas de personas que mueren a causa del mal tiempo. Mi familia contaba con más recursos que la mayoría, naturalmente, y siempre teníamos algo para encender el fuego en el salón; un fuego de leña, quiero decir, no de carbón marino. Sin embargo, la estancia de los niños y las alcobas eran frías. Esperábamos ansiosos la nieve, porque significaba que el tiempo iba a mejorar. Si nos despertábamos y el hogar estaba lleno de nieve, nos vestíamos y salíamos afuera para bailar y hacer muñecos de nieve. —Su mirada se hizo más dulce al recordarlo—. O a lanzar bolas de nieve a tus hermanos, por supuesto. Pero eso ocurrió antes de que me enviaran a la corte.

Me vino una imagen fugaz de aquella orgullosa joven bailando en la nieve, girando feliz sobre sí misma, su pelo oscuro brillando por los copos de nieve que parecían lentejuelas a medida que se derretían.

—En Florencia casi nunca nevaba —dije—. Una o dos veces al año, tal vez. —El hielo ya estaba listo. Dudé un momento—. Ahora debo pedirlos que os deis la vuelta. Esta parte del proceso es secreta.

Ella levantó una ceja.

—¿Pensáis que puedo robaros vuestros trucos y dedicarme a preparar helados por mi cuenta?

—Por supuesto que no. Pero, desgraciadamente, no puedo hacer excepciones. El rey en persona insiste en este punto.

Se encogió de hombros y se dio la vuelta. Añadí una cucharada de salitre al hielo y a continuación cogí una jarra de cuello largo, una *cantimplora*, en la que vertí el líquido del licor. Tras introducir la vasija en la mezcla de hielo, la hice rotar, enfriando su contenido hasta que casi estuvo helado.

—Supongo que el misterio forma parte de la función —comentó, de cara a la pared—. Al igual que un mago, debéis hacer que parezca más difícil de lo que es en realidad.

Durante unos momentos posé mis ojos en su espalda sin que se diera cuenta: la curva de la espina dorsal, la forma las caderas, la postura del cuerpo, aún un poco torpe, que recordaba más a un potro que a un caballo.

—Al contrario. Sólo protegemos lo que hay que proteger.

Puse el resto del hielo a cucharadas en una copa y vertí por encima el licor helado. Pensé que era de un color muy bonito al sostenerlo a contraluz para admirarlo: marrón claro, casi dorado, con el hielo brillando en el fondo.

—Ya podéis daros la vuelta.

Ella obedeció.

—¿No hay más? —preguntó.

—¿No basta con esto?

—Madame querrá asegurarse de que lo he probado.

—¿Por qué?

—Teme ser envenenada.

—¿Envenenada?

Una vez más, su mirada se detuvo en mi rostro, como si se preguntara cuánto podía contarme. Con expresión muy seria, dijo:

—No os reiríais si conocierais los riesgos que corre. Su esposo... —Se estremeció—. Bueno, da igual. Pero está claro que me preguntará si lo he probado.

En la jarra quedaba un poco de licor. Lo vertí en otra copa.

—*Prego* —dije, tendiéndosela. De pronto, se me ocurrió algo—. ¿Fue por eso que probasteis su helado de fresa? Después de todo no fue por complacerme a mí ni por poner en ridículo a ese estúpido médico. Sólo queríais aseguraros de que no estuviera envenenado.

Se bebió el licor de un solo trago, con sus ojos fijos en los míos, el perezoso siguiendo al otro.

—Excelente —dijo, tendiéndome la copa vacía. No estaba muy seguro de si se refería al licor o a mi razonamiento. Cogió la otra copa y la colocó en una bandeja.

—Y cuando dijisteis que era delicioso como el beso de un amante en un caluroso día de verano...

Sonrió.

—Son la clase de sandeces que le encanta oír a la corte, ¿no os parece?

Solté un gruñido.

—¡Oh, no os ofendáis! —dijo—. En realidad, el helado estaba muy rico. Ambos tenemos nuestros propios secretos, signor, sólo que el mío es un poco más importante.

—¿Cómo pueden ser importantes los secretos de una mujer? ¿Los secretos de a qué costurera hay que acudir o de quién ha ganado a las cartas?

—Estoy segura de que tenéis razón. —Se dirigió hacia la puerta, sosteniendo la bandeja con las manos, y se detuvo—. Y ahora me doy cuenta de que soy un ejemplo tan débil de mi sexo que soy incapaz de abrir esta puerta tan pesada sin usar las manos.

Lanzando un suspiro, me dirigí hacia la puerta y la abrí.

—Os quedo muy agradecida —dijo, con burlona cortesía—. Ha sido un placer hablar con vos. Y deberías saber que, a diferencia de vos, no soy fácil de complacer.

No podía hablar con Audiger, de modo que fui a ver a Olympe.

—Sé que me dijisteis que no volviera hasta que no hubiera acabado con ella —dije, irrumpiendo en sus aposentos—, pero necesito vuestro consejo.

Mientras le contaba lo que había ocurrido, me di cuenta de lo ridículo que sonaba: algunas miradas, algunos comentarios ingeniosos, una conversación sobre una guerra de copos de nieve con sus hermanos... Sin embargo, Olympe escuchó lo que tenía que contarle, asintiendo de vez en cuando.

—Bueno, eso es interesante —dijo, cuando hube terminado.

—Entonces, ¿creéis que le gusto? —le pregunté, impaciente.

—Oh, no hablaba de vuestra gran pasión, por muy divertida que me parezca. No, me refería al interés de madame Enriqueta de Inglaterra por las grandes maniobras políticas. Lo cual, como observó justamente Louise, es algo muy serio.

—¿De qué estáis hablando?

Lanzó un suspiro.

—Vuestro problema, Carlo, es que pensáis que toda la corte sólo vive para catar vuestros helados, cuando en realidad es una máquina de guerra, la mayor de Europa. Y el hecho de que se caiga un pañuelo aquí puede provocar un incendio que destruya ciudades enteras en España o en Flandes.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con Louise de Keroualle?

—El rey quiere que los ingleses sean sus aliados en una guerra contra los holandeses —dijo Olympe, como si estuviera hablando con un idiota—. Los ingleses no tienen un gran peso, naturalmente, pero tienen una gran extensión de costas que no deben caer en manos de nuestros enemigos.

—Eso ya lo sé. Ésa es la razón de la visita del inglés. Para redactar un tratado.

Olympe negó con la cabeza.

—El verdadero tratado se firmó en secreto hace tres semanas.

—No lo entiendo. ¿Cómo?

—Cuando madame Enriqueta se reunió con Carlos en Dover para celebrar su aniversario llevaba consigo un tratado redactado por ella y firmado por Luis, quien, casualmente, también es su amante —explicó—. ¿La habría seducido sólo para conseguir su ayuda? —Al encogerse de hombros, Olympe sugirió que lo creía posible—. En cualquier caso, el tratado dice que Carlos se compromete a declarar la guerra a los holandeses a cambio de un vitalicio de Luis..., un vitalicio tan generoso que Carlo no tendrá que volver a inclinarse ante el Parlamento inglés que le ha devuelto el trono.

—Me parece bastante razonable. Un parlamento no debería tener el derecho de inmiscuirse en los asuntos de un rey.

—Por supuesto. Sin embargo, he oído decir que el tratado también prevé la conversión de Carlos al catolicismo. Y si el rey de Inglaterra es católico, también deberá serlo su país. Es un tratado que, de hacerse público, podría provocar un conflicto entre Carlos y su país, de ahí la necesidad de redactar otra versión, una que pueda ser divulgada y en la que no se mencionen ni el vitalicio ni la religión.

—Así pues, el duque inglés...

—Ha venido, para deleite de Luis, con la intención de negociar los términos de un acuerdo que en realidad ya ha sido decidido. Pero, naturalmente, no debe sospecharlo... Debe creer que, gracias a su encanto y a su capacidad de negociación, ha conseguido obtener exactamente lo que se le ha encomendado. Volverá a Inglaterra con el *traité simulé*, su parlamento lo aprobará y nadie sabrá la verdad. A eso se refería Louise cuando se le escapó ese comentario sobre lanzar polvo a los ojos de los ingleses.

Asentí, aunque me parecían insólitas las complejas intrigas de la diplomacia francesa.

—Este plan, como es sabido, ha sido la gran preocupación de madame Enriqueta desde que su hermano recuperó el trono —continuó Olympe—. Sin embargo, se ha encontrado con muchos obstáculos, entre ellos la hostilidad de los cortesanos que se oponen a una alianza con protestantes y regicidas. Madame ha tenido algunos ataques, y los médicos pensaron que había sido envenenada.

—No lo sabía.

—Por supuesto que no. Son asuntos delicados y secretos. —Olympe se inclinó hacia delante, con los ojos brillantes—. Pero si la pequeña Louise de Keroualle, a su tierna edad, se ha convertido en la confidente de madame, no debe de ser la muchacha ingenua que yo creía que era.

Pensé en su voz sardónica, en su mirada inteligente y perezosa.

—Está claro que no es ninguna estúpida.

Olympe asintió con la cabeza.

—Lo cual puede suponer un problema para mí.

—¿Para vos? ¿Por qué?

—Porque espero que algún día el rey regrese a mi lecho de forma más definitiva,

naturalmente —dijo, sin más—. Ha elegido a su amante actual entre las damas de compañía de madame y debo tener cuidado de que no vuelva a hacerlo. Puede que haya llegado el momento de que la hermosa e inteligente mademoiselle de Keroualle vuelva a Bretaña. —Posó su mirada sobre mí—. En cuanto a vuestro pequeño problema, tiene fácil solución.

—¿De veras?

Olympe se levantó y se dirigió a la alcoba.

—Sé que dije que de momento no haríamos esto, pero las intrigas me parecen extrañamente excitantes. Venid: vuestra cura os está esperando.

Poco después dijo:

—Entonces... ¿pensáis que vuestra pequeña virgen os habría entretenido así?

Me eché a reír.

—Tenéis razón, como siempre. Es demasiado aburrida para mí. No pensaré más en ella.

—No os precipitéis —dijo.

Algo me alertó en su tono de voz.

—Olympe, ¿qué estáis tramando ahora?

—Se me ha ocurrido una idea —admitió—. Una idea deliciosa... Siempre tengo las mejores ideas mientras hago el amor. Es muy sencillo. ¿Por qué no la desposáis en vez de seducirla?

—¿Desposar a Louise?

—Sí. Es perfecto, ¿no? Después de todo, algún día tendréis que casaros, y deberíais hacerlo con alguien que contribuya a vuestros intereses. Tenéis dinero... dinero reciente, de acuerdo, pero alguien en su posición no puede hacerse de rogar, y el tiempo corre; ya debe de tener al menos veinte años. Sin embargo, pertenece a una buena familia, y está claro que al rey le gusta: desposándola, consolidaréis vuestra posición.

Guardé silencio durante un momento.

—¿Y luego?

Ella se encogió de hombros.

—En cuanto se quede encinta, la instaláis en una casa que no esté demasiado cerca. No tiene que afectar al resto de vuestras actividades. —Me puso una mano en el brazo, acariciándolo perezosamente—. Incluso puede facilitarlas. Hay muchas mujeres que prefieren tener una relación con un hombre casado que con un soltero. Mataríais dos pájaros de un tiro.

—Y eso también favorecería vuestros intereses, alejando de la corte a Louise de Keroualle.

—Por supuesto. En caso contrario, no os lo habría propuesto.

Pensé en ello. Era cierto que debía casarme pronto; y también era cierto que mi fortuna y la protección del rey significaban que podía contraer matrimonio con una

mujer bien situada. Ya había conseguido una posición que nunca habría imaginado; pero con la esposa adecuada y, como esperaba, la presidencia del gremio, no habría ningún motivo que me impidiera llegar mucho más lejos.

—De acuerdo, lo pensaré —dije.

Olympe se limitó enigmáticamente.

## Carlo

Para preparar nieve: coger una jarra con dos cuartos de galón de crema espesa y ocho claras de huevo y batir con una chuchara. Luego, coger un palito y cortar la punta en cuatro; perfumar la mezcla con esencia de bergamota o agua de rosas y batirla enérgicamente hasta montarla.

*El libro de los helados*

En Florencia, a veces, Ahmad contaba historias mientras trabajábamos. Eran historias que trataban sobre muchas cosas, aunque en cierto sentido siempre estaban relacionadas con el hielo.

Una de ellas era sobre nuestros patronos y un hombre que había trabajado para ellos hacía ciento cincuenta años. La historia tuvo lugar durante un invierno en el que habían nevado en Florencia. Los hijos de Pedro de Medici intentaron hacer un muñeco de nieve, pero como eran muy pequeños e inexpertos, no lo consiguieron. Entonces, Pedro llamó a uno de los artistas que había trabajado para su difunto padre y le ordenó que esculpiera un muñeco de nieve.

El joven intentó explicarle que la nieve no era el material más adecuado para su talento. Pedro de Medici le dijo que terminara antes de que saliera el sol.

Durante toda la noche, a la luz de la luna, el artista esculpió la nieve como si fuera un bloque del mejor mármol de Carrara, con las manos cubiertas con trapos empapados y helados para protegerse del frío.

Por la mañana, los príncipes Medici salieron al patio para ver lo que había hecho. Era, como escribió un contemporáneo, el muñeco de nieve más hermoso que alguien hubiera visto jamás. Sin embargo, durante el día aumentó la temperatura, y con el clima más templado llegó también la lluvia. Muy pronto no quedó nada de la primera escultura de Miguel Ángel, salvo una delicada estalagmita de hielo, como el muñón de un diente podrido, el único elemento blanco que quedaba en el patio.

En aquel momento, Ahmad hizo una pausa.

—Hay gente que cuenta esta historia para ilustrar la fugacidad de la belleza y la tiranía del tiempo, muchacho. Pero para mí significa algo distinto. Dos cosas distintas, en realidad. En primer lugar, cuando los Medici te ordenan que saltes, sólo debes preguntar hasta qué altura. Y en segundo lugar... —Posó sus pensativos ojos en mi impaciente mirada—. Y en segundo lugar, protege siempre el hielo de la lluvia.

Hice un muñeco de nieve para Louise de Keroualle.

Seguramente no era tan espectacular como el de Miguel Ángel, pero en cambio era comestible.

Primero tuve que preparar la nieve. Leche y azúcar, aromatizadas con agua de

rosas y mezcladas con claras de huevo y batidas con un palo trenzado. Congelé la espuma cuando estuvo tan ligera que se quedó pegada al palo, convirtiéndola en los más puros y delicados copos de nieve.

Con esa espuma confeccioné dos bolas, una para el cuerpo y otra para la cabeza, añadiendo un sombrero de caramelo crocante y una boca sonriente de naranja recubierta de azúcar. Los ojos eran pasas sultanas y la nariz una cereza conservada en licor. En una mano, el muñeco sostenía una escoba hecha con romero, mientras que en el pecho, a modo de corazón, tenía una rodaja de fresa caramelizada.

Y, para terminar, hice que nevara.

Era una hazaña inventada, supuestamente, por el gran Buontalenti, que Ahmad había ensayado en muy pocas ocasiones.

Después de rociar con agua de rosas una mezcla de hielo y salitre, las gotitas se transformaban en unos cristales tan ligeros que no se caían ni se despegaban, sino que quedaban flotando en el aire como motas de brillantes hojas de oro.

Louise no tardó mucho en volver a visitarme: todos los días me llegaba la orden de preparar un agua de achicoria helada para ayudar a madame a hacer la digestión, y Louise o alguna de las otras damas de compañía venían a recogerla. Esperé hasta que vino ella con la orden habitual, y, con brusquedad, le dije:

—Ya está preparada.

Levantó las cejas mientras miraba a su alrededor.

—No la veo.

—Está allí dentro.

Le indiqué con un gesto de la cabeza la puerta que debía cruzar.

Parecía desconfiar, pero no dijo nada y me obedeció. La oí lanzar un grito ahogado, y luego se hizo el silencio.

No me moví de mi sitio. De pronto me di cuenta de que no sabía si le gustaría o no.

Luego, algo frío y húmedo me golpeó en la sien. Me volví súbitamente. Vislumbré unos ojos sonrientes y llenos de júbilo antes de que una segunda bola de nieve, lanzada con la otra mano, me golpease en el cuello.

—Signor Demirco, ¿venís o no? —me preguntó—. No puedo hacer una guerra de nieve sola.

La seguí. La racha de aire que provoqué al entrar en el segundo depósito hizo que la nieve se arremolinara a mi alrededor, brillando a la luz de una vela de cera de abeja.

Ella se dio la vuelta, con las manos empapadas, y me lanzó otra bola de nieve; sin embargo, fue demasiado rápida, y se desintegró sobre mi abrigo. Entonces —no pude contenerme— di dos pasos y ella estaba entre mis brazos. Sus labios —aquellos labios pálidos y frescos— sabían a agua de rosas y a azúcar y estaban cubiertos de copos helados que parecían fragantes y delicados granos de polen.

Durante un largo instante la besé y ella me correspondió —estaba seguro de ello

—, su cálida boca contra la mía. Luego, lanzando un repentino grito ahogado, se apartó de mí con una expresión de horror en el rostro.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó.

—Esperad —dije—. Louise, dejad que os explique. Quiero...

Pero ya se había ido. Sentí que entraba una ráfaga de aire caliente a través de la puerta, como las olas del mar rompiendo sobre un banco de arena, y a mi alrededor vi que la nieve se convertía de nuevo en agua, como el oro de los necios.

Intenté escribirle una carta, pero la hoja de papel era un impoluto campo de nieve que sólo habría echado a perder con los trazos de mi pluma. Decidí mandarle el muñeco de nieve en una fuente que cargaron dos lacayos, dirigido a Louise de Keroualle en los aposentos de madame Enriqueta, duquesa de Orleans.

Me lo devolvieron una hora después. Lo habían rechazado. Después de las idas y venidas por todo el palacio, estaba casi derretido.

Fui a visitarla, pero no me dejaron entrar. Así pues, estuve merodeando cerca de los nísperos, esperando encontrarla.

Finalmente la vi dirigiéndose al bosquecillo. Llevaba algo en la mano. Parecía un chal.

—¡Louise! —la llamé.

Por un momento volvió la cabeza y me pareció que dudaba, pero acto seguido empezó a andar a toda prisa. La perdí de vista detrás de un seto y eché a correr para alcanzarla. En esa parte de Versalles, los jardines eran como un laberinto, una serie de patios y parterres conectados entre sí, aunque cada uno no resultaba visible desde el contiguo. No estaba en el siguiente jardín, aunque a través de un agujero del seto pude ver parte de su vestido.

Al final, en una curva del camino, junto a una fuente, la vi.

—¡Louise! —volví a llamarla.

Sin embargo, vi que se reunía con un reducido grupo de gente entre la que se encontraba su señora, madame Enriqueta, sentada en un banco de piedra. Incluso a esa distancia pude ver lo frágil y sumisa que era. A su lado estaba el rey, junto a Buckingham y dos ministros.

—No es nada, de verdad —dijo en voz baja madame cuando Louise le cubrió la espalda con el chal—. Sólo ha sido un leve mareo, Majestad.

—El aire es bastante frío —observó Buckingham—. ¿No preferís entrar?

El rey me había visto.

—Signor Demirco, ¿a quién estáis buscando?

Me di cuenta de que lo estaba mirando con cara de tonto.

—Majestad... Me preguntaba si a madame la condesa le apetecería un cordial. Sé que a veces toma achicoria helada para hacer la digestión.

Luis miró a madame con expresión inquisitiva.

—Tal vez un poco más tarde —dijo ella, con un hilo de voz—. Podrías mandarme una copa a mis aposentos.

—¿Signor Demirco? —me interpeló el rey cuando ya me retiraba.

—¿Majestad?

—¿Cómo va la elaboración del helado para el rey de Inglaterra? Ya sabéis que esperamos algo maravilloso.

Me incliné de nuevo.

—Aún no he dado con nada apropiado, sire.

Una expresión de ligera sorpresa cruzó el rostro del rey.

—Bueno, no esperéis demasiado.

Se volvió hacia los demás, y mientras yo me alejaba, con las orejas rojas por la vergüenza, escuché lo que dijo:

—Italiano... Poco fiable, pero muy creativo: ya veréis, señor duque, ya veréis.

Esperé hasta que regresaron a palacio. El rey estaba señalando en la otra dirección, seguramente para explicarle al inglés sus planes para ampliar los jardines, ya de por sí magníficos. Louise se rezagó un poco. Aproveché la ocasión para alcanzarla.

—Necesito hablar con vos.

Ella lanzó una ojeada al rey.

—¿No creéis que ya le habéis ofendido bastante en un solo día?

Miré hacia el lugar donde el rey dibujaba fuentes imaginarias en el aire.

—Le he dicho que aún no he preparado su helado. ¿Os parece eso tan ofensivo?

—Habéis dado a entender, en presencia de un visitante extranjero, que ir tras una dama de compañía es más importante que una orden del rey. Puede que la falta de respeto sea leve, pero podéis estar seguro de que, si quiere hacerlo, él la recordará.

—No iba detrás de vos.

—Me alegra oír eso. Entonces es que había otros motivos urgentes para correr en mi dirección.

—He venido a deciros que os amo.

Ella se detuvo de repente. Luego, con una expresión tensa, siguió caminando hacia palacio.

—No os burléis de mí.

—Hablo en serio, Louise. Mis sentimientos por vos son totalmente sinceros.

—Olympe de Soissons se ha librado de vos, ¿verdad? —Ella captó mi expresión de asombro—. Oh, ¿acaso pensabais que nadie lo sabía? Esto es la corte, signor. Los secretos son el único tema de conversación de la gente.

Hice un gesto.

—Ella no significa nada para mí. No es más que una diversión; eso es todo.

—Mientras que yo, naturalmente, significaría mucho más. —Lo dijo en un tono sardónico, pero ralentizó un poco su paso—. Os ruego que me entendáis: no pretendo menospreciar vuestros sentimientos, pero cuando llegué a la corte cometí un gran

error. Permití que mi nombre se relacionara con el de un hombre... un hombre de alta cuna, pero que se había visto envuelto en escandalosas relaciones. Nadie lo criticó por ello, por supuesto, pero me vieron con él y dieron por sentado que yo me comportaba igual que esas otras mujeres, y mi reputación quedó manchada. De no haber sido por madame, hubiera tenido que abandonar la corte deshonrada. No volveré a cometer el mismo error.

—Ni yo os pediría que lo hicierais. Quiero desposaros, Louise.

Volvió a detenerse, con los ojos abiertos como platos.

—Cuento con el favor del rey; mi posición aquí es segura —proseguí, rápidamente—. Y vos seríais de gran valor para mí; ya sabéis cómo funciona la corte...

Hice una pausa al ver la expresión de sus ojos.

—¿Cómo? —dijo ella, incredulidad.

—Quiero desposaros.

Por un momento me miró como si me hubiera vuelto loco.

—Soy Louise Renée de Penancoët, dama de Keroualle, la hija mayor de la familia más antigua de Bretaña —dijo, con voz deliberadamente lenta—. Nuestro linaje se remonta a la época anterior a las Cruzadas.

—¿Y qué? Me dijisteis que vuestros padres os enviaron a la corte para encontrar un marido...

—Me enviaron aquí para encontrar un *duque*. O, al menos, el hermano menor de un duque. —Sacudió la cabeza, como si no pudiera creer lo que estaba pasando—. Os ruego que me entendáis, signor: personalmente, no tengo nada contra vos. Si fuerais de familia noble, estoy convencida de que mi padre pasaría por alto el hecho de que sois un italiano frívolo, hedonista y libertino que no sabe hacer nada más que preparar exquisiteces para cortesanos glotones... cuando no se dedica a seducir damas de compañía, claro está. Pero a menos que seáis un Médici o un Mazarino, me temo que no estará muy dispuesto a considerar tal amplitud de miras.

Enojado, le contesté:

—No sé quiénes son mis padres. Sólo sé que eran pobres y que me abandonaron a mi suerte.

Ella lanzó un suspiro y me pareció que hablaba con menos acritud.

—Lo siento mucho. Pero deberíais saber que poder elegir vuestro propio destino puede ser una bendición.

Comprendí lo que quería decir.

—Así pues, en realidad no queréis desposar un noble...

—No tengo elección —dijo, con rotundidad—. No comparto necesariamente la obsesión de mis padres por la estirpe y la nobleza, pero son mis padres, y debo doblegarme ante sus deseos. Es mi deber.

—Nada de matrimonio, entonces —dije, con terquedad—. Muy bien. Pero eso no significa que...

—¡Oh, no! —me interrumpió—. No penséis ni por un instante que soy como vuestra amiga Olympe.

—No pretendía sugerir que lo fuerais —mascullé.

Sin embargo, Louise me miraba como si de repente se le hubiera ocurrido una idea.

—¿Ha sido *ella* quien os ha empujado a actuar así?

Debió de leer la respuesta en la expresión de mi rostro, porque acto seguido añadió:

—Por supuesto. ¡Qué bonito! Ésa es su idea de una broma, ¿verdad?

—¡No! —protesté.

—¿De veras? Burlarse de mi difícil situación es la clase de cosa que la divierte. —Esbozó una tímida sonrisa—. Supongo que es su forma de vengarse por lo que pienso de ella y de las que son como ella. Podéis estar contento, signore. Esta noche, vuestra burla será la comidilla de toda la corte.

—Esperad —la llamé, después de darse la vuelta para irse—. Esperad. No estaba bromeando, Louise. Es cierto que fue idea de Olympe, pero...

Era demasiado tarde. Ella ya estaba corriendo en dirección a palacio, pero no antes de ver lágrimas en sus ojos verdes.

Regresé a palacio, donde, casi de inmediato, me topé con Olympe. Evidentemente, había estado observando la escena desde una de las ventanas que daban al jardín.

—¿Y bien? —me preguntó.

—Ha dicho que no —respondí, con brusquedad.

—¿De verdad? —El rostro de Olympe era la expresión de la inocencia—. ¿Por alguna razón en particular?

—Ha dicho que casarse con un pastelero italiano de oscura procedencia era algo impensable.

Olympe asintió con la cabeza, compungida, aunque el brillo de sus ojos traicionaba su contento.

—¿Mencionó su ascendencia noble, por casualidad? ¿La familia más antigua de Bretaña? ¿Os ha hablado —prosiguió, abriendo los ojos por completo— de las Cruzadas?

—Sí —repuse—. Y también me ha preguntado si había sido idea vuestra. Al parecer, nuestra relación es pública y notoria.

Olympe cerró los ojos. Le temblaban los hombros.

—¡Magnífico! —dijo, en un grito ahogado—. ¡Magnífico!

—Me encanta que os divierta tanto.

—¡Oh, Carlo, no seáis así! —exclamó, frotándose los ojos—. Tenéis que ver el lado divertido del asunto: debía de estar *furiosa*. Le está bien empleado a esa pequeña *mojigata*.

Me eché a reír, pero era una risa amarga; aunque era indudable que Louise de

Keroualle había demostrado ser muy orgullosa y carente de la frivolidad que tanto amenizaba la vida en la corte, no podía evitar pensar que no había interpretado un gran papel en aquella historia.

—Creo que me habéis tendido una trampa —dije.

Olympe sonrió.

—Os la habéis tendido vos mismo. Os he hecho un favor. Corríais el peligro de dejar que los sentimientos se interpusieran en vuestros placeres. A veces es necesario dar un paso atrás.

—Por supuesto —repuse—. Gracias.

No tenía ningún sentido seguir discutiendo con Olympe, que, por supuesto, tenía razón: había dejado que mis sentimientos ofuscaran mi juicio. Sin embargo, no podía dejar de preguntarme cómo me habría sentido si la respuesta de Louise a mi proposición hubiera sido «sí».

## *Louise*

Aquel fatídico día llegué con un poco de retraso a los aposentos de madame. Se había producido un incidente con uno de los pasteleros del rey, algo que no era realmente importante pero sí un poco fastidioso, como suelen serlo a menudo esas situaciones. En cualquier caso, me molestó llegar tarde, y me quedé casi sin aliento mientras subía las escaleras hasta su estancia.

Entonces, al entrar en sus aposentos, vi a esa noble dama llorando y dejé de pensar de inmediato en el pastelero.

—¿Qué os ocurre, madame? —le pregunté.

Al verme, se sobresaltó.

—Una carta horrible, eso es todo. —Por un momento pensé que era cuanto tenía que decir, pero luego añadió—: De mi esposo.

—Espero que el señor conde se encuentre bien —dije, controlando mi tono de voz.

Madame sonrió con tristeza.

—Lo bastante como para decirme que soy una traidora y una puta; que le han llegado rumores que me conciernen a mí y a cierta persona de la corte, y que debo partir de inmediato y reunirme con él en Milán, donde volverá a intentar que le dé un heredero.

Hablaba en un tono ligero, aunque pude captar la angustia en su voz.

Ahora debería describir a esta mujer excepcional, sobre todo por el placer de hacerlo más que por la necesidad de grabarla en mi mente (su retrato es bien conocido tanto aquí, en Francia, como en Inglaterra, y en cualquier caso no hay un solo día que no piense en ella). Era de constitución delgada, tanto que los vestidos le quedaban holgados. Sólo yo y unos pocos sabíamos el relleno que contenían sus vestidos de corte, o que en algunas partes de su cuerpo su piel era tan pálida que dejaba ver las venas azules bajo su superficie. Sin embargo, cuando la mirabas no te dabas cuenta de su fragilidad: su expresión era radiante y la bondad de su mirada, profunda; y cuando hablaba de sus grandes aspiraciones —su plan de unir a las dos personas que más quería, su hermano Carlos y Luis, su protector, en una alianza política que constituiría la base de un gran imperio europeo de paz y prosperidad—, sus ojos brillaban con convicción, una convicción que, junto a sus muchas y loables cualidades y a su encanto, había sido indispensable, hasta el momento, para el considerable éxito de sus esfuerzos diplomáticos. Sin embargo, no estaba en condiciones de dar un heredero a nadie, por mucho que su esposo hubiera dejado de lado momentáneamente a sus amantes masculinos para tratar de procrear.

—¿Y qué vais a hacer? ¿Iréis? —le pregunté.

—¿Cómo podría hacerlo? El *traité simulé* aún no ha sido firmado. Hasta entonces, el *traité secret* no estará asegurado, ni el trono de mi hermano. —Cogió

otro sobre—. También hay una carta suya.

—¿Del rey Carlos? ¿Puedo verla?

—Por supuesto. —Madame sonrió al comprobar mi entusiasmo—. De hecho, podéis leerla en voz alta. Una jarra de cordial dulce para quitar el sabor amargo de las palabras de mi esposo —añadió, tendiéndome la carta.

Consciente de que mi inglés no era perfecto como el de madame, leí despacio.

—«*Mi dulce Minette...*».

—¡Minette! Cree que aún sigo siendo una niña —comentó madame, aunque con una sonrisa en los labios.

—«*En primer lugar, debo reprenderos, porque en vuestra última carta volvisteis a dirigiros a mí como Su Majestad, y no una sino una docena de veces. No me tratéis con tanta formalidad y no me llaméis Majestad, porque entre nosotros no debería haber más que afecto...*». —Hice una pausa—. Unas palabras muy bonitas.

—Es el hombre más bueno del mundo —se limitó a decir madame.

—Eso me pareció el mes pasado en Dover.

La firma del tratado, el *traite secret*, como lo llamábamos, se había llevado a cabo con el pretexto de celebrar el cumpleaños de Carlos. Durante dos semanas, el séquito del rey, del que tuve el honor de formar parte, navegó, celebró almuerzos al aire libre y asistió a representaciones teatrales y a bailes. Cuando finalmente zarpó el barco de madame, Carlos ordenó a su embarcación que nos siguiera casi hasta las costas de Francia para poder abrazar a su hermana, con lágrimas en los ojos, una última vez.

Madame volvió a sonreír al recordar aquel momento.

—Creo que fueron las semanas más felices de mi vida.

—Qué diferentes son las dos cartas... —dije, en un tono neutro.

—Para mi esposo es difícil —repuso madame.

No soportaba hablar mal de nadie durante mucho tiempo, ni siquiera de él. Colocó una mano sobre su estómago, haciendo una mueca de dolor.

—¿Estáis bien? —le pregunté.

—Estoy algo indispuesta. ¿Podrías traerme un poco de achicoria helada? El abbé Bossuet llegará pronto y me temo que se quedará un buen rato. Quiere comentar los detalles de la conversión de mi hermano.

—Creía que aún no se había fijado la fecha para eso.

Madame sonrió.

—Mi hermano es un hombre bueno y encantador, pero a menudo está ocupado atendiendo tantas demandas que tiene tendencia a dejar las cosas para otro momento. Temó que si no lo obligo a atender de inmediato su promesa acabe olvidándola.

Aquel comentario era típico de ella. Tenía la capacidad de ver siempre el mejor lado de la gente, aunque también de captar sus flaquezas con mucha claridad y actuar en consecuencia.

—Por supuesto. ¿Queréis que escriba una respuesta a vuestro marido? ¿Algo cortés que no os comprometa a nada?

—Gracias.

Me dirigí al vestidor de madame —un cuarto pequeño que utilizaba como estudio— y busqué los enseres para escribir una carta. Mandé a una criada a buscar el agua de achicoria. Decidí que sería mejor mantenerme alejada del pastelero italiano, al menos durante unos días, hasta que se le pasara el encaprichamiento. No era la primera vez que un hombre me declaraba su amor, y suponía que no sería la última, pero a pesar de las penas que manifestaban abiertamente, en general solían encontrar a otra que los consolara al cabo de una o dos semanas. A veces, si eran sinceros, me compadecía de esos hombres, y me enojaba cuando no lo eran; sin embargo, raramente experimentaba un sentimiento de culpa, y había llegado a la conclusión de que eran mi rostro y mi cuerpo, que me habían tocado en suerte al nacer, la causa de sus ardientes declaraciones, y no mi comportamiento; era otra casualidad: el hecho de haber nacido en una familia en otros tiempos gloriosa, pero ahora caída en desgracia, la que me condenaba a la soltería. No es que deseara a toda costa estar a los pies de un marido, naturalmente, pero mientras no encontrara uno no tenía ninguna posición social, era objeto de escarnio en la corte, y toda mi vida dependía de la voluntad de los demás.

Así pues, decidí no dedicar ni un solo pensamiento más al signor Demirco. Aun así, no pude evitar contemplar a través de la ventana para verlo mientras llevaba la achicoria helada a madame: me quedé sorprendida, y un poco decepcionada, cuando fue uno de los lacayos de la corte quien se lo sirvió.

Había muchas cartas que escribir: cartas de agradecimiento al embajador francés en Inglaterra, cartas a los nobles que habían sido nuestros huéspedes en varios castillos de Dover. Habíamos hecho todo lo posible para dejar una buena impresión de nuestra visita, a fin de que una alianza con Francia, el Gran Asunto, como la llamábamos, pudiera, una vez fuera hecha pública, obtener el apoyo necesario. Oí un murmullo de voces cuando llegó el abbé, pero no me uní a ellos. Madame me habría llamado si me necesitaba, y la correspondencia era más urgente.

Oí más murmullos cuando llegaron otras visitas. Miré el pequeño reloj que había encima del escritorio, un presente del rey de Inglaterra para su hermana. Era casi la hora de la partida de cartas, el único vicio de madame.

De pronto escuché el grito de un hombre, un grito de horror. Oí un estruendo y lo que parecía el ruido de muebles arrastrados. Salí corriendo hacia el salón.

El abbé estaba tumbando a madame sobre un diván del que se habían retirado a toda prisa los cojines. La baraja de cartas estaba esparcida por el suelo y la mesa de *basset* estaba a su lado, boca arriba. En el centro de la estancia había varias damas de la corte, mirando como ovejas asustadas.

Al verme, el abbé gritó:

—Id a buscar a un médico, muchacha. ¡Daos prisa! Debe de tratarse de un veneno o de un ataque... Ha tomado un poco de ese cordial justo antes de desvanecerse.

Me quedé mirando la jarra de agua de achicoria.

—¿Veneno? —repetí, estúpidamente.

—¡Un médico, de prisa! —insistió él—. Hay que purgarla.

—Mandaré a un lacayo. Será más rápido.

Me dirigí a la puerta y ordené al hombre que estaba apostado fuera que acudiera en busca del médico. Luego volví a entrar. El abbé estaba rezando por madame.

—Tenemos que desabrocharle el vestido —dije, interrumpiéndolo—. Ayudadme a levantarla.

Las mujeres siguieron lanzando gritos ahogados mientras ambos incorporábamos a madame, exánime, para que pudiera desabrocharle el corsé. En cuanto lo hube aflojado, ella empezó a toser, escupiendo un coágulo marrón que fue a parar a su regazo mientras gritaba de dolor. Parecía que intentaba apretar las piernas contra el vientre. Respiraba con dificultad y tenía el cuello empapado en sudor frío. También vi que la parte baja del vientre estaba extrañamente hinchada, casi como si estuviera encinta, aunque habría jurado que unas horas antes no estaba así. Estaba claro que sufría muchísimo. Si el médico decidía administrarle un purgante, es posible que el esfuerzo por vomitar la hubiese matado.

Oí que una de las mujeres repetía:

—¡Veneno! Podríamos haber muerto todas.

Otra añadió:

—El médico nos advirtió de que no tomáramos bebidas heladas...

Cogí el agua de achicoria.

—No ha sido envenenada. Un poco de hielo no puede haber provocado algo así. Mirad.

Casi sin pensar en las posibles consecuencias, me llevé la copa a los labios y bebí. Las mujeres lanzaron un grito ahogado al unísono, una reacción que en otras circunstancias habría resultado cómico.

Puse sobre la mesa la copa vacía.

—Si me desmayo, podéis purgar no sólo a madame sino también a mí. En caso contrario, se trata de otra cosa.

El médico entró en la estancia.

—¿Dónde está?

Lo llevé junto a la enferma. Se arrodilló junto a madame, valorando la situación, y le apretó delicadamente el estómago. Madame lanzó un grito, un grito desgarrador y lastimero.

—Está enferma desde hace meses, con vómitos y fiebre —dije—. Bebió un poco de agua de achicoria, pero estoy segura de que lo hizo porque sintió las primeras punzadas... Ella dice que le alivia el dolor.

El médico se puso de pie.

—Deberíamos ponerla cómoda —dijo, preocupado.

—¿Qué significa ponerla cómoda? ¿Qué pensáis hacer? —le pregunté.

—No hay nada que yo pueda hacer. —El doctor miró con impotencia al abbe—. Padre, vuestras oraciones serán más útiles que mis remedios.

El abbe se puso de rodillas junto al diván.

—¿Creéis en Dios? —le preguntó a madame, en voz baja.

Eran las primeras palabras del viaticum, la extremaunción.

Madame abrió los ojos.

—Con toda mi alma —susurró.

—¡Esperad! —exclamé, con desesperación—. Debe de haber algo que podáis hacer.

—Louise.

Era madame. Susurró mi nombre haciendo un gran esfuerzo. Yo también me arrodillé junto a ella.

—Será... —madame cerró los ojos mientras una serie de violentos espasmos convulsionaban su frágil cuerpo—. Estoy preparada. Pero debéis aseguraros de que... mi hermano...

Le toqué delicadamente la muñeca. También estaba fría y empapada en sudor.

—Me encargaré del tratado. Lo prometo.

—Aseguraos de que muera siendo católico. —Volvió a abrir los ojos un momento, fijándolos en mí con insistencia, como para asegurarse de que había entendido que aquello era lo más importante—. Aseguraos de que así sea.

Fueron sus últimas palabras coherentes.

Murió una hora después, una hora que pareció interminable, presa de unos terribles dolores. Siguiendo la tradición, toda la corte se reunió para verla morir. Mientras sus más allegados lloraban, los que se encontraban al fondo de la estancia —sobre todo los homosexuales favoritos de su esposo, que nunca la habían apreciado— siguieron intrigando y chismorreando con la misma desenvoltura que habrían demostrado en una función de *ballet*. Sólo cuando apareció el rey en persona, se arrodilló junto a la cama de su cuñada y el ambiente adquirió un poco más dignidad; esos mismos cortesanos que unos minutos antes habían estado bromeando y riéndose competían entre ellos por llorar con la misma conmoción que el monarca.

Después de que se llevaran el cuerpo, Luis, destrozado, me hizo llamar a sus aposentos.

—¿Ha sido envenenada? —quiso saber.

—Creo que no, Majestad. Yo misma he bebido de la copa de agua de achicoria y no me he puesto enferma.

—En fin, puede que los médicos puedan decirnos algo más mañana. —Lanzó un suspiro—. Gracias, Louise.

A pesar de mis palabras, los rumores no se disiparon. Todo el mundo sabía que madame temía ser envenenada, y que ella y su esposo no se llevaban bien. Quienes estaban al corriente de los esfuerzos diplomáticos de madame en contra de los

holandeses estaban incluso más inclinados a pensar en una acción intencionada.

Por mi parte, su muerte me dejó destrozada. No había perdido sólo a la mujer que idolatraba —la persona más dulce, amable e inteligente del mundo—, sino que también había perdido a mi señora, a mi protectora y mi puesto en la corte. El proyecto en el que tanto habíamos trabajado también se había echado a perder, porque los rumores no tardaron en llegar a la corte de Inglaterra: el terrible dolor de Carlos y de sus sospechas también llegaron a nuestros oídos. Y tampoco ayudó mucho que el abbé Bossuet, que ofició su responso, dijera que había sido «asesinada».

## Carlo

Para preparar un sorbete de peras: coger doce peras muy maduras, pelarlas y cortarlas, de modo que las rodajas resbalen entre las manos. Triturar y colar; hervir a fuego lento con el zumo de un limón y una taza de azúcar y congelar siguiendo el método habitual. Si se añade *crème anglaise* se obtendrá una crema helada en lugar de un *sorbetto*.

*El libro de los sorbetes*

Después del episodio con Louise decidí aislarme durante varios días. Por alguna razón, me sentía afligido por esa obstinada tristeza del alma que los médicos llaman melancolía.

Dediqué el tiempo a la tarea, largamente aplazada, de crear un helado para el visitante inglés. Había abandonado demasiado aquel proyecto. Se decía que la delegación inglesa partiría antes de que terminara la semana: el rey podía convocar la competición en cualquier momento.

Con desgana, empecé a reunir los ingredientes. ¿Qué podía hacer? Algo que llamara la atención, por supuesto, algo que demostrara la maestría de mi arte y el esplendor de la corte francesa.

Los pasillos de Versalles estaban decorados con cuadros muy elaborados: todos los candelabros estaban sostenidos por unos querubines dorados. Empecé a esculpir un querubín de hielo que sostenía un plato helado en el que colocaría... ¿qué? Un cuerno de la abundancia, tal vez; una cornucopia llena de fruta. Durante el tiempo que llevaba en la corte ya había hecho moldes de madera que me permitían crear helados con forma de cereza, pera y manzana. Ahora añadí un melón, un melocotón rosado perfecto y un racimo de uvas doradas y transparentes espolvoreadas con azúcar glas para representar la fina capa que recubre los granos. Todo el conjunto estaba decorado con hojas de parra hechas con bizcocho y azúcar.

Cuando estuvo terminado lo contemplé y lo detesté de inmediato.

Era magnífico y carente de sentido, un plato pretencioso e insulso, un vacío ejercicio de grandilocuencia que podría haber sido preparado con los ojos cerrados. Incluso Audiger habría sido capaz de hacerlo.

La voz de Louise de Keroualle resonó dentro de mi cabeza: «Un frívolo, hedonista y libertino que no sabe hacer nada más que preparar exquisiteces para cortesanos glotones...».

No era verdad, y pensaba demostrarlo.

Cogí el querubín y su plato y lo tiré al suelo. El hielo se rompió junto a mis pies y las imitaciones de las frutas rodaron hasta los rincones más alejados del depósito. Pisé con las botas los que estaban a mi alcance, alejándolos de un puntapié. Luego

empecé a andar de un lado a otro.

Me pasé un día y una noche pensando, cogiendo ingredientes que luego volvía a poner en su sitio. Sabía lo que no quería hacer. Sin embargo, saber lo que sí quería hacer era mucho más complicado.

Me quedé mirando los bloques de hielo. «¡Qué bonitos son!», pensé. No, no eran bonitos; eran implacables. No perdonaban nada.

¿Cuál era el helado más sencillo que podía gustar al rey?

Peras. A Luis le encantaban las peras.

Así pues, prepararía un helado de peras. Pero sería el mejor helado de peras jamás creado.

Sólo usé la Rousselet de Reims, la variedad preferida del rey, que en aquella época del año había alcanzado el punto perfecto de maduración. Lo primero que hice fue asar las peras con un poco de tomillo y vino dulce, muy despacio, para endulzar la pulpa. Luego las trituré y añadí la piel de un limón y una pizca de agraz.

También añadí un poco de sal. La sal, el limón y el agraz eran ingredientes que no se advertirían en el helado una vez terminado, pero sabía que potenciarían el sabor de las peras tras la primera cucharada. Había dado con mi helado o, al menos, con la forma de empezar a prepararlo.

Luego, en un momento de inspiración, añadí un poco de *crème anglaise*.

Al principio sólo quería que el helado fuera más inglés, por supuesto, pero en cuanto lo probé me di cuenta de que el delicado y cálido sabor de la crema, espolvoreada con minúsculos fragmentos de vainilla negra, era el acompañamiento ideal para la fragancia acre de la fruta.

Di un paso atrás, sorprendido. Me di cuenta inmediatamente de lo que había hecho: había creado una *combination*, una alianza de sabores en la que el todo era mejor que la suma de las partes. Juntas, la pera francesa y la crema inglesa se convertían en un plato único, mejor que sus ingredientes por separado. Congelados a la vez en una suerte de helado cremoso, simbolizaban las relaciones especiales entre ambos países, unidos en un todo indivisible. Y, además, el mensaje era sencillo, tan sencillo que incluso un necio como yo era capaz de comprenderlo.

Esperé con impaciencia a que la mezcla se congelara, removiéndola cada media hora, como de costumbre. Cada vez que quitaba la tapa de la *sabotière* y pasaba la espátula por las paredes del cubo de peltre, comprobaba lo finos y claros que eran los copos de crema helada. Y su aspecto también era diferente. En vez de la consistencia granulada y arenosa del hielo triturado, la pasta tenía una delicada y suntuosa firmeza, deliciosamente pesada.

Por fin estuvo terminada. En mi impaciencia, ni siquiera vertí la mezcla en un cuenco, sino que la probé directamente del cubo.

Era algo extraordinario. Y no sólo por su sabor, sino por su textura. De algún modo, había hecho un helado tan espeso, blando y cremoso que parecía un mostachón

fundiéndose en mi boca. No había granos de hielo, no era granuloso; sólo notaba la morbidez aterciopelada de la crema en mi lengua, que me dejó un sabor a pera dulce y acre a la vez y la rotunda calidez de la *crème anglaise*.

Finalmente había creado un helado que Ahmad sólo habría podido imaginar en sueños.

Lo único que me desconcertaba era no saber qué había hecho exactamente para obtener un helado tan diferente. Pero no importaba: ya pensaría en eso en otro momento. Por ahora sólo quería que alguien lo probara. Naturalmente, había que presentarlo como se merecía: guardaba una preciosa copa de cristal veneciano con incrustaciones de oro para una ocasión como ésta. Fui a buscarla, pero dudé un momento. Una vez más, la clave de aquel postre tan especial no era la ostentación, sino la sencillez.

Preparé dos pequeñas coronas reales con *brandy* y las llené con mi helado de pera y *crème anglaise*.

Luego salí afuera con el postre. Al principio me pareció que no había nadie, pero de los jardines me llegaron los murmullos de los cortesanos. Pensé que Luis estaría con ellos.

Corriendo hacia ellos, di la vuelta a un seto. Tuve suerte: el rey estaba allí.

—¡Majestad! —grité.

Mientras avanzaba hacia Luis me di cuenta de que la gente se volvía para mirar. Cuando ya era demasiado tarde advertí que, aquel día, todas sus vestimentas —los sombreros, los bastones, las levitas e incluso las plumas— eran de color negro, tan negro como las endrinas. Alguien había muerto, pero ¿quién?

Era demasiado tarde para detenerme, demasiado tarde para dar media vuelta, pero aminoré la marcha. Entonces el rey también se volvió. Se lo veía ojeroso. Me vio acercándome a él con el plato del sorbete en la mano.

—Majestad —repetí, haciendo una reverencia—. He preparado vuestro helado, y está delicioso.

El rey dio un paso atrás, y los cortesanos que me flanqueaban también retrocedieron.

—¡Helado! —oí que exclamaba alguien.

Y ahí estaba de nuevo el médico, el idiota que había advertido al rey que tomar helados podía ser peligroso. Hablaba atropelladamente con un lacayo mientras me señalaba con el dedo.

—¿No le apetece a Su Majestad probar un poco? —dije, perplejo.

Entonces, dos hombres armados se acercaron corriendo hacia a mí y me llevaron con ellos.

## *Louise*

—¿Qué pensáis hacer, pequeña? —me preguntó el rey, con mucha delicadeza.

Tenía la cabeza inclinada y las manos entrelazadas sobre mi regazo.

—Lo que Su Majestad ordene.

El rey lanzó una mirada a su secretario de Estado, Lionne. La presencia de este último en la conversación me intrigaba e inquietaba al mismo tiempo. El hecho de que el rey quisiera hablar sobre mi futuro no me sorprendió. Después de que madame hubiera sido enterrada, sabía que ya no tenía un puesto en la corte. Por lo que veía, sólo tenía tres posibilidades: ser enviada de vuelta a Bretaña, donde debería enfrentarme a la decepción de mis padres; ofrecerme a otra dama que gozara de buena posición en la corte —quizás a una como Olympe de Soissons, aunque el cielo sabía que incluso mis padres lo considerarían una ofensa— o, si era muy afortunada, el rey podría elegir personalmente un esposo para mí, en un gesto que honraría los deseos de madame.

De las tres, ninguna me resultaba especialmente atractiva. Ni siquiera la tercera, aunque en realidad era la razón por la que había sido enviada a la corte.

—Creo que lo que queréis ahora es regresar a casa, con vuestra familia —sugirió el rey—. Vuestros padres deben de echaros de menos.

Hablé con voz plana.

—Mis padres, sire, son más conscientes que nadie de cuánto los honráis permitiéndome estar en la corte.

—Sí. —El rey se aclaró la garganta—. Hay algunos aspectos de esta vida que parecen encajar con vos. Madame me habló en varias ocasiones de vuestra gran capacidad para comprender los asuntos diplomáticos.

Lionne añadió:

—Sus relaciones con el extranjero eran de la máxima importancia para nosotros. Creo que estabais al corriente de la correspondencia que mantenía con su hermano.

—Efectivamente, señor —admití, modestamente—. Ayudaba a madame escribiendo el borrador de esas cartas.

Una vez más, el rey y Lionne intercambiaron sendas miradas.

Estaba empezando a sospechar que mi primer juicio sobre aquella conversación había sido precipitado. Si su intención era mandarme de vuelta a casa, ya lo habrían dicho. Tenía la impresión de que habían empezado a hablar sin saber lo que iban a hacer; estaban tanteándome, como si hubieran urdido algún plan o alguna intriga para los que pensaban que era apta, aunque aún no estuvieran muy seguros de ello.

Con aire pensativo, el rey dijo:

—Si hubiera algún modo de continuar su trabajo —para favorecer la causa de la alianza entre Francia e Inglaterra— ¿estaríais dispuesta a contribuir a ella?

En aquel momento, sentí que el corazón me subía hasta la garganta, porque, evidentemente, no había nada que deseara más.

—Por supuesto, sire.

—¿Aunque eso implicara —temporalmente, claro— aplazar la perspectiva del matrimonio? —Sonrió—. Estoy seguro de que a una joven hermosa como vos no le faltarán pretendientes. ¿Os importaría pedirles que esperaran... cuánto? ¿Un año? ¿Dieciocho meses, tal vez?

Puede que eso explicara sus dudas, el carácter necesariamente delicado de esas negociaciones. El rey, de una forma sutil y elíptica, se estaba ofreciendo a buscarme un marido en el plazo de un año si, mientras tanto, me dedicaba a continuar el trabajo de madame. Obviamente, era una proposición que yo estaba ansiosa por aceptar. Incliné la cabeza.

—Soy la humilde servidora de Su Majestad.

—Excelente. —El rey se puso de pie—. Dejaré que sea Lionne quien os cuente todos los detalles. Pero recordad esto, querida: el trabajo que llevaréis a cabo para nosotros durante los próximos meses podría resultar más útil para Francia que mil barcos de guerra.

En ese momento me pareció que el comentario del rey era especialmente halagador, siendo yo una mera dama de compañía, y durante un tiempo apenas podía creer en la suerte que había tenido. Sólo muchos meses después, años, incluso, comprendí con cuánta astucia me había embaucado.

## SEGUNDA PARTE

«¿Debemos renunciar al Gran Asunto? Debemos temer que el dolor del rey de Inglaterra, que es más profundo de lo que se puede imaginar, y que las habladurías y los rumores de nuestros adversarios lo arruinen todo».

*Colbert de Croissy, embajador de Francia en Londres,  
a Lionne, secretario francés, en julio de 1670*

## Carlo

Una sencilla crema de limón es el más noble de los helados, y se prepara fácilmente, teniendo en cuenta que el éxito en la elaboración de los demás es incierto.

*El libro de los helados*

Así era, en aquel momento, la tierra en la que me habían obligado a exiliarme: una costa baja y llena de fango gris que se dividía progresivamente, dando lugar a las dos orillas de un estuario. Sobre las plateadas marismas, marcadas por el rastro que dejaban las patas de las gaviotas, había algunas desvencijadas granjas que se recortaban contra el horizonte. Salvo por la presencia de algunos esqueléticos cerdos, parecían abandonadas. La gente debía de estar dentro, protegiéndose de la helada lluvia: yo habría hecho lo mismo, pero, desde hacía poco, el barco había sido destinado a transportar excrementos de animales y mi olfato, acostumbrado a los perfumes de la corte, era demasiado delicado para tolerar el hedor que había bajo el puente de cubierta. Además, me fascinaba aquel país; me fascinaba y me inquietaba su vulgar brutalidad, su monotonía, la forma en que se elevaba a regañadientes de las aguas grises, gradualmente, tan distinta de los deslumbrantes peñascos y de los acogedores puertos de Italia o Francia.

Finalmente, cuando el estuario se estrechó, convirtiéndose en la desembocadura de un río, vi algunos edificios y muelles. Me protegí los ojos con la mano. Las construcciones eran del mismo color marrón del fango, y los tejados estaban cubiertos por una especie de paja oscura. «He llegado a un país sin colores», pensé, y no era sólo el frío lo que me hacía temblar.

Recordé el momento en que había recibido las órdenes del gran Lionne en persona, en su enorme despacho del Louvre.

—En estos momentos estamos involucrados en una operación diplomática muy delicada que podría afectar el curso de nuestra campaña militar. Me complace anunciaros que, a pesar de vuestra reciente deshonra, estáis en la afortunada posición de poder ayudar a Su Muy Cristiana Majestad en este asunto.

No tenía elección, eso había quedado muy claro. Como de costumbre, de tapadillo, había una implícita amenaza. A pesar de todos los esfuerzos de los médicos, la muerte de madame seguía siendo un misterio, y por toda la corte seguían circulando rumores de envenenamiento o de la incompetencia de los médicos.

—Se dice que el monarca inglés, el rey Carlos, está destrozado por el dolor. Cuando se enteró de lo de su hermana, se encerró en sus aposentos. Durante tres días se prohibió la entrada a todo el mundo, incluso a los médicos. —Lionne hizo una pausa—. Nuestro rey, evidentemente, también está destrozado. Pero de un modo

equilibrado. Luis nunca perdería el control de ese modo.

Asentí, aunque sin saber a ciencia cierta adónde quería llegar. Ojalá hubiese prestado atención cuando la gente que estaba a mi alrededor discutía los detalles de aquel asunto político.

Lionne rodeó su escritorio y empezó a andar, acercándose y alejándose de la ventana.

—En el caso del rey inglés, parece que el dolor le haya hecho perder la razón. Ese príncipe, amante de los placeres y en tiempos simpatizante de Francia, parece estar convencido de que su amada hermana ha sido asesinada por su esposo y que nosotros se lo ocultamos. Ha despedido a su sastre, se ha librado de su amante y ha sumido a toda la corte en el más profundo de los duelos. En vez de organizar fiestas y espectáculos, ahora se dedica únicamente a gobernar y a los intereses de su país. En vez de permitir que sus generales se preparen para la gloria de la guerra, titubea y prefiere hablar de finanzas. Da largos paseos por el campo en solitario, y habla con sus súbditos, quienes le dicen con toda franqueza que están descontentos con su política. Y en lugar de reprenderles por su arrogancia, se muestra de acuerdo con ellos.

Lionne se encogió elocuentemente de hombros ante la locura de los reyes extranjeros.

—Y así, el alegre monarca se ha convertido en el soberano del dolor. Y Francia es el país que más se resiente de ello.

Lionne volvió a su escritorio y me observó por encima de las manos entrelazadas.

—Así pues, Su Muy Cristiana Majestad ha decidido hacerle un presente a su primo inglés. Algo que consiga devolverle el buen humor, una demostración de lo mucho que le importa mantener su alianza con él.

Claro, la alianza. Si Luis quería convencer a Carlos de que su tratado debía sobrevivir a la muerte de madame, el regalo tenía que ser algo muy especial.

—Su Muy Cristiana Majestad ha decidido ofrecerle al rey Carlos... un helado. —Una gélida sonrisa apareció de repente en la mirada de Lionne—. Y ahí es donde entráis vos, por supuesto.

Con ciertas dudas dije:

—Naturalmente, será un honor ayudar a Su Majestad en este proyecto, pero los secretos de mi profesión están cuidadosamente protegidos. En el caso de que tuvieran que ser revelados a un cocinero inglés, ¿no creéis que mis colegas me acusarían de poner en peligro su sustento?

—Creo que eso ya ha ocurrido. Por lo que me han dicho, hay un pastelero en Florencia que cree que ha sido traicionado por un joven criado.

Lionne cogió un documento del escritorio y me lanzó una inquisitiva mirada. No dije nada, pero el corazón me dio un vuelco. De algún modo estaba convencido de que Audiger había intervenido en aquel asunto.

—En cualquier caso, no estamos sugiriendo que reveléis vuestros conocimientos.

Todo lo contrario. El hecho de que vuestros métodos sean secretos es lo que hace tan generoso el presente de Su Majestad.

El ministro me miró con expresión altiva.

—Para ofrecer el helado al rey Carlos, debemos ofrecerle también a su creador. ¿Lo entendéis?

Lo miré fijamente. Ni siquiera en los momentos de mayor desesperación había imaginado algo así.

—¿Me echáis? ¿Me desterráis?

—Digamos que os dejamos en préstamo. Su Muy Cristiana Majestad tiene la suerte de contar con dos experimentados pasteleros. Es comprensible que le ofrezca uno de ellos a su aliado del otro lado del canal.

—Pero... ¿Cuánto tiempo estaré fuera?

Lionne se encogió de hombros.

—Vuestra misión consiste en que el rey de Inglaterra recupere la alegría de vivir. Cuando eso ocurra, volverá a ser amigo de Francia.

«Porque necesitará vuestro oro para costearse sus placeres», pensé, recordando lo que me había dicho Olympe.

—Declarará la guerra a los holandeses y entonces nosotros también nos moveremos. Ganaremos la guerra en seguida, y vos podréis regresar a Versalles.

No dije nada. Incluso yo era capaz de ver que las cosas no serían tan fáciles. Y aunque lo fueran, cuando volviera, Audiger ya sería el presidente del gremio de pasteleros de París.

Sin darle demasiada importancia, Lionne añadió:

—Y de vez en cuando podría haber otras obligaciones... Los mensajes de la muchacha bretona, que vos nos transmitiréis. Observaciones sobre ella, sobre el rey y sobre otros miembros de la corte inglesa que ya os indicaremos.

—¿La muchacha bretona?

—¿No os lo había mencionado? Alguien ha sugerido que el rey Carlos podría ver aliviado su dolor si acogiera, como una obra de caridad, a una de las damas de compañía de su hermana para que estuviera al servicio de la reina. Tal honor ha sido otorgado a la muchacha bretona, De Keroualle. ¿Sí? ¿Qué ocurre?

El ministro me miró inquisitivamente. Lancé un suspiro.

—Nada.

Satisfecho, prosiguió:

—Debería ser muy sencillo. Os estableceréis allí, oculto pero a la vista de todos, como creador de placeres y delicias. ¿Qué otra cosa podría resultar más natural?

La pequeña embarcación estaba remontando el río a contracorriente, aprovechando el último oleaje de la marea. A pesar de la insistente lluvia, el muelle estaba lleno de gente. En Gravesend habían subido más pasajeros, e incluso los que viajaban desde Francia subieron a cubierta, ansiosos por ver algunos puntos del paisaje que les

resultaran familiares, charlando animadamente en aquella lengua gutural que siempre me recordaba a los aullidos de los perros de caza.

Louise no estaba a bordo. Habíamos viajado juntos hasta Dieppe en un carro prestado y en medio de un silencio lleno de tensión. Le pregunté una vez si algo iba mal, pero ella volvió la cabeza con el rostro lleno de lágrimas y una expresión de incredulidad.

—Mi señora está muerta, me mandan al país más bárbaro y herético de toda Europa, está en juego todo por lo que he trabajado durante los dos últimos años, ¿y vos me preguntáis si algo va *mal*?

A partir de aquel momento guardé silencio, y cuando llegamos a Dieppe fui a comprar provisiones. Había tenido suerte de dar con ese barco: casi todos los capitanes con los que hablé escupían lacónicamente en cuanto les mencionaba Inglaterra.

La cubierta se iba llenando de gente. A mi lado tenía a un hombre que había dicho ser un comerciante de lana, aunque mantenía la postura de un soldado, con la mano en la cadera, en el lugar donde debería haber estado una espada. Sin embargo, era un hombre bastante amable, y me señaló con la mano los enclaves más interesantes a medida que avanzábamos.

—La isla de los Perros —dijo, indicándome otra vasta ciénaga—. Y allí está el palacio de Greenwich. —Distinguí unos cuantos edificios derruidos entre los árboles—. Ahora no parece gran cosa —admitió—. Al igual que los otros palacios reales, ha quedado reducido a ruinas... recientemente.

—¿Durante la Commonwealth, queréis decir?

El hombre me miró de reojo.

—Sí.

—¿Y eso qué es?

Le señalé unos palos blancos, parecidos a los mástiles de un barco, decorados con cintas de colores.

—Son los árboles de mayo. Han sido reintroducidos siguiendo órdenes del rey, para que el pueblo pueda participar en los festejos.

—No veo a nadie festejando nada.

El hombre se encogió de hombros.

—Algunos de sus súbditos aún no se han acostumbrado al hecho de que el rey haya regresado de su exilio. Pero tarde o temprano lo harán.

Entonces, a nuestra derecha, vi un edificio que supuse que sería la Torre de Londres, un castillo blanco, de poca altura, rodeado de fortificaciones y lleno de soldados armados. Sin embargo, lo que atrajo mi atención fue lo que había detrás del castillo: una extensa zona devastada, de casi media milla de ancho y una de largo, cubierta de escombros, cenizas y malas hierbas. Estaban construyendo nuevos edificios, pero junto a ellos se levantaban aún los esqueletos ennegrecidos de los antiguos, destripados por el fuego. Mi compañero los contempló con curiosidad,

señalándome algunos cambios aquí y allá, aunque no hizo ningún comentario. Estaba claro que, para él, aquel panorama no era ninguna novedad.

Recordé las palabras del hombre que me había dado instrucciones para el viaje, un informador de escasa importancia a quien me envió Lionne después de haber llegado a un acuerdo. «Evidentemente, han sido castigados por sus herejías: castigados por Dios con la guerra civil, la peste y el fuego. Puede que hayan aprendido la lección. O puede que no». El hombre movió la mano, como si quisiera ahuyentar un mal pensamiento. «Oh, os parecerán muy diligentes... Esos protestantes creen en el trabajo duro con un fervor casi religioso, se podría decir, aunque, a los ojos de Dios, ¿qué hay de glorioso en la reconstrucción en esa ciénaga infestada por la peste?».

«Infestada por la peste». El fuego no me daba miedo, pero la tristemente famosa peste de Londres era algo muy diferente. De manera instintiva, hice la señal de la cruz, pero luego me arrepentí. Los ojos de mi compañero, siguiendo mi gesto, se posaron en mi pecho, y aunque no dijo nada, adquirió de repente una expresión pensativa. En fin: ciertamente no podía ser ningún secreto que un italiano procedente de Francia fuese católico. O puede que aquel hombre se hubiese dado cuenta de que me faltaba un dedo. Sea como fuere, me pareció que a partir de ese momento me miró con más desconfianza.

El puente de Londres se alzaba ante nosotros. Construido con piedra y cubierto de una hilera de casas, era más largo que cualquier puente de París o Florencia. El río, encauzado entre gruesas ruedas de molino en ambas orillas, discurría bajo el arco central como si brotara de una fuente gigantesca, y aunque algunas embarcaciones pequeñas remontaban su curso, acompañadas por los gritos de los pasajeros, era evidente que nuestro barco no podía llegar más lejos.

Cuando la tripulación amarró en el muelle más cercano, mi compañero me dio un codazo y señaló hacia arriba.

—¿Habéis visto eso?

En un extremo del puente había unas letrinas que se asomaban al río. Aguzando la vista a través de la lluvia, vi una hilera de media docena de retretes de madera en los que se habían acomodado, como los huevos en una huevera, un trasero de hombre y dos de otras mujeres. Sin embargo, el hombre no se refería a aquel espectáculo tan vulgar. Sobre uno de los arcos del puente había una hilera de picas de hierro, coronadas con lo que parecían coles podridas. Sólo algunos mechones de pelo y el brillo de unos dientes blancos dejaban claro que, en realidad, no eran coles.

—Papistas —me explicó mi compañero.

Tal vez fuera verdad, pero en París me habían dicho que una de las cabezas que se exhibían en Londres era la de Cromwell, el Gran Usurpador; habían desenterrado el cuerpo y le habían quitado la cabeza. Los demás, supuse, no habían sido tan afortunados. Puede que a raíz de los recientes disturbios, la pena por traición o herejía en Inglaterra no se limitara simplemente a la ejecución. Era capaz de imaginármelo

perfectamente; no el dolor, porque eso era inimaginable, pero sí el horror: ver las tripas colgando de tu vientre, como los hilos de la bolsa de un charlatán, que luego eran quemadas ante tus ojos, con la lluvia cayendo y evaporándose al entrar en contacto con tus entrañas mientras lo último que habías comido volvía a cocerse mientras tus intestinos se desparramaban sobre un brasero. Y todo eso antes de empezar a cortar tu cuerpo en pedazos con una sierra...

Esta vez me reprimí y no hice la señal de la cruz, aunque mi mano derecha se retorció involuntariamente. Mi compañero se dio cuenta y se echó a reír. Sin embargo, vi que no era una risa maliciosa; al ver que me había provocado aquel malestar, simplemente quería demostrarme que sólo estaba bromeando. Ya me habían advertido del extraño sentido del humor de los ingleses.

—¿Adónde os dirigís? —me preguntó, dándome una palmadita en la espalda mientras nos dirigíamos hacia la estrecha pasarela del barco.

—Me alojaré en Vauxhall y luego me presentaré en la corte.

—¿En la corte? ¿De verdad? —me preguntó el hombre, visiblemente impresionado—. Allí hay algunos compatriotas vuestros —dijo, asintiendo—. En ese caso, podemos hacer el trayecto juntos. Yo también me dirijo a Vauxhall.

—Gracias —repuse, educadamente—, pero tengo que esperar mi equipaje.

Ya estábamos en tierra firme. Después de la travesía, me flaqueaban un poco las piernas. En realidad, la tierra no era muy firme: el barro, pegajoso y del color de los excrementos, se mezclaba con la lluvia, creando bajo los pies un terreno resbaladizo.

—Da igual. Esperaré con vos. Tal vez deje de llover.

Pasaron veinte minutos antes de que subieran mi equipaje de la bodega. Cuando depositaron el último baúl en el muelle, el hombre me tocó un brazo.

—Debe exigir que paguen por eso. Esos cretinos han empapado su equipaje.

—No importa —dije.

—¿Que no importa? ¡Mirad! —Tenía razón: el agua caía por el extremo de un baúl—. Deberíais echar un vistazo al contenido —insistió el hombre. Llamó a un mozo—. Tú, ven aquí: abre este baúl.

—No importa, de verdad. Además, está cerrado con llave.

—¿Por qué? ¿Qué contiene? No os importa que se moje pero sin embargo lo habéis cerrado con llave...

Sus preguntas, tan directas, eran irritantes, casi ofensivas. Pero eso, como me di cuenta de inmediato, era otro rasgo de su carácter.

Dudé un momento.

—Ahí dentro están mis utensilios. Pero casi todos son de peltre; no me preocupa que se mojen un poco. —Di un penique a los marineros para que cargaran el equipaje hasta la calle—. Ahora hay que encontrar un carruaje.

Una vez más, me di cuenta de que aquel hombre —un soldado: ahora ya estaba convencido de que lo era— me observaba con curiosidad. Tal vez se preguntara cómo podía saber un extranjero que un carruaje sería más rápido que una barca. Sin

embargo, había recibido órdenes de permanecer en el puente sólo lo mínimo imprescindible.

Cargamos los baúles en un carro y partimos. En la parte que no había alcanzado el incendio, las calles eran estrechas, con apenas el espacio necesario para avanzar entre los edificios. Cada piso de dichas construcciones era más ancho que el de abajo, por lo que el poco espacio existente en la planta baja desaparecía en el segundo o en el tercer piso, convirtiendo las calles en algo parecido a un túnel. Ahora daba las gracias a la lluvia: al menos mantenía los excrementos, humanos y equinos, en el pequeño canal que discurría por el centro de las calles, siempre que no fuese obstruido, por supuesto. Saqué un pañuelo del bolsillo, le eché unas gotas de agua de rosas y me lo llevé a la nariz. Vi que mi compañero sonreía, pero no dijo nada.

Mientras avanzábamos lentamente por las calles dejamos atrás varios grupos de hombres vestidos de negro que, a modo de saludo, se daban la mano y la apretaban brevemente. Parecía un ritual secreto, aunque lo hacían abiertamente, en público.

—Lo llaman estrecharse la mano —dijo mi compañero, viendo que me había dado la vuelta para mirarlos—. Es costumbre entre los disidentes más convencidos cuando se encuentran. Se niegan a inclinarse ante nadie porque afirman que todos los hombres son iguales.

—En Francia se consideraría un discurso sedicioso.

—Aquí es distinto. La Commonwealth lo ha revolucionado todo. Las cosas volverán a ser como antes, pero llevará un tiempo. —De repente, el hombre parecía divertido—. Un disidente se negó a quitarse el sombrero al toparse con el rey. ¿Sabéis lo que ocurrió? —Sacudí la cabeza y él continuó—: Fue Su Majestad quien se quitó el sombrero.

—¿Por qué hizo tal cosa?

—Como le explicó al disidente, las normas exigían que uno de los dos se descubriera; de ese modo, se respetaba la costumbre. El viejo y querido Rowley.

—¿Rowley?

—Ah..., el semental del rey, aunque la gente también llama así al soberano.

—¿Por qué?

—Lo dicen con cariño. Es un apodo. —Se rio entre dientes—. Me imagino que es porque se parece a su caballo, al menos en algunos aspectos.

Estaba perplejo. Los hombres que habían muerto en su lecho eran desenterrados y decapitados, pero los comentarios mezquinos y sediciosos sobre el rey provocaban hilaridad. Y, al parecer, el propio rey se veía obligado a pasar por alto una impertinencia que en Francia o en Italia habría mandado a un hombre a la horca.

«Un país bárbaro y atrasado —había concluido el informador de Lionne, estremeciéndose—. Ni siquiera son capaces de adoptar el mismo calendario que el resto de la cristiandad. Y aunque su calendario, como ya descubriréis, sólo lleva un retraso de diez días con respecto al nuestro, comprobaréis que en todos los aspectos la diferencia parece que sea de décadas».

Por fin conseguí librarme de mi compañero en la posada donde iba a alojarme. El inglés siguió con la mirada el último baúl cuando lo metieron dentro. Aún chorreaba agua, pero no dijo nada salvo un escueto «Adiós, entonces», antes de hacer un gesto con la cabeza y volverse hacia la calle. Había ensayado un discurso, falso pero elaborado, para darle las gracias por su ayuda, como exigía la cortesía. Una vez más, no pude entender si su brusquedad era un insulto o sólo una extraña costumbre.

Mi aposento era aceptable. Los paneles de madera que cubrían las paredes parecían no esconder ninguna mirilla. Aliviado, centré mi atención en los baúles. El que chorreaba agua estaba frío: mala señal. Cogí la colcha de la cama y lo sequé lo mejor que pude. No me atrevía a abrirlo: la estancia estaba caldeada y sólo habría empeorado la situación. Pasé al siguiente y lo abrí. Acto seguido, di un paso atrás, consternado.

Cuando lo había sellado, en su interior había cristales amarillos. Ahora, sin embargo, sólo eran un amasijo granulado e informe. Lo toqué con un dedo. Estaba húmedo. El otro baúl, el que chorreaba agua, debía estar encima de éste en la bodega del barco. No sabía si se podía secar el salitre para aprovechar los cristales, pero me temía que no.

En cualquier caso, no me parecía un problema que no tuviera solución. Presumiblemente, en Londres, al igual que en París y en Florencia, debía de haber hombres que recogieran el contenido de los orinales para extraer el preciado salitre. En la calle había visto una botica; allí debían de saber dónde podría procurármelo. Me lavé con el agua caliente que me trajo un sirviente. Luego bajé y le dije a la posadera que iba a salir.

Mientras me dirigía a la botica me llamó la atención un grupo de jóvenes. Avanzaban hacia mí en una fila de cuatro, lo cual, aparte del hecho de que se movían de un lado a otro de la calle, significaba que ocupaban todo el espacio disponible. Contrariamente a los otros hombres que había visto, éstos vestían de una forma que incluso en Francia se habría considerado ostentosa, con pantalones bombachos ribeteados con encajes, manguillas que colgaban del cinto de la espada, camisas de lino que se hinchaban bajo unos sofisticados jubones, un tejido que dejaban entrever las solapas sin abrochar y chalecos bordados con hilos de oro y plata. Evidentemente, estaban ebrios: uno de ellos colocó un brazo sobre los hombros del que iba a su lado, pero el gesto les hizo balancearse a ambos, lanzándoles contra el muro.

En ese mismo momento, detrás de ellos, apareció un palanquín. Sin duda alguna, debía de ser una persona importante la que iba en la silla, que cargaban dos criados en la calle embarrada. Fuera quien fuese, tenía prisa, porque en seguida dejó atrás a los elegantes jóvenes. Los criados, sin mirar a derecha ni a izquierda, avanzaron al grupo aprovechando un hueco. Entonces, uno de los jóvenes lanzó un rugido —parecía haber dicho «¡Hipopótamo!»— y sus compañeros contestaron con un grito. Al unísono, se lanzaron sobre el palanquín y lo volcaron. Su ocupante cayó al suelo. Era,

como había imaginado, un caballero de mediana edad, bastante grueso. Sus protestas, mientras rodaba por el fango y la inmundicia, habrían sido mucho más airadas si la caída no lo hubiese dejado sin aliento. Por su parte, los jóvenes se reían tan a gusto que apenas podían mantenerse en pie.

—¡Zoquetes! —farfulló el hombre, que aún no había conseguido ponerse en pie.

Sin pérdida de tiempo, uno de los jóvenes desenvainó la espada y se colocó delante del caballero, con aire amenazador.

—¿Cómo? —dijo, encarándose con él—. ¿Habéis proferido un comentario insolente?

Me quedé atónito, porque era evidente que los culpables eran los jóvenes, y porque no se habían dirigido al caballero que, como he dicho, era una persona respetable, con la educación que merecía alguien de su posición. Y mi sorpresa fue si cabe mayor al comprobar la reacción de este último. Recogiendo su peluca, que había caído sobre el barro, se limitó a decir, en un tono sumiso:

—Lo siento, Excelencia. Lo he dicho sin pensar.

El impetuoso joven que había desenvainado la espada la agitó en el aire. Parecía decepcionado porque el hombre no le había dado motivos para enzarzarse en una pelea. Luego se volvió, envainó de nuevo la espada y se reunió con sus amigos dando traspiés.

Qué país más extraño, pensé, observando al hombre mientras volvía a subir al palanquín bajo la impasible mirada de sus criados. Era como si nadie supiera cuál era su posición; o puede que, después de una guerra civil, todos supieran demasiado bien cuál era. Como forastero, debía andarme con mucho cuidado.

Entré en la botica y cerré la puerta detrás de mí.

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudaros? —me preguntó el boticario, levantando los ojos de la balanza en la que estaba pesando un trozo de ámbar gris.

—Quisiera procurarme un poco de salitre. Unas dos libras.

El hombre parpadeó.

—No dispongo de tal cantidad. Si queréis, podría preguntar en el arsenal de Woolwich. Pero será caro.

—Comprendo. Pero lo necesito. Estaré en el Red Lion; podéis dejarme un mensaje allí.

Me dirigí a la puerta. Aparentemente, los jóvenes se habían ido. Al final de la calle había un mercado y decidí echar un vistazo a los frutos de temporada que ofrecía.

Pasó más de una hora antes de que regresara a la posada. El mercado resultó ser una agradable sorpresa. A pesar de que el mes estaba ya muy avanzado, había un montón de albaricoques pequeños y dulces, almendras y pistachos de Turquía y una variedad de frutos secos muy grandes que no conocía y que los puesteros llamaban avellanas. En cuanto a quesos, había un gran surtido, y tantas hierbas y especias que no fui capaz de reconocerlas todas. Al parecer, los ingleses compensaban la falta de recursos

naturales con un floreciente comercio.

Cuando regresé a la posada, con un cesto de ciruelas bajo el brazo, me pareció que había mucha gente. Algunos me miraban con la franqueza típica de los ingleses, aunque detecté algo más, una suerte de recelo en sus miradas. Me sentía algo incómodo y me dirigí a las escaleras.

—¡Es él!

De repente, bajó un grupo de hombres, sacando sus armas. Me apuntaban a la cara con la punta de las espadas y el cañón de los mosquetes. Me asusté, soltando las ciruelas; el sobresalto casi me hizo caer de espaldas. Me acordé de que detrás de mí había más hombres armados, y evité a duras penas no acabar ensartado en sus espadas. Al fondo, descubrí el rostro inquieto del boticario.

—¡Salitre! —le gritaba a todo aquel que preguntaba por el motivo del tumulto—. Quería el salitre necesario para volar por los aires una casa. Y además es forastero. Viste como Guido Fawkes.

—Habéis obrado bien, Isaiah Wentworth —dijo otro hombre—. A buen seguro habéis evitado un complot papista.

—Tiene varios baúles en sus aposentos —añadió el posadero—. Baúles llenos de armas. Lo comprendí al escuchar el ruido que hacían cuando fueron llevados arriba.

Estaba tan asombrado que apenas sabía qué decir, y el miedo me impedía expresarme en inglés.

—Nada de armas —dije, levantado las manos para demostrarles que iba desarmado—. Ningún complot.

El hombre que había felicitado al boticario dio un paso al frente.

—Tendremos que registrar vuestra estancia.

Me arrastraron al piso de arriba y me obligaron a abrir los baúles. Al hacerlo, una docena de cabezas se abalanzaron sobre ellos para examinar su contenido. Mis vestidos de corte fueron esparcidos por el suelo. Vi que mis pañuelos franceses desaparecían en el bolsillo de un hombre cuando nadie estaba mirando. Al ver mis moldes se produjo un momento de desconcertado silencio, hasta que alguien sugirió que debían servir para fabricar explosivos.

—Aquí hay otro —gritó una voz al descubrir el último baúl bajo la ropa de cama—. Estaba oculto. Seguro que dentro está la pólvora del papista.

—Cuidado, Obadiah. Podría ser peligroso.

El hombre llamado Obadiah retiró inmediatamente las manos de la tapa del baúl.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó—. Está frío.

—¿Frío?

—Como el hielo.

Con mucho cuidado, levantó la tapa. Algunos hombres dieron un paso atrás; otros, se inclinaron para echar un vistazo.

En el del baúl, forrado con una capa de madera de cedro, había seis bloques plateados, cada uno del tamaño de una Biblia. En uno de los extremos había otro

compartimento lleno de limones de piel gruesa; en el otro, la misma cantidad de grosellas negras, con la piel cubierta de escarcha. Uno de los hombres metió la mano dentro, pero la retiró en seguida, como si se hubiese pinchado.

—¿Qué es? —preguntó el posadero, perplejo—. ¿Un tesoro? ¿Brujería?

Una voz, procedente de la puerta, dijo:

—Ambas cosas, en cierto sentido. Es hielo.

Todos se volvieron, incluido yo. En el umbral, muy tranquilo, estaba el hombre con el que había coincidido en el barco. Dando un paso al frente, entró en la estancia.

—Este hombre no es Guido Hawkes. Y no ha venido aquí para haceros volar por los aires; ha venido para prepararle un postre al rey. Es más: está aquí bajo la responsabilidad de lord Arlington. A menos que alguno de vosotros desee provocar la ira de mi señor, os sugiero que cerréis ese baúl antes de que su contenido se derrita. —Me hizo un gesto con la cabeza—. Creo que no hemos sido oficialmente presentados. Capitán Robert Cassell, señor. Es un placer conoceros. Llamaré a un guardia a fin de que vuestros efectos personales estén a buen recaudo. Más tarde, mi señor desearía hablar con vos.

Poco después, Cassell me escoltó hasta un edificio de madera que se levantaba en uno de los extremos del prado que había sido pasto de las llamas. Era una especie de oficina de correos: había hombres que iban de un lado a otro, portando cartas y sobres llenos de documentos. Fuimos conducidos a una pequeña estancia donde había un hombre vestido de negro sentado detrás de un escritorio. A su lado se sentaba otro hombre, un cortesano, a juzgar por el tamaño de su peluca. Sorprendentemente, llevaba un parche sobre el puente de la nariz, parecido al que usan los soldados para cubrirse las heridas que no cicatrizan.

—Bienvenido, signor Demirco. Soy Joseph Walsingham, y éste es mi señor, lord Arlington —dijo el hombre vestido de negro, educadamente. Mi dificultad de comprensión debía de ser evidente, porque arqueó las cejas—. Sé que nuestros nombres no os resultan familiares. Evidentemente, estáis menos preparado de lo que habíamos imaginado. Si me lo permitís, no sois gran cosa como espía.

—No soy un espía —repuse, asustado.

—Por supuesto que lo sois, y muy conveniente —dijo, con desparpajo—. ¿Dónde estaríamos nosotros, que dirigimos una red de espionaje, si no fuera por nuestros espías? Aun así, debo confesaros que siento curiosidad por saber por qué os ha elegido Lionne para esta tarea en particular. Sin duda alguna, vuestros postres helados deben de ser muy notables.

—Mis servicios son simplemente una demostración de la gran estima que...

—Sí, sí. Podemos ahorrarnos todo eso: dentro de cuarenta minutos debo estar en Whitehall. —Fue Arlington quien habló. Tenía una voz aguda y aflautada, y pronunció cada palabra de modo claro y preciso—. Hablemos claro, Demirco: en lo que respecta a la muchacha bretona, nuestros intereses y los de Francia coinciden.

Los que luchamos en la última guerra civil no tenemos ningún deseo de vernos envueltos de nuevo en similares tinieblas.

—No comprendo —dije—. ¿Qué tienen que ver una dama de compañía y un pastelero con las guerras civiles?

Los dos ingleses intercambiaron sendas miradas.

—La muchacha bretona no es una dama de compañía —dijo Arlington, sin preámbulos—. Con la ayuda de Dios, será la próxima amante del rey y el futuro canciller de su alcoba. Y será gracias a ella que gobernaremos a un rey débil, y a través de él, a una nación aún más débil.

Debí de mostrar una expresión de sorpresa, pues me di cuenta de que me miraban con curiosidad.

—Creo que están en un error —me oí decir—. Conozco a esa muchacha. Es famosa por su virtud. Su familia espera que haga un buen matrimonio con alguien de una familia noble...

Arlington hizo un gesto para liquidar mi comentario.

—Ella cumplirá con su deber. Al final, todos lo hacen. Y ahora, señor, decidme: ¿qué necesitáis para preparar un helado?

## *Louise*

«El duque de Buckingham ha acogido a Mlle. De Keroualle, que estaba al servicio de Su Difunta Alteza; es una joven hermosa, y se cree que el objetivo es convertirla en la amante del rey de Gran Bretaña; dicen que las mujeres ejercen una gran influencia en el rey de Inglaterra...».

*El marqués de Saint-Maurice, embajador de Saboya,  
al duque Carlo Manuel II, 19 de septiembre de 1670*

Al principio supuso una conmoción descubrir que el rey pensaba enviarme a Inglaterra. Pero, pensándolo bien, empecé a comprender los motivos. Si queríamos que el rey Carlos se mantuviera fiel a los términos del tratado, había que infiltrar a alguien en la corte inglesa cuya presencia le recordara que sus obligaciones tenían todo el sentido.

Otro comentario de Lionne me sorprendió todavía más.

—Después de todo, sabemos la estima en que ya os tiene el rey gracias al asunto del cofre de joyas —dijo, sin preámbulos.

—¿El cofre de joyas, señor?

—Sí. ¿No lo sabíais? Al parecer, en Dover, cuando Carlos le pidió a su hermana un presente que le hiciera pensar en ella, vuestra señora os mandó a buscar el cofre de joyas. ¿Lo recordáis? —Asentí. Ella tenía por costumbre intercambiar joyas a modo de recuerdo—. Luego, cuando se quedaron a solas, Carlos le dijo a su hermana que la joya que más le gustaba era la que había ido a buscar el cofre.

Aquellas palabras me dejaron un poco perpleja, en parte porque madame nunca me había mencionado esa conversación cuando hablábamos de su adorado hermano, y en parte por la franqueza de la sonrisa de Lionne.

—Estoy segura de que Su Majestad sólo pretendía ser galante —dije—. Y en cuanto esté al servicio de la reina, sin duda será un poco más prudente con sus galanterías.

—Sin duda —Lionne consultó el calendario que había encima del escritorio—. De todas formas, partiréis mañana.

—¿Mañana?

—Viajaréis con el pastelero hasta Dieppe, donde se encuentra el barco del duque de Buckingham. Él se reunirá allí con vos y os escoltará durante la travesía del canal. No hay tiempo que perder. Debemos conseguir la declaración de guerra del rey inglés contra los holandeses antes de realizar nuestros movimientos; cada semana de retraso nos cuesta dinero.

Partí de París a la mañana siguiente, después de haberme pasado la noche preparando

el equipaje. Tenía pocos vestidos de mi propiedad, pero me habían dicho que me llevara cuanto necesitara del guardarropa de madame. Al principio me sentí extraña al probarme los vestidos que le había visto llevar hasta hacía bien poco, pero no era la primera vez que me ponía los que ella ya no usaba; además, sabía que si no me los llevaba, irían a parar a manos de otras damas de compañía. No tenía tiempo de visitar a mis padres; les escribiría a Brest para contarles lo ocurrido, asegurándoles que, si todo iba bien, estaría de vuelta en Francia al cabo de un año y que, mientras tanto, esperaba ganarme el favor del rey.

Sin embargo, en Dieppe no había ni rastro de Buckingham. Su embarcación estaba en el puerto, pero la tripulación no sabía cuándo llegaría su señor. Afortunadamente, tenía suficiente dinero para costearme una estancia en una posada.

Transcurrieron dos días, y luego tres y cuatro. Me pasaba el tiempo paseando por la playa, sintiendo el aire salobre del mar en el rostro, como solía hacer antes de trasladarme a la corte.

Entonces, el quinto día, recibí un mensaje: «El duque de Buckingham requiere el honor de vuestra compañía».

Encontré al inglés en sus aposentos, apoltronado en un sillón, frente a la chimenea. Hice una reverencia.

—Milord —dije, en inglés—, es un gran honor para mí.

Había decidido que las recriminaciones o los comentarios hirientes eran inútiles; sería mejor ignorar el hecho de que me había dejado abandonada allí que crearse un enemigo.

—Llamadme George —dijo—. Después de todo, dentro de poco nos conoceremos muy bien.

Su criado dejó la cena sobre la mesa y desapareció. Ni siquiera habíamos empezado a comer cuando Buckingham se colocó a mi lado y...

Puesto que estoy escribiendo esto para mí, puedo decirlo sin ambages: introdujo las manos bajo mi vestido.

Me puse de pie dando un respingo.

—¿Qué estáis haciendo, milord?

Él, imperturbable, se echó a reír.

—No puedo responder por una yegua a menos que la haya cabalgado. Del mismo modo que vos probabais la comida de madame, me he impuesto el deber de probar a las mujeres del rey.

Intenté hablar con voz tranquila, pero no estoy segura de que lo consiguiera.

—No os creo capaz de insultar así a una de vuestras compatriotas.

—¿Insultar? —Se acercó un poco más a mí y pude ver que tenía los ojos vidriosos por el alcohol—. Soy yo quien ha sido insultado por una francesa deslenguada.

—No comprendo.

—El supuesto tratado por el que he sido enviado aquí. El tratado de París..., ¿o

debería decir el tratado de Dover?

De modo que lo sabía. Era una mala noticia.

—No sé nada de ese asunto. Yo sólo era la dama de compañía de madame, nada más.

Él frunció el labio.

—No juguéis conmigo. Habéis sido enviada para seducirlo. Las mujeres son su debilidad, lo sabe todo el mundo.

Sacudí la cabeza, incapaz de hablar.

—De todas formas, no importa. Aunque os hubiesen enviado a la corte, no habríais durado mucho. Le gustan con un poco más de fuego entre las piernas. Y vos sois una zorra carente de pasión, eso está claro.

Hablaba con tanta calma que me costaba creer lo que estaba oyendo.

—Cuando hayáis acabado de insultarme... —empecé.

—¡Oh, ya he terminado! —dijo él, bruscamente—. Y vos también. Podéis regresar al burdel francés de donde os sacó Lionne. No pienso llevaros a Inglaterra. Ya contamos con nuestras propias putas, y en abundancia.

Nos miramos fijamente un instante. Yo estaba horrorizada; él, lleno de desprecio. ¿Qué podía hacer? Nada podría borrar lo que me había dicho; ninguna disculpa podría justificar su comportamiento. Con toda la dignidad que fui capaz de reunir, me di la vuelta y abandoné la estancia.

«Habéis sido enviada para seducirlo». Era una sandez, por supuesto, pero..., ¿habría algo de verdad en ello? ¿Habría pensado Lionne, o incluso Luis, que Carlos podía encapricharse conmigo? Me parecía increíble. Y, de haber sido así, ¿cuáles serían las ventajas? Aun cuando yo hubiese sido la clase de mujer que alentaba ese comportamiento, la idea de que un rey cambiara de estrategia política por una mujer era absurda. Incluso un rey tan absolutista como Luis estaba rodeado de ministros, consejeros y postulantes. Sin embargo, apenas los escuchaba. Y en cuanto a sus amantes, por lo que yo sabía, eran más bien ellas quienes lo escuchaban. Y Carlos II de Inglaterra tenía un Parlamento al que enfrentarse.

A la mañana siguiente estaba convencida de que Buckingham simplemente estaba ebrio y que había intentado meterme en su cama. Esperaría a que me pidiera perdón, aceptaría con elegancia sus disculpas y jamás volveríamos a hablar de lo sucedido.

Sin embargo, cuando me acerqué a la ventana vi que su barco había zarpado.

Pasé el día sumida en la desesperación. Había fracasado, y no por culpa mía. Naturalmente, siempre podía regresar a París y explicar lo ocurrido, pero estaba claro que, en esas circunstancias, Luis aún tendría menos motivos para retenerme en la corte. Sería más rápido y sencillo encontrar un barco pesquero que me llevara directamente a Brest.

Al pensar en volver junto a mis padres sin haber cumplido la misión que me había sido encomendada me sentí morir.

Había algo más que podía intentar. Cogí papel y pluma y escribí una carta a Ralph Montagu, el representante de Carlos II en la corte francesa, que solía visitar a menudo los aposentos de madame en Versalles.

Cinco días más tarde, el posadero me anunció que tenía una visita. Me alegré al ver que se trataba de Montagu en persona.

—Mademoiselle —dijo, inclinándose con un besamanos—. Partí en cuanto recibí vuestro mensaje.

—No sabía a quién más recurrir.

—Hicisteis lo correcto —me tranquilizó—. El rey Carlos en persona ha sido informado de vuestra inminente llegada y os aguarda con impaciencia. Quiere daros la bienvenida en Whitehall con todo el respeto que merece la hija de una de las familias más antiguas de Francia.

Puso cierto énfasis en la palabra «respeto», como si quisiera dar a entender que sabía muy bien de qué me había acusado un hombre como Buckingham.

—Comprendo —dije, aliviada—. Debo admitir que me angustiaba el hecho de que el duque de Buckingham hubiera podido insinuar lo contrario.

—Os ruego que no juzguéis a todos mis compatriotas basándoos en su comportamiento. —Montagu señaló el puerto—. Lord Arlington, uno de los ministros más importantes de Carlos, ha mandado su barco para llevaros a Inglaterra. Cuando lleguéis a Londres, os invita a quedaros en su casa, donde su esposa estará con vos hasta que seáis alojada en la corte.

—Agradezco mucho la invitación de lord Arlington.

—Lord Arlington me ha pedido que os diga que está encantado de poder prestaros su ayuda. Sólo espera que se lo mencionéis a vuestro rey si se presenta la ocasión.

Eso era otra cosa. Por primera vez —una vez más, me permito hablar con franqueza— advertí el poder embriagador que suponía estar vinculada al país más grande del mundo; ahora es una sensación tan habitual que apenas soy consciente de ella, pero que si por alguna razón, como el fracaso temporal de mis esfuerzos diplomáticos, me faltara, la echaría de menos como si tratara de mi propio brazo.

—Estaré encantada de hacerlo, aunque me temo que en Londres será difícil mantener correspondencia con Versalles.

—En absoluto. Ya se han ocupado de ello. El pastelero podrá transmitir cualquier mensaje en vuestro nombre.

—¿Puedo preguntaros cómo estáis al corriente de eso? —dije, sorprendida.

—Ahora, nuestros países son aliados. Es normal que trabajemos juntos. —Aunque seguía sonriendo, su mirada se volvió más grave—. Además, algunos de nosotros, en Inglaterra, tenemos mucho en común con Francia.

Se tocó el pecho, justo debajo del esternón, y comprendí a qué se refería. Era el punto donde podía llevar colgado un crucifijo.

—Lord Arlington es uno de los nuestros —continuó, en voz baja—. Sin embargo,

si hablara abiertamente de ello, perdería su puesto. Buckingham, naturalmente, es protestante. Eso, estoy seguro de ello, es el motivo de su cambio de actitud. Alguien le ha hecho ver que introducir a otra católica —dudó, aunque sólo un instante— en el círculo íntimo del rey no habría contribuido a su causa.

Un asunto complicado.

—Os agradezco que me hayáis informado sobre la situación política de Inglaterra.

Debía tener cuidado de no dejarme involucrar en sus mezquinas rivalidades: sólo aspiraba a ganarme el favor de un rey, y no se encontraba en Whitehall, sino en Versalles.

Hubo un momento embarazoso antes de que nos despidiéramos, cuando me vi obligada a preguntarle a Montagu si podía hacerse cargo de mi cuenta en la taberna.

—¿Su Muy Cristiana Majestad no os dio dinero para el viaje? —me preguntó, visiblemente sorprendido.

Negué con la cabeza.

—Debió dar por sentado que el duque de Buckingham se haría cargo de los gastos.

Me sentí demasiado intimidada para sacar el tema a colación.

—Comprendo. —Por un instante adoptó un aire pensativo, pero la sonrisa volvió a iluminar de nuevo su rostro—. Bueno, me alegra poder ayudaros. Y estoy seguro de que el rey Carlos llegará a un acuerdo con el embajador de Francia en Londres. Os ruego que no volváis a pensar en ello.

Una semana más tarde estaba en Londres. Después de toda aquella espera, no quedaba mucho tiempo. Un nuevo país, una nueva ciudad, una nueva corte: el papel de quienes componían el séquito del rey siempre era el mismo; sólo cambiaban los títulos y la gente, como si estuviera en una tierra reflejada en un espejo.

Mi presentación ante el rey fue orquestada como si se tratara de la entrada de un actor en un escenario. Iba a celebrarse un baile en la residencia de los Arlington, al que había sido invitado el rey. Lord Arlington me dejó en manos de su esposa, Elizabeth, una amable holandesa que me proporcionó corsés y zapatos de baile.

—Es la primera invitación que acepta el rey después de la muerte de su hermana —explicó lady Arlington—. Bennet, mi esposo, le ha comunicado vuestra llegada y le ha sugerido que quizás le gustaría daros la bienvenida personalmente. Sin embargo, es poco probable que quiera bailar, por lo que os hemos buscado otro acompañante. Es un buen bailarín, y tan alto como vos, aunque, naturalmente, no debéis prestarle demasiada atención. Debéis estar pendiente del rey...

—¿Y cómo lo haré, si estoy bailando?

—Bennet os dará instrucciones. No debéis hacer nada en absoluto. Si el rey decide acercarse a hablar con vos, Bennet os hará una señal. Sin embargo, será mejor que no habléis con Su Majestad durante mucho tiempo. Decidle que aún estáis

cansada a causa del viaje.

—No comprendo... ¿De qué servirá eso?

—Si le parece demasiado fácil, seguro que perderá el interés.

—¿Si le parece demasiado fácil qué? —pregunté, poniéndome en guardia.

Lady Arlington sonrió.

—La misión que os ha llevado hasta aquí requiere cierta delicadeza. Si parecéis demasiado ansiosa, temo que el rey se sienta obligado a honrar los términos del tratado... y, creedme, puede ser muy obstinado en asuntos como ése cuando se lo propone. Es mejor dejarle creer que es él quien decide haceros confidencias y no lo contrario.

—¿Y si no lo hace?

—¿Con una muchacha tan encantadora como vos? ¿Y con ese delicioso acento francés? —Sacudió la cabeza—. Si hay algo que pueda levantar la moral del soberano, es sin duda vuestra presencia.

Llegó la noche del baile. Era un evento fastuoso, pero estando como estaba acostumbrada a los eventos fastuosos, me di cuenta de que muchos de los cuadros y tapices franceses que daban fe del exquisito gusto de los Arlington habían sido traídos el día anterior, tomados en préstamo a comerciantes y mercaderes.

Por mi parte, rechacé el vestido que lady Arlington había elegido para mí y preferí uno de los que me había traído de Francia, un traje de terciopelo gris ribeteado con armiño negro y salpicado con unas pequeñas pero elegantes perlas. El que ella había escogido era demasiado llamativo para mi gusto.

El plan era que hiciera una entrada discreta, pero en cuanto puse un pie en el salón vi que todas las cabezas se volvían hacia mí. ¿Por qué me miraban así? Me llegó un murmullo de admiración: «Es lista». ¿Se referían a mí? Me sentí aliviada cuando el joven que había sido elegido para ser mi pareja de baile se acercó a mí y pude concentrarme en los movimientos del *galliard*.

«No debéis hacer nada en absoluto», me había dicho lady Arlington. Bueno, si aquel iba a ser mi único baile de la noche, sería mejor que lo disfrutara, aunque me sorprendió un poco descubrir que los ingleses bailaban como lo hacían los campesinos: cada hombre se emparejaba con una mujer, a la que rodeaba con un brazo por la cintura, con dos besos en las mejillas a cada compás. Era muy distinto de las danzas lentas y formales de Versalles.

Entonces vi que los bailarines que estaban a nuestro alrededor titubeaban. Mi pareja dio un paso atrás.

—¿Por qué...? —empecé, antes de darme cuenta de que él estaba mirando a mis espaldas y que se inclinaba, como el resto de la corte.

Me di la vuelta.

Ya conocía a Carlos, naturalmente, con ocasión de los festejos de Dover, y su retrato había estado colgado durante mucho tiempo en el estudio de madame. Sin

embargo, el hombre que ahora se acercaba a mí tenía un aspecto muy distinto. La pena había dibujado unas profundas arrugas en su rostro, y su bigote estaba rodeado por un arco que descendía desde la nariz hasta los dos lados del mentón. Sus ojos también parecían poseídos por el dolor, y su figura, alta, vestida totalmente de negro, parecía cadavérica.

Detrás de él apareció lord Arlington.

—Sire, ¿puedo...?

—Conozco ese vestido —dijo Carlos, con voz ronca—. ¡Oh, Dios mío! Conozco ese vestido...

Vi que tenía lágrimas en los ojos y me di cuenta, horrorizada, de que era yo quien las había provocado.

—Lo llevaba en Dover, hace apenas tres meses, por mi aniversario. Cuando os vi bailando pensé que...

Su voz se quebró.

Arlington también se había interrumpido a mitad de la frase, sin saber cómo proseguir. Los músicos habían concluido la pieza que estaban tocando, pero nadie aplaudió. El silencio se hizo eterno.

—Sire —dije, desesperada—. Soy Louise de Keroualle, la dama de compañía de vuestra hermana. Su Muy Cristiana Majestad, el rey de Francia, me dio este vestido, que era suyo, antes de abandonar Versalles. Me lo puse sin pensar. Os ruego que aceptéis mis disculpas.

Carlos se limitó a mirarme fijamente, inexpresivo.

—Si Su Majestad me lo permite, iré a cambiarme —añadió.

—No, os lo ruego —respondió él—. Ahora os recuerdo muy bien, mademoiselle. Y me alegra mucho veros aquí. —Su expresión, sin embargo, expresaba más bien poca alegría—. Debéis pensar que soy un necio por haberos saludado con tan poca galantería.

La etiqueta exigía que yo respondiera a su cumplido con otro, alguna banalidad que disimulara mi error y su emotividad. Sin embargo, algo me empujó a decirle, en voz baja:

—Todo lo contrario, sire. Ha sido una muestra de sensibilidad. Quise a vuestra hermana como nunca he querido a nadie en Francia, y no pasa un día que no llore por ella.

Escrutó mi rostro y dijo, con hilo de voz, para que sólo yo pudiera escucharlo:

—Entonces lloraremos juntos en una ocasión más apropiada y compartiremos nuestros recuerdos sobre esa mujer tan maravillosa. —Luego, en voz más alta, añadió—: Esta noche tengo asuntos que atender, pero vos debéis divertirlos; mañana ya me contaréis vuestras aventuras.

Se dirigió hacia la puerta, haciendo un gesto a los músicos para que siguieran tocando. Inmediatamente, un grupo de cortesanos se arremolinó a su alrededor, ansiosos por ir tras él. Sin embargo, vi que les dejaba atrás, alzando los hombros con

impaciencia, como si quisiera sacárselos de encima.

—¿Y bien? —dijo lady Arlington, acercándose. Para mi sorpresa, no parecía tan horrorizada como yo por mi *faux pas*—. Supongo que sabíais que este vestido era de su hermana. Al parecer, tenéis vuestra propia estrategia.

—Lo sabía, pero no caí en la cuenta —dije, sin más. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Yo, que me jactaba de mi ingenio y de mis buenos modales—. Y no tengo ninguna estrategia.

Sin embargo, mientras hablaba recordé que había sido el propio Luis quien había insistido en que me llevara los vestidos de madame. ¿Esperaría él, o alguno de sus consejeros, que ocurriera lo que había ocurrido? ¿Habría sido Lionne, o alguna otra mente retorcida, quien habría planeado el desarrollo de los acontecimientos, manipulándome de una forma que ni siquiera yo comprendía, dirigiéndolo todo desde un despacho del Louvre?

En el otro extremo del salón, un hombre me miraba fijamente. Era muy bajito, casi jorobado, y se apoyaba con dificultad en dos bastones. En seguida entendí por qué: tenía las piernas torcidas, una hacia dentro y la otra hacia fuera. A pesar de su baja estatura, el tullido llevaba una peluca rubia que le llegaba casi hasta la cintura: posiblemente se trataba de una costumbre o de una muestra de vanidad que, junto con su cuerpo deforme, le conferían un aspecto bastante ridículo.

Al ver que lo estaba observando, inclinó la cabeza educadamente. Le devolví el gesto.

—¿Quién es ese hombre? —pregunté.

Lady Arlington siguió mi mirada.

—Lord Shaftesbury, el parlamentario. Espero que haya venido para veros. Mucha gente lo ha hecho.

—Es evidente que no ha venido a bailar.

—No, creo que no —me confirmó lady Arlington—. Aunque en algunos aspectos, a pesar de esos dos bastones, es el más ágil de todos nosotros.

## Carlo

Dejar en infusión la piel de cuatro limones, cortada muy fina, con su zumo; añadir tres medias pintas de leche y tres cuartos de libra de azúcar; hervir a fuego lento, filtrar con una servilleta y congelar.

*El libro de los helados*

Después de la grandiosidad de Versalles, el enorme laberinto de estancias que constituía el palacio de Carlos II, en Whitehall, fue una sorpresa. Algunas partes parecían casi abandonadas, mientras que en otras había esculturas y relojes de sol muy notables, aunque dispuestos sin criterio alguno. En determinado momento llegamos frente a una antigua cabaña de madera y piedra que parecía estar empotrada en el palacio, como si éste, al ampliarse, se hubiera tragado los edificios que lo rodeaban.

—Siguen diciendo que van a derribar el viejo palacio —explicó Cassell mientras me guiaba a través del laberinto—. Carlos quiere construir su propio palacio en Windsor, pero el Parlamento dice que el dinero que se le otorga a él está destinado a la política exterior y no a la construcción de réplicas de palacios extranjeros. Por aquí.

El capitán, que evidentemente conocía bien el camino, abrió una puerta y entramos en un establo frío y con el suelo de piedra. Cuatro vacas marrones nos miraron fijamente con ojos tristes. Bajo sus panzas, varias criadas las ordeñaban con movimientos rápidos y expertos. El olor de la leche caliente y de la hierba masticada llenaba el aire. Cassell cruzó la vaquería sin detenerse y abrió otra puerta.

Un pasillo estrecho y luego otra puerta que conducía a un claustro en el que había una zona de tiro al blanco. Un grupo de mujeres lanzaba flechas contra una diana de paja.

—La reina —dijo Cassell en voz baja, señalándome con un gesto de la cabeza una delgada figura—. La pobre practica todos los días. No tiene nada mejor que hacer.

Otra puerta. Ahora, sin previo aviso, nos encontramos en un salón grandioso con los muros pintados con frescos. En una silla ornamentada se sentaba un cortesano; sobre su regazo había una dama vuelta hacia él, con el vestido levantado hasta la cintura. La mujer nos miró con curiosidad cuando pasamos junto a ellos, mientras que el hombre ni siquiera levantó los ojos. Cassell los ignoró a ambos.

Cuando llegamos a la siguiente puerta, Cassell se detuvo.

—Dinero —dijo, chasqueando los dedos.

Hurgué para sacar una de las tres bolsas que llevaba conmigo.

—Dádmelo, yo lo sostengo.

Cassell me cogió el recipiente del helado que tenía en la mano.

—No lo abráis —le advertí, ansioso.

—No os preocupéis, sé cuáles son las órdenes. ¿Tenéis la bolsa?

Cogí la bolsa en la que tintineaban las monedas.

—Sí.

—Dádsela al criado.

Cassell llamó a la puerta. El lacayo que la abrió cogió la bolsa sin decir ni una palabra.

Subimos unas escaleras y llegamos a la parte posterior de una veranda en la que había un grupo de gente que, por su forma de vestir, parecían simples espectadores. Estaban observando una vasta sala de banquetes donde una docena de comensales estaban sentados a una mesa que podría haber acogido a cuarenta.

—El rey —dijo Cassell, señalando la mesa con un gesto de la cabeza—. ¿Estáis preparado?

—Creo que sí.

—Entonces, dadme las otras bolsas.

Mientras abría la caja de madera, Cassell entregó las dos bolsas que quedaban a otro lacayo. Luego se dio la vuelta y me hizo una seña.

Saqué la bandeja de plata de la caja. Aunque el montículo de hielo se había derretido un poco durante el trayecto desde Vauxhall, seguía intacto, y sólo un ligero círculo evidenciaba que no estaba tan helado como al principio. El plato emanaba un inconfundible y fresco perfume de limón.

—Deprisa —dijo Cassell, impaciente—. En cuanto termina de comer se va en seguida.

—¿Siempre come en público? —le pregunté mientras bajábamos otro tramo de escaleras.

—Sólo al mediodía. Por la noche cena solo. Por aquí. ¡Buena suerte!

Cassell abrió una última puerta y se hizo a un lado para dejarme pasar. Mientras me dirigía hacia la mesa advertí que me observaban: no sólo la figura vestida de oscuro, alta, en el centro de la mesa, que estaba comiendo un plato de fruta, sino los criados que estaban junto a él, los guardias de la puerta y el público de la veranda.

Finalmente estuve lo bastante cerca de él para hacer una reverencia. La hice al estilo italiano, con un pie hacia delante, la rodilla de la otra pierna doblada y el brazo izquierdo levantado en un gesto teatral.

—Majestad —dije, con voz formal—. Vengo de la corte de Su Muy Cristiana Majestad, Luis XIV, rey de Francia y Navarra por la gracia de Dios. Cumpliendo sus órdenes, os ofrezco un postre extraordinario.

Le presenté la bandeja y sólo entonces levantó los ojos para mirarme.

Por la descripción que me habían hecho Lionne y Arlington, esperaba encontrarme con un hombre de ojos y mentón hundidos. Sin embargo, el rostro del rey tenía unos hermosos rasgos y su expresión, aunque algo demacrada, era inteligente.

—¡Por todos los diablos! —exclamó, lanzando un suspiro—. Bueno, supongo que si lo dice Luis debe de estar rico. ¿Cómo se llama?

Quería decir «helado de crema», pero los nervios me impidieron dar con las palabras correctas en inglés.

—Helado, sire.

—Muy bien.

Me hizo un gesto para que me acercara.

Miré a mi alrededor buscando al criado que probaba la comida del rey. Pero no apareció nadie, y por un instante dudé.

—Oh, el rey no teme ser asesinado. —La voz, que arrastraba las palabras, llegó desde un extremo de la mesa. Un cortesano, ataviado con extremada elegancia, observaba mi confusión—. Si alguien lo envenenase, sería su hermano quien subiría al trono, y ni siquiera en la mugrienta Inglaterra hay alguien tan estúpido como para hacer tal cosa.

El hombre mascullaba, como si hubiera bebido más de la cuenta, aunque algunos de los que lo rodeaban se echaron a reír a carcajadas. Sin embargo, me di cuenta de que el rey no se reía. Con un gesto, me indicó que podía servirle el helado.

—¿Sois francés? —me preguntó el rey.

—Soy italiano de nacimiento, sire, pero he pasado muchos años en Francia.

—Entonces tenemos algo en común. Mi hermana... —Hizo una pausa. De repente, su semblante se entristeció—. Mi querida hermana, ya fallecida, también estaba en la corte francesa.

—Ciertamente, sire. Coincidí con madame en varias ocasiones.

—¿Conocisteis a Minette?

—Sólo de vista, pero sabía que era una dama muy gentil y virtuosa. El rey se quedó destrozado después de su muerte.

—Su fallecimiento ha sido el más llorado en Inglaterra y en Francia —dijo el cortesano ebrio—. Desde entonces, morir se está de moda.

En esta ocasión nadie se echó a reír, aunque el cortesano pareció no darse cuenta de ello o, si lo hizo, no le importó.

—Le serví, entre otras cosas, un helado como éste —dije, señalando la bandeja.

Sólo quería que el rey centrara de nuevo su atención en la mesa para incitarlo a probar el helado antes de que se derritiera. Sin embargo, su mirada se había endurecido. Evidentemente, Carlos ya estaba al corriente de las circunstancias en las que había muerto su hermana y los rumores que habían despertado. Me pregunté si ésa sería una de las razones por las que me habían enviado allí. Para demostrarle personalmente al rey que no habían sido mis helados lo que la había matado.

El rey cogió la cuchara.

Mientras se llevaba la primera cucharada a la boca se hizo el silencio. Sabía exactamente lo que estaba degustando: la pulpa de los limones de Amalfi, cuyo dulzor potenciaba una pizca de jengibre; la raspadura, muy fina, de la piel del limón,

y todo ello dejado en una infusión de leche de vaca, congelado dos veces y mezclado. El helado resultante estaba salpicado de trocitos minúsculos de piel de limón azucarada.

Esperaba una reacción, la que fuera. El rey parecía pensativo, y me dio la impresión de que fruncía ligeramente el ceño. Sin embargo, era difícil decirlo.

Luego, después de un único bocado, dejó la cuchara sobre la mesa.

—Debéis perdonarme, signor. Últimamente no tengo demasiado apetito.

Tratando de no manifestar mi decepción, hice otra reverencia.

—Por supuesto. Pero tal vez pueda servirlos uno distinto en otra ocasión. Sería un honor quedarme en la corte hasta que Su Majestad esté más animado.

—Muy bien. —Una sombra cruzó su rostro—. Me imagino que desearéis ser recompensado.

Me encogí de hombros, educadamente.

—De acuerdo, me ocuparé de ello —dijo, con voz cansada—. Hablad con Chiffinch. Y mientras tanto, tal vez... Sí, tenemos una dama de compañía que también acaba de llegar de Francia. Mademoiselle de Keroualle.

—Ah, ¿es así como se llama? —masculló el cortesano ebrio—. Creía que su nombre era Mademoiselle Ábrete-de-Piernas.

—Sí, la conozco —respondí, ignorando al borracho.

—Deberíais mandarle vuestros helados de mi parte. Decidle que la ayudaremos a sentirse como en casa.

—Decidle —dijo el borracho, en voz alta— que cuando venga a la corte podrá probar también la verga real.

La expresión de mi rostro debió mostrar mi estupor ante un comentario tan vulgar, porque el rey, con voz tranquila, dijo:

—No debéis prestar atención a lord Rochester. Cuando está sobrio es bastante divertido, pero cuando está ebrio sólo él cree que es gracioso.

Era extraño, pero cuando pronunció esas palabras descubrí que parte de la aversión que había despertado en mí aquel borracho se había desvanecido. Mientras que los Medid eran austeros y Luis severo, Carlos de Inglaterra era encantador, tan encantador que ni siquiera parecía un rey.

Un perrito faldero se había subido a la silla que estaba al lado del rey, extendiendo subrepticamente el cuello hacia la bandeja del helado.

—Sire... —dije, para advertirle.

—¿Qué? ¡Oh, Daisy, baja! —Carlos empujó al perro, aunque sin éxito—. Decidme, signor, ¿cómo os llamáis? —preguntó, dedicándome de nuevo su atención.

—Demirco, sire.

—¿Sabéis algo sobre depósitos de hielo, Demirco? ¿Cómo se construyen?

—Por supuesto.

—He mandado construir uno. En el parque de St James. Ordenaré que lo llenen de hielo y lo pondré a vuestra disposición.

—Gracias, sire.

—Mis hombres no consiguen que funcione, y todo lo que se guarda allí acaba derritiéndose.

Hice una reverencia.

—Sería un placer intentar hacer algo para mejorar la situación.

—Excelente.

Carlos movió la silla hacia atrás. Era evidente que la audiencia había concluido. Me incliné otra vez, con el brazo izquierdo levantado, siguiendo la costumbre correcta.

Rochester se rio disimuladamente.

—Lord, parece que esté a punto de hacer aparecer una paloma.

—Hablad con Chiffinch —me dijo el rey, mientras un lacayo se acercaba y le colocaba un abrigo negro sobre sus reales espaldas—. Gracias, signor Demirco, y bienvenido.

—Signor Dildo —dijo Rochester, con voz pastosa—. Bienvenido, signore Dildo.

Chiffinch, como descubrí más adelante, era el criado a quien Cassell había entregado las dos últimas bolsas. Fue más bien vago acerca de cómo o cuándo iba a ser recompensado.

—Hablaré con el responsable de las vituallas. O con el encargado de la despensa.

—Soy el pastelero del rey. No obedezco órdenes de ningún responsable de la despensa.

Chiffinch se encogió de hombros.

—Muy bien, entonces será el rey quien se ocupe de ello.

Tenía la impresión de que, a menos que hubiera un soborno de por medio, el asunto traía sin cuidado a Chiffinch.

Sin embargo, Cassell estaba satisfecho.

—No podía haber ido mejor, dadas las circunstancias. Sin embargo, haríais bien en ocuparos de ese depósito de hielo.

—Y en enviar su mensaje a Louise.

—¿Cómo? Ah, por supuesto. Mademoiselle Ábrete-de-Piernas. —Cassell sonrió—. Rochester es un patán, pero perspicaz.

—Eso es lo que ha dicho el rey. Aunque aún no he podido comprobarlo —dije, fastidiado.

Cassell recuperó la gravedad, aunque aún tenía media sonrisa en los labios. Supuse que estaba pensando en la broma de ese petimetre. Lancé un suspiro. Había muchos aspectos de aquel país, me dije, que nunca me convencerían.

## *Louise*

Después del baile, me mantengo alejada de la corte. Nadie me dice nada. Parece que estén esperando algo, una señal o una orden. O puede que sólo se estén preguntando cuál es la mejor manera de responder a la reacción del rey al verme con el vestido de su hermana. Intuyo que la gente habla detrás de las puertas cerradas, y cuando entro en una estancia cambian repentina y disimuladamente de conversación. Me paso las noches angustiada, preguntándome si, después de todo, me enviarán a casa.

Después de tres días así, oímos que llaman con fuerza a las puertas del comedor mientras los Arlington y yo estamos cenando. Dos criados de librea las abren. Flanquean a un mayordomo que, dando un paso al frente, anuncia:

—Su Majestad ha ordenado que se entregue este presente a mademoiselle de Keroualle como prueba de su estima.

—¡Ah! —exclama Arlington con entusiasmo, volviéndose hacia mí—. ¿Qué os dije?

«Nada en absoluto», tendría que responderle. Lady Arlington hace un gesto al hombre para que se acerque.

El mayordomo deposita sobre la mesa una cajita cuadrada pintada, de unos treinta centímetros. En uno de los lados puede verse el dibujo de un emblema: algo absurdo y carente de significado, uno de esos diseños elaborados por quienes desconocen los sutiles códigos de las familias antiguas.

Aun así, me parece que sé de qué se trata.

El mayordomo abre la caja y saca un plato de cristal muy delicado. Contiene un montículo que parece nieve con manchas de un intenso color púrpura.

Helado.

Lady Arlington parece perpleja.

—¿Qué es? —le pregunta al mayordomo.

—Creo que es una suerte de postre congelado, señora responde el mayordomo desdeñosamente.

Por la expresión de mis anfitriones, es evidente que, aunque yo quisiera, no tendría ninguna esperanza de quedarme con ese presente. Una vez repartido entre los comensales, apenas quedan dos cucharadas para cada uno.

Lord Arlington lo examina con aire escéptico antes de engullirlo como haría un niño con una medicina. Lady Arlington prueba el suyo tímidamente, con la punta de su delicada y afilada lengua. Me llevo la cuchara a la boca. Los cristales de hielo azucarado, que ya están a punto de derretirse, crujen y se desmenuzan en la lengua mientras se funden.

El sabor de la ciruela damascena —delicado, rotundo, de los últimos frutos de la estación— me llena la boca, mezclado con la *crème fraîche*, seguido, un momento después, de la textura crocante del azúcar moreno.

En ese preciso momento sé que Carlo Demirco ha llegado a Londres.

Me siento aliviada. A pesar de que no nos despedimos como es debido, será muy útil tener a un aliado en esta corte. Sólo espero que se desenvuelva mejor que yo en sus tareas.

A la mañana siguiente me despierto temprano. Despunta el alba, y el parque que separa la residencia de los Arlington de Whitehall está sumido en una niebla fina y translúcida. Los árboles, cuyos perfiles son difusos, como si estuvieran cubiertos por un velo de muselina, están adquiriendo un color amarillo dorado, el color de las peras. Abro la ventana: el aire es punzante, y me llega un ligero olor a leña quemada.

Está llegando el otoño.

Tendré que pasar el invierno en Londres, naturalmente. Y puede que el siguiente también. Me pregunto si, aquí, los inviernos son tan fríos como en Brest. Seguramente más.

En medio de la niebla que cubre el parque de St James veo la figura alta de un hombre que pasea. Debe de tener frío: sólo lleva una chaqueta negra corta, desabrochada; del puño y la cintura sobresale la tela de una camisa blanca. Unos perros de aguas pisan los talones al hombre como una especie de abrigo canino viviente, mientras él recorre el suelo húmedo con largas y ágiles zancadas.

El rey.

Está solo. Lo observo un momento y luego me doy cuenta de que se encamina a la entrada posterior de la residencia de los Arlington. Se dirige hacia aquí.

Lady Arlington irrumpe en mi alcoba sin llamar a la puerta.

—El rey está a punto de llegar. —Echa un vistazo para estudiar la situación: aún llevo el camisón y estoy mirando por la ventana como una chiquilla—. No hay tiempo que perder. —Detrás de ella entra una doncella. En los brazos lleva cepillos, agua y otros artilugios para acicalarse que parecen a punto de caerse al suelo—. Preparaos cuanto antes y reuníos conmigo en el salón de desayuno.

—Por supuesto.

Lady Arlington asiente. Me coloco en el centro de la estancia para que la doncella pueda ponerse manos a la obra. La muchacha hace una reverencia y yo levanto los brazos para que pueda quitarme el camisón. Lady Arlington no se mueve. Por un instante se queda allí, mirándome con una expresión enigmática. Entonces vuelve a asentir, como si hubiese superado la prueba.

—Cinco minutos, Susan —le dice a la doncella.

Mientras se aleja por el pasillo la oigo dando más órdenes con voz firme y tranquila.

—Quisiera hablar a solas con mademoiselle de Keroualle.

Lady Arlington se pone en pie de inmediato, hace una reverencia y se va sin decir ni una palabra. Evidentemente, no le dice que es una falta de decoro. Sugerirlo

significaría poner en entredicho los motivos de un rey.

Sólo los criados, de pie en ambos extremos del bufete del desayuno, se quedan donde están.

Nos sentamos en los extremos de la enorme mesa, de la que han retirado los candelabros y las copas. Carlos señala mi plato con un gesto.

—¿Café? ¿Chocolate?

—Preferiría un té, gracias.

—Por supuesto. Según tengo entendido, ahora, en París, todo el mundo toma té. Incluso Minette. —Hace una mueca—. Me refiero a mi difunta hermana. La llamaba Minette. Era su apodo cuando era una niña.

—Lo sé. Me dejaba leer vuestras cartas. No había nada en el mundo que esperara con mayor impaciencia.

Él lanza un profundo suspiro.

—Contadme cómo murió.

Le digo todo lo que sé, y mientras hablo, las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas. Él no tarda en sollozar sin disimulo, secándose impacientemente las lágrimas con las manos. Dudo, preguntándome si no estaré afligiéndole en exceso, pero él, con un gesto, me invita a continuar.

Nunca he visto a un hombre llorando tan abiertamente delante de una mujer. En un momento dado coge una servilleta para secarse la cara.

—Y..., decidme..., ¿fue asesinada? —me pregunta, una vez he terminado—. ¿Ese bruto, o uno de sus favoritos, ordenó que la asesinaran para poder seguir practicando sus vicios sin impedimentos?

Ahora soy yo quien debo mostrarme dubitativa. Sólo hay una respuesta que puedo darle, pero me pregunto qué debo hacer para resultar convincente.

—En realidad, podría haber seguido practicándolos sin impedimento alguno. Y aunque no siento ninguna admiración por su esposo, no alcanzo a comprender cómo podría haber sido asesinada.

—Pero en Dover se encontraba muy bien. Nunca la había visto tan hermosa y radiante.

Sacudo la cabeza.

—Tenía unos dolores terribles, pero había decidido ocultarlo.

—Los Estuardo somos muy buenos disimulando —dice, casi para sí mismo—. Mostramos muy poco nuestra verdadera forma de ser a los que más nos aman.

—Ella os quería más que a nadie.

—Yo también la quería. —Guarda silencio un momento y luego saca algo de la camisa—. He traído sus cartas. ¿Podrías...?

No puede terminar la frase, pero sé lo que quiere.

—*En français?*

—*Oui. S'il vous plaît.*

Abro la primera carta y empiezo a leer.

—*Mon cher frère, votre Majesté...*

## Carlo

Buscad una estancia fría y limpia, sin mugre ni distracciones de cualquier clase.

*El libro de los helados*

Finalmente, Chiffinch me consiguió un sitio en las cocinas de palacio. Se parecía mucho a la idea que tenía del infierno: una estancia enorme, llena de humo, donde cuatro grandes fuegos ardían día y noche y el olor a carne quemada flotaba en el ambiente como una niebla amarga. Los cocineros trabajaban en unas largas mesas como si fueran costureras: se abalanzaban sobre montones de carcasas de vaca con sus cuchillos de carnicero o troceaban animales tan pequeños que en cualquier otro lugar habrían sido descartados por considerarse incomedibles. Los ingleses, me di cuenta en seguida, estaban obsesionados con la carne, y no les parecía extraño comerla casi a diario. Sin embargo, la ternera, el oso o el cerdo hervido no eran «cocinados» en el sentido con que un francés o un italiano emplearían esa palabra, es decir, elaborando un plato para que fuera más sabroso gracias a las cualidades de un cocinero ingenioso, añadiendo adecuadamente salsas, condimentos o hierbas aromáticas, sino que simplemente se colocaban en un asador hasta que se volvían duros e insípidos. Aparentemente, las verduras y las hierbas aromáticas eran casi desconocidas, y aunque me contaron que de vez en cuando el rey comía fruta cruda, al estilo francés, los cocineros lo consideraban una moda extranjera, y ordenaban que se sirviera con un cuenco o una fuente, «como mandaban los cánones», de postres ingleses, como tarta de frutas, sebo estofado o pudín con frutos secos. Los platos ni siquiera se servían por separado. Todo llegaba a la mesa al mismo tiempo, y cada cocinero ofrecía lo que había preparado: las sopas, los asados y los postres se amontonaban para que los invitados del rey dieran cuenta de ellos. Chiffinch se quedó muy sorprendido cuando le dije que en Francia los platos se servían de uno en uno, como los actos de una obra de teatro.

Sin embargo, en lo que a mí me concernía, el auténtico problema era que no disponía de un sitio adecuado para trabajar. Aunque me instalé en el rincón más aislado de la cocina, habría sido imposible confeccionar un helado que no se derritiera por culpa del calor en cuanto lo hubiera sacado de la *sabotière*. Y, por supuesto, también estaba la necesidad de mantener en secreto el proceso de elaboración. Al final de la primera jornada comprendí que sería mejor trasladarme a otro lugar.

También me pregunté si debía abandonar mi alojamiento en el Red Lion, donde, en general, la comida era tan mala como la que le servían al rey. Sin embargo, había una excepción: todos los días preparaban una tarta distinta, y esos platos tan sencillos resultaron ser, para mi sorpresa, casi comestibles. Normalmente solían llevar una o

dos verduras, y a veces hierbas aromáticas como apio de monte, mejorana o salvia. En una ocasión, en una tarta de pescado cocido con leche, mi nostálgico paladar distinguió un delicioso toque de estragón. Así pues, decidí quedarme, al menos de momento, y le pregunté al posadero si me alquilaría una bodega o un cuarto frío para trabajar. Ahora que sabía que contaba con unos poderosos mecenas, se apresuró a encontrar una solución, y salió en seguida a buscar las llaves de las bodegas.

Las bodegas eran húmedas, estaban llenas de moho y carecían de ventanas, mientras que la cocina era casi tan sofocante como la de Whitehall. Entre las dos estancias, sin embargo, había una pequeña despensa situada en el hueco que había debajo de la escalera, y como se encontraba casi soterrada, era bastante fresca; disponía asimismo de una hilera de ventanillas altas por las que entraba mucha luz. En una de las paredes había una estantería de piedra, en otra habían dispuesto una mesa de mármol y en el rincón más alejado había un cuartito sin ventanas donde podía conservar el hielo. No descubrí ningún rastro de humedad, y toda la estancia había sido limpiada a conciencia.

—Esto era la vaquería donde preparábamos nuestro queso —me explicó el posadero, cuyo nombre era Titus Clarke—. Ahora, aquí es donde trabaja Hannah.

Estaba claro que la ocupante de la estancia era una persona muy pulcra: los utensilios de cocina, los rodillos de amasar y el resto de pertrechos estaban colocados contra la pared, perfectamente ordenados, mientras que los recipientes se apilaban debajo de la mesa. Las hueveras estaban cubiertas con un trapo para protegerlas de las moscas, y había metido un saco de harina en un bidón situado a cierta altura para que no se mojara y para mantenerlo alejado de los ratones.

—Es perfecto —dije, mirando a mi alrededor—. ¿Cuánto pedís por el alquiler?

El posadero parecía un poco ansioso.

—¿Por compartirla? Hay suficiente espacio para los dos...

Sacudí la cabeza.

—Tengo que trabajar totalmente en secreto.

—Bueno, estoy seguro de que Hannah lo comprenderá —dijo, nervioso—. Después de todo, el rey tiene derecho a sus helados. Hablaré con ella por la tarde.

Ordené que bajaran mis baúles, desembalé mis pertenencias y me puse a trabajar de inmediato en un helado de membrillo. Apenas había empezado a verter el helado picado en la *sabotière* cuando se abrió la cortina que hacía las veces de puerta y entró una mujer de unos treinta que llevaba un delantal. A su lado estaba Elias, el aprendiz.

—¿Qué estáis haciendo? —me preguntó la mujer.

A toda prisa, cubrí la mezcla con un trapo.

—No es de tu incumbencia.

—Por supuesto que lo es —replicó ella—, teniendo en cuenta que Titus me ha dicho que, sea lo que sea, me veo obligada a abandonar mi despensa.

—Soy el pastelero de Su Majestad —le dije, algo sorprendido por su tono—. Lo

que hago aquí es secreto.

—Y lo que yo hago aquí no puedo hacerlo en otra parte. Para preparar la masa necesito un lugar fresco y, como vos mismo habréis comprobado, en la cocina hace demasiado calor.

A sus espaldas, el posadero trataba de abrirse paso para evitar un enfrentamiento.

—Hannah, este caballero me ha alquilado el cuarto. Fin de la discusión.

—Muy bien —dijo ella, encogiéndose de hombros—. En ese caso, no prepararé más tartas. Ve a buscar un saco, Elias.

Hannah empezó a descolgar los rodillos de amasar de los ganchos. El posadero me miró con aire de disculpa, como diciéndome que lamentaba la interrupción, aunque ahora ya estaba todo arreglado.

—Espera —le dije a la mujer—. ¿Eres tú quien prepara las tartas?

—Sí, era yo —contestó—. Pero, por lo que parece, ya no lo haré.

Me encontraba frente a un dilema. Lo cierto, como ya he dicho, era que las tartas del Lion eran una de las principales razones por las que quería quedarme allí, y el hecho de verme privado de ellas no era precisamente alentador.

—¿Cuánto tiempo necesitas el cuarto? —le pregunté.

—Una o dos horas al día, por la mañana.

Tomé una decisión. Seguramente no corría ningún riesgo dejando que una criada utilizara aquel cuarto de vez en cuando.

—Muy bien. Puedes seguir preparando tus tartas aquí.

Para mi sorpresa, no me dio las gracias. Sólo cruzó los brazos sobre el pecho, como si esperara descubrir dónde estaba el truco.

—Eso es todo —añadí.

—No os pagaré el alquiler —dijo ella—. Titus ya le saca bastante partido a las tartas.

—Entonces, podrías compensarme haciendo algún trabajo para mí, como limpiar las marmitas, por ejemplo. Y tú —dije, dirigiéndome al muchacho— ¿te gustaría ser mi ayudante? Necesito a alguien que raspe los bloques de hielo todas las mañanas.

El muchacho abrió unos ojos como platos.

—¿Podré llevar un abrigo tan elegante como el vuestro?

Me eché a reír.

—Creo que no, porque no irás a la corte, pero te pagaré un penique a la semana.

Elias asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

—Entonces, todo arreglado. Sin embargo, deberéis jurar solemnemente que nunca revelaréis nada de lo que veáis aquí dentro. El proceso es secreto, y quiero que siga siéndolo. Titus, ¿podrías traerme una Biblia?

Una vez más me sorprendió la reacción de los tres a una petición tan simple. Ninguno de ellos se movió, y en la mirada de la mujer había —a menos que me equivocara— el destello de un desafío.

—Es para el juramento —expliqué—. Debéis jurar sobre la Biblia que no revelaréis a nadie cómo preparo mis helados.

El posadero se retorció las manos.

—Señor, puedo explicaros la posición de Hannah con respecto a este asunto...

—Soy perfectamente capaz de explicarlo por mí misma —le interrumpió la mujer—. Nosotros no prestamos juramentos.

Me quedé mirándola, desconcertado.

—¿Nada de juramentos? ¿Por qué?

—En primer lugar, porque no utilizamos a Dios como una suerte de supersticioso talismán o como un hombre del saco para aterrorizar a los crédulos. Y en segundo lugar, porque un juramento implica lealtad a una autoridad superior a nuestra conciencia.

—Pero si no prestas juramento no puedo tomarte a mi servicio.

—Entonces no podréis tomarme a vuestro servicio —dijo, sin más—. Lo siento, pero es así. Os puedo asegurar que no traicionaré vuestro secreto, pero no me pidáis que lo jure, porque no lo haré.

—Comprendo.

Nunca me había encontrado en una situación así. Sin embargo, había empezado a entender que Francia tenía muchas más cosas en común con Italia, a pesar de que estuvieran separadas por los Alpes, que con aquella extraña isla situada a tan sólo veinte millas de la costa francesa.

La mujer señaló las paredes.

—¿Y bien? ¿Queréis que recoja mis utensilios o no?

—De momento puedes dejarlos aquí. Tengo que pensarlo. Mientras tanto, puedes hacer algún trabajo para mí y veremos cómo te desenvuelves.

—¿Estoy a prueba?

—Exacto.

Se encogió de hombros.

—Muy bien.

Parecía casi como si se dignara a aceptar mi propuesta más que a aceptar las órdenes de su patrón. Me pregunté si todos los sirvientes de Inglaterra serían tan irrespetuosos. De ser así, era un milagro que consiguieran llevar a cabo alguna tarea.

El poco hielo que me había traído de Francia se agotó en seguida. Aunque el rey no me lo hubiera pedido, habría tenido que echar un vistazo a su depósito de hielo.

El parque de St James era un lugar bastante agradable, aunque por supuesto no era nada comparado con Marly o Versalles. En el centro, justo delante de las ventanas de los aposentos del rey, había un estanque largo y estrecho, aunque un poco más ancho que un canal. Árboles y cepedas salpicaban el terreno, abandonado a su estado natural, y aquí y allá pastaban algunos ciervos. No obstante, vi que por todas partes había proyectos inconclusos o edificios a medio construir. Había un cenador de estilo

francés al que aún le faltaba el techo. Un sendero que conducía al oeste, que empezaba de un modo grandioso, transcurriendo entre dos pilastras de piedra, se interrumpía al cabo de unos centenares de metros. Y el muro que circundaba el parque sólo llegaba a la mitad de su perímetro, por lo que cualquiera podía entrar sin ningún impedimento.

El depósito de hielo estaba en el extremo norte, junto a Piccadilly Hall, en una ligera depresión del terreno y bajo una arboleda: la peor ubicación posible. Aun así, el sendero de ladrillos que conducía a la entrada era bastante práctico, y la puerta tenía unas medidas sensatas: era baja, pequeña y estaba orientada al norte. Sin embargo, estaba entreabierta.

Aunque había tomado la precaución de coger unas velas para alumbrarme, no tendría por qué haberme molestado: el techo dejaba entrar bastante luz, y en una de las paredes había una vela encendida. De todas formas, uno de mis pies acabó sumergido hasta el tobillo en un agua helada y fangosa. Lanzando una maldición, levanté el pie y me di cuenta de que no estaba solo.

—Necesitamos paja, John —dijo una voz al otro lado de los bloques de hielo—. Pacas de paja para colocarlas alrededor de los bloques. Aunque con esta humedad, la paja se pudrirá; antes tendremos que secar el suelo.

—Lo secamos hace tres semanas —replicó una voz más ronca—. Y la paja caldeará aún más el ambiente.

Oí unos pasos que se acercaban a mí, chapoteando. Sin embargo, aún no podía distinguir a nadie, porque el hielo me impedía ver lo que había en aquella estancia circular.

La primera voz lanzó un suspiro.

—La paja puede mantener el calor en un lugar cálido, es verdad, pero también tiene la propiedad de mantener frío un lugar frío.

—Entonces ¿es el calor el que hay que mantener fuera y no el frío dentro? —preguntó una voz femenina.

—Nunca lo había pensado en estos términos, pero sí, es correcto, Elizabeth —contestó el primer hombre.

Levantando la voz, dije:

—La paja no resolverá el problema que hay aquí.

—¿Quién anda ahí? —preguntó la voz masculina más ronca.

Se levantó un farol, iluminando tres caras.

—¿Qué hacéis aquí, señor? Ésta es una propiedad del rey.

—Estoy aquí por orden suya. —Di un paso al frente—. Carlo Demirco, a vuestro servicio.

—¿El pastelero?

—El mismo.

El grupo que se dirigía hacia mí lo formaban tres personas. Llevaban unos abrigos muy gruesos para protegerse del frío. El hombre que sostenía el farol era,

evidentemente, el que se llamaba John; al otro, el que había sugerido que debían utilizar paja, lo ayudaba la mujer, que le sostenía el brazo por el codo. En la otra mano sostenía un bastón en el que se apoyaba. Fue él quien se dirigió a mí, impaciente.

—Decidnos, Demirco. ¿Por qué no basta con la paja?

—Ni siquiera toda la paja del mundo bastaría para compensar un edificio mal diseñado.

—Controlad vuestros modales —dijo el hombre de la voz ronca—. Fue el honorable Robert Boyle, aquí presente, quien instruyó a los arquitectos según los diseños que trajo de Italia sir John Evelyn.

Me encogí de hombros.

—El edificio no está mal. Lo que falla es su ubicación. Y el desagüe principal está bloqueado o mal hecho.

—¡El desagüe principal! —exclamó Boyle—. ¡Por supuesto! ¿Cómo eliminan el agua en Italia en sitios como éste?

—En Florencia colocan una rueda de carro sobre una cañería central para eliminar el agua. El hielo se conserva mejor si está seco.

—¿De veras? —preguntó Boyle, interesado—. Ahora que lo pienso, podría ser. El agua es el elemento natural del hielo, por lo que puede facilitar el paso de los corpúsculos fríos. Podríamos demostrarlo con un sencillo experimento. Venid.

Salió afuera y se dirigió a un edificio que se levantaba justo detrás del depósito de hielo. Todos le seguimos: la mujer porque aún le sostenía el brazo y los demás —me pareció— simplemente porque Boyle tenía un don para dar órdenes.

—Tened cuidado, tío —le advirtió la mujer, preocupada—. Ya lleváis veinte minutos ahí dentro, y el doctor Sydenham ha dicho que...

—Si un hombre pudiera enfermar a causa del frío —replicó Boyle, alegremente—, debería estar muerto desde hace mucho tiempo. Por aquí, Demirco.

Abrió una pesada puerta y entramos en una estancia fría y luminosa. Comprendí que se trataba de una suerte de laboratorio. Los estantes estaban llenos de instrumental químico: alambiques, morteros, probetas...

—¿Qué es este sitio? —pregunté, con curiosidad.

Boyle ya estaba pesando unos bloques de hielo pequeños y tomando notas en un cuaderno.

—Mi laboratorio. Mi segundo laboratorio, mejor dicho. Aquí, con el permiso del rey, realizo mis investigaciones sobre el hielo. —Me lanzó una ojeada—. Tal vez os parezca extraño, señor, que un químico decida trabajar con hielo en vez de hacerlo con un horno.

—En absoluto —repuse—. Me he pasado la vida trabajando con hielo, y aun así creo que sólo tengo una vaga idea acerca de sus propiedades.

Boyle asintió con la cabeza.

—Entonces, cogemos un trocito de hielo y lo metemos en agua, así, y luego un

trocito idéntico y dejamos que se derrita por sí solo. ¿Cuál de ellos se fundirá primero?

—Es una pérdida de tiempo —dije, encogiéndome de hombros—. Ya conozco la respuesta.

—Puede que sí, señor, pero yo no, y hasta que no lo haya demostrado no puedo asegurar que sea verdad. *Nullius in verba*, ¿verdad?

—Es el lema de su sociedad —explicó la mujer.

Un vago recuerdo de la escuela me vino a la mente.

—«No hay verdad alguna en las palabras, por lo que no juraré fidelidad a la autoridad de ningún maestro». Horacio, ¿verdad?

—¡Muy bien! —exclamó Boyle, asintiendo con la cabeza.

—Aunque yo creo que los resultados de este experimento podrían ser justo lo contrario de lo que ha dicho el signor Demirco —dijo la mujer, con aire pensativo—. Porque el hielo sumergido en un líquido hace que éste se enfríe, mientras que si está simplemente en una estancia no la enfría en la misma medida.

—Bueno, ya veremos, ya veremos —replicó Boyle, satisfecho—. Pero antes... —Boyle estaba hurgando en un montón de papeles—. Aquí está. Demirco, díganos en qué nos hemos equivocado.

Extendió ante mí los planos del arquitecto. También había algunos bosquejos sacados del cuaderno de un viajero.

—El agua va a parar aquí —dije, señalando con el dedo—. Pero aunque haya un desagüe, siempre estará el problema que suponen estos árboles. Es mejor construir el depósito de hielo bajo tierra y en un terreno despejado.

—Entonces tendremos que talar esos árboles y construir un terraplén —dijo Boyle—. ¿Qué opináis, John?

El otro hombre lanzó un suspiro.

—Si es necesario, lo haremos. Aunque aún no hemos empezado el puente para el nuevo camino del rey que conduce a Chelsea ni las jaulas para pájaros.

—Los caminos pueden esperar. El hielo, en cambio, se derrite —dijo Boyle—. Y hablando de hielo...

Boyle se volvió hacia los bloques que había encima de la mesa.

—El que está sumergido en agua parece fundirse más deprisa —admitió su sobrina.

Boyle consultó su reloj de bolsillo.

—Ojalá se me hubiera ocurrido añadir un tercer recipiente con sal. Sería interesante comparar hasta qué punto acelera el proceso.

—Lo que queríais decir era salitre —dije.

Y acto seguido me mordí la lengua. No tendría que haber comentado los secretos de mi arte con un inglés, sobre todo con uno que era perfectamente capaz de entenderlos. Sin embargo, Boyle estaba sacudiendo la cabeza.

—¿Salitre? No, eso era antes. El salitre no es mejor que la sal común en este

proceso.

—¿Sal común? —repetí—. Pero no...

Me interrumpí, confundido.

Boyle me lanzó una mirada divertida.

—Os lo aseguro, señor: si habéis estado usando salitre, habéis malgastado mucho dinero. Era la sal y no el nitro lo que realizaba la función que vos queríais. Los corpúsculos de la sal son atraídos por los que hay dentro del hielo, que lo liberan de su estado sólido.

—Creía que no todos los socios estaban de acuerdo con vuestra teoría de los corpúsculos, tío —murmuró la mujer.

Boyle frunció el ceño.

—No la rechazan, pero algunos *virtuosi* exigen más pruebas. No es lo mismo.

—¿*Virtuosi*? —pregunté.

—La universidad invisible —dijo Boyle—. El grupo de Gresham.

—Se refiere a la Royal Society de Londres para el avance de las ciencias naturales —explicó Elizabeth—. Un grupo de filósofos naturales que investigan y debaten sobre estos temas.

Boyle asintió con la cabeza.

—El frío es uno de los asuntos que nos interesan.

—Aunque habría que precisar —añadió la mujer— que bajo ese epígrafe también se incluyen otros muchos fenómenos naturales; el frío no es el único, y ni siquiera particular.

—Comprendo —dije. Entonces me vino algo a la mente—. ¿Podríais determinar, en base a esas investigaciones filosóficas, por qué ciertos líquidos, al congelarse, son más densos que otros?

—Continuad —dijo Boyle—. Detecto un misterio interesante en vuestras palabras.

—Es simplemente que... —Me interrumpí, sin saber muy bien cómo expresarme—. Me gustaría preparar un helado cremoso; no algo que cruja bajo los dientes, con fragmentos de agua congelada. Lo conseguí en una ocasión, pero no soy capaz de comprender qué lo hizo posible.

—¿Un helado que no lleve trocitos de hielo? —preguntó Boyle, con una sonrisa—. Bueno, comparado con el diseño de una nueva catedral o los secretos de la circulación sanguínea, no parece algo que sea muy urgente. Pero conociendo a mis colegas, creo que es la clase de problemas que puede despertar su interés. Podríamos pensar en los experimentos que habría que hacer, indicaros el buen camino y luego, si tenemos éxito, publicar nuestros descubrimientos...

—¿*Publicar*? —repetí, de inmediato—. ¿A qué os referís con *publicar*?

—Mi querido amigo, no tiene ningún sentido adquirir conocimientos si no se divulgan. Así es como funciona nuestra sociedad: cada experimento es descrito con precisas anotaciones, debatido, verificado y finalmente publicado por el bien de

todos.

—Y es entonces —añadió Elizabeth— cuando empiezan las discusiones.

—De vez en cuando hay pequeñas cuestiones de procedencia o paternidad que determinar —reconoció Boyle—. Pero lo cierto es que aspiramos a la excelencia en el campo experimental y no a los beneficios comerciales.

—Puede que, pensándolo bien, no sea una buena idea —murmuré.

—¿Los beneficios comerciales son vuestra *raison d'être*? —Boyle se encogió de hombros—. Muy bien, señor, sois vos quien debe decidirlo.

¿Qué me dices de nuestros bloques de hielo, Elizabeth?

—El que está sumergido en agua se ha disuelto casi por completo, mientras que el otro sólo ha adquirido una forma cilíndrica —respondió ella.

—¡Excelente! Daría cualquier cosa por un buen termoscopio que me permitiera medir las temperaturas relativas.

Observé a Boyle mientras tomaba notas en su cuaderno, más ofendido por su comentario de lo que hubiese querido admitir.

—No se trata de los beneficios comerciales.

—¿Cómo?

—La razón por la que hago esto no es el dinero. O al menos no únicamente.

—Me alegra oír eso —se limitó a responder Boyle—. Pero os recuerdo nuestro lema: *Nullius in verba*. Y aunque hagáis honor a vuestras palabras, no serán sino vuestros actos los que sirvan de base a mis conclusiones.

—No puedo divulgar mis secretos.

—En ese caso, señor, será mejor que nos os relacionéis demasiado con caballeros como yo —dijo Boyle—. En nuestra opinión, los secretos son los declarados enemigos de la verdad.

Se volvió de nuevo hacia su mesa de trabajo y comprendí que, a pesar de su tono educado, me había invitado a retirarme.

De vuelta en el Lion, ordené de inmediato que me proporcionaran sal. Elias me trajo un tarro: en la cocina, alguien debió pensar que necesitaba una pizca para condimentar.

—Tráeme cinco libras de sal lo antes posible —le dije.

El muchacho parecía perplejo.

—No tenemos tanta.

—Entonces ve a comprarla. ¿Cuánto necesitas? ¿Un chelín? —Le lancé una moneda y vi que abría unos ojos como platos—. Vete —dije—. Y si te dan un penique de vuelta puedes quedártelo, siempre que estés de regreso en media hora.

Cuando volví, estaba preparado para realizar mi experimento. Me había impresionado la lógica de la prueba de Boyle con el hielo, colocando los dos pequeños bloques uno junto a otro para comprobar cuál de ellos se derretía antes. Me disponía a hacer lo mismo, pero con mezclas de hielo y sal. Vertí en una *sabotière* la

mezcla habitual de hielo y salitre, un cristal extraído de la orina de los caballos y de los humanos y, como había dicho el boticario, un ingrediente esencial y muy caro de la pólvora; en otra, metí la misma cantidad de hielo, a la que añadí sal común.

Ahora necesitaba algo que congelar. Me serviría cualquier cosa, por eso me dirigí a la cocina y cogí una jarra de la omnipresente crema pastelera que preparaban todos los días en grandes cantidades para los postres.

Esperé veinte minutos y acto seguido levanté las tapas de los recipientes.

En el primero había una masa densa y mórbida. Con una cuchara, cogí un poco de crema helada. Luego hice lo mismo con el segundo recipiente.

Me senté sobre los talones, pensativo.

Boyle tenía razón: después de todo, el salitre no era necesario. Ahmad había seguido a ciegas la receta, al igual que el resto de instrucciones. Pero ahora que sabía la verdad, podría preparar una mezcla para elaborar un helado sin invertir casi nada, sólo unos peniques.

Maravillado, me permití lanzar una imprecación en italiano.

—¿Qué ocurre?

Me di la vuelta. Hannah estaba detrás de mí, secándose las manos con un trapo. Sin pedirme permiso, cogió uno de los cuencos de helado y lo miró con curiosidad.

—¿Puedo probarlo?

Sin pérdida de tiempo, le arrebaté el cuenco de las manos.

—No es apto para paladares vulgares.

Hannah se encogió de hombros.

—Bueno, no necesito probarlo. Le falta azúcar.

—Lo preparo para los caballeros de la corte, y no para gente que añadiría azúcar a cualquier plato.

—Sólo quería decir —prosiguió, apartándose de mí— que con un poco más de azúcar la crema habría cuajado mejor.

—¿Azúcar? ¿Para cuajar la crema?

—Veo que queréis aprender inglés siguiendo el método de escuchar y repetir, signor.

—Por cierto, ¿qué hacéis aquí? —le pregunté—. Nadie debería entrar cuando estoy trabajando.

—Estaba buscando la crema que he preparado hace un rato, pero veo que ha sido transformada en helado.

—Puedes llevártela. Si la colocas junto al horno volverá a ser como antes.

Vertí de nuevo la mezcla en la jarra. Mientras lo hacía, la probé, como de costumbre.

Estaba rica, sorprendentemente rica, y, a pesar de que no la había removido mientras se congelaba, era cremosa y mórbida. Casi tanto como la que había preparado en Versalles y por culpa de la cual me habían desterrado.

Aunque habría tenido que añadirle un poco más de azúcar para que cuajara mejor.

Una expresión astuta cruzó el rostro de Hannah.

—¿Y bien?

Fruncí el ceño.

—Éstos son mis secretos. Recetas que nadie posee, salvo yo. No hablo de ellas con nadie.

## *Louise*

—Debemos tentarlo con el placer —dice lady Arlington—. Si conseguimos sacarlo de su abatimiento, lo demás, sin duda alguna, se solucionará sin problemas.

Su voz, con un marcado acento holandés, me llega hasta la estancia en la que me encuentro.

La voz de su esposo no me llega con la misma claridad: es un murmullo sordo del que sólo consigo entender unas pocas palabras.

—Pero el dolor es una clase de placer —sostiene lady Arlington—. O, al menos, una forma de indulgencia hacia uno mismo. En estos momentos, Carlos está atrapado en el dolor, y mañana será otra tipo de exceso. Sin embargo, ambos tienen su origen en la falta de moderación de su carácter que siempre ha demostrado.

Otro murmullo.

—Pero no tenemos por qué elegir —dice lady Arlington—. Ella, de momento, puede hacer ambas cosas. Y en cuanto al otro asunto..., ya nos ocuparemos de él a su debido tiempo.

Viene a verme, muy sonriente.

—He convencido a Bennet para que nos deje ir a la corte a ver una comedia. Una función privada. Normalmente, el rey es un gran amante del teatro, pero desde la muerte de su hermana ha perdido un poco el interés. Esperemos que esta ocasión le sirva para renovarlo.

—Parece una excelente idea —digo, obediente.

Siendo como soy su huésped, no tengo elección.

—Os prestaré un vestido. El hecho de veros con uno que perteneció a su hermana despertó su interés, pero es mejor no repetirlo. —Se acerca a mi guardarropa, examinando lo que he traído conmigo—. Los colores oscuros os sientan bien. Os buscaré algo gris.

La comedia, sinceramente, resulta ser muy aburrida. Sólo asistimos alrededor de una veintena de espectadores, y a casi todos les parece hilarante. Sin embargo, me pregunto si se ríen porque es realmente divertida o con la esperanza de que el rey también se ría. Trata de un cortesano que finge ser un plebeyo para evitar casarse con una mujer a la que afirma despreciar pero a la que en realidad quiere seducir. En vez de manifestar una alegría que no siento, adopto una expresión de educada aunque neutra curiosidad, o al menos lo intento.

La única persona que tampoco se ríe es el rey. Mientras los demás no paran de soltar risitas o carcajadas, él permanece en silencio. Al cabo de un rato lo miro y descubro que él también me está mirando. Su mirada me inquieta. Me ruborizo y decido no apartar de nuevo los ojos de los actores.

Durante el descanso sirven helados. Aunque lady Arlington le indica al rey que

tome uno, éste despide al criado con un gesto. Y acto seguido, en voz lo bastante alta como para que yo pueda oírle, le dice al caballero que tiene al lado:

—¿Qué le parece la comedia, lord Clifford?

—Muy divertida —le asegura lord Clifford—. La mejor que ha escrito el autor.

—Me parece un poco artificiosa.

—Efectivamente, sire. Es un poco artificiosa.

—Y aun así os parece hilarante.

—Divertida, sire. He dicho divertida. Es artificiosa pero divertida.

—Los dos actos eran demasiado largos.

—Sí, un poco largos —reconoce lord Clifford—. Pero no por eso menos divertidos.

Ahora, el rey me está mirando a mí y no a su ministro. Me pregunto si sus provocaciones no estarán destinadas a llamar mi atención.

—Era aburrida y superficial.

—Debe verse con cierta cautela, diría yo...

—Las ocurrencias eran ordinarias y los personajes de poca envidia. ¿Qué opináis vos, mademoiselle?

El último comentario iba dirigido a mí.

—No he sido capaz de entenderla por completo —dije, prudentemente—. Pero prefiero las tragedias. Lo que Racine define como «majestuosa tristeza». Si quiero que me emocionen, prefiero que lo hagan las lágrimas y no el cinismo.

Su boca se tuerce en una sonrisa sardónica.

—Entonces habéis venido al lugar adecuado, mademoiselle. Aquí, en Inglaterra, sólo conocemos la tragedia. —Da una palmada en la silla que ocupa lord Clifford—. Venid y sentaros a mi lado. Mi francés es incluso mejor que el de lord Arlington. Os traduciré las pocas ocurrencias que merezcan la pena.

Percibo un cruce de miradas en la sala mientras me levanto para ocupar la silla que lord Clifford ha dejado libre de inmediato y sin protestar; detecto la estudiada indiferencia en los rostros de los presentes, a quienes no se les escapa nada y que empiezan a especular sobre el posible significado de aquel gesto.

Cuando me siento junto al rey, él, en voz baja, me dice:

—Al menos, vuestra presencia hará soportable la velada.

—¡Bien! —exclama lord Arlington esa noche, durante la cena, visiblemente satisfecho—. Al parecer, estáis consiguiendo un gran éxito. Después de que os hubierais marchado, el rey preguntó tres veces por vos. —Se cuelga una servilleta del cuello y coge un tenedor. Se siente muy orgulloso de sus modales europeos, aunque, a decir verdad, en Francia se considerarían afeminados—. Quiere saber cuándo puede volver a veros. Naturalmente, le he dicho a Su Majestad que aún estáis cansada del viaje.

—Sois muy considerado —digo, educadamente—. Sin embargo, estoy totalmente

recuperada.

—Aun así, es mejor no andarse con prisas —dice Lord Arlington, pinchando un muslo de pollo con el tenedor.

—Decidme, lord Arlington —insisto—. Si voy a ser la dama de compañía de la reina, ¿no debería haber sido presentada a Su Majestad?

—La reina apenas suele estar en la corte —dice lady Arlington—. Desde que sufrió su último aborto, su estado de salud no es muy bueno. Ha pasado en la cama gran parte de los últimos meses. Sus médicos están al borde de la desesperación.

—Lamento oír eso. Rezaré por su curación.

—En este país hay quien reza para que ocurra justamente lo contrario —dice Arlington. Ahora habla en francés, seguramente para evitar que los criados oigan lo que dice. Me he dado cuenta de que, de costumbre, esto significa que se va a hablar de política o de religión, dos temas muy peligrosos en este país—. El Parlamento no ve la hora de que el rey sea libre para casarse con una protestante. Huelga decir que eso sería un desastre, sobre todo para Francia. Me pregunto...

Lord Arlington me mira con aire pensativo.

—¿Sí, querido? —le pregunta su mujer.

—Nada —dice él, en inglés—. Sólo ha sido una idea pasajera.

## Carlo

Ninguna fruta es tan dulce que no pueda ser mejorada al convertirla en un helado. He tenido la suerte de crear *eaux glacées* a partir de las frutas más exóticas, y puedo decir que se congelan tan bien o incluso mejor que las nuestras.

*El libro de los helados*

Fui convocado a una reunión con Lord Arlington, pero no en su casa, donde se alojaba Louise, sino en la oficina de correos que ya había visitado anteriormente. Una vez más, Cassell me escoltó hasta allí.

—A ver —empezó Arlington—. El rey ha rechazado vuestros helados. No habéis empezado con buen pie.

Me encogí de hombros. Evidentemente, no era culpa mía que el rey no probara bocado.

—Puede que cambiara de opinión si invocamos el espíritu de su hermana.

Fue Walsingham quien habló.

Arlington entornó los ojos.

—Continuad.

—Tal y como esperábamos, parece muy interesado en mademoiselle Carwell. Tal vez...

—De Keroualle —le corregí, instintivamente.

Walsingham se interrumpió.

—¿Disculpad?

—Su apellido es De Keroualle, no Carwell.

Walsingham asintió educadamente.

—Parece muy interesado por la muchacha. Puede que si fuera ella quien le ofreciera un helado, diciéndole que era el favorito de su hermana...

—Muy bien. —Arlington se volvió hacia mí—. ¿Cuál era?

—¿Cuál era qué?

Levantó las cejas ante la lentitud de mi reacción.

—El helado favorito de su hermana.

—¡Ah! —Me encogí nuevamente de hombros—. No tenía ninguno. Tomaba un licor de achicoria para hacer la digestión.

—Entonces, inventaos alguno —dijo Arlington, haciendo un gesto de impaciencia—. Cualquiera valdrá. Después de todo, lo importante no es el helado. Sólo es un medio para alcanzar un fin.

—Pero tiene que ser algo especial —sugirió Walsingham—. Será más fácil que no lo rechace si sabe que se trata de una rareza.

—Preparad uno con una de esas frutas exóticas que tanto le gustan a Luis de

Francia —dijo Arlington.

—Piña, entonces —dije, con ciertas dudas.

Se hizo un breve silencio.

—¡Piña! —exclamó Arlington—. ¿Os dais cuenta de lo que estáis diciendo?

—Sí. Pero si queréis que prepare algo realmente tentador, algo que el mismísimo rey de Francia consideraría una rareza, en esta época del año tiene que ser con piña.

Evidentemente, sabía que incluso en Francia una piña costaba casi lo mismo que una carroza nueva. Y aquí, en Inglaterra, seguro que sería incluso más cara. Sin embargo, era el epítome del lujo aristocrático. Los cortesanos de Luis tenían plantaciones de piña caldeadas artificialmente en sus propiedades, donde la planta —importada de las colonias— era transplantada y maduraba en invernaderos. La gente menos acomodada se gastaba una fortuna alquilando piñas maduras durante un día para decorar la mesa y perfumar el comedor, mientras que sólo los más ricos podían permitirse el lujo de comer una pieza.

—El conde de Devon tiene una plantación de piñas en Powderham Castle de la que se siente extremadamente orgulloso —dijo Walsingham, titubeante—. Creo que el año pasado se jactaba de haber obtenido una cosecha de cuatro o cinco piezas.

—Entonces será mejor que se sienta extremadamente orgulloso de haber cosechado sus piñas para poder preparar un helado para el rey —dijo Arlington—. Hablaré con él.

Arlington se puso de pie. Era evidente que la reunión había terminado.

—Hay algo que aún me tiene desconcertado —dije.

—¿De qué se trata? —preguntó Arlington.

—La muchacha... mademoiselle de Keroualle. ¿Cómo sabéis que cumplirá con lo que se le ordene?

—¡Ah, se trata de eso! —Arlington me lanzó una mirada divertida—. No somos precisamente unos ingenuos en esos asuntos, ¿sabéis? Ya nos estamos ocupando de ello. La información que nos habéis proporcionado sobre ella nos ha sido de gran utilidad a ese respecto.

No recordaba haberles proporcionado ninguna información sobre Louise que hubiera podido serles de utilidad salvo que no era la clase de mujer que aceptaría sus propuestas. Sin embargo, ya estaban recogiendo sus documentos, y no tuve ocasión de hacerles más preguntas.

Regresé a Vauxhall pensando aún en lo que había dicho Arlington. Así pues, Louise había aceptado, al parecer, llevar a cabo sus planes. Todas esas palabras que había pronunciado en Francia, defendiendo su virtud, se las había llevado el viento frente a la perspectiva de acostarse con un rey.

Así pues, Olympe tenía razón: todas las mujeres estaban en venta. Lo cual no era, en sí mismo, ninguna sorpresa; en realidad, era más bien una obviedad. Aun así, ¿por qué me sentía casi *decepcionado* con Louise de Keroualle? Después de todo, era

mejor para mí que comprendiera qué se esperaba de ella. No podía regresar a Francia hasta que nuestra misión se hubiera llevado a cabo, y todo parecía indicar que sería ella, y no yo, la artífice de nuestro éxito.

## *Louise*

Esa noche, estando ya en la cama, lady Arlington viene a verme. Lleva un camisón, igual que yo, y el pelo suelto.

—¿Tenéis todo cuanto necesitáis? —me pregunta, con una sonrisa, sentándose en un extremo de la cama.

—Sí, gracias. Habéis sido muy hospitalaria.

—Y la cama, ¿es cómoda?

—Muchísimo —digo, bostezando—. Me ayuda a conciliar el sueño.

—Es la cama en la que me acosté por primera vez con Bennet, después de nuestro banquete nupcial —explica, posando una mano sobre la colcha, como si quisiera señalar el punto exacto—. El día en que una muchacha se convierte en mujer es muy feliz.

—Os referís al día en que se casa.

No me responde directamente.

Extiende un brazo y me acaricia el pelo.

—Sois una jovencita muy hermosa, pero supongo que eso ya lo sabéis. ¡Y tan encantadora! Quién sabe... Puede que mientras estéis aquí, en Inglaterra, llaméis la atención de un marido adecuado.

La expresión de mi rostro debe revelar mi sorpresa, porque ella sonrío.

—¿No habéis pensado en esa posibilidad?

—Mis padres puede que tuvieran algo que decir al respecto —digo, prudente.

—Por supuesto. Pero en gran parte depende de la posición de vuestro posible marido. ¿No es así? Hasta cierto punto, se trata de consolidar las alianzas entre países. Yo misma era Elizabeth van Nassau-Beverweert antes de casarme con lord Arlington.

—Ahora mismo no pienso en todo eso —protesto.

—¿Por qué no? Además, si lo que he oído es cierto, me parece que no tenéis elección.

—¿Qué queréis decir?

—Que ya habéis intentado, inútilmente, encontrar un marido en Francia —se limita a responder—. Y, a menos que cumpláis con lo que se os ha encomendado aquí, en Inglaterra, no tenéis ninguna esperanza de volver a Versalles. Entonces, ¿para qué o para quién queréis preservar vuestro honor exactamente? —Sonríe con cierta expresión de remordimiento, como para demostrar que tiene las mejores intenciones, y me da una palmadita en la pierna a través de la colcha—. Bueno, tengo que irme. —Se dirige hacia la puerta, deteniéndose sólo para soplar la vela que hay sobre el escritorio—. Buenas noches, Louise. Dulces sueños.

Durante un rato me quedo tumbada en la oscuridad, pensando en lo que ha dicho. Está claro que los Arlington tienen un plan en mente: algún pretendiente o una

alianza que desean reforzar. Pero, ¿con quién? ¿Y por qué son tan crípticos al respecto? Tengo la desagradable sensación de estar metida en una nueva intriga cuyas ramificaciones no consigo entender y mucho menos controlar.

A la hora del desayuno vuelven a abordar el asunto. Es evidente que han estado hablando durante la noche: ahora, sus discursos son más precisos, menos sesgados.

—Noticias de la corte —le dice lord Arlington a su mujer, leyendo el mensaje que le ha entregado el mayordomo—. Aquí tengo el último informe del médico de la reina. Desgraciadamente, parece que nuestros peores temores se han confirmado.

—Tengo que preparar la ropa de luto y los crespones de seda negra para el carruaje. Al parecer, los necesitaremos antes de que acabe el año.

—Sí. ¡Pobre mujer!

—¿Se sabe algo —pregunta lady Arlington— sobre quién puede casarse con el rey cuando la reina haya muerto? Que Dios se apiade de su alma.

Arlington se encoge de hombros.

—Han corrido algunos rumores. Extra oficialmente, por supuesto. Como sabes, el rey acaricia la romántica idea de casarse por amor, aunque ése es un lujo del que los reyes no suelen disfrutar a menudo.

—No. Y el Parlamento quiere que contraiga matrimonio con una protestante.

—¡Ah! —Lord Arlington se inclina hacia delante—. Pero ¿será realmente el Parlamento el que lo decida? Ahora es París, y no el Parlamento, quien impone su criterio. Y Luis querrá a alguien que contribuya a consolidar la gran alianza.

—¿Una católica?

Arlington asiente con la cabeza.

—Preferiblemente una católica francesa, sin duda alguna.

Distraída mientras me llevo una tostada a la boca, no entiendo muy bien la importancia de esas palabras. Pero luego lo comprendo. Si no estuviera masticando, creo que estaría boquiabierta.

Creo que deben de pensar que soy una estúpida por no haberlo intuido antes.

—Entonces, si Carlos empezara a demostrar su interés por una mujer así... —dice lady Arlington.

—Exacto —responde su marido, asintiendo con la cabeza—. Todos estarían encantados.

Lord Arlington no puede evitar mirarme un instante por el rabillo del ojo para cerciorarse de que lo he entendido.

Doy un paseo por el jardín, pensando en lo ocurrido.

Así pues, éste es el plan de Arlington: ¡orquestar un matrimonio entre Carlos II y yo! A primera vista, parece una proposición inconcebible. Las esposas de los reyes son princesas de sangre real, no hijas de familias antiguas en decadencia. Ellas aportan suntuosas dotes, alianzas estratégicas y aspiraciones a tronos lejanos.

Y, a pesar de eso, si Luis y Carlos quisieran, un matrimonio de esa índole sería posible. Francia es tan poderosa en Europa que una francesa de origen noble podría ser considerada como el equivalente de un miembro de la realeza de un país menos importante. Y desde el punto de vista de mi rey, una francesa sentada en el trono de Inglaterra sería una prueba visible de que el tratado es inquebrantable. Uniría a nuestros países durante una generación.

Me pregunto qué pensarían mis padres si me convirtiese en reina de Inglaterra. Cómo les recompensaría Luis. Mis hermanas pequeñas se convertirían en las muchachas más cortejadas de Versalles. Mi padre contaría con nuevas tierras y dinero para reconstruir nuestra casa de Brest... Cumpliría con todo lo que me habían encomendado al enviarme a Versalles.

Y mis hijos —*nuestros* hijos: los hijos que tendríamos Carlos y yo— serían de sangre real. Poseerían la parte de divinidad que corre por las venas de los reyes. Sería madre de príncipes. Y, como tal, tendría poder, un poder incluso mayor que el de madame. Su gran sueño —el sueño de una Europa unida bajo una misma fe— se haría realidad gracias a mí.

¿Cómo podía imaginar, cuando me temía que me enviarían a casa desde París a causa de mi fracaso, que se me presentaría una oportunidad como ésta?

Sacudí bruscamente la cabeza, irritada conmigo misma. *Espera. Reflexiona.* Si ésta era la verdadera intención de Luis al enviarme aquí, estoy segura de que él o Lionne me lo habrían dicho. No habrían dejado en manos del fascinante pero, sospecho, oportunista lord Arlington la misión de explicarme cómo estaban las cosas.

Así pues, el plan no es de Luis, sino de Arlington. Pero, una vez más, eso no significa necesariamente que Luis no lo aprobara si los acontecimientos tomaran esos derroteros.

Dicho de otro modo: si fuera el deseo de Carlos.

Sigo pensando, tratando de ser lógica. El problema más evidente es que la reina aún no ha muerto, y hablar de la muerte de una reina, por no hablar de desearla, es una forma de traición. Naturalmente, la gente lo comenta —la sucesión, en cualquier país, es un asunto de máxima importancia—, pero hablarlo de forma equivocada o con la persona equivocada es un gran riesgo.

Sin embargo, la ocasión es perfecta; es como si en las cartas me hubieran dado una mano con el rey y sólo tuviera que cogerlas y jugar.

Me acuerdo de las palabras que me dijo Buckingham estando ebrio: «Habéis sido enviada para seducirlo». Entre aquella vulgar acusación y las sugerencias más alentadoras de los Arlington, ¿dónde está la verdad?

*Convertirme en reina. Convertirme en reina.* Es como un susurro que sigue resonando dentro de mi cabeza. Sin querer, me doy cuenta de que ando un poco más erguida que antes, con un porte un poco más real, mientras me dirijo de nuevo hacia la casa.

## Carlo

La diferencia entre un simple *sorbetto* y un helado es tan grande como la diferencia entre la tiza y el queso.

*El libro de los helados*

Tenía poco que hacer mientras esperaba que llegara mi piña. Mandé cordiales helados y gelatinas a la corte y dediqué el resto del tiempo a hacer experimentos.

A decir verdad, sabía que en eso era un principiante, como lo había sido en su momento preparando helados. Necesitaba los consejos de Boyle o de algún otro filósofo natural. Sin embargo, Boyle me había dejado claro que no me ayudaría a menos que accediera a hacer públicos mis descubrimientos, por lo que por ahora tendría que arreglármelas solo.

Decidido a proceder aplicando el mismo enfoque lógico que habría adoptado un químico como Boyle, empecé con el helado de peras que había preparado en Francia, tratando de recrearlo exactamente como lo había hecho en aquella ocasión. Sin embargo, el proceso resultó ser muy complicado. Aparentemente, la relación entre los diversos ingredientes era demasiado compleja: al reducir el azúcar, la textura era menos granulosa, pero también complicaba la congelación de la mezcla: a veces, la *crème anglaise* quedaba mórbida, pero en otras ocasiones aparecía llena de grumos, como los huevos revueltos. Si modificaba las proporciones de pera y crema, el helado se convertía en un líquido pegajoso.

Mientras llevaba a cabo estos experimentos, Hannah lavaba los platos y Elias picaba el hielo. Con cierto asombro, descubrí que ambos eran muy trabajadores, y no tenía queja alguna de su diligencia. Recordé las palabras del espía francés: «Esos protestantes creen en el trabajo duro con un fervor casi religioso». No se habían repetido episodios de insubordinación como el del juramento, por lo que decidí no volver a hablar del asunto.

Sin embargo, estaba claro que Hannah no era la clase de criada a la que estaba acostumbrado en Francia.

—¿Por qué un cordial helado es mejor que uno que no lo esté? —me preguntó Elias en una ocasión.

—Porque refresca el paladar de los cortesanos que tienen la suerte de poder probarlo.

—Pero, si quieren refrescarse, ¿por qué no se quitan simplemente los abrigos?

Tuve la tentación de decirle que dejara de hacerme preguntas, pero el muchacho tenía algo que me recordaba a la curiosidad que yo también sentía cuando empecé a trabajar para Ahmad.

—Porque es más agradable tomarse un helado que quitarse el abrigo —respondí,

pacientemente.

—¿Puedo probarlo?

—No.

—¿Por qué no?

—No es un plato para niños.

—Pero ¿por qué iba a gustar a los cortesanos y a los niños no?

—Porque los cortesanos son necios. —Fue Hannah quien le contestó, sin que nadie se lo pidiera. Vio la expresión de mi rostro—. Es la verdad —continuó, sin remordimiento alguno—. Es mejor que lo sepa.

No le respondí directamente, sino que me dirigí al muchacho.

—Los cortesanos están acostumbrados al lujo. Saben apreciar las exquisiteces, que pueden permitirse gracias a su origen noble y a los servicios que rinden al rey.

Hannah chasqueó la lengua para manifestar que no estaba de acuerdo.

—La corte es la causa de todos nuestros males.

—Sin la corte no existiría un gobierno —puntalicé.

—En este país tenemos la suerte de contar con un Parlamento que gobernaba perfectamente el país cuando el rey vivía en el extranjero.

—Cuando el último rey fue asesinado *por el populacho* —la corregí— y su hijo obligado a *exiliarse*, me dijeron que este país cayó en manos de un dictador.

—El Parlamento no es perfecto —admitió ella—. Y en cuanto a Carlos, no hay ninguna duda de que desde que murió su hermana ha intentado ahuyentar a algunos de los libertinos y chupasangres que lo rodeaban. Pero también es débil, y cuando haya superado su dolor, volverá a las andadas. En otras palabras —añadió, mirándome por el rabillo del ojo—: volverá a comportarse como un católico. Se deja seducir fácilmente por los placeres y las novedades de toda índole, sobre todo si cuentan con la aprobación de Francia.

Aquella opinión se correspondía de forma tan precisa con la de quienes me habían enviado allí que no supe cómo responder.

—No serán mis helados los que lo seduzcan —dije, finalmente—. Sólo son agua helada y cordiales. No hay nada en ellos capaz de cambiar el carácter de una persona, y mucho menos su religión.

## Louise

Me están exhibiendo.

Cada vez que lady Arlington me propone dar un paseo por el parque, allí está también el rey, paseando con su séquito. Nos detenemos e intercambios algunos cumplidos. «¿Os estáis adaptando bien?». «Sí, gracias, sire». «Supongo que echaréis de menos a vuestros amigos». «Sire, estoy haciendo tantos nuevos amigos aquí que no tengo tiempo de pensar en ellos».

En estos encuentros públicos no hablamos de su hermana, pero el dolor —el sufrimiento con el que aborda estas inocentes charlas— resulta de lo más evidente.

Y entonces, mientras el rey se aclara la garganta para hacerme otra pregunta, lady Arlington se despide de él con un gesto de la cabeza. Y lo mismo ocurre cuando salimos a montar a caballo o jugamos a *paille maille*.

Incluso a orillas del río, adonde suelen llevarme para que aprenda a remar, las salpicaduras del agua atraen una mirada desde una ventana abierta de palacio: allí está el rey con un montón de documentos, su grupo de consejeros y hombres de Estado, todos mirando hacia abajo. Me saluda con la mano, cortésmente; es el saludo real: mueve la mano abierta frente a su cuerpo, como un campesino que estuviera sembrando.

Y aun así, a pesar de que es la primera vez que me exhiben, la sensación no me resulta del todo desagradable. Cuando me alejo de él siento su mirada sobre mí, como se advierte el calor del sol en la piel aunque tengas los ojos cerrados. En ocasiones incluso me permito mirar hacia atrás, para comprobar si sigue observándome. ¿*Estoy siendo coqueta?* Una parte de mí se escandaliza de mi comportamiento, aunque a otra le parece divertido.

Y hay también una parte que piensa: *Debo comportarme como una confidente privilegiada, pero nada más.* La ultrajante acusación de Buckingham ha sido útil: me sirve de advertencia. *No deben tener nada que reprocharme.*

*Convertirme en reina. Convertirme en reina.*

Ahora, el rey está jugando a tenis. En un lateral del edificio, una hilera de bancos permite a los cortesanos seguir el partido.

Juega bien, y a pesar de su elevada estatura, se mueve sorprendentemente deprisa cuando salta de un lado a otro del campo. Aun así, me parece que, si se lo propusiera de verdad, su adversario, más joven que él, podría ganarle. Cada vez que consigue un tanto veo que duda, preguntándose si no habrá ido demasiado lejos.

El rey también lo sabe. Inmediatamente después de haberle ganado, exige impaciente otro oponente.

—¿Jugamos por placer o por puntos, sire? —pregunta el nuevo jugador, otro joven.

—Por puntos —responde Carlos, sin dudar—. El placer no tiene cabida en la

corte.

—¿Sólo en la corte? —replica el otro jugador, secamente.

Se oyen algunas tímidas risas y algunos cortesanos vuelven los ojos hacia mí. Finjo no darme cuenta de ello, pero mi corazón empieza a latir más deprisa.

Este oponente es más listo que el anterior: le saca ventaja al rey, lanzándole el desafío de remontar. A mi lado, lady Arlington, me dice al oído:

—Es una buena señal: no jugaba así desde hacía meses. Juega bien, ¿verdad? Es un atleta, un hombre muy apuesto, además de rey. También sabe nadar, y a menudo va andando hasta Hampton Court. Por no hablar del ejercicio que hace con las damas...

—¿Las damas? —repito, sorprendida.

—Oh, el rey es un amante consumado —dice, con una sonrisa maliciosa—. Y tiene muchos otros talentos.

Me sonrojo.

—Lady Arlington...

—Lo siento. ¿He sido demasiado franca? Quizás lleve demasiado tiempo viviendo en Inglaterra. Aquí abordamos esos asuntos con una desenvoltura casi excesiva. Pero ya no sois una chiquilla, ¿verdad? Estoy segura de que estáis al corriente de las cosas de la vida, como suele decirse —comenta, dándome un leve codazo con expresión de complicidad—. Después de todo, por lo que he oído, madame no era ninguna santa.

No le contesto. Nunca se me había ocurrido que la inocencia en asuntos como éstos podía considerarse algo infantil.

Además, lo que dice es lo bastante cierto como para incomodarme. Para madame, delicada y enferma como estaba, atender a su esposo era, lo sabía muy bien, un deber cada vez más desagradable. Sin embargo, hubo una ocasión en la que Monsieur no estaba. Fui a su estudio a buscar unas plumas. Y allí estaba madame, tumbada en el diván, con sus frágiles piernas rodeando las caderas del rey. El monarca penetraba en sus entrañas, con la larga camisa desabrochada y sus velludas piernas al aire... Di un paso atrás, paralizada, cerrando de inmediato la puerta. No podía entenderlo, madame no se acostaría con el rey para conseguir privilegios. Entonces, ¿por qué lo hacía? ¿Por amor? Nunca habría dicho que entre ellos existiera la pasión; a lo sumo, una amistad, la profunda comprensión que se establece entre quienes han nacido en una posición similar.

*No entiendo las relaciones sexuales*, pienso, y la idea me irrita. Soy inteligente, pero al mismo tiempo ignorante: toco instrumentos musicales, hablo varios idiomas, escribo cartas diplomáticas, pero lo ignoro casi todo acerca del que es, aparentemente, el más importante de los deseos... Es como ver un partido de tenis sin conocer las reglas.

Tampoco es que conozca al dedillo las reglas del tenis, pienso, obligándome a concentrar en el juego. El partido entre el rey y el cortesano ha ganado en intensidad,

como si fuera un duelo o un combate entre ciervos en época de celo. Carlos lanza una pelota larga, dándole un efecto que la manda a las espaldas de su oponente. El joven consigue tocarla con la raqueta, pero Carlos se ha acercado a la red. Golpea la pelota contra el área de servicio. Sé lo bastante sobre el juego para comprender que es el modo más decisivo de anotarse un punto.

El rey agradece los aplausos del público haciendo girar la raqueta. Luego, sin dejar de jadear, lanza una ojeada al sitio donde estoy sentada.

—Está jugando por vos —dice lady Arlington, entre dientes, aplaudiendo con entusiasmo—. Sonreíd. Ahora sois vos quien debéis exhibiros.

Mientras los jugadores toman cordiales helados, la corte se dispersa. Reconozco una figura ataviada con una levita de estilo francés que se aleja, sosteniendo un recipiente para helados.

—¡Signor Demirco! —lo llamo.

Por un instante duda, pero acto seguido acelera su paso, obligándome a salir corriendo tras él.

—¡Esperad! —le grito—. ¡Esperad, signor Demirco!

Finalmente no le queda más remedio que detenerse.

—¿Es que no me habéis oído? —le pregunto, desconcertada.

—Sí, os he oído —responde, con brusquedad.

—Entonces ¿por qué parecíais tan irritado?

Tengo la sensación de que está a punto de decir algo, pero luego cambia de opinión.

—Por nada —dice, finalmente—. ¿Cómo estáis? He oído decir que vuestra diplomacia, aquí, está obteniendo un gran éxito.

¿Son imaginaciones mías o ha pronunciado la palabra «diplomacia» con cierta ironía? Un poco ofendida, replico:

—En cambio, he oído que la vuestra no.

Se encoge de hombros.

—Dicen que el rey aceptaría de mejor grado mis helados si fuerais vos quien se los ofrecierais.

—¿Y por eso sois tan... arisco? ¿Os sentís herido en vuestro orgullo?

—No soy arisco, como decís vos —replica, secamente—. No tiene nada que ver con mi orgullo. Todo lo contrario: vuestro éxito garantizará mi regreso a Francia. Y a propósito: debéis estar muy satisfecha de no haber aceptado mi propuesta de matrimonio en Versalles.

—No habría podido aceptarla en ningún caso —contesto, prudente—, dada la gran diferencia entre nuestros orígenes. Pero, teniendo en cuenta que habéis sido informado por nuestros amigos comunes sobre la posible fortuna que me aguarda, os diré que, efectivamente, fue una buena idea. Aunque..., signor, sería mejor que ese episodio fuera un secreto entre los dos. Una propuesta, aunque sea rechazada, podría considerarse como una mancha en mi buen nombre, y ahora, mi reputación es más

importante que nunca.

—¿Vuestra reputación? —dice, entre dientes—. No me toméis el pelo, os lo ruego. ¿Intentáis decir que ahora tenéis mejores cosas que hacer?

Enfadada, replico:

—Estoy levantando la moral del rey..., algo que vos, al parecer, no sois capaz de hacer con vuestros helados.

Inclinando la cabeza, dice:

—Efectivamente. Tenéis todo mi reconocimiento.

Se aleja, con expresión sombría.

Lo sigo con la mirada, exasperada. Los sentimientos del pastelero, al parecer, siguen estando heridos. Naturalmente, lo siento, aunque estoy un poco sorprendida. Aun así, no puedo permitir que eso me distraiga de mis propósitos.

Aquella noche, Arlington y su esposa tienen una conversación en privado. Más tarde, lady Arlington se presenta en mis aposentos. Despide a mi doncella y es ella misma quien me cepilla el pelo, sin escatimar elogios por la cantidad de rizos que se deslizan entre sus dedos, más rebeldes que de costumbre. Nunca he sido capaz de domarlos como es debido.

—Creo que hay alguien que los admira —dice, con expresión burlona.

Me sonrojo.

—Decidme —continúa, con la misma voz tranquila—. ¿Cuándo soléis sangrar?

Un poco avergonzada, respondo:

—No os preocupéis, tengo todo cuanto necesito.

—No me refería a eso —prosigue, impertérrita—. Lo decía por el rey, para que podáis estar con él en el momento adecuado. —Me sonrío, mirándome en el espejo—. Queréis que se enamore de vos, ¿no es así?

Sigue peinándome enérgicamente, como un mozo de cuadra cepillando un caballo.

—No... lo sé —respondo, en tono vacilante.

—Yo creo que sí —murmura—. Creo que ése debería ser vuestro deseo. Os mira de un modo... En vos no busca consuelo; busca mucho más. ¡Sois muy afortunada!

—¡No! —exclamo—. No puedo hacerlo. Nunca podré.

Me separa el pelo, que cae a ambos lados de mi rostro.

—¿Nunca habéis pensado en llevarlo así? —me pregunta, cambiando de tema con gran facilidad, como si hasta entonces no hubiéramos hablado más que de la posibilidad de cambiar de *coiffure*.

## Carlo

De todos los postres, los helados provocan curiosidad y asombro en igual medida.

*El libro de los helados*

Se podría decir, basándome en mis conversaciones sobre juramentos y cortesanos, que mis sirvientes del Red Lion son gente extremadamente devota. Aunque en realidad, como pude comprobar en seguida, aquella posada no era mucho mejor que un burdel.

En la Europa continental, un hombre sabe cuándo se encuentra en un lugar de dudosa reputación y, una vez liquidado el asunto, puede cerrar la puerta y olvidarse de todo lo que ha hecho allí. En Inglaterra, en cambio, la línea divisoria entre una posada y un lupanar, entre sirvientas y prostitutas, era menos nítida... En realidad, tienen una palabra, *slut*, para referirse a una mujer que ocupa el escalafón más bajo dentro del servicio doméstico, pero que también define a una muchacha dispuesta a llevar a cabo cualquier tarea que se le ordene. Me di cuenta en seguida de que en el Red Lion había varias *sluts* que complementaban su paga de ese modo. Estas jóvenes —Mary, Rose y dos o tres más— trabajaban sin esconderse en el comedor, saltando de un cliente a otro con el pretexto de servirles una cerveza, entablando picantes conversaciones antes de subir a una de las estancias de la buhardilla.

Al principio me molesté al descubrir la clase de local que era, pero no por el vicio en sí mismo, sino porque en Francia o en Italia, establecerse en un burdel para hacer negocios habría supuesto la inmediata rescisión de la protección real. En Inglaterra, evidentemente, eran más tolerantes. Cuando se lo comenté a Robert Cassell, pareció casi divertido.

—Sí, es cierto —me dijo—. ¿Qué esperabais? Es una taberna londinense.

—¿Y las autoridades no se oponen?

—En teoría, sí..., pero en la práctica, tienen asuntos más importantes que resolver.

Las posadas de Londres, me explicó, habían sido un semillero de disidentes durante la Commonwealth; allí era donde se celebraban a menudo reuniones de hombres y mujeres trabajadoras. Algunas incluso tenían su propia imprenta y publicaban periódicos y panfletos revolucionarios que la plebe devoraba con avidez. Después de la depuración llevada a cabo durante la Restauración, se decidió que la prostitución era el menor de los males que había que erradicar.

—No hay ninguna camarera en Londres que no se venda por una moneda de seis peniques —concluyó.

—Pero yo creía que aquí, antes de la Restauración, la gente era puritana.

—Algunos lo eran, pero había muchos disidentes, y todos tenían opiniones

diferentes sobre lo que era aceptable y lo que no. Cavadores, cuáqueros, ranter, niveladores, familistas, mugletonianos, los partidarios de la quinta monarquía... Ahora, todos han sido desterrados, pero durante un tiempo Inglaterra tuvo tantas sectas de locos como condados. Algunas de ellas, como las de los ranter o los familistas, eran prácticamente indistinguibles de los libertinos, con la única diferencia de que intentaban camuflarse con un montón de tonterías sobre el Cristo interior, la comunidad y la fraternidad. Sin embargo, todas las sectas tenían en común el rechazo total a aceptar cualquier autoridad salvo la propia.

Pensé en la extraña y desafiante actitud de Hannah frente a la posibilidad de que la echaran de su despensa. En Francia o en Italia, una sirvienta habría obedecido sin protestar, mientras que aquí, a la gente, después de haber intentado una revolución, le costaba renunciar a sus costumbres.

Sin embargo, no había considerado la posibilidad de que Hannah fuera una de esas sirvientas que, como decía Cassell, estuviera dispuesta a venderse por una moneda de seis peniques, y por eso me sorprendí cuando presencié un altercado entre ella y un cliente por ese asunto. Ambos se habían refugiado detrás de una de las pesadas vigas de roble ennegrecido que sostenían el techo del comedor principal. A pesar de su evidente crispación, hablaban en voz baja seguramente ni siquiera les habría mirado de no ser porque esperaba que ella me sirviera la comida. Advertí dos cosas: la primera, que el hombre vestía de forma bastante más elegante que el resto de clientes del Lion, casi tanto como yo; y la segunda, que la sujetaba fuertemente por el brazo.

—No le hables de ese modo a alguien que está por encima de ti —le decía.

—Ningún hombre está por encima de mí, y tampoco ninguna mujer —replicó ella—. ¿Por qué ibais a ser mejor que yo? Anoche estaba dispuesta a aceptar vuestro dinero, y vos a ofrecérmelo. La diferencia es que no volveré a cometer el mismo error.

El hombre le contestó en voz tan baja que no pude oírlo, pero vi que seguía agarrándola del brazo y que la sacudía violentamente mientras hablaba con ella, poniendo en peligro mi tarta, que estuvo a punto de caer del plato que sostenía Hannah.

... haré que te arresten, puta ranter, porque no eres otra cosa. No creas que no seré capaz de hacerlo.

Ella no le contestó, pero me di cuenta de que estaba pálida. El hombre la soltó.

—Hablaremos de ello fuera —dijo él, bruscamente, volviéndose con la intención de irse.

Ella se acercó para servirme la comida, pero cuando la dejó sobre la mesa, le temblaba la mano y el plato golpeó la madera. Sin embargo, su voz, cuando me preguntó si quería otra cerveza, era firme e inexpresiva. Le dije que no, y se alejó sin decir ni una palabra. La vi dirigirse hacia la puerta por la que había salido el hombre, que daba al patio donde se guardaban los barriles de cerveza vacíos.

Me encogí de hombros, concentrándome en la tarta. Antes de pedirla había preguntado qué ingredientes llevaba: la respuesta —tarta escocesa— no me había aclarado gran cosa, pero ahora, mientras pinchaba la corteza con el cuchillo, me llegó su aroma y vi varios trozos de patata humeante, algunas rodajas de puerro, lonchas de pollo con una crema espesa, una buena pizca de tomillo e incluso unas frutas troceadas de color rojo oscuro que descubrí casi de inmediato que eran ciruelas en conserva.

No obstante, algo me impedía disfrutar del plato, y era el hecho de saber que mientras yo estaba allí dentro, comiéndome una tarta escocesa, la mujer que la había preparado estaba fuera, entregándose a un hombre a quien habría deseado rechazar. Puede que ella se hubiese equivocado, pero no me había gustado el aspecto de aquel individuo, ni la forma en que la había agarrado del brazo, y sospechaba que seguramente en aquel momento no estuviera siendo delicado con ella.

Lanzando un suspiro, aparté el plato, me levanté y salí al patio. Fuera estaba oscuro, pero oí un ruido a mi derecha, detrás de un montón de barriles de cerveza.

—¿Quién anda ahí? —grité.

Una mujer lanzó un grito ahogado, pero se apagó de inmediato, como si alguien le estuviera apretando el cuello.

—¡Rápido, llamad a un guardia! ¡Están fornicando en la calle! —grité.

Era una frase que me sorprendió incluso a mí, hasta que recordé que ésas eran las palabras que se utilizaban en las rondas que, de noche, recorrían las calles par evitar posibles fechorías. La habría oído una docena de veces bajo mi ventana mientras dormía.

Del otro lado de los barriles me llegó el tintineo del cinturón de una espada, una imprecación sofocada y, luego, el inconfundible sonido de una bofetada. Hannah gritó y oí el ruido de unos pasos alejándose. Me acerqué a los barriles para investigar.

Hannah estaba tirada en el suelo, donde había acabado por culpa del golpe. Por el modo indecente en que se habían levantado sus faldas en torno a la cintura, comprendí que había llegado demasiado tarde para impedir el acto que les había llevado a ambos a esconderse allí, aunque tal vez había evitado que a ella le sucediera algo peor.

—Gracias —se limitó a decir Hannah.

Me di cuenta de que no había añadido «señor», aunque puede que, en la oscuridad, no me hubiese reconocido. Luego extendió una mano hacia mí. Aquello también me sorprendió: en la Europa continental habría sido inconcebible que una sirvienta le tendiese la mano a un caballero. Ella, sin embargo, necesitaba ayuda para levantarse, por lo que le cogí la mano y tiré de ella.

—Gracias —repitió, cuando se puso de pie.

Se frotó la mejilla en el lugar donde aquel hombre la había golpeado.

—No tienes por qué darme las gracias —le dije—. No me debes nada.

Me di la vuelta para irme.

—Signor Demirco —dijo.

Me detuve.

—Si le decís a Titus Clarke lo que habéis oído esta noche, me echará.

Y eso fue todo. Ninguna pregunta, ninguna petición. Se había limitado a plantear los hechos, dejando que fuera yo quien decidiera qué hacer.

Estuve a punto de decirle: «Tendrías que haberlo pensado antes», pero no lo hice. Me limité a asentir con la cabeza y volví a entrar en la posada.

Cuando Titus me sirvió otra pinta de cerveza, descubrí que no tenía ninguna intención de contarle lo que había ocurrido entre Hannah y su pretendiente. Después de todo, no era asunto mío.

## *Louise*

Mientras el rey está nadando, lady Arlington me lleva a la Stone Gallery, el patio porticado más grande y elegante de los que hay en Whitehall.

—Aquellos son los aposentos del rey —me explica, señalándolos—. Los edificios que hay al otro lado están destinados a sus cortesanos favoritos. Y allí —hace una significativa pausa— están disponiendo nuevos aposentos.

Abre unas puertas de madera. En el interior, cuatro hombres con pelucas cortas, los pintores de la corte, están trabajando en un fresco. En la pared opuesta, unos hombres subidos en varias escaleras están colgando un tapiz de estilo francés. Otro artesano, un ebanista, está instalando una librería de nogal y arce con incrustaciones con la ayuda de un aprendiz. El olor de las virutas de madera y del barniz fresco impregna el ambiente. Cuando entramos, los hombres inclinan la cabeza en señal de respeto y acto seguido retoman sus tareas.

—¡Qué estancia más bonita! —exclamo con sinceridad, acercándome a la ventana.

Los altos cristales me recuerdan a Versalles. Frente a mí veo un hermoso jardín con un enorme reloj de sol y, al fondo, el largo y resplandeciente lago del parque de St James.

—Es para vos.

Me doy la vuelta, estupefacta.

—¿Para mí?

—Ha ordenado que la restauren ex profeso para vos. Y mirad esto. —Se acerca a otra puerta y la abre. Conduce a unas escaleras—. Puede ir a vuestro encuentro directamente desde sus aposentos.

—¿Sin que nadie lo sepa, queréis decir?

Lady Arlington asiente con la cabeza.

—Puede que en algunas ocasiones prefiera ser discreto. Al menos al principio.

Me quedo mirándola fijamente.

—Pero yo nunca permitiré que me haga esa clase de visitas a menos que sea mi esposo.

—No seáis necia, Louise —dice, en voz baja—. Debéis hacer lo que sea necesario, como han hecho siempre las muchachas hermosas con sus soberanos. La única cuestión es: ¿qué obtendréis vos a cambio? Majestad.

Hace una reverencia, y por un instante creo que se está burlando de mí. Luego, al darme la vuelta, veo que el rey ha entrado en la estancia.

—Me han dicho que estabais aquí —dice, impaciente—. ¿Dais vuestra aprobación a los aposentos? Estarán listos el fin de semana. Quizás me haríais el honor de mudaros aquí.

—No puedo... —digo, pero lady Arlington es más rápida que yo.

—La ocasión es de lo más apropiada, sire. La próxima semana empezaremos

unos trabajos de reforma en nuestra casa, por lo que Louise tendría que trasladarse de todas formas.

—Sire —digo—, no puedo aceptar estos aposentos. Son demasiado lujosos para una dama de compañía.

—Al contrario. No están a vuestra altura. —Carlos me está mirando tan fijamente que me incomoda—. Venid conmigo a dar un paseo —dice, en voz baja, lanzando una mirada a lady Arlington—. Hablemos un poco.

Me lleva a la Stone Gallery. Lady Arlington nos sigue a pocos pasos de distancia, fingiendo interés por las estatuas.

Al principio, sin embargo, apenas hablamos. El rey se limita a señalarme dónde viven los cortesanos. Luego saca una llave y abre un puertecita.

—Este es mi jardín privado —dice, cerrando la puerta con llave detrás de él. Me doy cuenta de que lady Arlington se ha quedado fuera—. Para mi uso exclusivo.

—A Su Majestad debe de costarle disfrutar de un poco de soledad.

—A decir verdad, nunca solía buscarla. Pero desde que ella murió... —Me mira fijamente—. Decidme, Louise. Me dijisteis que os dejaba leer nuestra correspondencia, ¿no es cierto?

—Así es.

Luego, con fingida indiferencia, me pregunta:

—Entonces, ¿qué sabéis sobre Dover? Aparte del hecho de que mi hermana estaba muy enferma, quiero decir.

Es un terreno resbaladizo, pero es inútil negarlo.

—Estoy al corriente del tratado. Madame me lo contó todo desde el principio.

—Comprendo. —Se toca el bigote—. Entonces, presumo que sabéis que es un secreto que conoce muy poca gente. En este país, aparte de mí, sólo lo saben seis personas. Siete, ahora que vos estáis aquí. Si fuese de dominio público, podría comprometer mi reinado.

—Lo sé. Y prometo que nunca traicionaré la confianza de madame.

Asiente con la cabeza.

—El hecho de que ella confiara en vos me basta. Pero, decidme... —Duda un instante—. ¿Era... honorable?

—¿Sire?

—Muchos de mis súbditos dirían —si, Dios no lo quiera, llegaran a saberlo— que cuando firmé ese documento, aceptando la pensión de Luis, renuncié a mi honor. He pensado mucho en ello durante estos últimos meses. Quiero conocer vuestra opinión.

*Me está pidiendo mi opinión.* Intento imaginarme a Luis XIV manteniendo esta conversación, y no lo consigo. Hablar así, casi de igual a igual, es algo extraordinario.

Debo actuar con cautela.

—Si un hombre hubiese firmado un documento como ése, podría considerarse un deshonor. Pero vos no sois un hombre; vos sois el rey... Vos sois Inglaterra. No

podéis sentirnos obligado por las mismas consideraciones que el resto de los hombres, del mismo modo que no podéis sentirnos obligado por la voluntad del Parlamento.

—Sí. —Echa a andar hacia delante y hacia atrás, y yo con él, tratando de seguir sus largas zancadas—. Eso pensé yo en su momento. Pero desde que ella murió... miro a mi pueblo y veo que está harto de las guerras. Y de divisiones religiosas. Puede que a causa de mi ambición, de mis aspiraciones de convertirme en un gobernante independiente y de mi deseo de complacer a mi hermana, haya antepuesto mis deseos a los suyos.

—Pero madame no tenía ningún interés en esto. Sólo quería lo mejor para vos.

—Cierto. Pero quizás estaba influenciada por sus creencias religiosas. Por no hablar de su... admiración por Luis. —Me mira y veo que está al corriente, o al menos sospecha, de la relación entre su hermana y el rey—. Ella era como todos los Estuardo —dice, con aire de disculpa—. Tenía muchas ganas de vivir, y a veces dejaba que ofuscaran su juicio. —Guarda silencio unos instantes—. Me hace bien hablar de esto. Desde su muerte no he podido hacerlo con nadie.

Siento que empieza a sincerarse.

—Podéis hablar conmigo siempre que lo deseéis, sire. Y espero que lo hagáis.

Me mira con expresión de tristeza.

—No quisiera imponeros esa carga.

—No será ninguna carga. Es lo que todos esperan.

—¿Ah, sí?

Dudo, y me doy cuenta de que me he ruborizado un poco.

—Algunos de vuestros ministros piensan que yo debería llamar vuestra atención.

—Ah —susurra—. Por supuesto. —Me mira por el rabillo del ojo—. Comprendo muy bien por qué podrían pensarlo. Confieso que en el pasado solía tener una deplorable debilidad por la belleza femenina.

Soy consciente de que aumenta mi rubor.

—Pero puedo ayudaros de otro modo. Puedo ser vuestra confidente, como lo fue vuestra hermana. Puedo mandarle mensajes a Luis y explicarle la presión a la que estáis sometido. Me he dado cuenta de que para vos sería imposible anunciar vuestra conversión. Se lo haré saber.

Levantando las cejas, dice:

—¿Intercederíais por mi ante vuestro rey?

—Ejerceré de mediadora, disfrutando de la confianza de ambos. Como vuestra hermana.

—Entonces, éstos serán los términos del Tratado del Jardín de las Rosas —dice, lacónicamente—. Pero..., para que yo lo sepa, ¿os limitaréis a esto? ¿A hablar conmigo y nada más?

Vuelvo a ruborizarme.

—Perdonadme —añade—. Seré incluso más claro. Prefiero escandalizaros ahora con mi franqueza que ofenderos en el futuro con alguna proposición inoportuna.

—Entonces, yo también hablaré con claridad. —Con claridad pero con prudencia, me digo—. Nunca permitiré que mi comportamiento sea motivo de deshonra para mi familia.

Él asiente con la cabeza. ¿Se siente decepcionado o satisfecho? Es imposible saberlo, aunque es importante que sepa que no haré lo que lady Arlington insinúa que debería hacer.

Hemos llegado junto al reloj de sol que hay en el centro del jardín, un complicado artilugio de esferas de cristal con incrustaciones de vidrios coloreados. En la base hay grabada una inscripción:

*Cada día olvida los días precedentes:*

*No hay que desperdiciar estas horas con lamentos.*

—*Carpe diem* —dice, al ver que la estoy leyendo—. Un buen consejo para ambos. ¿Sois consciente de que si la gente nos ve juntos, hablando, sacará sus conclusiones? Vuestra reputación, estoy seguro, no justifica una reacción como ésta, pero me temo que en el pasado no siempre me he comportado bien.

—Mejor que piensen así —dije, con franqueza—. Les preocupará menos esa idea que discutamos cuestiones políticas.

—Una observación astuta. Y a vuestras espaldas veo que lady Arlington nos está espiando desde la ventana de vuestros aposentos. Se preguntará de qué estamos hablando.

—Quizás sería mejor que fingiéramos... —digo.

—Pienso exactamente lo mismo —convine.

Me coge la mano, se la lleva a los labios y me besa en la muñeca. Entonces, sin soltarme, me coge entre sus brazos. Por un instante lo miro fijamente a los ojos. ¿Detecto una expresión divertida —o estudiada, incluso— en ellos?

—Lo que os he dicho antes iba en serio —dice, en voz baja—. No os haré ninguna proposición, lo juro. Pero no niego que, si hubieseis sido otra clase de mujer, os la habría hecho sin dudarlo.

—¿Y bien? —pregunta lady Arlington— ¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que... —No puedo contarle lo que ha dicho—. Nada. Lisonjas, palabras amables, nada más.

Lady Arlington sonrío.

—Y me imagino que le habréis dicho que se guarde las lisonjas para él.

No le contesto.

—Está bien. Estaba observando desde aquí. Os he visto juntos. Sabía que sucumbiríais a su encanto. La corona tiene algo que es capaz de vencer incluso los más tenaces escrúpulos, ¿verdad?

## Carlo

Tratad de servir los helados en pequeñas cantidades, porque, como en cualquier placer, el exceso acaba aburriendo el paladar.

*El libro de los helados*

—El juego ha empezado —dice lord Arlington con cierta satisfacción—. El rey está contento.

—¿La muchacha ha cumplido con su deber? —pregunta Walsingham.

Arlington sacude la cabeza.

—Todavía no, pero lo hará: es sólo una cuestión de tiempo.

—¿Necesitará más estímulos?

Fue Cassell quien habló.

Arlington sonrió.

—Ésa es justamente la cuestión; sabe que debe hacerlo, pero al mismo tiempo es reacia. Eso da al rey la impresión de que debe conquistarla, y es precisamente eso lo que despierta su interés. Cazar un conejo en un establo no resulta nada apasionante; es el ciervo que huye lo que hace excitante una cacería. —Arlington me miró—. Signor, pronto necesitaremos vuestros helados. Aseguraros de que estén listos.

—¿Tenéis la piña?

Asintió con la cabeza.

—Pronto la tendréis. Usadla con sentido común. Me ha costado muchísimo dinero.

—Conozco las órdenes —dije, secamente—. Haré lo que se espera de mí.

Y luego me iré, pensé. Y adiós a todos.

## *Louise*

Dos días después me mudo a mis aposentos. Vastas y suntuosas, las estancias resuenan cuando avanzo por el suelo taraceado. Sin embargo, me emociono al ver que Carlos ha intentado que me sienta como en casa: la librería que vi montar está repleta de libros en francés. Y —una idea muy considerada— no se trata simplemente de novelas, sino de obras sobre filosofía, dramas y tratados de matemáticas. En un rincón hay un clavicémbalo nuevo, con el facistol lleno de obras de Blancrocher y Chambonnières. A su lado, un escritorio sobre el que ya hay un montón de invitaciones.

Mientras las leo, la puerta de los aposentos se abre y entran dos muchachas jóvenes vestidas con suma elegancia. Al verme, inclinan la cabeza.

—Buenos días. —Hago un gesto, señalando las estancias vacías—. Si habéis venido a visitarme, me temo que es un poco pronto. Acabo de llegar.

La mayor de las dos, una muchacha rubia, parece desconcertada.

—No hemos venido a visitaros. Somos vuestras damas de compañía —dice, señalando a su compañera—. Ésta es la honorable Lucy Williamson, y yo soy lady Anne Berowne.

—¡Damas de compañía! —exclamo—. Disculpadme; sed bienvenidas. Lo que ocurre es que no esperaba tener damas de compañía. De hecho, pensaba justo lo contrario. Tomad asiento, os lo ruego.

Las dos son muy bonitas; seguramente son parte del plan de los Arlington. El rey tendrá incluso más deseos de visitarme si estoy rodeada de hermosos rostros.

Después de una hora, la conversación se hace forzada, en parte porque estamos hambrientas.

—Decidme —le pregunto a Lucy, que tiene la piel clara y el pelo rubio—, ¿qué hay que hacer aquí para poder comer algo?

La muchacha parece aún más confundida de lo que estaba lady Anne un poco antes.

—¿Vuestro cocinero no os sirve la comida?

—¿Mi cocinero?

—En la corte, todo el mundo tiene su cocinero.

—Bueno, creo que yo aún no lo tengo. Y no estoy del todo segura de lo que debo hacer al respecto.

—Quizás deberíais decirle a vuestro mayordomo que os procurara uno —sugiere lady Anne.

—Tal vez, pero tampoco tengo mayordomo. Ni siquiera un lacayo o una doncella. Y si los tuviera, tampoco tendría dinero para pagarles.

—¡Oh! —exclama Lucy, que se está revelando la menos inteligente de las dos—. ¿Significa eso que no vamos a comer?

Lanzo un suspiro.

—Tal vez el embajador francés pueda prestarnos algunos criados. Le escribiré. —  
Hago una pausa—. Supongo que necesitaré un lacayo para que le haga llegar mi  
mensaje, ¿verdad?

Las muchachas asienten con la cabeza.

—En Francia, las damas de la corte suelen saltarse a menudo la comida —digo,  
con convicción.

Puede que a la hora de cenar, pienso, haya encontrado una solución.

Sin embargo, mucho antes de la cena entra un criado de librea y le susurra algo a lady  
Anne, que se vuelve hacia mí.

—La reina está a punto de llegar.

—¿Ahora? ¿Aquí?

Ella asiente con la cabeza, con unos ojos como platos.

—¡*Mon Dieu!* —exclamo, en voz baja—. ¿Y lady Arlington?

—También se dirige hacia aquí.

—Mejor así, supongo. ¿Qué querrá la reina?

Lady Anne se encoge de hombros, confundida.

—Le gusta jugar a las cartas. Y querrá comer algo.

—¿Comer qué?

—La cena —responde, inconcreta.

Es evidente que la educación de lady Anne falla en cuestiones domésticas.

—¿Para cuántos comensales?

—Vendrá con sus damas de compañía. Puede que en total sean una docena. Y si  
viene a visitaros, puede que más.

Reflexiono unos instantes.

—Mandad un mensaje al signor Demirco, el pastelero. Ordenadle que prepare  
helado para veinte personas. Decidle que es urgente.

## Carlo

Si estáis apurados, podéis preparar un helado con ponche de huevo, crema pastelera o fruta, o con una mezcla de esos tres ingredientes.

*El libro de los helados*

—¡Veinte comensales! No puedo preparar veinte helados para la hora de cenar.

El hombre que me había transmitido el mensaje se encogió de hombros.

—Ésas son las órdenes.

Lancé un suspiro.

—Muy bien. Decid que haré lo que pueda. Y mandad una carroza a las seis.

No es posible preparar helados a toda prisa, aunque para el *granite* bastan unos pocos minutos si se tiene a mano sirope para verterlo encima. Y los cordiales también exigen poco tiempo si hay hielo para enfriarlos. E incluso los helados pueden prepararse con rapidez si se dispone de fruta en conserva con la que aromatizar la leche. En París habría podido atender la petición de Louise con sólo chasquear los dedos, y mis aprendices habrían reunido a tiempo todo lo necesario.

Pero aquí, en Londres, no tenía aprendices. Y no podía fiarme de nadie; podrían divulgar mis secretos.

—¿Por qué estáis gritando? —pregunta Elias.

—Estoy blasfemando en italiano —le dije—. Pero ahora empezaré a gritar órdenes en inglés. Ponte ese guante y pica todo el hielo que puedas.

—Si, *signor* —contestó él, entusiasmado.

—Así no, o de lo contrario estaremos aquí toda la noche —le dije, enseñándole cómo hacerlo—. Y necesito siropes. ¿Quién puede ir al mercado?

—Mary no tiene nada que hacer —dijo, poniéndose el guante para picar el hielo.

—Entonces dile a Mary que vaya a por naranjas. Y a por más azúcar.

—¿Qué ocurre?

Era Hannah, que había oído el alboroto.

—La reina viene a cenar con madame Carwell —le explica Elias.

—No tendréis tiempo de preparar tanto sirope de naranja —dice Hannah, haciéndose cargo de la situación—. Aunque mandéis a Mary al mercado a por naranjas, tendréis que exprimirlas y servir el zumo con hojas de menta y un poco de cardamomo.

En aquella época no conocía el refrán inglés que empieza diciendo «demasiados gallos», pero aquella sensación me resultaba familiar.

—No hay tiempo para discutir. Tengo que servir un helado a la reina...

—He preparado *posset* —me interrumpió—. Podéis utilizarlo.

Me detuve de repente.

—¿Cuánto?

—Un galón. Suficiente para veinte, si lo congeláis.

—Preparar helado no es tan sencillo.

Ella lanzó un suspiro.

—No estoy diciendo que lo sea. Pero creo que el *posset* se congelará perfectamente, igual que la crema pastelera. Consideradlo como un truco de cocinero.

Mientras tanto, Mary, Rose y el posadero, Titus, se habían unido a nosotros. Tenía que tomar una decisión cuanto antes.

—Muy bien —dije—. Congelaré el *posset*. Pero traedme también unas naranjas. Las exprimiremos. Y también unos limones... Prepararemos un sirope.

—No pagues más de seis peniques por las naranjas —le dijo Hannah a Mary—. Ve al puesto de Robin Marchmont y dile que vas de mi parte. Rose, dile a Peter que caliente el horno. Voy a buscar el *posset*.

El *posset*, debo explicarlo, es una especie de leche cuajada con vino y especias de la que los ingleses se sienten especialmente orgullosos. Solía servirse a menudo en las tabernas como bebida caliente y también como postre. El que había preparado Hannah estaba aromatizado con zumo de limón, vino dulce y nuez moscada, pero también con algo más que al principio no fui capaz de identificar.

—¿Qué es? —pregunté—. ¿Una hierba aromática?

Hannah asintió con la cabeza.

—Hinojo dulce. Sólo una pizca.

Solté la cuchara.

—Bueno, tendrá que valer. Elias, ¿qué tal te las arreglas con el hielo?

—He picado casi todo el bloque —me dijo, con las mejillas rojas a causa del esfuerzo.

—Necesitaremos casi el doble.

Cogí la espátula y dudé un instante. Tenía que llenar la *sabotière* con hielo y sal para congelar el *posset*. En esa fase, habría ordenado a todo el mundo que me dejara solo, pero aquel día no podía permitirme interrumpir lo que estaba haciendo.

Tratando de controlar la situación, coloqué los ingredientes en un rincón. Para confundir más a los posibles fisgones, empecé a hablar en latín mientras removía.

—*Dominus virtutum nobiscum* —añadí, recordando algunas palabras de un salmo católico.

Y así transcurrieron las dos horas siguientes, preparando el licor de naranja y espesando el sirope de limón para el *granite* mientras de vez en cuando echaba un vistazo a la *sabotière* para trabajar la mezcla del helado mientras se congelaba. Hannah sugirió que mandáramos también un poco de gelatina, y Rose salió a comprar mermelada de membrillo al puesto que la señora Lamb tenía en la esquina. Cuando llegó la carroza habíamos preparado un refrigerio más que aceptable. Sin embargo, las prisas no me impidieron probar el *posset* helado. Para mi sorpresa, tenía la

consistencia rica y mórbida que sólo había logrado en otras dos ocasiones: el día del funeral de madame y cuando congelé la crema de Hannah.

## *Louise*

—Ya están aquí —anuncia Anne, mirando por la ventana.

Me acerco a ella. La procesión que se acerca, atravesando la Stone Gallery, es extravagante. La reina es inconfundible: una mujer menuda, vestida con un elegante vestido español, y con ese porte erguido que sólo una princesa puede tener. Sus damas de compañía, sin embargo, son muy distintas. Lucen unos extraños sombreros altos, parecidos a los tocados de las monjas, y sus faldas llevan unos miriñaques que las hacen ondear de un lado a otro al andar.

—Que Dios nos asista —dice lady Arlington, detrás de mí—. Se ha traído a toda la flota portuguesa. Estoy ansiosa por ver la expresión de sus oscuros rostros cuando se den cuenta de que han usurpado su puesto.

No me cuesta creer que la reina se esté muriendo. Parece incluso más frágil que madame unos meses antes de su muerte. Las canas de su pelo sugieren que lleva años sufriendo.

La reverencia de lady Arlington es tan leve que se diría que inclina la cabeza para esquivar un objeto que le han arrojado.

—Alteza, permitidme que os presente a Louise de Keroualle. Creo que estuvo a punto de ser vuestra dama de compañía en vuestros aposentos —dice, poniendo énfasis en la palabra «vuestros»—. Sin embargo, el rey le ha encontrado otro puesto en la corte.

En el caso de que la reina haya captado la insinuación, no lo demuestra.

—El rey es muy generoso —me dice—. Recuerdo lo amable que fue cuando llegué a este país. Si deseaba cualquier cosa, bastaba con decírselo.

Aunque hable con voz quebrada, el significado de sus palabras está muy claro. *No intentes humillarme, o de lo contrario ordenaré que te echen.*

Se produce un silencio incómodo. Afortunadamente, llegan los helados.

—Ésta es la última moda en Francia, Alteza —digo, mientras Lucy los coloca encima de una mesa—. No hay por qué interrumpir la partida de cartas. Se pueden tomar sin levantarse, como refresco.

Su rostro se ilumina.

—Parece una idea excelente.

El juego, en cambio, presenta otro problema. Conozco su juego preferido, el *basset*, también muy popular en Francia, pero no tengo dinero para apostar.

—Yo os lo presto —susurra lady Arlington—. Después de todo, pronto dispondréis de él en abundancia. —En voz más alta, dice—: ¿Queréis que baraje, Alteza? Las reinas están todas juntas.

El *basset* no requiere una gran habilidad, sólo temple y suerte. Una carta ganadora paga la suma de dinero que se ha apostado sobre ella. Sin embargo, si en vez de quedarte con lo conseguido dejas la carta encima de la mesa y vuelves a ganar, la

suma de las ganancias se multiplica por siete, luego por quince y finalmente por treinta. Es posible ganar una fortuna, pero las posibilidades de conseguirla son cada vez menores. Al cabo de un cuarto de hora he perdido cincuenta guineas, que debo casi enteramente a lady Arlington.

—Os prestaré algo más —dice, de inmediato.

—No, gracias. Me quedaré mirando un rato.

Veo que lady Arlington, después de haberme retirado, está exultante cuando consigue *le quinze*, la apuesta inicial multiplicada por quince, para perderlo todo en la siguiente jugada. Eso me dice algo sobre ella: no sólo le gusta jugar, sino correr riesgos.

—Y vos, ¿no jugáis? —murmura una voz a mis espaldas.

Me doy la vuelta. Ha llegado el rey, sin hacerse notar y sin ceremonias. Los demás hacen la intención de ponerse de pie, pero él liquida las formalidades con un gesto de la mano.

—Os lo ruego, no interrumpáis la partida por mí. Me sentaré aquí a hablar con mademoiselle de Keroualle.

—Decidme ¿por qué no jugáis? —me pregunta, en voz baja—. No quisiera hacerme ilusiones y pensar que ha sido por la remota posibilidad de que viniera a visitaros.

—No me gustan los juegos de azar.

Levanta las cejas.

—Los complicados proyectos de mi hermana ya eran bastante arriesgados.

—Me refiero a la pasión por el riesgo. En diplomacia, se trata de reducir los riesgos al mínimo. En el *basset*, en cambio, es el objetivo del juego.

Asiente con la cabeza.

—Yo prefiero el *poque*. Exige cierto talento para disimular.

—En Francia el *poque* se conoce como el juego de los engaños —digo, en un tono malicioso.

—Me gustaría pensar que también tengo cierto talento para eso —dice, con un asomo de sonrisa en la mirada.

—Sire, estáis ahuyentado a mademoiselle de Keroualle de la mesa —dice lady Arlington—. Y debería jugar si quiere recuperar lo que ha perdido.

El rey me mira, inquisitivamente.

—Creo que quiere mantenerme alejado de vos —le digo, con un hilo de voz—. Según ella, cuanto más os impidan acercaros a mí, más ansioso estaréis por conseguir mi amistad.

—Entonces será mejor que vayáis con ella —murmura—. Pero mientras ellos juegan al *basset*, nosotros jugaremos al *poque*.

Cuando me dirijo hacia la mesa, me sigue.

—¿Cuánto dinero debe recuperar lady Arlington?

—Cincuenta guineas, sire.

—Ahí van cien. —Carlos deja una bolsa con dinero sobre el tapete—. Y si contrae más deudas, espero que yo pueda saldarlas.

A lady Arlington casi se le salen los ojos de las órbitas.

—Os deseo buenas noches, señora —dice Carlos, inclinándose frente a la reina—. Y a vos también, lady Arlington. Mademoiselle.

La última reverencia es para mí, como exige el protocolo, aunque es a mí a quien no quita el ojo, intercambiando una mirada de complicidad.

## Carlo

Para preparar un sorbete de piña: mezclar dos tazas de azúcar con dos tazas de suero de leche, o un poco más si la piña es ácida. Añadir una cucharada de menta picada y el zumo de un limón, y remover la mezcla mientras se congela. El proceso no es distinto del que se utiliza con otras frutas.

*El libro de los helados*

Al día siguiente, cuando fui a Whitehall para recoger las copas vacías, Louise estaba en sus aposentos. Parecía un poco incómoda en aquellas enormes estancias, como alguien ataviado con un vestido de baile demasiado grande.

No tenía ganas de hablar con ella, pero la saludé con una inclinación de cabeza.

—No seáis así —dijo, bruscamente.

—¿Así cómo?

—Carlo...

Esperé.

—Os agradezco sinceramente la ayuda que me prestasteis anoche —dijo—. De no haber sido por vuestros helados, me habría encontrado en un trance. En un trance más difícil aún, por así decirlo.

—¿Vos y la reina? No logro imaginar qué podría haber resultado embarazoso.

Ella se encoge de hombros.

—Ésa es la finalidad de los buenos modales, ¿no? Hacer que las situaciones embarazosas resulten soportables. Además, sospecho que ha debido pasar por cosas peores en este horrible país. —Guardó silencio un momento—. Hablo en serio, signor. A pesar nuestro, debemos colaborar en esta empresa, pero me alegro de que Luis haya enviado a alguien en quien sé que puedo confiar.

—Cumpliré con mi deber. Ni más ni menos. Y luego regresaremos a Francia y pondremos fin a nuestra asociación.

Parecía sorprendida.

—Vos regresaréis a Francia, queréis decir.

—¿Y vos? ¿Os quedaréis aquí?

Me lanzó una mirada penetrante, como si se preguntara por qué le había planteado aquella cuestión.

—Quizá. Ya veremos.

—Vuestro entusiasmo por la misión que os han encomendado es mayor de lo que había imaginado —dije, bruscamente.

—Es una oportunidad. Sería necia si no la aprovechara.

—Efectivamente. —Incliné de nuevo la cabeza—. Colaboradores a pesar nuestro, entonces.

Cuando cerré la puerta de sus aposentos detrás de mí vi una nota en el suelo. Alguien la había clavado con un cuchillo de fruta. Eran dos versos.

*Aquí una cama se ha dispuesto  
para una puta francesa y su soberano predilecto.*

Volví a entrar y le entregué la nota.

—Os han enviado un *billet-doux*.

Lo leyó y se puso pálida.

—¡Salvajes! ¿Cómo se atreven?

—Seguramente ha sido un hombre llamado Rochester. Creo que el rey tolera esta clase de comportamientos.

—Nos odian. Mejor dicho: me odian. Y me odiarán aún más cuando... —Sacudí la cabeza—. No importa. No significa nada. Si he podido sobrevivir en la corte de Francia, seguro que podré soportar esto.

—Y esto —dije, señalando la nota— es la clase de diversión que se supone que debemos suscitar aquí, ¿verdad? Sabremos que hemos tenido éxito cuando lord Rochester sea tan celebrado en Inglaterra como Moliere y Racine lo son en Francia.

Finalmente llegó mi piña, y por un tiempo conseguí alejar a Louise de Keroualle de mis pensamientos.

Aunque había hablado con gran soltura de las piñas con lord Arlington, nunca las había utilizado para preparar un helado. Incluso en la corte de Luis XIV eran demasiado valiosas para emplearlas con ese fin. Así pues, sentía curiosidad y cierta excitación ante la idea de tener una a mi disposición.

La piña llegó directamente de la plantación de lord Devon en una carroza tirada por cuatro caballos. La caja que la contenía fue cargada hasta el interior del Red Lion por dos lacayos de lord Devon, mientras un tercero montaba guardia con una pistola para evitar un posible robo. Un montón de curiosos se había reunido en el patio para ver cómo era transportada desde la carroza hasta la cocina.

—Será mejor que dispongáis una guardia —dijo Titus, inquieto—. Si la roban, no me hago responsable.

En la despensa, ya había ordenado a Hannah que limpiara bien la repisa de piedra que había a lo largo de la pared. Una vez depositada la caja, abrieron la cerradura. Algunos habían conseguido seguir su recorrido hasta la despensa, y ahora alzaban el cuello para ver qué contenía.

En su interior, sobre un cojín de raso rojo, yacía una exótica fruta: parecía una mezcla de corona real y de erizo. La piel formaba unas escamas regulares, como el caparazón de una tortuga, mientras que de la corona sobresalía un penacho de plumas espinosas. El perfume —que recordaba un poco a la fragancia de las fresas y a la frescura de las limas— emergió de la caja que la contenía, impregnando el aire que

me rodeaba. Al unísono, todos los curiosos lanzaron una gran exclamación de estupor.

—Y ahora debéis iros —dije, con voz firme—. Tengo que trabajar.

Cuando todos salvo Hannah y Elias hubieron abandonado la despensa, metí la mano en la caja y saqué la piña, usando las puntas de los dedos para evitar pincharme con los apéndices curvos, parecidos a una garra, que sobresalían de cada escama. La coloqué sobre la repisa y cogí un cuchillo de carnicero. Con cierta agitación —esto debe de ser lo que experimenta un cirujano, pensé, un momento antes de hacer una incisión a un paciente—, corté la parte de arriba, que dejó al descubierto la pulpa clara y olorosa. Con sumo cuidado, aparté la corona. Luego corté la fruta en dos mitades, a lo largo, antes de coger un cuchillo más pequeño para eliminar las escamas de la piel y el corazón, duro y leñoso. Aunque ejecuté esta última operación sobre un cuenco, algunas gotas de zumo de incalculable valor se derramaron en mis dedos.

—Esta fruta —dijo Hannah, de improviso— cuesta más de lo que ganaré en toda mi vida.

—¿Y qué?

—Nada puede valer tanto.

Me encogí de hombros.

—Vale lo que alguien esté dispuesto a pagar.

—Pero tampoco es especialmente deliciosa.

—¿Cómo lo sabes? —repliqué bruscamente, preguntándome por un momento si la habría probado mientras no la estaba mirando.

—Por su olor. Parece tan ácido como el de un limón. ¿No lo notáis?

Era verdad: me picaba la nariz a causa de la acidez de la fruta. Levanté una mano y me lamí un dedo, del que goteaba el zumo. Era muy ácido, casi amargo. Habría que añadir mucho azúcar para conseguir un sabor agradable.

—Creo —continuó Hannah— que las piñas son como el oro o como las piedras preciosas: si son valiosas es porque no abundan mucho.

—No es sólo por eso. —Dudé un instante—. La piña está considerada un afrodisíaco: aviva la pasión amorosa.

Para mi sorpresa, se echó a reír a carcajadas.

—¿Qué te parece tan divertido?

—Pues que ese efecto nunca se atribuya a ninguna hierba o fruta común. Si una simple mora o una manzana inglesa tuviese la suerte de tener un aspecto tan extraño y ser poco abundante, puede que también costaran una fortuna y serían consideradas como una fuente de potencia sexual.

—Nadie sería tan necio para pagar una fortuna por una mora —dije. Ahora, la piña, cortada en ocho partes, estaba en el cuenco, con el zumo. La dividí en dos y le tendí una a Hannah—. Córtala tan fina como puedas.

Ella asintió con la cabeza y empezó a desmenuzar la piña, reduciéndola a trocitos no más grandes que una migaja de pan. Tuve que reconocer que sus cuchillos estaban

bien afilados y que sabía usarlos con rapidez.

—La gente —*los hombres*, mejor dicho— valora lo que no pueden tener —dijo, mirándome por el rabillo del ojo—. Y supongo que eso, para vos, es una ventaja.

—¿A qué te refieres?

—Pues que vuestros helados son costosos por la misma razón.

—Mis helados son apreciados por su excelencia —repliqué—. Y ya basta de cháchara, mujer. Tenemos que cortar la fruta muy fina y tamizarla.

—Puedo hablar y cortar al mismo tiempo.

Lancé un suspiro.

—Es posible, pero yo no. Esta fruta es, como has dicho muy bien, más valiosa que el oro, y me gustaría dedicarle la atención que se merece.

Cuando terminamos de tamizar la fruta y dispuse de un cuenco de pulpa finísima y zumo, pensé en cuál debería ser el siguiente paso.

Había pensado preparar un simple *sorbetto*, pero la acidez de la fruta me convenció de que debía preparar un postre más elaborado. Así pues, mandé a Hannah a por suero de leche, el líquido espeso y cremoso que queda después de preparar la mantequilla. Mientras tanto, reuní el resto de ingredientes: hojas de menta picadas y un poco de zumo de lima como base del sabor del sorbete.

Cuando Hannah volvió, mezclé la misma cantidad de suero de leche y azúcar y los añadí a la piña y a los demás ingredientes. Luego vertí la mezcla en la *sabotière* —después de haberle ordenado a Hannah que abandonara la despensa— y la removí cada media hora, primero con un palo y después, a medida que iba adquiriendo densidad, parecida a la de la nieve, con un tenedor, para romper los cristales.

Un proceso simple y rápido. Probé la mezcla; sólo una pizca, porque en total apenas había para tres copas. Tenía un sabor dulce y delicado, como un pálido rayo de sol, y su acidez se había compensado con el azúcar y la contundencia del suero de leche. El sorbete era exquisito, aunque no habría sabido decir si era mejor o peor que el de mora o el de manzana.

## *Louise*

Ahora viene a visitarme todos los días. Si está presente alguien más —el embajador, lord Arlington o uno de los muchos exiliados franceses que parecen dar por sentado que mis aposentos son sus salones—, lo despide con brusquedad.

Y entonces...

Lo único que hacemos es hablar. Palabras y lágrimas.

Dicho de otro modo: él me habla de su hermana. Sin embargo, también comentamos el Gran Asunto, el proyecto de una Europa unida, una suerte de segundo Sacro Imperio Romano, que se extendería desde Irlanda hasta Rusia. Un continente que permanece unido bajo una única fe. Un lugar sin guerras y casi sin fronteras.

Y, al final, acabamos hablando de Luis. De cómo ha conseguido imponer su autoridad en el que, en otros tiempos, era el reino más dividido y pendenciero de toda Europa. De cómo, poco a poco, ha conseguido recuperar las partes de tierra que estaban en manos de gobiernos extranjeros. De cómo, incluso ahora, está intentando ampliar sus fronteras hacia Holanda, Alsacia y los Pirineos.

Es evidente que Carlos siente fascinación por su primo francés..., fascinación y un poco de envidia.

*L'état c'est moi.*

Le hablo de la gloria del arte francés, de los músicos, filósofos y poetas que contribuyen al lustre de la corte de Versalles.

—Yo también tengo mis poetas —dice, un poco a la defensiva—. Y también mis pintores y mis sabios.

—Por supuesto —digo, para tranquilizarlo.

—¿Y bien? ¿Ya os ha hecho el amor? —pregunta lady Arlington, con una sonrisa.

—¡Elizabeth! ¡Vaya pregunta!

—¿Debo tomarlo como un sí?

No le contesto.

—¡Ah, los franceses! ¡Siempre encogiéndose de hombros! —Luego, en voz más baja, añade—: ¡Os felicito!

¿Por qué no le digo la verdad? Después de todo, nunca se ha reído de mis escrúpulos, aunque me ha dejado claro que le parecen irrelevantes. Sin embargo, intuyo que sobre este particular puede ser muy insistente.

Tan insistente como él.

Está dejando muy claro que su interés, diga lo que diga, no se centra tan sólo en Minette. El dolor ha dado paso a algo más. Ahora, cuando me mira, no lo hace siempre con los castos ojos de un hermano.

Y aún así mantiene su palabra. No me hace ninguna proposición que pueda avergonzarme. Todo queda entre líneas: las miradas, la intensidad de sus ojos, las repentinas sonrisas. Los silencios.

¿Es esto lo que quiero? ¿Qué fuerza estoy desencadenando? ¿Es un monstruo que seré capaz de domar o que me destruirá?

—Sire, tengo un helado para vos.

Le tiendo la copa. Minúscula y espléndida, ha sido creada ex profeso para la ocasión: una piña de oro y de cristal coloreado, del tamaño de una huevera, que representa los ojos de la piña, con los bordes decorados con hojas doradas.

—¿Es...?

Asiento con la cabeza.

—Piña, sí. Era el favorito de vuestra hermana.

Coge la diminuta copa, sumergiendo en ella una cucharilla muy pequeña, como las que se usan para servir la sal. Se la lleva a los labios.

Un momento después asiente con la cabeza, satisfecho.

—Extraordinario —susurra.

Llena otra cucharada y me la tiende. Hago la intención de cogerla, pero él no la suelta, y entrelazo mis dedos con los suyos.

Siento sus ojos fijos en mí, oscuros e impenetrables.

Guía nuestras manos hacia mi boca. Lamo los cristales helados de la cucharilla. Tienen un sabor dulce que recuerda al limón, un sabor indefinible.

—Maravilloso —digo.

Introduce de nuevo la cuchara en la copa. Esta vez soy yo quien guía nuestras manos hacia su boca. Él, obediente, la abre y la vuelve a cerrar.

Nos turnamos: una cucharada para él y una para mí, moviendo las manos a la vez. Cuando ya no queda nada, dice:

—Hasta ahora no he comprendido qué tiene de especial.

Está observando mi boca. Noto la garganta seca: quiero tragar, tomar aliento. Veo sus labios entreabriéndose y luego ladea un poco la cabeza y se acerca, de un modo imperceptible.

—¿De qué estábamos hablando? —digo de repente, poniéndome de pie—. Iba a buscar ese libro de poemas, ¿verdad?

*Irreprochable.*

Una tarde me pide que me siente a su lado en la corte, en la sala de audiencias. Me siento incómoda: parece un lugar demasiado público, demasiado expuesto, pero ése es justamente el motivo por el que estoy aquí, para convencerlo de retomar la vida pública, por lo que no puedo negarme. Así pues, me siento a su lado, exhibiéndome como una reina, mientras los ministros y los demandantes hacen sus peticiones. Los que padecen hidropesía o calentura le piden incluso que les toque para curar su enfermedad. Como representante de Dios en la tierra, tiene alguno de sus poderes. Recibe a toda esta gente con paciente cortesía, aunque por encima de sus cabezas busca mi mirada y arruga la nariz.

Uno de los demandantes trata de sobornarlo, pero no con una presente, como una caja de rapé o un broche con piedras preciosas, sino con dinero. Los cortesanos que nos rodean murmuran desaprobación.

Carlos bromea sobre el asunto.

—Ofrecédsele a otro —dice—. Ofrecédsele a... —Mira a su alrededor—. A Louise. Siempre pierde cuando juega al *basset*.

El demandante sigue su mirada y me entrega la bolsa.

—No puedo aceptarla —digo, con firmeza.

—Os lo ruego, madame —me implora el hombre, consciente de que ha cometido un terrible error.

—Antes preferiría perder la cabeza que mancillar mi honor —le digo.

—Bravo —murmura lord Arlington—. Bien dicho, Louise.

Y provoca un breve aplauso entre los presentes.

En un rincón de la sala veo a una mujer que me observa. Bajita, pelirroja y bonita, aunque vestida de un modo excéntrico: lleva un vestido tan ordinario que parece el de una muñeca. Es tan pequeña que por un momento creo que se trata de una niña que ha venido a la corte para ver a los adultos. Me mira fijamente, casi como si me estuviera estudiando. Hace una mueca y luego vuelve la cabeza, entornando los ojos. Me mira a mí y luego a Carlos, y luego vuelve a posar sus ojos sobre mí, desconcertada, como si estuviese tratando de entender lo que está ocurriendo. Luego veo que sus labios se mueven, como si estuviera murmurando algo para sí misma.

Decido que más tarde le preguntaré a Carlos quién es, pero lo olvido por completo.

## Carlo

Los arrayanes ingleses proporcionan muchos ingredientes útiles para preparar helados.

*El libro de los helados*

El rey, por fin, empezó a comer helados. Pero sólo con Louise. Todos los días mandaba uno distinto a sus aposentos. Ciruela damascena, escaramujo, pera, mora y las enormes y dulces avellanas de Kent. Evidentemente, las avellanas presentaban una especial dificultad: había que picarlas muy finas y luego tostarlas. Aspiraba a combinar el crujiente del fruto seco con la cremosidad que había conseguido con el helado de pera, pero aunque había intentado en muchas ocasiones obtener aquella consistencia mórbida, daba la impresión que sólo lo lograba por casualidad. Llegué a pensar que tal vez tuviera algo que ver con los huevos, teniendo en cuenta que la *crème anglaise*, el *posset* y la crema de Hannah llevaban claras o yemas de huevo, pero cuando trataba de añadirle huevo batido a mi sirope, sólo conseguía hacer una tortilla de fruta.

Ahora tenía bastante trabajo para requerir a diario la ayuda de Elias. Aunque sólo era un muchacho, no era más joven de lo que yo era cuando empecé a trabajar con Ahmad, y en cuanto a mis secretos, cuanto más joven fuera mejor, porque lo más probable era que no entendiera lo bastante bien el proceso como para explicárselo a alguien. En realidad, se reveló como un voluntarioso pupilo, dispuesto a picar hielo durante horas, y aunque le gustaba preguntar, yo intentaba no contarle demasiadas cosas.

Sin embargo, no me complació en absoluto cuando entré en la despensa y lo pillé metiendo los dedos en el último cuenco de sorbete de piña.

—¿Qué estás haciendo? —le grité, incrédulo.

Él dio un salto hacia atrás, rojo como un pimiento.

—Te dije que nunca probaras los helados —le recordé, furioso.

Él bajó la cabeza.

—Lo siento, señor. Ha sido simple curiosidad.

—Has metido tus sucios dedos en un postre que estaba destinado al rey —le dije—. En cierto modo, podría considerarse una traición. Y, además, has desobedecido a tu señor, y sobre eso no cabe ninguna duda. Ahora te voy a dar una zurra, y da gracias que sea yo quien lo haga y no un guardia.

Cogí una cuchara de madera y empecé a golpearle. Él gritó. Levanté la cuchara para seguir golpeándole, pero alguien, a mis espaldas, la agarró. Me di la vuelta. Era Hannah, que me miraba, furibunda.

—¿Qué estás haciendo? —le dije, tratando de quitarle la cuchara de la mano.

Sin embargo, la agarraba con sorprendente firmeza, y no fui capaz de arrebátarsela.

—Debería ser yo quien os lo preguntara —dijo, con voz tranquila.

—¿Acaso no lo ves? Le estoy dando una zurra porque es un ladrón.

—Sea lo que sea lo que haya hecho, le estáis golpeando demasiado fuerte.

—Soy su señor, y lo golpearé todo lo fuerte que quiera —repliqué.

—Y yo soy su madre y no os lo permitiré.

—¿Su madre?

Estaba tan sorprendido que sujeté la cuchara con menos fuerza; ella, en cambio, la agarraba igual que antes, hasta que acabó en su poder. Nadie me había dicho que Hannah era la madre de Elias.

—Sí. —Hannah soltó la cuchara—. ¿Por qué os sorprende tanto?

—Pero, entonces..., ¿quién es su padre?

Ella dudó.

—Elias no tiene padre.

—Lo que quieres decir es que no sabes quién es —murmuré.

—Eso es exactamente lo que quiero decir —respondió, con expresión desafiante—. No sé quién es. ¿Y qué?

Me pasé una mano por la frente.

—¿Y qué? Cuento con la protección real, y ahora me entero de que he dado trabajo al hijo bastardo de una puta. En Francia o en Italia, esto bastaría para echarme de la corte.

Por un instante, sus ojos brillaron de rabia.

—Entonces, las cortes de Francia y de Italia deben ser muy distintas de la nuestra —dijo. Volviéndose hacia Elias, añadió—: ¿Es verdad? ¿Has robado?

—Sí —contestó él, con un hilo de voz—. He probado el helado. El de piña.

Flannah lanzó un suspiro.

—Me has decepcionado. En primer lugar, porque has cogido algo que no era tuyo, y en segundo lugar, por haber creído todas esas tonterías sobre los helados y las piñas. No te he criado para que seas tan estúpido.

—Lo siento —repuso Elias, con el labio tembloroso.

—Como castigo, trabajarás una semana entera sin recibir tu paga. Pero si te vuelve a pegar, me lo dices y dejarás de trabajar para él.

Me quedé tan atónito por aquella inaudita intromisión en la relación entre un patrón y su ayudante que no supe cómo reaccionar. Cuando por fin me recuperé de la sorpresa, Hannah ya se había ido.

—Lo siento, señor —dijo Elias, con voz quebrada.

Mi cólera ya se había aplacado y su expresión de perro apaleado casi me hizo sonreír.

—¿Has aprendido la lección? —dije, con mi tono de voz más severo.

—Sí.

—¿Volverás a comerte los helados del rey?

Elias sacudió la cabeza.

—Y, ahora que ya lo has probado, ¿qué te parece? —le pregunté, por curiosidad.

Esperaba que hiciera una mueca y me dijera que, después de todo, no era gran cosa; pero, para mi sorpresa, su rostro se iluminó.

—¡Oh, era delicioso! —exclamó.

Arqueé las cejas.

—Pues no te acostumbres. Puede que pase mucho tiempo hasta que vuelvas a probar otro.

—¿Por qué parecéis tan abatido? —me preguntó Cassell.

El soldado solía venir a verme una vez a la semana para entregarme el correo o para que le informara sobre lo que ocurría en la corte. Sin embargo, aquel día me pilló de pésimo humor.

—Siempre he sufrido de melancolía —le dije—. Sobre todo en esta época del año.

—Los italianos sois unos lunáticos. Deberíais montar a caballo o practicar esgrima. —De repente, su rostro se iluminó—. ¡Ya lo tengo! Os llevaré al teatro. Vamos, insisto.

Sin saber cómo, me encontré a bordo de una barca con él, rumbo a Charing Cross, y luego andando por Drury Lane, hacia el King's Theatre.

Era la más importante de las dos compañías teatrales de Londres, me explicó mientras esperábamos para ocupar nuestros asientos. La otra era el Duke, cuyo mecenas era el hermano del rey, el duque de York. Era la primera vez que visitaba uno de esos lugares. Para mi sorpresa, vi que los hombres y las mujeres se sentaban juntos en la platea, mientras que en las primeras filas algunas espectadoras llevaban máscaras. Aquello, me contó Cassell, significaba que estaban allí para exhibirse, y que no se negarían a ser toqueteadas. Mientras tanto, algunas muchachas iban de un lado a otro con cestos de naranjas: el perfume que despedían cuando las pelaban, mezclado con el de las velas de cera que iluminaban el escenario, mitigaban, afortunadamente, el hedor que despedía la muchedumbre allí reunida.

Antes de que empezara la obra, dos trompeteros anunciaron la llegada del rey, y el público se puso en pie en señal de respeto cuando el soberano y su séquito tomaron asiento en un palco situado junto al escenario. Una vez más me sorprendió la falta de formalidad con respecto a Francia o Italia. Louise se sentó al lado del rey. Llevaba un sombrero francés de los que estaban en boga, es decir, muy grande. Al verla, la gente empezó a murmurar.

Aquel día, el principal papel femenino lo interpretaba una actriz que figuraba en los volantes como Mrs. Eleanor Gwynne, aunque, según me dijo Cassell, no estaba casada, y el público —que estaba claro que la adoraba, porque la aclamaron durante la función— la llamaba «Nellie» o «Miss Nell». El espectáculo constaba de dos

partes. Primero se representó una obra seria sobre el martirio de Santa Catalina; me pareció bastante interesante, aunque el público parecía algo inquieto, porque lanzó pieles de naranja a los actores menos notables, aunque nunca a Nellie. Sólo aplaudieron cuando, al final, Nellie yacía muerta en el escenario. Cuando el portador del féretro se acercó para llevársela, ella se puso en pie de repente y le detuvo.

*¡Quieto! ¿Estás loco? ¡Maldito y estúpido perro!  
Antes de recitar el epílogo debo resucitar.*

De pronto, todo el teatro estalló en risas y vítores, que sólo cesaron cuando Nellie levantó la mano. Luego se oyeron algunas expresiones lascivas, hasta que la actriz se encaminó hacia un lado del escenario para dirigirse al rey.

*Adiós, mi señor, pero daos prisa en volver:  
Estoy segura de que tardaré en disfrutar de vuestra compañía.  
En cuanto a mi epitafio, cuando muera,  
no confío en ningún poeta, yo misma lo escribiré:  
Aquí yace Nelly, que aunque en vida fue una pazpuerca,  
murió como una princesa, interpretando a santa Catalina.*

Acto seguido empezó a bailar, levantándose las faldas y dando vueltas para levantarlas aún más, una exhibición que el público alentó con silbidos y aplausos. Era una mujer bajita y hermosa, con unas piernas bien torneadas y un rostro expresivo y exuberante. Sin embargo, a mí no me gustó.

La segunda obra era *La conquista de Granada*. En esta ocasión, Mrs. Gwynne hizo su entrada en escena con un estrafalario vestido, un sombrero del tamaño de la rueda de una carroza, una enorme peluca que le cubría la espalda y unas botas muy grandes. El público se echó a reír a mandíbula batiente.

—¿Por qué se ríen? —le pregunté a Cassell.

Él también se reía, pero se limitó a sacudir la cabeza.

Sin quitarse aquel enorme sombrero, la actriz se inclinó sobre un actor que lucía una corona de cartón en la cabeza y que hurgaba en un cofre lleno de joyas. Acto seguido, la actriz empezó a hablar. Tenía una voz distinta de la otra función: empleaba un tono de duda, pronunciado las palabras muy despacio. Sin embargo, su forma de hablar me resultaba familiar.

De pronto, comprendí lo que estaba ocurriendo. Aquel enorme sombrero era una broma de la moda francesa, y el acento de la actriz trataba de imitar el de Louise. En realidad, era Louise: con una precisión desconcertante, la actriz se había transformado en la muchacha francesa. En un momento dado cruzó el escenario, imitando, a pesar de su baja estatura, la figura más alta y ágil de Louise. La forma

característica de andar de mademoiselle de Keroualle se exageraba cómicamente, convertida en una parodia de Louise, una mujer manipuladora y vanidosa que se contoneaba con coquetería.

—¡Yo no mala! —balbuceó Mrs. Gwynne, apartando al actor—. ¡Si pensarr serr así de mala, yo corrrtarme la cabeza!

—¡Madame Cartwheel! ¿Acaso no comprendéis que os amo? —le imploraba el hombre, poniéndose de rodillas y guiñándole un ojo al público, que se estaba riendo a carcajadas.

Incluso las vendedoras de naranjas se reían a gusto, dejando caer las frutas de sus cestas.

—¡Oh, Majestad! Yo no os puedo amarr. Soy una grrran dama de Frrrancia.

El hombre le ofreció algunas joyas del cofre.

—Bueno... Tal vez pueda amarros un poco —dijo ella, metiéndose las joyas en el pecho.

El público estaba muerto de risa.

Levanté la vista para observar al rey. Se reía a carcajadas. A su lado, en el palco real, Louise mostraba un rostro inexpresivo.

—Ya tengo bastante —le dije a Cassell, bruscamente.

Se había llevado una mano al costado, como si le doliese.

—No, esperad —dijo, jadeando—. Pronto empezará la comedia.

—Ya he visto bastantes idioteces por hoy.

Furioso, me abrí paso entre aquellos estúpidos ingleses. A regañadientes, Cassell me siguió.

—Queríais que viera eso —dije, cuando por fin salimos a Drury Lane.

Él asintió con la cabeza, sin remordimiento alguno.

—¿Por qué?

—Venid, busquemos una taberna.

Se dirigió hacia el Strand y me coloqué a su lado.

—Una cosa es seducir al rey —me dijo, con voz tranquila—. Y otra acapararlo. Como acabáis de ver, no son pocas las mujeres que se lo disputan.

—¿Nell Gwynne?

—Entre otras. La duquesa de Cleveland se ganó sus títulos nobiliarios en su lecho, y podría añadir otras a su colección. Molí Davies, la actriz, tiene una bonita casa en Pall Mall. Y Peggy Clift disfruta de un vitalicio de ochocientas guineas al año. Y éstas son sólo las que ya ha conquistado. Hay muchas mujeres jóvenes en la corte deseosas de ocupar el puesto de la madam Carwell. —Se dirigió hacia una taberna con vistas al río—. Y no bastará con la mera aquiescencia. Tendrá que recurrir a todas sus sucias artimañas francesas si quiere...

No pudo terminar la frase. Le di un puñetazo en la cara. Sentí los nudillos golpeándole los dientes. Acto seguido, yo estaba en el suelo, con el cuchillo de Cassell en la garganta: la hoja era tan firme como aquellos ojos que me miraban

fijamente.

—Cuidado, signor —susurró—. Me caéis bien, pero no toleraré que nadie me insulte así.

—Y yo tampoco —reliqué, sin apartar la mirada.

Al cabo de un momento retiró el cuchillo.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó, incrédulo—. Vos también estáis enamorado de ella.

Me puse de pie.

—No seáis ridículo. Simplemente no soporto que me tratéis como si fuera su alcahuete. Si queréis hablar con ella sobre lo que debe o no debe hacer, ocupaos vos mismo.

Me sacudió con la mano el polvo de la espalda, como si nunca hubiéramos tenido una pelea.

—Por supuesto —dijo—. Si os he ofendido sin quererlo, signor, os ruego que aceptéis mis disculpas.

Su tono era cortés, aunque detecté en sus ojos una expresión pensativa.

## *Louise*

Aquel ataque tan directo me deja casi sin aliento. Estoy acostumbrada a los maliciosos *bon mots*, a los comentarios mordaces, a los apartes sonrientes pero malévolos de Versalles, pero la cruda barbarie de Nell Gwynne es algo completamente distinto. Hago lo posible por no gritar durante la función.

Luego, todos la aplauden. Puedo perdonar las risas —cualquiera puede reírse y luego arrepentirse de haberlo hecho—, pero ¿aplaudir?

Tengo las manos cruzadas sobre mi regazo. Carlos se da cuenta y se vuelve hacia mí.

—Al principio pueden parecer unos salvajes —dice, con aire de disculpa—, pero sólo es su forma de daros la bienvenida.

—Pero ¿por qué me odia tanto esa mujer?

Carlos mira hacia el escenario, donde Eleanor Gwynne está ejecutando otra danza mientras el público sigue el ritmo de la música con palmas.

—No os odia. Es sólo el modo de divertirse de Nelly. Os ruego que no os lo toméis en serio, Louise. A Nelly le encanta gastar bromas.

## Carlo

Para una gran ocasión, no hay nada mejor que un helado.

*El libro de los helados*

—Es un ataque contra todos nosotros —dice Arlington— Nell es la criatura de Buckingham. Él no ha olvidado que se ha comportado como un estúpido en lo referente al tratado. Estaba esperando su oportunidad.

—Es, sobre todo, un ataque contra Francia —responde Colbert. El embajador francés, un hombre bajito, se había unido a nosotros en aquella ocasión—. No podemos permitirnos pasarlo por alto.

—No debemos hacer nada —dijo Walsingham—. Puede que la sátira de Nell le haya hecho gracia al rey, pero el único efecto que ha tenido es lanzarlo aún más en brazos de madam Carwell. Carlos no ha visitado a Nell desde la muerte de su hermana. Ni a ninguna de sus favoritas, a decir verdad. La duquesa de Cleveland ha tenido que aplacar sus apetitos carnales con un acróbata.

Nadie le preguntó cómo se había enterado. Las informaciones de Walsingham tenían fama de ser fidedignas siempre.

—Puede que vos podáis pasarlo por alto —admitió Colbert—, pero yo no. La reputación de Francia está en juego.

—¿Y qué pensáis hacer? —preguntó Arlington, en tono irónico—. ¿Vengaros con una comedia sobre el asedio de Orleans?

—Un baile —respondió el embajador, con voz firme—. Organizaré un baile. Después de todo, es justo celebrar que Su Majestad se haya recuperado. Y será una ocasión para enseñar a vuestros compatriotas cómo se hacen esta clase de cosas. No repararemos en gastos. —Me miró fijamente a los ojos—. Serviremos helados, signor. Helados para ochocientos invitados. Tendremos que recordar a todos de dónde provienen los placeres del rey.

No era una petición.

En realidad, aunque el embajador me hubiera dejado elección, habría cogido al vuelo la oportunidad que suponía el baile. Aquí, en Inglaterra, me estaba volviendo loco, enjaulado en esta pequeña corte, en este pequeño país, preparando helados para un círculo de gente tan reducido.

El embajador no era el único que quería enseñarles cómo se hacían las cosas en Versalles.

Poco a poco, el proyecto fue tomando forma. Nos adueñaríamos del parque de St James y lo transformaríamos en una réplica de los jardines del placer de Versalles. Levantaríamos un enorme palacio de tela y papel maché, que estaría en pie una sola

noche, como en los *divertissements* de Luis XIV. Una orquesta de músicos franceses, traída para la ocasión. Y todos los invitados de la nobleza llevarían máscaras, como en carnaval.

Los helados también serían particularmente refinados. Colbert serviría el vino de Champaña *pétillant blanc*, el símbolo de la cooperación anglo-francesa: el vino francés, en unas botellas especialmente resistentes, inventadas por un miembro de la misma Royal Society a la que pertenecía el honorable Robert Boyle.

Y yo..., yo serviría sorbetes de champán.

El uso del alcohol, lo sabía muy bien, complicaba la elaboración de los helados. El vino es un ingrediente difícil, y el vino espumoso más aún. Sin embargo, empezaba a tener la suficiente confianza en mis habilidades como para intentarlo.

Evidentemente, no sería el único helado del menú. Después de pensarlo mucho, decidí preparar un sorbete de granada con salsa de champán; una gelatina de manzana y crisantemo y un *granite* de con leche aromatizada con hinojo. Las cocinas del embajador se ocuparían del plato principal, una serie de carnes francesas, pero los postres serían cosa mía: una selección de sorbetes entre los cuales, ¡por fin!, haría su primera aparición pública mi helado de pera y *crème anglaise*, esa noble alianza, servida en una doble corona crujiente con *brandy* para simbolizar la feliz unión de los dos reyes.

## *Louise*

El embajador francés quiere saber si el rey asistirá al baile.

—No lo sé —le digo—. Él aún está de luto por la muerte de su hermana.

—Naturalmente —murmura el embajador—. La muerte de esa dama fue una auténtica tragedia..., y aun así no lo lamento, porque fue eso lo que os ha traído aquí. Es una suerte para Francia que el rey haya hallado consuelo en la compañía de una compatriota nuestra.

Siempre habla así, en un tono ampuloso, exagerado y arrogante. Lanza insinuaciones y espera que yo lo contradiga; si no lo hago, piensa que he confirmado sus hipótesis, cuando lo cierto es que, simplemente, no son asunto suyo.

—He ordenado que preparen helados —añade, un momento después—. Helados, con la esperanza de que el rey nos honre con su presencia.

—Sí. Esperemos que así sea.

Y, efectivamente, dos días antes del baile llegan tres paquetes, entregados por criados de librea. Los acompaña una nota.

### *Basta de duelo. CR.*

Carolus Rex. El rey Carlos. Una orden real.

Dentro del primer paquete hay una máscara con unos minúsculos diamantes rojos. En el segundo, un vestido: unos calzones de bandolero, una camisa corta como la de un conquistador, un sombrero de tres picos, todo ello confeccionado con seda brillante y cosido con hilos de plata. El último paquete contiene unas botas, un cinturón y una pistola de plata.

Me recojo el pelo en una masculina cola y me pinto los labios del mismo color rojo oscuro que la máscara.

## Carlo

Para preparar un sorbete de champán: mezclar cuatro copas de champán, una de agua y una de azúcar en una marmita y hervir con la piel de un limón hasta que el azúcar se haya disuelto. Dejar enfriar y añadir el zumo del limón. Mientras se congela, remover el sorbete con un tenedor.

Para preparar la gelatina de crisantemo y manzana: hervir a fuego lento cinco o seis manzanas verdes y una docena de flores de crisantemo en una marmita y colar. Cuando el líquido se haya enfriado, añadir una taza de sirope de azúcar y una pizca de resina. Verter en copas y dejar enfriar sin congelar.

*El libro de los helados*

Preocupado, como de costumbre, por guardar mis secretos, sólo dejaba que me ayudara el personal del Red Lion. Había mucho que hacer, y me dediqué a ello con entusiasmo, contento, por una vez, de pensar en algo que no fuera la política. Trabajamos duro durante dos semanas y, una vez terminados, conservamos los sorbetes en hielo.

Retrasé cuanto pude mi llegada al baile: sabía que, al final de la velada, el calor sería insoportable, y quería que mis helados estuvieran fríos el mayor tiempo posible. Por eso no me sorprendió ver que había mucha gente en el parque. Lo que sí me sorprendió, en cambio, fue descubrir que la muchedumbre no estaba allí para disfrutar del espectáculo, sino para demostrar su hostilidad.

—¿Por qué gritan así? —pregunté.

Hannah, montada en la parte trasera de la carroza que transportaba los baúles de los helados, respondió, con voz tranquila:

—Crean que Francia quiere convencernos de luchar contra los holandeses para, una vez flaqueen nuestras fuerzas, volverse contra nosotros.

«¡Ni guerra ni papa!», gritaba la multitud, y también «¡Mandadlos a casa!» y «¡Fuera los católicos!». Cuando intentamos entrar en el parque, empujaron la carroza, e hice todo lo posible por proteger los helados.

—¿Es que los soldados no son capaces de mantener el orden? —grité, exasperado.

Un hombre depositó un panfleto en mi mano.

—¡Mirad los dibujos, leed los versos! ¡Grabados con las escandalosas seducciones de madame Carwell! ¡Contemplad cómo se divierte el viejo Rowley!

Lo aparté con un pie y el hombre acabó tirado en el fango.

Bajo la carpa, en cambio, todo era decoro y elegancia. En todos los rincones había lacayos con peluca, listos para servir mis sorbetes de champán en bandejas de plata. Sonaba música francesa y se oían conversaciones en francés mientras se ejecutaban

las danzas lentas y solemnes de Versalles. Vi cómo las luces de cuatro enormes candelabros iluminaban las copas de cristal, haciendo brillar los sorbetes como si fueran diamantes. Incluso las botellas de champán se enfriaban en urnas esculpidas con resplandecientes bloques de hielo.

Estaba muy ocupado: estaban llegando ya los primeros invitados mientras yo repartía los baúles con los helados, uno para cada pareja de lacayos.

—Mantened fríos los helados todo el tiempo que podáis —les ordené—. Cuando no quede ninguno en vuestra bandeja, volved a llenarla con los sorbetes que hay en el baúl, pero cerrad la tapa de inmediato o lo único que quedará en su interior será una sopa fría.

Me miraron, sin comprender lo que les decía: nunca habían oído hablar de helados, y tuve que explicarles pacientemente más de una vez por qué las bebidas que iban a servir debían estar muy frías, y porqué calentarlas no era una buena idea. Tras afinar los instrumentos, la orquesta empezó a tocar: los trompeteros anunciaron la llegada de los primeros invitados. El embajador cogió una bandeja de sorbetes y se colocó junto a la entrada para saludar a los invitados y darles a probar aquella novedad procedente de Francia.

Yo seguía estando ocupado: iba de un lado a otro, tratando de hacerles comprender a los lacayos que, una vez disuelto, el sorbete podía tirarse. Algunos vaciaban sus bandejas antes que otros, y tuve que redistribuir los baúles para asegurarme que ninguno de ellos se quedaba sin sorbetes...

Y entonces la vi. La vi y el mundo se detuvo.

## *Louise*

Las otras mujeres se han disfrazado de pastorcillas, ninfas y personajes de la mitología griega y francesa. Incluso las danzas son francesas: minuets, movimientos elegantes y pasacalles. Toda la gente importante de Londres está aquí, y también todos los aristócratas y cortesanos franceses que viven en Inglaterra. Un ataque contra Francia es un ataque contra todos ellos, y ahora están ansiosos por ver si el rey mostrará su apoyo a Francia asistiendo a la recepción del embajador francés.

Si no asiste, será una señal incontrovertible de que se ha roto la alianza.

Y entonces, ¡por fin!, una figura alta, con el rostro enmascarado, aparece en lo alto de las escaleras, acompañada por un pequeño grupo formado por sus cortesanos favoritos. La multitud enmudece, como una bestia al acecho, y luego estalla en vítores más entusiastas que antes.

*El rey. El rey está aquí.*

Y...

Ya no lleva luto por la muerte de su hermana. Luce un sombrero de tres picos con plumas, un jubón cosido con hilos de plata y unas botas por encima de la rodilla, como las de los mosqueteros franceses.

*El rey apuesta por Francia.*

Mientras avanza hacia mí, renunciando de inmediato a fingir que, a pesar de la máscara, va de incógnito, la gente se inclina con un movimiento ondulatorio. La fuerza que emana su presencia provoca una reacción de obediencia entre la muchedumbre, como una guadaña segando el trigo.

Se inclinan a sus espaldas, pero él los ignora y sigue avanzando.

Se detiene frente a mí.

En vez de inclinarme, levanto la pistola, apuntándole al pecho. Al corazón. Un grito ahogado inunda la sala, antes de que se haga el silencio.

—Una prenda, por favor —digo, con voz tranquila.

El rostro enmascarado me mira fijamente.

—Hay tres cosas que podría daros, hermosa bandolera. ¿Imagináis cuáles son?

Sus cortesanos se echan a reír, pensando en seguida en su alcoba. Sacudo la cabeza.

—Puedo concederos un baile, puedo daros un beso o entregaros mi corazón. ¿Qué elegís?

Bajo el arma.

—Un baile, entonces.

—Muy bien.

Me acompaña a la pista de baile, y los músicos empiezan a tocar la pieza otra vez, de modo que todos los bailarines se ven obligados a empezar la danza desde el principio.

Cuando el baile está a punto de llegar a su fin, él coloca sus manos sobre las mías,

palma contra palma, entrelazando los dedos. Sus ojos, oscuros tras la máscara, se posan en los míos.

Luego abre un poco los brazos, con los dedos aún entrelazados, obligándome a acercarme a él. Una vez más, siento que el silencio cae a nuestro alrededor.

¿Sigue siendo parte de nuestro juego? ¿O se trata de algo más?

El más dulce de los besos, en la comisura de los labios. El perfume de su colonia, almizcleño y francés. El roce de su bigote. Luego, sus labios presionan con más fuerza, adhiriéndose a los míos.

Involuntariamente, mi cuerpo se tensa, y él da un paso atrás.

Todos los que nos rodean empiezan a susurrar.

Él acerca la boca a mi oreja.

—Por un beso como éste lucharía en mil guerras.

## Carlo

Para preparar un sorbete de granada: exprimir las granadas necesarias para obtener dos tazas de zumo. Añadir media taza de azúcar para endulzar; luego, remover la mezcla y congelar. Para servir, verter champán sobre el sorbete, decorándolo con semillas de granada y trocitos de naranja recubierta de azúcar.

*El libro de los helados*

El disfraz de bandolera le quedaba bien. Resaltaba su cintura sutil, sus estrechas caderas, su larga espalda y su elegante cuello. Sin embargo, era su porte lo que la distinguía de las aristócratas inglesas que la rodeaban. Sólo por su forma de moverse estaba claro que se trataba de una dama francesa de alta alcurnia.

El rey bailó con ella. No podía quitarle los ojos de encima. Nadie era capaz de hacerlo, aunque para mí era algo muy distinto.

Por la forma en que la miraba el resto de la gente, se diría que ella era una presa y los demás una jauría dispuesta a despedazarla. Estaba sola contra todos, y aun así no vacilaba.

La miré, y supe que la amaba.

¿Cómo había podido negarlo? La había amado desde que me había encontrado con ella en el bosquecillo de nísperos de Versalles.

*Tal vez volvamos a vernos.*

*Si ambos seguimos buscando lugares donde estar solos, podéis estar seguro de ello, signor Demirco...*

El baile llegó a su fin. El tiempo retomó su inexorable marcha. Sin embargo, yo seguí mirándola cuando el rey la soltó. Ella se dirigió de nuevo a un rincón de la sala. No había nadie que fuera a reunirse con ella, no tenía con quien estar.

Había oído comparar el amor con el fuego. Pero es un error. Si tocas una llama, retrocedes. El dolor es rápido y repentino, pero luego desaparece.

El amor es como el hielo. Se acerca con sigilo, penetrando en tu cuerpo furtivamente, minando tus defensas, buscando los rincones más recónditos de tu piel. No se parece al calor, al dolor o a una quemadura, sino más a bien a una insensibilidad interna, como si el corazón se endureciera, convirtiéndote en piedra. El amor te agarra, apretándote con una fuerza que puede romper una roca o quebrar el casco de un barco. El amor es capaz de levantar bloques de piedra, triturar el mármol o secar las hojas de un árbol.

La amaba, pero nunca podría tenerla.

Entonces, algo me instó a volverme, y vi una figura alta que también la estaba observando por encima de las cabezas de sus cortesanos. Todos se reían y bromeaban, pero él no les prestaba ninguna atención. Miraba fijamente a Louise, inmóvil como

una estatua. Tan inmóvil como yo.

El rey.

Comprendí que él también la amaba, como yo.

Carlo y el rey Carlos. El perro y el gato. Dos reflejos en un espejo. Éramos rivales y, al mismo tiempo, no lo éramos.

Porque él era un rey, y yo no. Él podía tenerla, pero yo no. Al final, el hielo acabaría abandonando su corazón, pero se quedaría en el mío para siempre.

## *Louise*

Las máscaras no engañan a nadie. Pero, aun así, no reconozco a la mujer que lleva una máscara a cuadros y que se coloca junto a mí frente a la mesa de la comida.

—Así pues, vos sois mi sustituta —dice.

—¿Disculpad?

Me vuelvo para mirarla. Es alta, con un bonito cuerpo y mayor que yo. Sin embargo, hay algo en su porte —se la ve fuerte y segura, acostumbrada a dar órdenes — que me pone en guardia.

—Oh, no os preocupéis —dice—. He durado mucho. Además, como sin duda alguna ya habréis descubierto a estas alturas, algunos de sus... *peccadilloes* pueden resultar bastante fastidiosos.

—¿Quién sois?

—¿No lo sabéis? —Parece divertida—. Bueno, supongo que somos *muchas* donde escoger. Sin embargo, soy la única que ha conseguido un título. Pero ojo: tuve que dejar que me observara mientras estaba con tres de sus guardias antes de que me nombrara duquesa.

A pesar de la máscara, mi expresión escandalizada debía ser evidente.

—Oh, ¿con vos aún no lo ha probado, verdad? —murmura—. Tiempo al tiempo, querida, tiempo al tiempo. Pero no os dejéis engañar por sus exquisitos modales. A pesar de su encanto, es un libertino, como todos los demás.

Un lacayo se acerca con una bandeja de langostinos. Pincha uno con un cuchillo y lo coloca frente a mi cara. Me doy la vuelta. La mujer se ha esfumado.

—¿Dónde están las letrinas? —le pregunto al lacayo—. De prisa... Creo que voy a vomitar.

## TERCERA PARTE

«El afecto del rey de Inglaterra por Mlle. de Keroualle aumenta día a día, y las náuseas que sufrió ayer me hacen albergar esperanzas de que su buena suerte continuará, al menos mientras yo siga siendo embajador...».

*Colbert de Croissy, embajador de Francia en Inglaterra,  
a Louvois, ministro de guerra de Francia*

«El rey se sorprendió por lo que me escribisteis con respecto a Mlle. de Keroualle, cuyo comportamiento, mientras estuvo aquí y desde que fue enviada a Inglaterra, no presagiaba que sería capaz de alcanzar su objetivo con tanta celeridad. Su Majestad está ansioso por ser informado de los vínculos que creéis que existen entre el rey y ella...».

*Louvois a Colbert*

## *Louise*

—¿Que Su Muy Cristiana Majestad quiere saber qué?

—Si hay..., en fin, buenas noticias. Si el rey de Inglaterra será bendecido con un hijo.

—Tendréis que preguntárselo a la reina. Yo no sé nada al respecto, y no es probable que lo sepa.

—En realidad, mademoiselle, no me refería a la reina.

—¿A quién, entonces? ¿De qué estáis hablando, Excelencia?

El embajador tiene el buen gusto de parecer avergonzado.

—Me había hecho a la idea de que vuestras excelentes relaciones con el rey tal vez son...

Lo miro fijamente.

—Totalmente legítimas. Y lo seguirán siendo.

—Comprendo. —El embajador parece un poco pálido—. Entonces, ¿no hay nada de lo que deba informar a Versalles? El rey en persona ha solicitado una... aclaración.

—Podéis decirle a Su Muy Cristiana Majestad que soy perfectamente consciente de que el honor de Francia depende de cada uno de sus súbditos. Y que nunca jamás haré nada que ponga en tela de juicio el honor de nuestro país.

—Sí, sí, por supuesto.

—Soy Louise Renée de Penancoët, Dame de Keroualle, la hija mayor de la familia más antigua de Bretaña, y no una simple dama de honor.

El embajador se inclina con frialdad.

—Somos realmente muy afortunados al tener entre nosotros a una persona de tan alta alcurnia. Y de unos modales tan irreprochables, naturalmente.

*De Bennet, lord Arlington, a Ralph Montagu, enviado inglés:*

Colbert es un necio: le ha prometido al rey de Francia que la misión está casi cumplida, y ahora tiene la desagradable obligación de decirle que apenas ha empezado. Sin embargo, Louvois parece tener fuentes de información propias, y sabe lo que ocurre en Whitehall mucho mejor que su propio embajador. Desde luego, sabe lo que la muchacha en cuestión ha hecho o no, y a juzgar por las cartas que hemos podido leer, ha podido decirle a Colbert, en términos inequívocos, que la próxima vez verifique mejor los hechos antes de difundir rumores a través del servicio diplomático. Todo esto ha abochornado al embajador, que ahora desea que se aceleren las cosas. Naturalmente, le he hecho comprender que puede contar con nuestra ayuda, aunque también ha llegado la hora de que su señor haga lo que le corresponde. Esto lo pone si cabe más nervioso, porque, evidentemente, no le puede decir a su rey lo que debe hacer, aunque no sería embajador si no fuera capaz de encontrar algún modo de

plantear mi sugerencia haciendo que parezca una idea del propio Luis...

*De Colbert a Su Muy Cristiana Majestad, Luis XIV:*

Sire: es cierto que el rey de Inglaterra demuestra un tierno afecto por Mlle. de Keroualle, y es posible que os hayáis enterado por otras fuentes que ha puesto a su disposición unos aposentos lujosamente amueblados en Whitehall. Su Majestad acude a sus estancias todos los días a las nueve de la mañana y nunca se queda menos de una hora, a veces dos. Vuelve después de la cena, sufraga sus apuestas cuando ella juega a las cartas y no permite que nunca le falte nada. Todos los ministros tratan de entablar amistad con esa dama, y lord Arlington me dijo recientemente que estaba muy satisfecho de ver que el rey se estaba encariñando con ella, y que, aunque Su Majestad no era un hombre dado a hablar de asuntos de Estado con las damas, estando en poder de estas últimas obstaculizar los propósitos de quienes detestaban, era preferible para los fieles servidores del rey que Su Majestad demostrase su simpatía por esa señora, que no es de ánimo malicioso y es una dama noble, más que por actrices u otras indignas criaturas, en las que ningún hombre de alta alcurnia debería fijarse; y que era necesario aconsejar a esa joven que cultivara la amistad del rey, a fin de que sólo encontrara en ella placer, paz y tranquilidad. Ha añadido que, si había seguido su consejo, lady Arlington le habría sugerido a la joven que cediera sin reservas a los deseos del rey, y le habría dicho que para ella sólo quedaría la alternativa de un convento en Francia y que yo debería ser el primero en informarla de ello. Le dije, bromeando, que no habría sido tan ingrato con el rey ni tan necio como para decirle a la muchacha que se inclinara por la religión antes que por los favores del rey, y que estaba seguro de que aunque ella no esperaba mi consejo, yo se lo daría de todas formas, para demostrar hasta qué punto él y yo apreciábamos su influencia, y para informarla de las obligaciones que tenía con milord...

## Carlo

La presentación de un helado es el momento cumbre de cualquier evento.

*El libro de los helados*

El baile fue un éxito. Un gran éxito: el rey Carlos era de nuevo un monarca alegre, el príncipe del placer. Todas las noches se celebraban fiestas, bailes de máscaras, partidas de cartas con grandes apuestas, excursiones y reuniones frívolas llenas de chanzas. Y era Francia quien lo había hecho posible. Una vez más, Francia era el epítome de lo que estaba en boga. Las obras de teatro francesas se representaban en los teatros reales, los platos franceses se servían en todas las mesas de la nobleza y los helados franceses —es decir, mis helados— estaban presentes en todos los bailes y las cenas. La aristocracia, enloquecida, se aficionó a las plantaciones de piñas, a los huertos y a los depósitos de hielo, y los grandes linajes de Inglaterra ordenaron remodelar las *façades* de sus palacios para que se parecieran a los *chateaux* franceses. Los techos se pintaban como los de Versalles, y todas las damas de alta alcurnia querían una *salle des miroirs* donde sorber el té en tazas de porcelana.

Sólo el pueblo llano estaba descontento y agitado, preguntándose adónde llevaría todo esto. Hasta el más humilde artesano o sirviente era capaz de decir lo que estaba sucediendo en Europa: unían fuerzas para comprar los periódicos que se vendían en las tabernas y los cafés, y se sentaban para comentar las noticias, con el ceño fruncido. Luis quería la guerra, eso era evidente. Pero ¿qué engulliría primero, Holanda o España? Y si la victoria era inevitable, ¿era mejor ser su aliado o su enemigo? En el pasado ya había establecido alianzas, y luego se había vuelto contra sus aliados cuando le había convenido.

El Parlamento ratificó el tratado de París, pero el tratado de Dover seguía siendo un secreto que sólo unos pocos conocían.

Ahora que estaba más ocupado, compré un palanquín para desplazarme rápidamente entre la muchedumbre. Capté las miradas de desaprobación de Hannah, y pensé que se debían al despilfarro. Sin embargo, luego la vi insultando a uno de los hombres que había tomado a mi servicio para transportarme, tratándole como un obstáculo inútil que siempre estaba en medio de su camino, y le pregunté cuál era el problema.

—El problema es que se trata a los ingleses como si fueran esclavos y bestias de carga —me respondió, furiosa—. Las sillas como ésas no se veían en Inglaterra antes de que volviera el rey.

—Entonces es un progreso, ¿no?

—No, son hombres que se comportan como si fueran superiores a los demás.

—Si aumenta mi fortuna —le expliqué—, entonces las cosas también irán mejor

para ti. Y para Elias.

Era verdad: le pagaba un chelín más a la semana, y ahora, Elias tenía un elegante uniforme que llevaba cuando me acompañaba a la corte.

Hannah se limitó a murmurar algunas palabras incomprensibles y volvió a sus quehaceres.

En cuanto a Louise, la suerte le sonreía incluso más que a mí. Donde estaba el rey, estaba ella, ayudándole a sentirse a sus anchas en fiestas y veladas; su nítida risa francesa se alzaba entre el murmullo de los invitados y los tambores de los músicos, y su sonrisa atraía todas las miradas.

Observándola, se diría que estaba exultante, que habiendo conseguido que el rey dejara de lado el luto, ya había cumplido. Sin embargo, no era así, y la presión que ejercían sobre ella era cada vez mayor.

## *Louise*

He recibido una carta. Una carta de Luis XIV en persona.

La leo sentada frente al clavicémbalo, con el embajador a mi lado. Una sonrisa incómoda asoma a sus labios, como si él fuese mi profesor de música y yo una alumna especialmente recalcitrante.

—¿Sabéis lo que dice? —le pregunto, cuando acabo de leer la carta.

La dejo en el facistol, para que no vea que me tiembla la mano que sostiene el papel.

—No presumo de adivinar los pensamientos de mi rey. —Soy consciente de que se abstiene de responder a mi pregunta—. ¿Se trata de algún consejo paternal para vos?

—«El rey de Francia os recomienda complacer al rey de Inglaterra». En vuestra opinión, ¿qué creéis que significa eso?

Colbert no responde.

—Aunque, naturalmente, siendo una de sus súbditas, se alegraría de recibirme de nuevo en Francia cuando desee volver. Y, como muestra de la consideración que me tenía madame, ha hablado con la abadesa de un convento de Marsella, que me ofrece gentilmente un puesto como novicia en el caso de que decida dar la espalda a la diplomacia y seguir una vida dedicada a la virtud y a la reflexión. En realidad no ha hablado con ella, porque la orden en cuestión ha hecho voto de silencio, pero han mantenido correspondencia. Al parecer, esas monjas están llevando a cabo una gran labor entre los leprosos. Por eso están seguras de que dispondrán de una vacante: la recompensa a la virtud de esas hermanas es que se reúnen con Dios antes que las demás.

—Como de costumbre, Su Majestad es muy generoso con su consejo —murmura el embajador.

—¡Oh, sí! Y hay algunas tierras en Brest, en tiempos propiedad de mi familia, que vuelven a estar en sus manos. Se pregunta qué podría hacer con ellas. Así pues, ¿qué queréis que haga, Excelencia?

La sonrisa de Colbert es inescrutable.

—¿Mademoiselle?

—Su Majestad termina sugiriéndome que os pida consejo; a vos y a los Arlington. Sé muy bien lo que ellos me aconsejarán. Lady Arlington opina que debería ceder sin reservas a los deseos del rey. Ésas han sido las palabras que ha pronunciado por la mañana: «Ceder sin reservas». ¿Qué os parece?

Tiene un semblante abatido.

—A veces, aquí hablan con una franqueza sorprendente. Incluso brutal.

—Y aun así, tiene una ventaja: son muy claros. Sólo ahora, por ejemplo, comprendo del todo los planes de mi soberano.

Hablo con calma, aunque debo hacer un gran esfuerzo por reprimir mi cólera. El

embajador intenta adoptar una expresión ignorante y al mismo tiempo inquisitiva, levantando simplemente una ceja.

—Oh, creo que ambos sabemos a qué me refiero —continúo—. ¿O preferís que sea incluso más brutal que lady Arlington?

—Oh, sí, comprendo. Bueno, debéis hacer lo que creáis que es lo mejor.

—Debo hacerlo, sí. —Doblo la carta y se la entrego—. Me ha quedado claro que a Su Muy Cristiana Majestad no le han sugerido que existe otra posibilidad.

—¿Cuál?

—Me refiero a la insinuación de lord Arlington según la cual podría convertirme en reina de Inglaterra tras la muerte de Catalina de Braganza.

El embajador se pone pálido. Vuelve los ojos hacia la puerta, como para comprobar que nadie está escuchando.

—¿Lord Arlington ha sugerido eso?

—Así es. ¿No estabais al corriente de ello? La idea es muy sencilla. Una francesa católica ocupando el trono de Inglaterra significaría que...

—¡No digáis algo así! —exclama, en un siseo—. ¡Ni siquiera lo penséis!

—Creía que lo sabíais...

—¡No hay ningún plan! —espeta, con voz chillona—. Y no creo que alguien como lord Arlington haya podido insinuar algo así.

—Dijo que... —Hago una pausa. ¿Qué fue lo que dijo exactamente lord Arlington? Trato de recordar. Con una sensación de angustia que va en aumento, me doy cuenta de que, en realidad, no dijo nada. Todo se daba por sobreentendido, estaba implícito. Castillos en el aire—. Dijo que la salud de la reina era muy delicada.

Colbert asiente con la cabeza.

—Esto es cierto. Y, naturalmente, Francia espera que Su Majestad se recuperará por completo.

—Y dijo que podría ser Luis, y no el Parlamento inglés, el que decida quién debe sucederla.

El embajador me mira como si estuviese delirando.

—*En el caso* de que alguien tuviera que sucederla, y en el caso de que Su Muy Cristiana Majestad fuera consultada, es evidente que aconsejaría a su primo. Pero está claro que cualquiera que fuera la reina sugerida debería tener sangre real.

—Yo soy una De Keroualle, y desciendo indirectamente de los antiguos reyes de Bretaña por parte de mi madre...

—¡Sois una dama de compañía! Y caída en desgracia, además.

—Mi crianza.

—¿Crianza? ¿A qué viene toda esta cháchara sobre la crianza? ¡La crianza es cosa de perros de agua y periquitos, pero no de reinas y princesas! —Se pasa una mano por la cara—. Las reinas tienen una dote. Catalina de Braganza aportó al rey de Inglaterra Tánger y Bombay. Sin ella, él no tendría nada. Ni siquiera habría podido ser rey.

Lo miro fijamente, demasiado aturdida para seguir hablando. Durante todo este tiempo, mientras yo estaba tentando a Carlos, me han estado tentando con la ilusión de un futuro que nunca han tenido intención de convertir en realidad.

—Pero si Carlos *quisiera* desposarme...

—Carlos no se casará con vos. No puede hacerlo. El Parlamento no lo permitiría. Sus consejeros no lo permitirían. Su Muy Cristiana Majestad no lo permitiría.

Estoy a punto de echarme a llorar. Siento las lágrimas a punto de derramarse.

—Si quisiera casarse por amor...

—Los reyes no buscan el matrimonio cuando se enamoran —dice el embajador, en voz baja.

Volvemos al punto de partida.

—Entonces, ¿qué queréis que haga? —le pregunto, aún aturdida.

Él inclina la cabeza.

—Ya sabemos cuál es la situación. Sois afortunada al ser objeto de las atenciones de un rey, y estáis en posición de prestar un gran servicio a Francia. Sin embargo, si creéis que este... honor os provoca algún escrúpulo, tenéis una alternativa. —Señala la carta con un gesto de la cabeza—. El convento. Así pues, sois doblemente afortunada. Pocas mujeres, en vuestra posición, tienen el lujo de poder elegir.

## Carlo

Un helado demasiado dulce o demasiado espeso nunca se congelará.

*El libro de los helados*

—No me han mentido —dijo ella—. Me han engañado. ¡Oh, han sido muy astutos! Astutos, astutos, astutos.

—Pero... —Me quedé mirando fijamente la carta, dándole vueltas a lo que decía—. No lo entiendo. ¿Significa que, después de todo, no sois la amante del rey?

—Por supuesto que no —replicó ella con brusquedad—. ¿De verdad creáis que deshonraría el nombre de mi familia tan fácilmente?

—No sabía qué pensar. —Sin embargo, sus palabras me levantaron el ánimo—. Entonces, ¿os han engañado? ¿Nunca habéis accedido a nada?

Ella asintió con la cabeza, avergonzada.

—Sabían cómo comportarse para que yo aceptara sus planes.

—Ha sido culpa mía. Lo siento mucho, Louise: les dije que erais virtuosa y que vuestros padres os habían enviado a Versalles para encontrar un buen marido. Debieron decidir que el matrimonio sería vuestro anzuelo.

—No ha sido culpa vuestra. Después de todo, habría bastado hablar cinco minutos conmigo para llegar a la misma conclusión. Y está claro que no habría sido la primera muchacha deslumbrada por la perspectiva de una corona en olvidar que, para conseguirla, debía cumplir antes con una obligación: el matrimonio. —Lanzó un suspiro—. Después de todo, casi consiguen su objetivo. Si Carlos hubiese sido un poco más insistente y yo un poco menos...

—Pero ahora no debéis enfrentaros sólo a la insistencia de Carlos.

—Exacto. Y eso es lo que más me horroriza... La intervención de Luis. Desde que llegué a Versalles ha sido como un padre para mí.

—Y los padres no venden a sus hijas al mejor postor —dije, fríamente—. Además, nadie mejor que Luis sabe que un rey puede imponerse donde otros no son capaces de hacerlo.

—Cierto. Pero no debéis sentirnos culpable, Carlo. Debería ser yo quien me disculpara con vos. En Francia os dije que no erais digno de desposarme, pero ahora que soy yo la que se encuentra en esa situación, me doy cuenta de lo humillante que resulta. Me comporté con vos de una forma abominable.

—Ahora eso no importa. —Le señalé la carta—. No es nada comparado con esto. ¿Qué vais a hacer? Debéis elegir entre el lecho del rey y el convento.

—Ninguno de los dos.

—¿Ninguno de los dos?

Louise alzó la barbilla.

—Aún sigo siendo Louise Renée de Penancoët, dame de Keroualle, la hija mayor de la familia más antigua de Bretaña. No soy la concubina de nadie, ni del rey ni de ningún otro hombre. Y ciertamente no lo seré sólo porque un embajador presuntuoso que se presta a actuar como mensajero me lo ordene.

—Entonces, deberéis haceros a un lado, ¿no?

—Tal vez haya una alternativa. —Empezó a andar de un lado a otro de la estancia—. Creo que a Luis no le importa que sea o no la amante del rey Carlos: eso es tan sólo un medio para alcanzar un fin. Y el fin es la influencia: es decir, conseguir que Carlos respete los términos del tratado.

—La guerra contra los holandeses.

—Exacto. Si soy capaz de conseguirlo sin entregarme al rey, incluso Luis deberá admitir que no es necesario que me convierta en su amante.

—Pero ¿cómo pensáis conseguirlo?

—Carlos escucha lo que le digo. Confía en mí. Ya me ha hablado del tratado y de sus dudas al respecto. Creo que puedo convencerlo de la necesidad de la guerra... sin tener que ceder y convertirme en su amante. —Me miró fijamente—. ¿Me ayudaréis?

—No estoy seguro de cómo podría hacerlo.

—De momento, yo tampoco. Pero sé que debemos ser los dos quienes nos enfrentemos a ellos. No podría hacerlo sola.

—Entonces, haré cuanto esté en mis manos.

Por supuesto: haría cualquier cosa por no verla en el lecho del rey. Sin embargo, en el fondo de mi corazón me sentía inquieto.

Porque ¿quién mejor que yo sabía que los hombres desean lo que saben que no pueden tener?

## *Louise*

Informo al embajador de mi decisión. Parece dolido, pero al menos no me ordena tomar el primer barco con destino a Francia. De momento, intuyo que soy su mejor opción.

—¿Y cómo pensáis proceder? —quiere saber—. ¿Con la razón y los debates eruditos?

—En parte. Y en parte, invocando los deseos de su fallecida hermana.

—No se trata tan sólo de convencer al rey Carlos de la necesidad de la guerra. Tendrá que desafiar a su propio Parlamento, y eso, dada su posición, conlleva un considerable riesgo.

—Los parlamentos pueden disolverse.

—¡*Mon Dieu!* Tened cuidado —murmura, con un hilo de voz—. Así fue cómo su padre fue decapitado.

—Entonces, recurriendo al soborno. Por lo que he visto hasta ahora, creo que en Inglaterra todo el mundo tiene un precio.

—¿Y toda esa corrupción sólo por salvar vuestro honor, mademoiselle? —dice, lacónicamente.

—Toda esa corrupción para conseguir nuestro objetivo. Después de todo, no creo que solamente con mi honor pudiera ser capaz de convencer al Parlamento de la necesidad de declarar la guerra, ¿no?

Cuando el embajador ya se ha ido, me acerco a la ventana, tratando de calmarme.

Esto es una novedad: me he reunido con un embajador y lo he doblegado a mi voluntad. Y, lo que es más, he cambiado una sugerencia —casi una orden— de mi propio rey. No he desafiado a Luis —eso habría sido la mayor de las temeridades—, pero he dejado claro que yo, una simple mujer, voy a hacer las cosas a mi manera.

En el mejor de los casos, lo intentaré. Si fracaso, las consecuencias podrían ser incluso peores que encerrarse en vida en un convento.

Se me ocurre algo más: madame nunca habría hablado así a un embajador. Madame confiaba en los demás, creía en su bondad, y los miraba con ojos brillantes hasta convencerlos.

Estoy empezando a comprender que yo no soy así.

Vuelvo al clavicémbalo. La silla hace las veces de baúl para guardar las partituras; levanto la tapa acolchada y, tras hurgar un poco, saco algo que está en el fondo.

*Las Posturas de Aretino: la auténtica descripción de los métodos libidinosos y de las diversas posiciones adoptadas por una presunta dama, recién llegada de Francia.*

Un libro pornográfico, que deslizaron por debajo de la puerta. La mujer ni siquiera se parece a mí, pero la intención está muy clara.

¿Por qué, me pregunto, pasando las páginas, se habla tanto de las posturas de la

cópula? ¿Qué más da que uno se coloque a la derecha o a la izquierda, o esté de pie o sentado? ¿Qué podría convencer a una mujer de que ponerse en cuclillas encima de un hombre, como si fuese un orinal, es algo decoroso? Siento un escalofrío. En cuanto a las últimas ilustraciones, en las que aparece más de una mujer, o más de un hombre...

De todas formas, no sé por qué, no he sido capaz de lanzar el libro al fuego. Hay algo en estos grabados tan crudos, una suerte de placer vulgar, que me repugna y me atrae al mismo tiempo.

Además, es una forma como cualquier otra de aprender.

Me parece oír la voz de lady Arlington: «El rey es un amante consumado». Después de todo, puede que el coito sea como el tenis: un juego que, como cualquier otro, se puede aprender, un poco desconcertante al principio, pero fácil una vez que se conocen las reglas.

Y hasta ahora nunca he probado ningún juego que no consiguiera ganar.

Me pregunto si realmente quiero casarme —convertirme en la yegua de cría de un noble, obligada a hacer eso por él siempre que lo desee—, cuando podría ser la confidente de un rey.

Y al pensar la apuesta de este juego, cada vez más alta, y en el abismo que me rodea, cada vez más profundo, me sorprende. Y, con cierta curiosidad, descubro que no siento miedo ni asco, sino excitación: la emoción que se experimenta al entrar en un campo de tenis, con una raqueta en la mano.

## Louise

El rey Carlos me escucha mientras toco. Está a mi lado, tumbado en un sillón. Sus largas piernas casi tocan las mías. En su regazo tiene un perro de aguas que se rasca cansinamente la oreja con la pata trasera.

—¿Habéis pensado en los holandeses? —le pregunto, como si el asunto no tuviera más importancia que muchos de los que tratamos.

Me mira fijamente.

—¿Por qué? ¿Vuestro rey está impaciente?

Toco otra frase.

—¿*Mi* rey? Ahora tengo dos reyes. —Le sonrío—. Pero si os referís a Luis, creo que sigue pensando que hay que apresurarse.

Carlos refunfuña.

—He oído decir que a veces se apresura demasiado.

—¿Como hombre de estado?

—No, en todos los sentidos.

A modo de respuesta, ralentizo cómicamente la velocidad de la pieza, pasando del *andante al adagio*.

—Ya he luchado en varias guerras, como sabéis —dice—. Y en raras ocasiones son tan gloriosas como la gente cree. Cuando era joven, apenas un muchacho, me enfrenté a Cromwell, mi ejército contra el suyo, picas contra espadas, ingleses contra ingleses... Eso me provocó una aversión al derramamiento de sangre que nunca me abandonará. —Sonríe, contrito—. No se lo digáis a mis ministros, pero siempre he preferido las negociaciones a las conquistas.

En su último comentario capto una segunda intención: ya no estamos hablando simplemente de guerras.

—Me gusta veros tocar —dice, ociosamente—. ¿Sabíais que levantáis la barbilla antes de empezar cada compás?

—Luis cree que ganar tiempo sólo servirá para complicar el conflicto. Atacando de inmediato y con decisión se salvarían muchas vidas.

—Conozco bien este punto de vista —admite—. Pero no explica por qué deberíamos entrar en guerra.

—Para conseguir la paz en Europa...

—¿Y debemos declarar antes la guerra? No habrá paz en Europa si hay una guerra civil en Inglaterra.

Sonrío, y sigo tocando. Ambos sabemos que no me corresponde comentar la política de Francia.

—¿Cenaréis conmigo a solas esta noche, mademoiselle? —me pregunta, sin preámbulos.

Sin apartar los ojos de la partitura, digo:

—Su Majestad sabe que no puedo.

—¿Por qué no?

—Daríamos que hablar a la gente.

Hace un gesto impaciente.

—Dejemos que lo hagan.

—Creía que Su Majestad acababa de decir que no es dado, por naturaleza, a tomar decisiones precipitadas —sugiero, esperando que mi tono de voz sea malicioso pero también seductor.

—Pero, según vos, debería lanzarme de cabeza a la guerra. —De repente, se muestra irritado—. Por lo visto, vos no debéis apresuraros, pero yo sí. Tenéis que proteger vuestro honor, mientras que yo debo renunciar al mío.

Sigo tocando, sin decir nada durante un minuto. De vez en cuando se deja llevar por su malhumor, aunque se le pasa en seguida.

Pero esta vez no.

—¡Por los clavos de Cristo, mujer! ¿Os parece justo? —grita. En el otro extremo de la estancia, Anne y Lucy levantan la vista de su labor de costura, sorprendidas. El perro de aguas, sin previo aviso, se encuentra en el suelo cuando Carlos se levanta de golpe—. Querriais que combatiera contra los holandeses, pero con vos..., con vos...

Sigo tocando, deseosa de no agravar la escena.

—Con vos debo comportarme como un perro faldero —dice, pateando al animal—. Cenaré en otro lugar. En cuanto a vuestra guerra..., decidle a Luis que ya me ocuparé de ella.

Sin embargo, no lo hace.

—Es un hombre que está acostumbrado a mandar —dice lady Arlington—. Os desea tanto que ahora sois vos y no él quien tiene el poder. Y a ningún hombre le gusta estar en esa posición.

—¿Qué debo hacer?

—Ceder, por supuesto. Nada mejor para devolver el buen humor a un hombre que desnudar a una nueva amante.

Pero yo no pienso ceder. Y el rey tampoco lo hará.

—Lo habéis perdido —dice lady Arlington—. He oído que ha ido a visitar a Nell Gwynne a su casa de Pall Mall. Dadas las circunstancias, podéis regresar a Francia.

Ahora debo pensar mucho mis movimientos. Lo veo en sus caras... Arlington, el embajador: todos creen que para declarar la guerra debe producirse un trueque.

Mi cuerpo por un ejército. Y casi todos los implicados lo consideraban un trato justo.

## Carlo

Un helado, bien conservado, durará un mes sin echarse a perder.

*El libro de los helados*

Sus esfuerzos le costaba, lo recuerdo muy bien. En los bailes, en los *ballets* y en las cenas, ella sonreía y bromeaba, y nadie habría dicho que algo andaba mal, salvo que la viera después de que todos los carruajes se hubieran ido; entonces, la sonrisa abandonaba su mirada con la misma rapidez con la que se sopla una vela.

—¿Qué debo hacer para recuperar su favor? —me preguntó una noche, con aire fatigado, mientras recogía las copas de helado en sus aposentos.

—Nada en absoluto.

—¿Creéis que es imposible?

—Todo lo contrario... Sólo quería decir que la mejor táctica es no hacer nada. Creo que Carlos tiene un conflicto interno. Una parte de él pretende dejar de desearos. Sin embargo, otra parte sabe que no puede hacerlo. Por eso está enfadado, pero no con vos, por ser virtuosa, sino consigo mismo, porque le gustáis demasiado. —Evité mirarla mientras hablaba—. Tarde o temprano la batalla llegará a su fin, y entonces sabrá lo que siente.

Su voz sonó tranquila cuando me preguntó:

—¿Y cómo acabará, Carlo? ¿Qué sentirá? ¿Me amará el rey o, por el contrario, me odiará?

Sacudí la cabeza.

—No os odiará.

—Sólo le pido a Dios que no ocurra ninguna de esas dos cosas —murmuró—. ¿Qué necesidad hay de todo este amor?

## Louise

Pasan casi dos semanas antes de que me visite de nuevo en mis aposentos.

—Majestad —digo, inclinando la cabeza.

—¡Ah, estáis aquí! —dice, como si me hubiera ido, como si hubiese sido yo, y no él, en cambio, quien había evitado este momento. Tiene un puño cerrado—. Tened, me dice. Tengo algo para vos.

—No necesito ningún regalo, sire.

—Nada de «sire». «Carlos». A menos que estemos acompañados, y me complace ver que no lo estamos.

—«Carlos».

El nombre sale de mi boca y suena un poco extraño por culpa de la «r» francesa. Sonríe.

—Mi hermana tampoco era capaz de pronunciarlo.

Insisto.

—No necesito ningún regalo..., Carlos.

—Mucho mejor. Aunque resulta más encantador cuando lo pronunciáis mal. — Levanta la mano—. Aquí tenéis.

Sigue con el puño cerrado, lo que me obliga a agarrarlo y a abrirlo, tirando de los dedos para descubrir el regalo. Es un reloj de bolsillo, el más pequeño que he visto jamás, una ostra de oro pulido.

—Abridlo.

Levanto la tapa que cubre la esfera. Nunca había visto un reloj de bolsillo como éste: tiene tres manecillas, una de las cuales no para de moverse.

—Marca los segundos —explica, orgulloso—. En el mecanismo hay un muelle mucho más pequeño que el de los relojes de péndulo. Y mirad el reverso.

Le doy la vuelta. Una inscripción. *No malgastéis estas horas con el arrepentimiento.* Y una fecha.

Es la de mi llegada a Inglaterra.

—Mi calendario empezó ese día —se limita a decir.

Quiere enseñarme sus aposentos. Dejamos atrás la alcoba real, donde nunca duerme, y cruzamos una puerta casi oculta por una cortina. En su interior hay un estudio, no más grande que el de madame, lleno de relojes. El ruido que hacen parece el de la lluvia, un ensordecedor aguacero de tiempo, minutos y segundos cayendo a nuestro alrededor.

Me muestra sus favoritos: uno que señala las fases lunares y uno de carroza con unos minúsculos caballos persiguiendo un zorro. Lo habían fabricado uno de sus *virtuosi*, su séquito de filósofos y eruditos. En realidad, me doy cuenta de que tiene varios séquitos. Le gusta pasar de uno a otro, cambiando de personaje: el libertino, el filósofo, el hombre de Estado, pero siempre ansioso por divertirse, por dialogar, por

dejarse contagiarse por el entusiasmo. Casi como un chiquillo.

Ciertamente, cuesta creer que el mayor sea él, Carlos, y no su hermano Jaime. O que me doble en edad. Sin embargo, un rey de cuarenta y dos años es joven, mientras que una mujer, a los veinte, ya es vieja.

Lo llaman para atender asuntos urgentes, pero me pide que lo espere. A la hora en punto, suenan sucesivamente una docena de campanas en todos los relojes.

Con cierta curiosidad, aunque un poco aburrida, miro a mi alrededor. Hay una puerta que conduce a una letrina privada con el asiento acolchado. En otra estancia hay instrumental químico. Y luego descubro un cuarto cuadrado y luminoso en una torre, con los muros recubiertos con paneles de madera.

Uno de los paneles está entreabierto. Me acerco un poco: tiene bisagras, como una alacena.

Lo abro. En el interior, de modo que se pueda decidir si mostrarlo o no, hay un cuadro. Una mujer, completamente desnuda, está tumbada sobre un lecho de cojines y terciopelo. Su piel, muy clara, parece brillar como la luz de la luna en la noche sobre el oscuro y delicado tejido. A su alrededor hay utilería teatral y algunos decorados pintados. Es pelirroja, y sonrío maliciosamente.

La actriz.

Me pregunto si ordena que pinten a todas sus mujeres en aquella postura. Abro otro panel. Otro cuerpo desnudo, de rostro altivo. Reconozco a la mujer que habló conmigo en el baile del embajador francés. Hay otro cuadro, una mujer con el vestido remangado hasta el pecho, con una sonrisa traviesa. Abro otro panel, y luego otro... Los paneles oscilan y se golpean levemente uno contra otro, como las páginas de un enorme libro de madera.

Oigo voces en la otra estancia. A toda prisa, cierro todos los paneles hasta llegar al de Miss Nelly. Ahora vuelven a estar todas ocultas tras el respetable revestimiento de madera marrón, para el exclusivo placer del rey.

## *Louise*

Baila conmigo, y advierto la urgencia de su deseo. Me besa mientras bailamos, como hacen todos los demás, pero sus labios se entretienen un poco más de lo debido.

Cuando debe soltarme la mano para confiarme a otro caballero, soy consciente de su reticencia; mis dedos se deslizan entre los suyos hasta que, lanzando un suspiro, se da la vuelta.

Y aun así mantiene su promesa. Nunca trata de hacerme sentir que no tengo elección.

Eso, sin que él lo sepa, es lo que hacen los demás. Colbert me recuerda casi a diario que estoy poniendo a prueba la paciencia no de uno, sino de dos reyes. Lady Arlington me dice que debo actuar antes de que Carlos se fije en otra mujer. Lord Rochester me mira con sus cínicos ojos de borracho y afirma que estoy jugando mis cartas con gran astucia.

—Ignoraba que las putas francesas fueran unos sabuesos tan listos —dice.

Y Carlos me trata con tanta cortesía que sólo cuando estoy con él no me siento acosada.

Sin embargo, los problemas con su hijo le han dado nuevos motivos de preocupación. Y al mismo tiempo me ofrecen, quizás, otra ocasión para ganarme su favor.

Se trata de lord Monmouth, su hijo mayor —ilegítimo, por supuesto— nacido de su relación con una mujer llamada Lucy Walter durante los primeros años de su exilio. Ahora, el muchacho tiene veinte años, y es muy impulsivo.

Recientemente, en el Parlamento se abrió un debate sobre las recaudaciones: siempre hay debates sobre cómo recaudar fondos, para saldar las deudas del rey. Alguien propuso que se cobraran impuestos a los teatros. Un miembro del partido de la corte señaló que los teatros procuraban un gran placer a Su Majestad, y que, por esa razón, debían quedar exentos del pago. A lo que un miembro de la facción parlamentaria, un tal John Coventry, se preguntó en voz alta si eran los teatros los que procuraban un gran placer a Su Majestad o quienes actuaban en ellos..., una clara alusión a la pasión del rey por las actrices.

El silencio que siguió a esta observación lo empujó a sentarse, pero el mal ya estaba hecho: aquella misma noche, su comentario se repetía en todas las tabernas y cafés de Londres.

También se habló de ello en Whitehall, donde uno de los más ofendidos por la impertinencia de John Coventry era Jemmy Monmouth. Declarando que su padre había sido ultrajado, reunió a tres de sus camaradas, interceptó a Coventry de camino a su casa y le cortó la nariz con una espada.

En respuesta, el Parlamento aprobó una ley según la cual se consideraba un delito golpear o agredir a un miembro de esa institución. Evidentemente, no podían acusar a

Monmouth, porque el asalto había tenido lugar antes de que se aprobara la ley; sin embargo, en el futuro se otorgaban el derecho a poder hacerlo.

Esto provocó una nueva oleada de indignaciones, por el hecho de que una ley aprobada por el Parlamento pudiera aplicarse a personas de sangre real. En vez de actuar con discreción, lord Monmouth y sus amigos decidieron desafiar públicamente esa decisión. Después de pasar la noche bebiendo, salieron en busca de diversión, que encontraron en una niña de diez años que iba acompañada de su abuelo. La chiquilla era guapa, y decidieron aprovecharse de ella. Su abuelo protestó, pero le propinaron una patada que lo tiró al suelo. Entonces apareció un guardia nocturno, que también protestó, por la poca edad de la niña, por el hecho de que estuvieran forzándola y por la forma en que habían tratado a su abuelo. Sin más, lo mataron a patadas.

Los que hasta entonces habían defendido a lord Monmouth se encontraron en una difícil situación. Porque, si tenía derecho a cortarle la nariz a alguien sin ser perseguido por la ley, la situación actual, en la que había intentado violar a una niña y matado a un anciano servidor de la ley, ¿no era parecida?

Los ministros del rey están divididos. Los que dicen que Monmouth debe ser castigado temen que el pueblo se subleve si se lo deja en libertad. Los que sostienen que el Parlamento no debe salirse con la suya dicen que los disturbios siempre se pueden combatir con balas.

Carlos se muestra reticente a emplear las armas. Él sabe mejor que nadie que las sublevaciones populares corren el riesgo de convertirse en revoluciones.

—Una cosa es mantener la corona sobre la cabeza —dice— y otra mantenerla sobre los hombros.

Empiezo a vislumbrar una oportunidad.

El asunto es delicado. Monmouth, adscrito como está a la facción de su padre, es un aliado natural de los parlamentarios. Como protestante e hijo reconocido del soberano, podría ser el rey elegido por el pueblo si Carlos tuviera que convertirse al catolicismo.

Así pues, cuanto menor sea la popularidad de Jemmy Monmouth, mejor para los intereses de Francia.

Y, sobre todo, si puedo ejercer mi influencia en una cuestión de tan poca importancia, podré ganar cierto grado de libertad.

Finalmente, Carlos decide ganar tiempo. Entre los consejeros que le sugieren que Monmouth debe ser castigado y los que le dicen que debe enfrentarse al Parlamento, Carlos se encuentra en una encrucijada.

Mientras paseamos por su jardín privado, le digo, en tono amable:

—Creo que vuestro dilema es que no sabéis si perdonar a Jemmy o castigarle.

—Sí —admite, lanzando un suspiro—. Exacto.

—Entonces ¿por qué no hacéis ambas cosas? —le sugiero—. Primero le

perdonáis, para que no sea condenado por un tribunal, y luego le castigáis de otro modo, para que todos vean que no toleráis tal comportamiento.

Reflexiona sobre lo que le he dicho.

—Pero ¿cómo debería castigarlo?

—Podrías desterrarlo. Después de todo, no da demasiado lustre a vuestra corte. Y eso os permitiría demostrar al pueblo que el rey es una autoridad que está por encima de la ley. —Dudo un instante—. De ese modo, vuestra posición se vería reforzada.

—Un consejo excelente, Louise —exclama—. ¿Por qué no se les habrá ocurrido a mis ministros?

Me encojo de hombros.

—En ocasiones es más fácil dar un consejo siendo neutral. Decidme, ¿es cierto que de Grammont ha inventado un nuevo baile muy divertido?

Al día siguiente, mis aposentos se llenan de gente. Algunos ministros a quienes apenas conozco vienen a presentarme sus respetos. Lord Arlington presume de mí, llevándome de acá para allá y ordenando que traigan más sillas. Los jóvenes libertinos cortejan a mis damas de compañía, y los más maduros no dejan de mirarme.

Les sirvo helados en delicadas copas de cristal. Hablo de teatro con el señor Dryen y de teología con el obispo de Chester.

Así es, me digo, cómo sabe la influencia.

Pronto llegará el momento de hablar nuevamente de la guerra con Carlos. Sin embargo, esta vez no lo haré directamente. He aprendido la lección. Debo ser más sutil, abordar el asunto tomando un atajo.

## Carlo

Las peras *warden*, al igual que los membrillos, deben ablandarse antes de usarlas, y el mejor modo de endulzarlas es cociéndolas o añadiéndoles otra fruta.

*El libro de los helados*

El rey dijo que quería verme. Paseamos por el parque de St James, con los perros de aguas pegados a nuestros pies. Su Majestad tenía un humor más bien indolente: holgazaneaba, tal y como les había oído decir a los cortesanos. Las largas piernas del soberano se movían sin esfuerzo, aunque no se dirigían a ningún sitio en particular.

Le había traído un nuevo helado en el que había estado trabajando: una crema con pasas de Corinto blancas y las peras de invierno duras que los ingleses llaman *warden*.

—Excelente —comentó, mientras paseábamos.

—Gracias, sire.

Señaló el extremo más alejado del parque con la cuchara.

—Están reconstruyendo el depósito de hielo de acuerdo con vuestras instrucciones. Les he dicho que le den prioridad.

Asentí con la cabeza.

—Debe estar terminado antes de que empiece a helar; de otro modo, también perderemos la cosecha de este año.

Sonrió por las palabras que yo había elegido.

—Veo que aún no estáis familiarizado con los inviernos ingleses.

—No, sire.

—El hielo es una de las cosas que raramente escasean. —Me devolvió la copa vacía—. Todos mis ministros están construyendo depósitos de hielo, ¿lo sabíais? Arlington en Newmarket, Clifford en Chudleigh. Vos y yo hemos creado una moda, signor, y ahora todos quieren superarme.

—O puede, sire, que sólo quieran superarse entre ellos para parecerse en todo lo posible a vos.

—Sí —repuso, pensativo—. Sí, se trata exactamente de eso. Decís bien.

Me encogí de hombros.

—Los cortesanos son iguales en todas partes.

Tomó un sendero de grava.

—El año que viene será una ocasión muy especial para mí. Será el décimo aniversario de mi coronación... Mi segunda coronación, en realidad, la restauración del trono. Quiero que sea una gran celebración: un verano de pompas y festejos. Me gustaría empezar con un gran banquete..., un *divertissement*, creo que así es como lo llama Luis. Para la Orden de la Jarretera. Más de mil invitados.

—¡Mil invitados!

El rey asintió con la cabeza.

—Todos los hombres y mujeres de la nobleza de mi reino. Mandaré reconstruir el castillo de Windsor para la ocasión. Habrá un nuevo salón, grande como el de Versalles, donde se celebrará el banquete. Y todo será moderno, es decir, francés. Nada de grifones, aves canoras ni rosbif seco para nosotros, signor. Tendremos hielo, montañas de hielo. Hielo para enfriar las langostas, las fresas y los espárragos; hielo seco para mantener frío el champán... Puede que incluso una de esas fuentes de hielo dotadas de un mecanismo de las que tanto he oído hablar...

—No puedo... —empecé a decir pero luego me interrumpí. No se decía no a un rey, o al menos no abiertamente—. Sería necesaria una gran cantidad de hielo, sire. Mucho más del que se ha empleado hasta ahora en este país.

—Y quiero que creéis un postre para la ocasión, signor —continuó, como si yo no hubiera dicho nada—. Algo incluso más delicioso que lo que habéis elaborado para el rey Sol.

—¿En honor a algún invitado en especial, sire?

—Sí. —Hizo una pausa, aunque yo ya sabía lo que iba a decir—. Se trata de mademoiselle de Keroualle. Quiero que preparéis algo para ella.

—¿Y se servirá a todo el mundo?

El rey sacudió la cabeza.

—Sólo a la mesa real. Será como el esturión, la marsopa o el cisne: un plato reservado sólo a mí y a los más allegados. Para ella y para mí, y para nadie más.

Entonces comprendí lo que tenía en mente. Todos los banquetes, de un modo más o menos explícito, tienen un tema. Cada festín expresa la visión que tiene de sí mismo el anfitrión y su lugar en el mundo. Desde el cabeza de familia que trincha el ave de corral los domingos hasta el silencioso círculo de puritanos que bendicen el pan de todos los días, cualquier comida, ya sea humilde o suntuosa, emplea un lenguaje ceremonial dirigido a quien está en condiciones de comprenderlo.

¿Qué mejor manera para Carlos de expresar su inclinación por las modas, los usos y placeres de Francia, que mediante una extravagante exhibición de los manjares franceses más refinados y en boga?

¿Y qué mejor modo de simbolizar su propio estatus que sirviendo un plato prohibido a sus propios invitados?

No quería simplemente dejar constancia de sus gustos europeos. Estaba haciendo una declaración política. Dedicando el plato a Louise, estaba diciendo que no le importaba lo que pensara la gente del hecho de que apoyara abiertamente a Francia. Del mismo modo que Luis XIV era el indiscutible y autocrático gobernante de Francia, el helado de Carlos demostraría que él quería seguir sus pasos en Inglaterra, convirtiéndose en un monarca absoluto y arbitrario.

Era todo aquello a lo que el Parlamento lo había obligado a renunciar cuando le

devolvió el trono. Y mi trabajo era crear dicho plato.

Me incliné de nuevo.

—Trataré de preparar algo que esté a la altura de las circunstancias, sire.

—Estoy seguro de ello, signor —dijo, con su encantadora sonrisa—. Quiero que ese banquete muestre al mundo de qué somos capaces vos y yo. Sé que no me decepcionaréis.

—Es algo demasiado grande —dijo lord Arlington de inmediato—. No puede permitírselo.

—¿Tendrá que reconsiderar sus planes?

Arlington sacudió la cabeza.

—No, él es incapaz de economizar. Si quiere reconstruir Windsor y organizar un banquete para mil invitados, no le quedará otra opción que declarar la guerra. Sin la pensión de Luis, estará arruinado dentro de seis meses. Haced lo que os ha pedido, Demirco. Y no reparéis en gastos.

El agua, en Londres, era fétida, y el Támesis, negro, estaba lleno de excrementos. Antes de que los ríos se congelaran, me puse a buscar una fuente de hielo puro.

La encontré más allá de Hampton Court. Una serie de lagos alimentados por un manantial en un terreno llano, al que era fácil acceder con un carro, propiedad del rey. Explicué al desconcertado mayoral de esas tierras lo que necesitaba.

—¿Queréis cortar el hielo y conservarlo?

—Exacto. Necesitaré jornaleros, muchos jornaleros. Y herramientas especiales que deberá fabricar un herrero. Os haré unos bocetos.

Ordené que construyeran un granero para poder conservar el hielo sacado directamente del lago y el hombre se negó en redondo.

—No hay dinero para construirlo. El rey no paga a su gente desde hace tres meses.

—Si es para eso, les pagará —le aseguré—. Es necesario; necesita el hielo.

Cuando le dije a Elias que pasaríamos el invierno en Hampton, su expresión se ensombreció de golpe.

—¿Qué ocurre, muchacho?

En tono dubitativo, me respondió:

—Entonces nos perderemos la Navidad.

—¡Elias! —exclamó su madre, que lo había oído—. ¿La Navidad? ¿Qué estás diciendo?

El muchacho bajó la cabeza, avergonzado.

—Algunos niños dicen que será un día de fiesta.

Sin pedirme permiso, Hannah lo mandó a un rincón. Pensé que le estaba regañando por su falta de entusiasmo por el trabajo, pero me di cuenta de que el motivo era otro. Intentó hablar en voz baja, pero la cólera le hizo alzar el tono.

—¡... como si ya no fuera bastante grave que trabajes para un papista! Pero no te permitiré que celebres sus fiestas. Y ahora vete, y no quiero volver a oír hablar de la Navidad.

Antes de contestarle, esperé a que el muchacho se fuera y que Hannah empezara a golpear con furia las marmitas. A decir verdad, me parecía divertido: no se me había ocurrido que, mientras que yo estaba preocupado sobre la conveniencia de dar trabajo al hijo bastardo de una puta, la puta en cuestión se preguntaba si era conveniente trabajar para mí.

—Deduzco que no celebráis la Navidad —dije.

—Así es.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Bajo el Protector se decidió que no había ninguna necesidad.

—Mientras que el aniversario del Protector era una fiesta pública, ¿verdad?

Me miró fijamente.

—Mostradme el pasaje de los Evangelios en el que se dice que el veinticinco de diciembre es el cumpleaños de Cristo y lo celebraremos. Hasta entonces, nos basta con el domingo para consagrar al Señor.

—Sin duda —dije—. Parece más que suficiente. Aunque, desde que estoy aquí, no he visto que ningún sirviente de esta posada vaya a misa, ni siquiera en domingo.

Me respondió con voz inexpresiva.

—Vamos cuando debemos ir. Así son las cosas en Inglaterra. Vas a la iglesia dónde y cuándo te lo dicen; en caso contrario, eres considerado un disidente.

—Entonces creo que necesitáis más fiestas, no menos.

—¿Por qué? —me pregunta, irritada—. ¿Para escuchar los sermones de hombres vestidos con hábitos sagrados que dicen ser los únicos que conocen la palabra de Cristo? ¿Que murmuran plegarias como si fuesen conjuros y hablan del Espíritu Santo como si se tratara de una suerte de hechicero invisible?

—Y también creo —proseguí, tímidamente— que aunque vuestros obispos no dudarían en definirme como un papista delirante, no tendrían una opinión mucho mejor de ti.

—¡Los obispos! —exclamó, indignada.

—Sin ellos no existiría la Iglesia.

Por un momento parecía hacer un esfuerzo por guardar silencio. Luego, sin embargo, dijo:

—Pero la tuvimos. Al menos durante un tiempo.

—¿Cómo? ¿Nada de Navidad ni de obispos?

—Estábamos construyendo el reino de Dios —dijo, con un extraño orgullo y una expresión desafiante—. Un experimento sagrado. Eso fue lo que nos dijeron. Y vimos que era verdad..., lo *sentimos* cuando el Espíritu anidó en nuestros corazones. Un reino sin reyes. Una Iglesia sin iglesias. Un país sin cadenas: nada de propiedades, privilegios ni derechos de nacimiento. Un lugar donde ningún hombre nacía con

riendas en la espalda para que otros pudieran cabalgarlo, donde cualquier hombre podía decidir cómo profesar su religión, al igual que cualquier mujer, y donde las únicas leyes que había que respetar estaban escritas en nuestros corazones. —Recitó todo ese discurso como si fuera una cantinela, como una letanía que había repetido en muchas ocasiones y que sabía que no debería haber soltado en aquel momento. Me miró con franqueza—. Y aún estoy convencida de que eso volverá a ocurrir algún día, aunque no sé si estaré aquí para verlo. El rey Carlos nos abandonará, y su trono lo ocupará el rey Jesús. No nos inclinaremos ante ningún hombre, y todos seremos libres.

—Basta ya —la interrumpí. De pronto, me sentí asustado—. Esto es una traición y una herejía, mujer. Vigila esa lengua, y no vuelvas a decir esas cosas.

## *Louise*

Una mañana, Carlos me trae un regalo. Otro regalo, debería decir, porque a lo largo de las últimas semanas me ha hecho unos cuantos. Pero ninguno como éste.

Un collar. De rubíes. Más oscuros que las pasas de Corinto, más oscuros que la sangre. Me lo abrocha alrededor del cuello y luego me coloca ante un espejo.

Lo miro mientras me acaricia un lado del cuello con el dedo, muy suavemente, casi sin tocarme, trazando como una línea desde la oreja hasta el punto donde el collar reposa sobre la garganta.

—Necesitáis unos pendientes, según la moda francesa —dice, bruscamente—. Soy un necio por no haberlo pensado. Yo os los traeré.

—Su Majestad ya ha sido muy generoso. No necesito joyas, de verdad.

—Sois una gran dama de Francia —dice, irónicamente—. ¿Cómo voy a cortejaros si no es con joyas?

—¿Su Majestad me está cortejando?

Silencio. En el espejo, sus ojos buscan los míos.

—Supongo que sí.

—Entonces no puedo aceptar esto, porque no puedo respetar mi parte del acuerdo. —Agarro el collar para quitármelo, pero el cierre es complicado—. ¿Podéis ayudarme, por favor?

Extiende el brazo, como si tuviera intención de ayudarme, pero luego posa una mano sobre las mías para impedir que las mueva. Luego coloca la otra sobre mi vientre.

Y siento... Siento...

No soy capaz de ponerlo por escrito. ¿Qué palabras pueden utilizarse para describir ese estallido de calor y turbación? Noto una sensación, como el tacto de la seda; es algo desconocido, inesperado. Como un unguento disolviéndose dentro de mí, una vela derritiéndose bajo la llama.

Sus labios rozan mi cuello, vacilantes, como si supiera que no debería hacerlo pero no pudiese evitarlo.

Levanto la barbilla. Siento que mi espalda se arquea, involuntariamente.

Aumenta la presión de la mano, atrayéndome hacia él, y me doy cuenta de que está excitado. Dejo escapar una exclamación de sorpresa.

—Quedaos con el collar —dice, soltándome—. No hay ningún acuerdo que respetar ni ningún acuerdo que romper. Es un regalo sin condiciones.

En una ocasión, me dice:

—Decidme una cosa.

—¿Qué, Carlos?

—Si no fuera por vuestra virtud, si el mundo fuera un lugar distinto y vos y yo fuéramos libres de hacer lo que quisiéramos..., ¿sería la clase de hombre que...?

Estas dudas no son propias de Carlos. Pienso que alguna mujer debió de ser cruel con él, y a pesar de su encanto no ha sido capaz de superarlo.

—Carlos, sois un hombre muy apuesto y muy amable. Cualquiera mujer sería afortunada de teneros como esposo. Sin embargo, no puedo responder a vuestra pregunta. Mi virtud es una parte de mí, como lo son también mis manos o mi cabeza. No soy capaz de imaginarme quién sería sin ellas.

Bruscamente, dice:

—Entonces, conservad vuestra virtud. Os amo demasiado para desearos de otra forma.

Me da la espalda. Incluso yo, con mis excelentes modales, soy incapaz de ocultar mi sorpresa al oírle decir por primera vez esa palabra.

## Carlo

Almacenad hielo durante el invierno; así, podréis disfrutar del placer de tomar helado durante el caluroso verano.

*El libro de los helados*

«La cosecha». Así me había referido al almacenamiento de hielo durante la conversación con el rey. Y eso era exactamente lo que era. Contemplar la primera escarcha en el parque de St James fue como descubrir los primeros brotes de una cosecha largamente esperada. Todos los días eran un poco más firmes, más fuertes, alimentados por la oscuridad y del frío cada vez más intenso. Ahora, los hombres caminaban apresuradamente por las calles, cubiertos con pieles. Los caballos de tiro pateaban, esperando mientras descargaban los carros, y lanzaban penachos de aire caliente cuando avanzaban por los pedregosos caminos.

Luego llegó la nieve. Si la escarcha era el brote, la nieve era la flor. Unos enormes pétalos de nieve se amontonaban por toda la ciudad, tiñendo de blanco los tejados; con cada nevada duraban más tiempo, y su grosor aumentaba.

Sin embargo, el hielo aún no estaba duro. Era una fruta de invierno que maduraba lentamente. Al principio era un pequeño *brûlée* de caramelo sobre un charco. Luego, un disco de cristal. Y, finalmente, un resistente plato de porcelana blanca, con grietas que los niños pisaban con la intención, infructuosa, de romperlo.

—El hielo —le expliqué a Elias—, incluso el que parece estar duro, necesita su tiempo. Se endurece muy despacio; aproximadamente, tarda una semana. Y, cuando más duro esté, más tarda en fundirse. No queremos porcelana; queremos hierro.

—Entonces, ¿esperamos?

—Esperamos —confirmé.

Al cabo de una semana, el hielo estaba tan duro como el hierro. Era el momento de volver a Hampton, donde, evidentemente, reinaba el caos. El mayoral no había cumplido mis órdenes, los jornaleros holgazaneaban y el granero que había mandado construir se usaba para el ganado. Lo único perfecto era el hielo, lo bastante sólido como para resistir el peso de un caballo con su jinete, duro y resistente como la tierra helada.

Invoqué el nombre del rey y maldije un buen rato en italiano. Poco a poco, reunieron mi cosecha.

Una mañana me desperté y descubrí que el aire también era de color blanco. Una helada niebla marina había llegado del este y, con ella, un frío tan intenso que las hojas de acebo podían romperse en dos como un panecillo. Todas las ramas, grandes y pequeñas, estaban cubiertas por un manto blanco.

Recordé que Louise me había hablado de Brest, y me pregunté qué estaría

haciendo en aquel momento. Traté de ahuyentarla de mis pensamientos. Sin embargo, a veces, a través de la helada niebla, me parecía vislumbrar una figura con un vestido hecho jirones bailando en medio de la nieve.

## *Louise*

Ahora, los canales y los lagos del parque de St James están helados. Carlos y su hermano Jaime me enseñan a deslizarme sobre el hielo; «patinar», así es cómo lo llaman, una palabra holandesa. Aprendieron a hacerlo durante los años que pasaron en los Países Bajos. Jaime es el mejor de los dos, hecho que irrita a Carlos, ya que en todos los demás deportes supera con creces a su hermano menor.

A veces, Jaime patina junto a mí y me sujeta: una mano apoyada en un flanco para que mantenga el equilibrio, y la otra en la espalda para que no me caiga; me empuja hacia delante, obligándome a hacer una curva lenta, con la única fuerza de sus largas piernas, mientras yo me esfuerzo por mantener las mías firmes para no caerme.

—¡Por todos los diablos! Parece que esté a punto de abrazaros —se queja Carlos.

Está celoso, y tiene ciertos motivos para estarlo: Jaime me sujeta más de lo debido, rodeándome con la mano o atrayéndome hacia él más de lo estrictamente necesario.

Es un hombre extraño. Físicamente se parece a Carlos; dicho de otro modo: es apuesto. Sin embargo, lo que en Carlos resulta fascinante, en él parece adusto. Los asuntos religiosos y políticos lo atormentan. En su rostro siempre hay una expresión de ansiedad o de arrepentimiento. Aun así, dicen que es más inteligente que su hermano y que es él quien se ocupa de las delicadas cuestiones de Estado cuando Carlos pierde la paciencia.

Su gusto con respecto a sus amantes es motivo de burla en Whitehall: dicen que, a modo de penitencia, se asegura de que siempre sean más feas que su esposa.

Y también es almirante de la flota. Como tal, nadie es más importante que él cuando se trata de aconsejar a Carlos sobre si declarar la guerra o no. También dicen que, en secreto, se inclina por la Verdadera Fe. De ser así, no tendrá los mismos escrúpulos de algunos ministros del rey a la hora de declarar la guerra a un país protestante. Este conflicto podría considerarse como una prueba. ¿Salvará su alma o ayudará a su hermano a permanecer en el trono? Es un difícil dilema para un hombre devoto.

¿Y quién mejor para hablar de esos asuntos que una dama católica y muy virtuosa, llegada recientemente de Francia?

Pasamos largas tardes leyendo *Lettres Provinciales* y debatiendo las opiniones de Pascal acerca del alma.

A Carlos no le gusta.

—¿Por qué pasáis tanto tiempo leyendo con mi hermano?

—Majestad, seréis bienvenido si queréis uniros a nosotros.

—No se me ocurre nada más tedioso que hablar de religión con Jaime, aunque en este momento no hay muchas cosas que hacer. Si la tierra no se deshela, las carreras

de este año acabarán antes de empezar.

—Cuidado con tirar demasiado de la cuerda —me advierte lady Arlington—. En esta época del año, el rey está muy irritable. Sería el momento perfecto para yacer en su lecho. Con un buen fuego y una colcha de pieles, sus aposentos serían el sitio más acogedor de todo el reino.

Ahora, cuando me habla así, mi táctica consiste en hacerme la tonta.

—Mi fuego tiene el punto justo de calor, gracias. El carbón de Londres es excelente, ¿no os parece?

Ese invierno, uno de sus hombres del Parlamento difunde un poema que empieza así:

*Si tuviéramos un mundo y un tiempo sin límites,  
Sus evasivas, señora, no serían un crimen...*

Carlos me la envía con una nota: «Este hombre es uno de mis enemigos y un grosero autor de panfletos, pero, de algún modo, expresa mis pensamientos con más elocuencia que yo».

Por las noches, diversión. Este invierno, la moda son los bailes de máscaras. En Banqueting House y en los palacios de Pall Mall, disfrazados, bailamos y chismorreamos. Tengo una docena de máscaras distintas: con lazos, con plumas, con hojas plateadas y de cuero trabajado.

Y una que sigo llevando cuando me quito las demás.

Demasiadas capas de vestimenta. He visto al rey sin máscara, aunque no sin peluca. ¿Se la quitará, me pregunto, cuando se lleve a una mujer a su lecho? De repente, me lo imagino con su camisa de dormir, mientras se quita su exuberante peluca, revelando, debajo, un pelo como el de un soldado. Un pelo negro, rasurado. Debe resultar ridículo y cómico ver al monarca privado de su dignidad. Sin embargo, la idea me provoca una suerte de ternura.

En los bailes, el rey y su hermano son fáciles de reconocer, por la elegancia de sus vestimentas y por su estatura. A veces, sin embargo, es difícil distinguir a uno del otro. Sólo la actitud del rey —su fluidez en los movimientos— permite identificarlos.

Y también porque Jaime me corteja con cierta torpeza. Intenta hablar conmigo, suscitar mi interés por algún acontecimiento o chismorreo del momento.

Carlos, en cambio, se limita a mirarme desde detrás de la máscara con sus ojos oscuros, más elocuentes que las palabras.

## Carlo

La canela, la galanga, el sasafrás y el clavo son especias perfectas para los helados. El de nuez moscada, por supuesto, está a la altura de los más grandiosos helados, y es idóneo para el invierno. Servirlo con tarta de manzana tibia y una copa de cerveza caliente con especias.

*El libro de los helados*

En esos momentos, Inglaterra estaba cubierta de nieve. Gemía bajo su peso, sufría una indigestión. Mis jornaleros estaban desesperados, empujando carros cargados de hielo a través de las interminables montañas de nieve. Hubo que envolver con pieles los cascotes de los caballos y, aun así, a fuerza de avanzar por parajes fríos y húmedos, algunos se infectaron y tuvieron que soltarlos, abandonándolos a su suerte. A veces nos quedábamos atrapados durante días en medio de una tormenta que nos quemaba la piel de la cara y nos llenaba de copos de nieve cada pliegue de la vestimenta. En otras ocasiones lucía un cielo azul, luminoso y tranquilo sobre un mundo que se había vuelto de color blanco; el aire despedía destellos, como el polvo que suelta la piedra de un marmolista. Los montículos de nieve se levantaban en todas las casas y carros helados, como la corteza de una tarta recién sacada del horno.

Estaba en mi elemento.

No me bastaba con llenar el depósito de hielo del rey. Aquello habría sido suficiente para su familia, pero la corte y sus festejos tenían otras necesidades. Por eso debía encontrar y llenar bodegas donde el aire fuera frío todo el año, graneros de hielo con los que pudiera volver a llenar las despensas de St James.

Las bodegas raramente estaban cerca de los buenos caminos, y ahora, incluso los mejores caminos eran intransitables. Las cruces de los caballos mostraron en seguida las marcas de nuestros látigos.

Elias y yo no regresamos a Londres hasta mitad de enero, al frente de una caravana de carros. Aunque era poco después de mediodía, estaba cayendo ya la noche; en aquellos días, en pleno invierno, había pocas horas de luz. Al pasar por Ludgate vimos el gran río a nuestros pies. Por un momento pensé que habían encendido los famosos fanales que advertían a Londres de las invasiones, pero luego me di cuenta, sorprendido, de que las hogueras ardían en el propio río, sobre el hielo, una hilera de llamas que se extendía hacia el este, hasta más allá del horizonte.

Parecía un circo o el campamento de un ejército. Había castillos de tela, tragallamas, osos bailarines, malabaristas, bufones y linternas volantes. Las chispas de fuegos artificiales de colores iluminaban las caras de la muchedumbre. Las banderas ondeaban al viento y el sonido de la música llegaba hasta nosotros.

—Son los balseros —dijo Elias, que iba sentado junto al carretero—. Cuando ya

no pueden mover sus barcas, declaran abierta la feria del hielo. Sólo ellos tienen jurisdicción entre ambas orillas del Támesis.

El camino que recorríamos conducía al río. Pronto me llegó el olor de castañas asadas y el aroma cálido y acre de la cerveza.

—¿Queréis parar? —preguntó el carretero, lamiéndose los labios.

—No —dije—. Debemos llevar el hielo a su destino.

Cuando por fin llegamos al Lion, exhaustos tras toda la noche descargando los carros de hielo, el sitio estaba desierto, salvo por un sirviente. Titus Clarke había montado una tienda de licores en la feria del hielo, y Hannah vendía sus tartas.

Con curiosidad, acompañé a Elias hasta el río, donde una carroza de seis caballos llevaba a las pasajeros de una orilla a la otra. El cochero me aseguró que no había ningún peligro, pero yo le tenía demasiado respeto al hielo para desafiarlo, y seguí andando. En la tienda del Red Lion, Elias se reunió con su madre: ella lo abrazó y le dijo que parecía que había crecido casi un pie. El muchacho parecía un poco incómodo por las muestras de afecto. No había crecido sólo en estatura, pensé, divertido. La sonrisa de bienvenida que me dedicó a mí fue cálida.

—Gracias por cuidar de él —dijo.

Asentí y los dejé solos.

Todas las tiendas tenían la insignia de una posada y, de común acuerdo, sólo ofrecían una bebida. En la de Three Bells se bebía *arak*, la de Coach and Horses ofrecía ajeno y en la del Red Lion se servía *mum*, una cerveza muy fuerte.

—¿Por qué se llama así? —le pregunté a Titus Clarke.

—Porque si bebéis mucha os convertís en eso —respondió con jovialidad, mientras me servía una espumeante jarra de metal—. El *mum* tiene el poder de dejaros sin habla, como muchos hombres han descubierto, muy a su pesar<sup>[2]</sup>.

Tomé un trago: era una cerveza espumosa y caliente con safrán y clavo, agradable, aunque demasiado aromática, hasta el punto de que me recordaba a un jarabe para la tos. A mi alrededor, hombres y mujeres tomaban enormes jarras de la bebida. Me bebía la mía con moderación: en Italia no somos tan propensos a la embriaguez como los ingleses. Para mi sorpresa, me sentía feliz de estar de vuelta en Londres: mientras estaba en el campo, no fui consciente de cuánto echaba de menos su fuerte y constante energía. Seguí paseando. Me entretuve un rato viendo un combate de perros contra un toro y algunas peleas de gallos. La gente comía tarta de manzana y otros dulces. El olor a nuez moscada y a canela llenaba el aire.

Al cabo de un rato escuché un grito: «¡El rey!». Levanté la vista. Una procesión de una docena de carrozas avanzaba por el hielo desde Whitehall. Mientras miraba, se detuvieron, y de ellas bajaron hombres y mujeres que se quedaron de pie sobre el hielo. Muchos llevaban patines bajo sus elegantes vestimentas, y cuando empezaron a moverse, con la gracia de un bailarín, la multitud les dedicó una ovación. Vi a Louise entre ellos, patinando hacia atrás en círculo mientras se hinchaba su vestido de seda

dorada. Luego, el rey le tendió la mano, y ambos se dirigieron hacia el puente, dejando atrás al resto, moviendo las piernas al unísono. Los largos cabellos negros de Louise ondeaban al viento. Parecían dos espléndidos pájaros volando sobre el río.

Me volví hacia la feria, que de repente, sin su presencia, parecía más oscura y fría.

Lo siguiente que recuerdo es que me desperté, fatigado, en mi estancia del Lion. Alguien me había desvestido; quienquiera que lo hubiera hecho, había doblado cuidadosamente mi ropa junto a la cama e incluso se había llevado mis botas para que las limpiaran. Me erguí dando un brinco, alarmado, y en seguida me arrepentí de haberlo hecho: tenía un insoportable dolor de cabeza, como si fuera una roca partida por la mitad por el martillo de un cantero. Después de todo, parecía que había sucumbido al vicio de los ingleses, y que había bebido demasiado.

Lamentándome, bajé al comedor. Me pareció que las cocinas estaban funcionando —me llegaba el olor de las tartas horneándose—, pero no había nadie y no estaba en condiciones de gritar. Finalmente fue Rose, una prostituta de la peor ralea, quien me sirvió el desayuno.

Tardé un poco en darme cuenta de que se había sentado en la mesa de al lado y que me estaba mirando mientras comía.

—¿Cómo estáis? —me preguntó, con lo que intentaba ser una comprensiva sonrisa.

Fruncí el ceño.

—La cabeza me da vueltas.

—No me sorprende si era la primera vez que probabais el *mum*.

Así pues, me había visto la noche anterior.

—Entonces ¿me he quedado mudo? ¿Aturdido por el alcohol?

Ella echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—¿Vos? ¿Mudo? No. Todo lo contrario. No parabais de hablar.

Ni que decir tiene que no recordaba nada.

—Y..., ¿sobre qué hablaba?

—¿De verdad no os acordáis?

—Si me acordara —señalé— no tendría que preguntarlo.

Ella asintió.

—Tenéis razón. Digamos que apenas entendí nada. Y Mary tampoco. Sobre todo las frases en italiano. Eran muy agradables y persuasivas, pero no se puede decir que fueran inteligibles.

Me pregunté qué significaría «persuasivas». Pero, al parecer, no había desvelado mis secretos. Un motivo más para jurar no volver a probar nunca más el *mum*, por si el aturdimiento y el dolor de cabeza no hubieran bastado para tomar dicha decisión.

Fuera lo que fuera lo que hubiese ocurrido aquella noche, tuvo otra imprevista

consecuencia. En lugar de estar horrorizados por mi falta de control, los clientes habituales del Lion parecieron tomárselo como una prueba de que ahora, como solían decir, era «uno de ellos».

—Cuando llegasteis pensamos que erais un engreído —me confesó Mary, la otra prostituta—. Pero ahora sois un hombre como todos, ¿verdad?

Estaba perplejo. Por una parte, sentía la tentación de puntualizar que, como pastelero de Su Majestad, difícilmente podía considerarme uno de ellos; por otra parte, estaba feliz al ver que aquella gente ya no me consideraba un forastero. Así pues, decidí que lo mejor que podía hacer era aceptar su amistad con el mismo espíritu que me la ofrecían.

A Mary y Rose, sobre todo, les encantaba chismorrear sobre lo que ocurría en la corte, y ahora que yo era —de algún modo— más asequible de lo que había sido hasta entonces, solían venir a importunarme a menudo mientras estaba trabajando.

—¿Lady Castlemaine es realmente tan bella como dicen?

—¿Y el rey? ¿Cómo es?

—Su Majestad es muy elegante. Y muy alto. Ésa es la característica que lo distingue: su altura.

—¿Es cierto que lady Arlington tiene cien vestidos?

—No los he contado, pero en Versalles, cien vestidos no serían muchos para una dama amante de la moda.

Pero quien más las fascinaba era Nell Gwynne. «Nuestra Nell», como solían llamarla. Aunque yo la mirara con recelo cuando escuchaba su nombre y me aventurase a decir que la actriz era una criatura vulgar y poco recomendable, eso no hacía sino aumentar la fascinación que sentían por ella. El hecho de que Nell hubiese empezado siendo una simple prostituta —«una seductora de carbonera», como le gustaba llamarla a Mary— y luego hubiese conquistado los escenarios, la fama y finalmente el lecho del rey, les parecía una suerte de cuento de hadas, tanto más porque sus sórdidos comienzos les recordaban a sus propias vidas.

—Yo también vendía naranjas, como ella, pero en el teatro del duque, no en el del rey. Tenía once años cuando un caballero decidió que quería algo más de lo que había pagado —dijo Mary.

Yo cambié de tema en seguida, aunque no era ella sino yo quien se sentía incómodo.

Habían oído hablar de Louise de Keroualle, pero la idea que tenían de ella se basaba en un prejuicio distinto: que, siendo francesa como era, había sido enviada a la corte con el único propósito de seducir al rey. Todas mis objeciones para convencerlas de lo contrario fueron recibidas con una educada aunque obstinada incredulidad. Una de las muchachas incluso tenía un libro que narraba la presunta biografía de Louise y, puesto que no sabía leer, me pidió si podía resumirle su contenido. No decía más que un montón de obscenidades, y tras echar un vistazo, me negué en redondo a hacerlo.

Eran más chismorreos y parloteos a los que no presté mucha atención; sin embargo, para mi sorpresa, cuando Robert Cassell me hacía sus regulares visitas, parecía más interesado en los cotilleos de la taberna que en mis progresos en la elaboración de un helado más cremoso.

—¿Algo más? —dijo, inclinándose sobre la mesa y mirándome fijamente con sus brillantes ojos de militar—. ¿Hablan de otras naciones, quizás?

—Bueno, están bastante convencidos de que fueron los holandeses quienes provocaron el gran incendio.

—¿De veras? —preguntó, con una leve sonrisa.

—Les dije que probablemente era Dios quien castigaba a su país por cometer regicidio.

—Hum —murmuró—. Creo que, de momento, deberíais guardaros para vos ese parecer. En los próximos meses, opiniones como éstas encenderán los ánimos. En realidad, por muchas razones, sería mejor que afirmarais que habéis oído decir, a muchas personas ilustres de la corte, que fueron los holandeses quienes provocaron el incendio.

Una de las personas que apenas participaba en los chismorreos era Hannah. Y aun así, puede que para mi sorpresa, discutía con ella casi tanto como con las otras dos. Rose y Mary eran demasiado crédulas, pero Hannah era muy desdeñosa.

—Hann —la llamaban cuando cruzaba el comedor—. Tienes que oír esto. El signor Carlo nos está contando sobre la vez que, en un baile, sirvió una copa de nieve con sirope de agua de rosas a la condesa de Sedburgh.

—No conozco a la condesa de Sedburgh —repuso Hannah, sin detenerse—. Así pues, no me interesa mucho saber lo que come.

—Pero es muy hermosa... —objetó Rose.

Pero ya era demasiado tarde; Hannah ya no podía oírla. Me pareció que se mostraba más fría con nosotros que la noche de la feria del hielo; sin embargo, el invierno era la época del año en que estaba más atareada con sus tartas, o sea que puede que sólo estuviera muy ocupada.

En otra ocasión repetí algunos de los comentarios que me había hecho el rey sobre la fiesta en honor de la Orden de la Jarretera, en Windsor, y el destacado papel que yo tendría en esa celebración.

—De modo que tiene suficiente dinero para gastar en palacios y banquetes, pero no en pozos y hospitales —dijo Hannah, que me había oído—. Y es dinero de nuestros impuestos, hasta el último penique.

—La forma en que el rey invierte su erario sólo compete a Su Majestad y a sus consejeros —observé—. ¿Cómo podemos nosotros, con la poca información de que disponemos, cuestionar las decisiones de los grandes hombres?

Entonces, Hannah se detuvo. Se paró de repente; fue algo tan poco habitual que me llamó la atención.

—¿Y qué hace que una persona sea más grande que otra? —preguntó.

—Su cuna, sus maneras y su sangre —respondí de inmediato—. Puede que no siempre te gusten las personas que Dios ha puesto por encima de ti, pero ciertamente no puedes dudar que sea obra suya. Del mismo modo que el rey merece el mismo respeto que se debe a Dios, porque él es su representante, sus cortesanos merecen el mismo respeto que se debe a los ángeles.

Puede que no me expresara con suficiente claridad, porque Hannah se limitó a echar la cabeza hacia atrás y a reírse a carcajadas.

—Y me imagino que vos os incluís entre ellos, ¿verdad? —dijo, cuando dejó de reírse—. Porque si vos sois un ángel, entonces yo soy el culo de un francés.

Me quedé mirándola fijamente, sin saber de dónde venía aquella nueva animosidad. Estaba seguro de que no estaba refiriéndose a mis humildes orígenes: eso era un vergonzoso secreto del que nunca había hablado. A menos que hubiera revelado mi baja cuna mientras estaba borracho... La miré, tratando de hallar alguna pista en la expresión de su rostro. Sin embargo, ya me había dado la espalda y había desaparecido.

## Carlo

Para preparar un sorbete de nísperos: hervir a fuego lento dos libras de pulpa de nísperos con una taza de azúcar y el zumo de un limón, removiéndolo con una cuchara o un bastoncillo. Se puede mejorar añadiéndole uno o dos vasos del licor obtenido con endrinos o las ciruelas silvestres que crecen en climas.

*El libro de los helados*

De todos los árboles frutales, puede que el níspero sea el más extraño. En el árbol, los frutos son duros y amargos, pero si se deja pasar el invierno, el hielo ablanda la pulpa. Sólo cuando la piel se vuelve de color marrón la pulpa está lo bastante mórbida para comer, dejando el leve rastro ahumado y mohoso de las piezas de una cacería o del queso envejecido en húmedas bodegas. En Inglaterra llaman a esta proceso *bletting*, fermentación, una palabra que sugiere que una fruta está madura pero no podrida.

La primera vez que hablé con Louise lo hice en un bosquecillo de nísperos.

Preparé un helado de nísperos y lo endulcé con un licor perfumado, de aroma ligeramente medicinal, obtenido con endrinos. Lo dispuse sobre un lecho de nieve fresca traída del campo y se lo llevé.

Sus aposentos bullían de actividad. Habían derribado un muro, para unir sus estancias a las adyacentes. Los artesanos estaban repintando las paredes con frescos y columnas *trompe l'oeil*. Otro pintor le estaba haciendo un retrato. Un grupo de damas de compañía estaba mirando y chismorreaba desde el otro extremo de la estancia.

—Os he traído un helado —dije, inclinando la cabeza.

—Signor Demirco. —Luego, dirigiéndose al pintor, añadió—: Estaré con vos en seguida.

El pintor parecía furioso, pero soltó el pincel, asintiendo con la cabeza.

—Venid.

Me condujo a un rincón discreto.

—¿Qué ocurre? —le pregunté, mientras le entregaba el helado.

—¿Os referís a esto? Oh, él está renovando mis aposentos. Al parecer, debo tener una alcoba tan grande como una sala de baile para mi *ruelle* matutina, cuando viene a visitarme con sus amigos. Y una sala de baile para cuando quiera bailar.

Él, observé. *Ya no era el rey ni Carlos.*

Llevaba un vestido con cientos de perlas cosidas. Se había ataviado así para el retrato, por supuesto, pero también estaba muy cambiada. Ya no era una muchacha, una niña, sino una dama: una gran dama de Francia, refinada y elegante.

¿O puede que esas diferencias no estuvieran en ella, sino en mi forma de verla,

por todo lo que la rodeaba? El vestido, la seda, las damas de compañía, el pintor de retratos, los suntuosos aposentos...

—¿Habéis tenido un invierno agradable? —me preguntó—. ¿Conseguisteis vuestro hielo?

Asentí con la cabeza.

—El suficiente para servir helados a toda Europa. ¿Y vos? ¿Cómo están vuestras relaciones con Su Majestad?

—¡Oh, Carlo! —exclamó, seria.

—¿Qué ocurre?

—El rey se ha enamorado de mí.

—¿Y eso? Ya lo estaba antes de que yo me fuera.

—Pero ahora parece casi... trastornado. Como si estuviera sufriendo. No he sabido cómo tratarlo. Y ahora ambos estamos atrapados. No puede desposarme, pero no soporta la idea de renunciar a mí: ni vos ni yo podemos regresar a casa hasta que consigamos provocar esa guerra. ¿Qué voy a hacer?

—¿Qué ha hecho precipitar los acontecimientos?

—La esposa de su hermano, Anne Hyde, ha muerto.

—Eso he oído.

Decían que en su lecho de muerte había rechazado a su confesor, diciendo que prefería morir en pecado pero en la Verdadera Fe que bendecida por un falso credo. La gente con la que había hablado en el campo estaba convencida de que los Estuardo eran católicos en secreto.

—La cuestión es: ¿quién se casará ahora con Jaime? Una mujer joven, dice él, hermosa y, naturalmente, católica.

De pronto, lo comprendí.

—¿Vos?

Ella asintió.

—En cualquier caso, él lo ha hablado con Carlos. La discusión fue terrible... Carlos pensaba que yo lo había animado a hacerlo. Y no lo hice, por supuesto. Sólo intentaba conseguir su apoyo para la guerra.

—¿Y qué pasó?

—Les dije a ambos que no podía aceptarlo.

Sabía lo que eso debía de haber significado para ella: rechazar una oferta de matrimonio del heredero al trono de Inglaterra.

—No tenía elección —añadió—. Colbert y Arlington fueron muy claros: amante de Carlos o nada.

—¿Y la guerra?

Se encogió de hombros.

—Me temo que ahora está más lejos que nunca. He conseguido influenciarlo en algunas nimiedades, eso es cierto, pero no en eso.

Parecía tan abatida, allí, sentada, que tomé una impulsiva decisión.

—Huyamos juntos —dije—. Ahora. Hoy. Tomaremos un barco con destino a España o a Sicilia. Desposadme o no, vos decidís. Pero al amanecer podríamos estar en Dover. Y dentro de una semana en Madrid. Mis helados son los mejores de Europa; a los españoles les encanta el helado, no nos moriríamos de hambre.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo hagáis —respondió, en voz baja—. No debéis hacerlo, Carlo. El rey me ama.

—Y vos, ¿lo amáis?

Sacudió nuevamente la cabeza, y comprendí que no me estaba contestando, sino sólo advirtiéndome que no volviera a preguntárselo nunca más.

Regresé al Red Lion. Lo admito: de camino, me detuve en otra taberna, la más cercana, y me tomé tres jarras de *mum*.

Luego entré en el Lion en busca de una mujer.

Podría haber sido cualquiera, pero fue a Hannah a quien me crucé en las escaleras.

—Ven —dije, bruscamente—. Necesito tus servicios.

—¿Para preparar crema para los helados?

—Me refiero a otra clase de servicios. Los que ofreces a todos los clientes. ¿Cuánto quieres?

Me miró un instante. Sin duda alguna, estaba pensando lo que podía pedirme.

—Un chelín —dijo, finalmente.

—Bien. Vayamos a mi aposento.

Me siguió escaleras arriba sin decir ni una palabra. Le señalé la cama y le dije dónde debía colocarse. Y luego...

¡Oh, me avergüenza escribirlo! Pero he jurado que lo haría sin florituras ni pretextos.

La tomé sobre el lecho, como un animal, sin ni siquiera quitarme las botas.

Ella no emitió ni un sonido mientras lo hacía, y le estoy agradecido por ello. No habría podido soportar que hubiese gemido o suspirado para fingir un frágil simulacro de placer. En esa cópula no hubo placer alguno. Ni para ella ni para mí. Lo único que sentí fue la leve agonía del deseo recorriendo mi espalda, como la sangría en una vena. Luego, el dolor de mi corazón se manifestó aún con más claridad.

Me quedé tumbado en la cama, mirando fijamente el techo.

—¿Por qué estáis llorando? —me preguntó ella.

Fueron las primeras palabras que pronunció desde que empezamos. Con cautela, como si yo fuera un fuego que pudiera quemarla, puso una mano en mi rostro.

—No estoy llorando —dije, volviendo la cabeza.

Ella no dijo nada más, pero se levantó.

—Hay dinero junto a la ventana, en mi bolsa —dije.

La oí dirigiéndose hacia allí y, acto seguido, el tintineo de las monedas. Luego,

me dejó solo.

## *Louise*

No me dejan en paz. Todo lo contrario: me asedian por todas partes. Arlington, Luis, Louvois... Incluso mis damas de compañía han recibido dinero para susurrarme al oído cuando me cepillan el pelo o miran por las ventanas de mis aposentos, esperando vislumbrarlo. «Qué apuesto es, qué afortunada sois, recuerdo mi primera vez, es un placer yacer con un hombre como él...».

Colbert me visita todas las tardes. Sin embargo, hoy tiene algo delicado que decirme. Espera hasta que nos quedamos a solas.

—Su Majestad me hizo el honor de asistir anoche a una cena íntima en mi residencia —murmura.

—Espero que la velada resultara agradable.

—Mucho. —Colbert parece no saber cómo continuar—. Me dio la impresión de que el rey Carlos estaba muy relajado.

—¿Relajado?

—Lo que quiero decir es que se dejó llevar.

—¿Habló de mí?

—No directamente. Pero había una joven criada que sirvió la mesa; era originaria de Gascuña. Puede que la hayáis visto. Una muchacha muy bella.

Le aseguro al embajador que no presto especial atención a sus criadas.

—Pero Su Majestad sí se fijó en ella. Y se sentía tan a gusto en mi compañía que, al final de la velada, me preguntó si la muchacha podía unirse a nosotros.

Arqueé las cejas.

—Su Majestad me hizo el honor de demostrarme que confiaba en mí *completamente*.

—Comprendo.

—Lo que ocurrió después... fue una orgía desenfadada —dice, con un hilo de voz—. *Una débauche très libre*.

Lo entiendo, al menos en parte. Las palabras de su ex amante enmascarada resuenan en mis oídos. «Un libertino, como todos los demás».

—Espero con ansias que el ardor de Su Majestad sea atemperado por vuestra influencia. Estoy convencido de que seréis una fuerza moral entre todas esas tinieblas. —Dubitativo, prosigue—: Lo cierto es que parece que estamos en un *impasse*.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Su Majestad parece haber comprendido que no sois la única con capacidad para negociar.

—¿Quiere negociar?

—Es una forma de hablar. Antes de abandonar mi casa dejó muy clara su posición.

—¿De veras? ¿Y qué quiere ofrecerme que considere más valioso que mi honor?

Ahora, Colbert parece estar muy incómodo.

—No es a vos a quien hace su oferta, mademoiselle, sino a nuestro rey..., a Su Muy Cristiana Majestad. Carlos me ha pedido que deje muy claro a Versalles que, sin amante, no hay alianza. Y viceversa. Su propuesta es muy explícita. Cuando estéis dispuesta a acceder a sus súplicas, escucharé vuestra petición sobre la guerra contra los holandeses. Pero hasta entonces, no lo hará.

## Carlo

Añadir a una pinta de grosellas negras cuatro ramitos de menta picada, una taza de azúcar y dos claras de huevo. En mi opinión, este helado un poco ácido es incluso mejor que la fruta con la que se elabora.

*El libro de los helados*

Ella no quería hacerlo.

No quería dejarse chantajear y acabar en su lecho, decía, del mismo modo que no aceptaba hacerlo por dinero.

—Toda la culpa es de Louise —dijo Arlington—. Lo ha enardecido más de lo que cualquier hombre es capaz de soportar.

—Una mujer tiene derecho a no ser coaccionada.

—¿Por qué? —preguntó Arlington—. Si una muchacha no puede elegir a su propio esposo, ¿por qué tendría derecho a decidir con quien se acuesta?

Me dieron una carta para que se la entregara.

—Es su última oportunidad —me dijo Colbert—. Y puede que ya sea demasiado tarde.

Miré el sobre de lino que contenía la carta. El sello llevaba el símbolo del sol rodeado de rayos derretidos: el blasón de Luis XIV, el Rey Sol.

Ella leyó la carta con el rostro cenizo.

—¿Qué dice?

Me la tendió, sin decir nada. Después de las habituales cortesías, la carta iba al grano. La ira de Luis era evidente incluso en las escasas líneas que había escrito.

«Pensamos que no podéis hacer nada más. Es hora de que regreséis a Francia. Partiréis de Dover la próxima semana».

—Mandarán a otra en mi lugar —dijo, con voz grave—. Alguien más dispuesto. Y yo seré recluida en un convento, o algo aún peor.

—Al menos dejaréis atrás todo esto.

Ella sacudió la cabeza.

—He fracasado. He faltado a mi promesa a madame con respecto al Gran Asunto. He fracasado en todo. Nunca me libraré de todo esto.

Parecía tan abatida, allí sentada, que deseé tomarla entre mis brazos. Pero no lo hice.

—Todo ha terminado. —Miró a su alrededor, sus suntuosos aposentos, los presentes del rey: los relojes, los libros, los cuadros y los tapices, los muebles, la espléndida marquetería—. Todo ha terminado antes de empezar.

Y entonces me oí pronunciar las palabras que creía que nunca diría.

—Quizás deberíais acceder a las súplicas del rey.

—Vuestra virtud no se reduce a vuestra virginidad —le dije, dulcemente—. Y eso es así para cualquier mujer. Es algo que forma parte de vuestro carácter, de vuestro temperamento, de quien sois y de vuestras creencias. Pero ésa es vuestra elección: ¿qué es más importante para vos? ¿La virginidad o la promesa que le hicisteis a madame?

—No lo entendéis. Mi familia se ha ganado sus títulos en el campo de batalla, al servicio de los reyes. El honor es lo que nos distingue de los demás. Aunque seamos muy pobres, al menos nos queda eso.

—Podéis ser la amante de un rey y conservar el honor.

—Eso significaría rendirse.

—¡No! —exclamé—. Significaría que habréis vencido. ¿No lo comprendéis? Una vez seáis su amante, tendréis el poder... ¡Y qué poder! Y no sólo sobre Carlos, sino también sobre Luis. En cuanto seáis la amante de Carlos, Luis nunca podrá volver a ordenaros que regreséis a Francia. Podréis hacer lo que teníais planeado. Y comparado con eso, ¿qué importa lo que habréis perdido, aquello a lo que habréis renunciado?

Levantó los hombros mientras recuperaba el aliento, y en aquel momento comprendí que lo haría. Y también comprendí que sólo yo podría haberle hablado así, porque nadie más la conocía o la amaba lo bastante como para pensar en su felicidad en medio de todas esas intrigas.

Era una mujer para la que el amor tenía una importancia secundaria. Y no la amaba menos por eso, porque me ayudaba, en parte, a comprender que no era el deseo por Carlos lo que la empujaba a tomar esa decisión, sino el objetivo —un fin patriótico— que se había marcado hacía mucho tiempo.

Hablamos largo y tendido, argumentando, sopesando los pros y los contras. Ambos sabíamos que el paso que iba a dar era irrevocable.

—Si lo hago —dijo—, debéis saber que me esforzaré al máximo, todo lo que pueda. No seré su amante secreta ni furtiva. Nuestra relación tendrá que ser pública, abierta, al estilo francés, para que todos sepan cuál es mi posición. Haré que Carlos dependa de mí para emitir cualquier juicio o para tomar cualquier decisión. No seré menos que la reina, aunque no esté en posesión de ese título.

—Lo sé.

Durante un largo instante permanecimos en silencio. Luego, con una voz distinta, dijo:

—¿Cómo le haré saber que he cambiado de opinión?

Entonces comprendí que la decisión estaba tomada.

—Hablad con Arlington —dije—. Dejad que actúe como intermediario. Estará encantado de apuntarse el mérito.

En el Red Lion me encontré a Hannah preparando tartas.

—Cuando hayas terminado... —dije, con voz ronca.

Me miró a la cara y comprendió de inmediato mis palabras.

—Tengo que meterlas en el horno —dijo, indicando las fuentes con las tartas.

—No las eches a perder por culpa mía. Estaré arriba.

Cuando entró en mi aposento aún llevaba el delantal.

Siempre era igual: ella, arrodillada sobre el lecho; yo movía las caderas y, al final, lanzaba un gemido. Ella no decía ni una palabra. El tintineo de las monedas. Lo comprobaba, y nunca se llevaba dinero de más ni de menos.

En esa ocasión, la única diferencia fue un vago olor a tartas y un poco de harina en su pelo, como una sombra gris, donde se había tocado distraídamente mientras cocinaba.

Me quedé mirando aquel mechón de pelo mientras copulábamos. Pensaba en una pareja que llevara muchos años desposada, una pareja que hiciera aquel acto por cariño o por amor, pero no por dolor. Seguro que en el mundo debía existir alguna pareja así.

## *Louise*

He invitado a lady Arlington a jugar a las cartas. Ahora es fácil ganarle: siempre juega la misma mano del mismo modo. Pero, por la misma razón, resulta igualmente fácil dejarla ganar.

Las preguntas habituales sobre el rey. ¿Aún sigue visitándome todas las mañanas? ¿Y por la noche?

—Evidentemente, sólo le permito que me visite durante el día —digo—. A menos que estuviéramos desposados, cualquier otro comportamiento sería inapropiado.

Lady Arlington resopla sardónicamente.

—Pero no podéis desposarlo. No mientras la reina esté viva.

Juego una carta y le digo, distraídamente:

—¿Sabéis una cosa? A veces pienso que es una lástima que un rey no pueda tener dos reinas. Eso resolvería muchos problemas, ¿verdad?

Coloco la reina de diamantes y la reina de corazones a ambos lados del rey, como si mi comentario sólo se refiriera a las cartas.

Disimuladamente, la veo abrir unos ojos como platos mientras muerde el anzuelo.

Apenas un día después, su esposo viene a verme.

—Se me ha ocurrido una idea —me dice, afablemente—. Una sugerencia, mejor dicho.

—Estoy segura de que tenéis muchas ideas, lord Arlington. Y todas excelentes.

—Efectivamente. Muchas ideas. Pero, ¡ah!, sólo una esposa.

—Una suele ser lo habitual, ¿no?

—Para los hombres corrientes, sí.

—¡Vamos, lord Arlington! Vos no sois un hombre corriente.

Acepta el cumplido inclinando ligeramente la cabeza.

—Pero no soy un rey. No —continúa, como si hablara para él—. Si fuera como Su Majestad..., un monarca absoluto, jefe de la Iglesia y representante de Dios en la Tierra, podría tener, si quisiera, una segunda... *consorte*... oficial.

Me mira, satisfecho de sí mismo.

—¿De veras? Muy interesante. —Al cabo de un momento, como si se me acabara de ocurrir, añado—: Me sorprendería que el clero lo aprobara... Sé lo quisquillosos que pueden ser con tales cosas. Pero, naturalmente, me fío de vuestra experiencia en asuntos de esa índole.

—¡El clero! —exclama, con los ojos muy abiertos.

Estaba claro que no se había planteado que hiciera falta un sacerdote.

—Una ceremonia de ese carácter requeriría un sacerdote, ¿verdad? —le pregunto—. Para que sea oficial y válida a los ojos de Dios. Naturalmente, no estoy *au fait* de los usos de la Iglesia inglesa.

Tras una breve pausa, comprende la posibilidad que le estoy ofreciendo. Y es

evidente si se piensa en ello: ya tienen una religión inventada, con ceremonias inventadas, con salmodias, liturgias y rituales que cambian constantemente. ¿Qué importará una ceremonia más?

—En realidad, no conozco muy bien la ceremonia exacta para una ocasión tan... insólita —dice, hablando muy despacio.

—Es lógico: no sois un obispo.

—No. —Otra pausa—. Es una interesante cuestión teológica. Hablaré de ello con un obispo al que conozco. ¿Sabéis? Después de todo, no me sorprendería descubrir que existe una ceremonia de esa índole.

—Y a mí tampoco me sorprendería. En absoluto.

Y de esta manera, entre insinuaciones y sugerencias, se dio forma a un acuerdo.

No un matrimonio, sino una *unión*. No una reina, sino una *consorte*. En cierto modo, se celebraría una boda. Se pronunciarían unos votos, se rezarían oraciones y se impartirían bendiciones. Se interpretarían madrigales, se compondría un epitalamio en nuestro honor y se celebraría un baile de máscaras. Y luego nos quitaríamos las medias y nos acostaríamos, como cualquier otra pareja de esposos.

Y Luis tendría su guerra.

En cuanto al lugar, Arlington sugiere su mansión en el campo, en Euston Hall, cerca de Newmarket. Hay una capilla —de estilo inconcreto: no tiene la sencillez protestante ni la ostentación católica— dentro de la casa. Evidentemente, sé por qué lo sugiere: quiere que la ceremonia se celebre fuera de Londres. De este modo, si el acto llega a ser del dominio público, siempre podrá decir que ha sido un divertimento, un baile de máscaras campestre para entretener a los invitados. Sin embargo, Arlington quiere que tenga lugar bajo sus auspicios. Su intención es sacar partido de todo esto. Por lo menos la cancillería, el regalo de un rey agradecido.

Arlington logra encontrar un obispo que jura que la ceremonia es legítima. Dicho de otro modo: no menos legítima que la alternativa. Es decir, si va a cometerse alguna inmoralidad, es mejor que sea a los ojos de Dios. De esta manera, es como si el rey pidiese su perdón y su comprensión. Un perdón que, en cierto sentido, es una suerte de bendición en este mundo pecador.

Creo que el obispo quiere convertirse en arzobispo, y de inmediato. Sus argumentos son absurdos; incluso un niño sería capaz de rebatirlos. Sin embargo, nadie se muestra en desacuerdo. Y especialmente Carlos. No le importa qué normas haya que incumplir siempre que consiga lo que quiere.

Colbert, el embajador, está incluso más impaciente que el rey.

—Necesitamos esa guerra ahora mismo. ¿A qué se debe este retraso?

—En estos momentos se están construyendo treinta y dos barcos de guerra en los astilleros de Chatham. El retraso es cosa vuestra, no mía.

—Pero, ¿por qué no podemos ocuparnos primero de la ceremonia y luego de los

barcos?

Vuelvo los ojos hacia él, mirándolo con dulzura.

—Puede que vos, Excelencia, seáis un experto en diplomacia, pero me parece que no sabéis mucho acerca de los hombres y las mujeres. ¿Por quién pensáis que se están construyendo con tanta urgencia esos barcos? ¿Por Luis o por Louise?

El embajador lo comprende e inclina la cabeza.

—Esperemos, entonces —dice, en voz baja—, que el rey Carlos nunca se arrepienta del alto precio que ha tenido que pagar por vuestra compañía... madame.

No se me escapa ese «madame». Y por ese desaire, Excelencia, y el ligero escalofrío de disgusto con el que me miráis, me aseguraré de que cuando me convierta en la amante del rey seáis devuelto a Francia.

## Carlo

Por muy fuerte que sea vuestro ruibarbo, el zumo de un limón siempre intensificará su sabor.

*El libro de los helados*

En el corazón del invierno, los ingleses cultivan una extraña planta, mitad verdura, mitad fruta. Se parece un poco al apio, pero sus tallos son de un color rosa intenso, y resulta si cabe más insólita por el hecho de que la obligan, como dicen aquí, a crecer en tiestos volcados y en cobertizos oscuros. Parece que le gusta la oscuridad y el frío: efectivamente, todo esto es necesario para que el ruibarbo tenga ese sabor acidulado, parecido al de las fresas, que tanto les gusta a los ingleses.

He preparado para ella un helado con este fruto de invierno, el primer ruibarbo de la temporada, cuyo sabor amargo anuncia que las cosechas que están por llegar.

Una vez tomada la decisión, no ha perdido tiempo en arrepentirse. Era demasiado tarde para cambiar de opinión y, además, cualquier muestra de indecisión habría debilitado su posición.

Sólo en una ocasión la vi preocupada por la reacción que habría podido provocar.

—¿Estáis seguro de que llegará a Bretaña?

Miré el sobre que me había entregado. Iba dirigido al conde y a la condesa de Keroualle, en Brest.

—Sabéis que van a leerla, ¿verdad? Aunque no lo hagan los espías ingleses, los franceses seguro que lo harán.

—Lo sé. He intentado ser prudente. De todos modos, muy pronto se enterarán de la historia a través de cualquier otro, pero quería que supieran que, a pesar de todo, sigo siendo su hija.

Aparte de eso, siempre estaba muy ocupada. Hasta que un día me dijo:

—¿Carlo?

Esperé.

—¿Qué hace una dama que...? —Dudó—. ¿Cómo se comporta una dama enamorada?

Su tono de voz era el mismo de siempre, pero su pálida piel tenía un poco más de color que de costumbre.

—¿Os referís con el hombre al que ama?

Asintió.

—¿En el lecho?

Asintió de nuevo.

—¿No lo explican en las novelas y libros de epístolas que habéis leído?

—Ah..., ésos. —Hizo un gesto desdeñoso—. Al parecer, debería suspirar y desmayarme. O protestar con voz estridente por cada minuto que no pasa a mi lado. O actuar como si estuviera celosa. Sin embargo, creo que nada de todo eso me granjearía el cariño de Carlos.

—Ni sería muy propio de Louise de Keroualle —confirmé—. De vuestra pregunta deduzco que no lo amáis y que os preocupa que él se dé cuenta.

—Tiene mucha más experiencia que yo.

—Bueno, no soy el más indicado para preguntarlo, porque no estoy seguro de haber sido amado alguna vez por una mujer en la forma en que lo describís. Y no deberíais renunciar de inmediato a vuestra inocencia, porque para muchos hombres eso es una suerte de afrodisíaco. Sin embargo, puedo contaros lo poco que sé.

—Hacedlo, os lo ruego.

Ahora se había sonrojado de verdad.

Pensé en mi pasado. Olympe no me había amado, pero actuaba con desinhibición y con seguridad, y eso convertía el hecho de yacer con ella en una especie de celebración. Me hizo sentir un hombre de mundo, sofisticado, para el que el sexo era tan sólo otro placer sensual que cualquier persona cultivada debería disfrutar.

Con Emilia no me había acostado, pero cuando recordaba el deseo con el que me besaba, la excitación que ambos experimentábamos, la felicidad de descubrir que sentía por mí lo mismo que yo sentía por ella, la sensación era más dulce que la que me provocaba la piel perfumada de Olympe.

Pensé en cómo podría haber sido con Louise si el destino y la suerte hubieran sido otros.

—Debéis hacerle sentir que ambos sois dos nuevos continentes que esperan ser explorados —le dije—. Que cada vez que os toque sea como un nuevo descubrimiento... Que, como el microscopio de Hooke o los telescopios de Newton, se revela una nueva maravilla que había permanecido oculta hasta entonces. Debéis mostraros ansiosa, pero vuestra ansiedad debe sorprenderos incluso a vos. Vuestros besos deben resultarle tan excitantes a él como la primera piña cultivada por sus horticultores, y cuando os bese, debéis pensar en la cosa más sorprendente, deliciosa y extraordinaria que hayáis hecho o visto jamás.

—Entonces, pensaré en la primera vez que probé el helado.

—Pero no engulláis, gritéis ni os agarréis la garganta porque habéis perdido la sensibilidad, como hace a menudo la gente que prueba mis helados.

Sonrió.

Sin embargo, yo no fui capaz de hacerlo.

—¿Así? —preguntó ella con un hilo de voz, besándome.

Me besó.

Y volvió a besarme.

—No, no, así no —dije, con voz trémula, cuando finalmente nos separamos—. Ha sido demasiado dulce, demasiado triste. Si lo besáis así, pensará que sentís pena

por él.

Cuando regresé al Red Lion, le dije a Hannah:

—Arriba.

Me siguió sin decir nada hasta mi aposento.

Una cópula silenciosa, como los animales.

Sin embargo, en esa ocasión no fui capaz de terminar. Me invadió una gran fatiga. Paré, me tumbé en el lecho y me quedé quieto. Mirando al techo, le dije:

—Puedes irte.

Puede que temiera que no le pagase, visto el fracaso, o que empezara a cansarme de ella y no volviera a requerirla. Cualquiera que fuera la razón, la oí decir, en voz baja:

—Os traeré un cordial.

Estuve a punto de decirle que yo preparaba cordiales, aunque raramente los tomaba.

Pero no lo hice.

Al poco rato oí que se abría la puerta. Había vuelto.

—Aquí está.

Me tendió una jarra. Olía a plantas aromáticas, a hierba, y recordaba el sabor del grano en primavera, cuando se arranca un tallo de las hojas para colocarlo entre los dientes y disfrutar de su lechoso jugo.

Sin embargo, el retrogusto era un poco amargo.

—Valeriana —dijo Hannah, adivinándome el pensamiento—. Corteza de sauce, alga klamath y extracto de ortigas.

—¿Una medicina?

—En cierto modo.

Refunfuñé.

—Normalmente no suele ocurrirme.

—No es para... —Se interrumpió—. De todos modos, bebedlo.

Lo tragué.

—Gracias —dije, de mala gana, devolviéndole la jarra.

Mientras me tumbaba de nuevo, la oí acercándose a mi bolsa y a continuación el tintineo de las monedas. Luego, de repente, caí en un sueño profundo y sin pesadillas.

Más tarde, cuando me desperté, reinaba el silencio. Bajé a la cocina. Hannah no estaba. Me alegré de ello.

Algo llamó mi atención en el mostrador de la despensa. Un libro.

Lo cogí. *The Compleat Herbal*, de Nicholas Culpeper. Eché un vistazo al anaquel donde ella guardaba sus libros de recetas. Había un hueco en el lugar de donde lo había sacado, entre *Excellent Receipts in Cookery* y *The Housemaid's Companion*.

Hojeé sus páginas. Al parecer, no hablaba sólo de hierbas, sino también de

astrología. «Debéis saber que Marte es cálido y seco, y también que sus inviernos son fríos y húmedos. También debéis saber por qué las hojas de la ortiga, si se toman en primavera, consumen los excesos de flema en el cuerpo humano, y que el frío y la humedad del invierno quedan atrás...».

Seguí hojeando el libro hasta que encontré una referencia al alga klamath. Para mi sorpresa, Culpeper no parecía prescribirla para la impotencia, sino para las enfermedades del corazón.

## Carlo

Incluso con un simple arroz blanco se obtiene un helado extremadamente delicado.

*El libro de los helados*

—¿Necesitáis algo? —me preguntó Louise.

—¿En qué sentido?

—Estoy haciendo una lista. Después de todo, ahora puedo pedir cualquier cosa que desee. Ordenaré que venga un séquito de pintores y músicos... Y también un profesor de filosofía. Si deseáis algo, no tenéis más que decírmelo.

—En realidad, sí hay algo.

—¿De qué se trata?

—Hay un hombre en Inglaterra que es un experto en hielo. Se llama Boyle. Es químico y miembro de la Royal Society.

—¿Y?

—Creo que podría ayudarme a preparar el helado para la fiesta del rey. Un helado realmente digno de la persona a la que está destinado.

Me miró con extrañeza.

—¿Eso es lo que realmente deseáis? Vuestra ayuda en este asunto ha sido indispensable, ¿lo sabéis, verdad? Podéis pedirme cualquier cosa. Cualquier favor o presente. Incluso —dudó— vuestro regreso a Francia.

No se me había ocurrido. Pero, evidentemente, no quería dejarla ahora.

—Lo único que quiero es la ayuda de Boyle —respondí—. Al menos, es un favor que el rey Carlos está en disposición de concederme.

—Estaba equivocada, ¿verdad? —dijo, en voz baja—. Cuando os dije que sólo erais un libertino que preparaba exquisiteces... En ese momento no pensaba que un hombre podía dedicarse con tanta entrega a crear placeres. Me aseguraré de que contéis con vuestro químico.

Cumplió su palabra. Ignoraba a qué argucias tuvo que recurrir, pero unos días después recibí un mensaje de Boyle invitándome a su laboratorio, donde me prometió que conocería a otros dos hombres de ciencia —Christopher Wren y Robert Hooke— que habían aceptado ayudarnos en nuestra empresa, respetando siempre las condiciones del más estricto secreto.

No escribiré mucho sobre aquel día ni sobre los experimentos que realizamos. Y no porque no comprendiera los métodos de los *virtuosi*; todo lo contrario: eran extremadamente claros, y sólo diferían del sentido común por su gran diligencia y meticulosidad. Y tampoco hubo ninguna jerarquía que nos distinguiese a la hora de

trabajar. Sabía que Boyle era hijo del conde de Cork; Hooke, como supe después, había sido un huérfano indigente, y Kit Wren era hijo de un mercader de telas. Aun así, si aceptaban las opiniones de Boyle era sólo por su mayor erudición. Sin embargo, cuando se trataba de matemáticas, era a Wren a quien consultaban, mientras que en cuestiones de procedimientos prácticos y experimentales, el indiscutible maestro era Hooke.

Preparamos más de veinte helados distintos, variando la cantidad de crema, poco a poco, luego la de azúcar, la temperatura y finalmente los huevos. Mientras estábamos trabajando, les conté lo que sabía, aunque no podía necesariamente explicar por qué con un cuenco de leche, dejado en reposo toda la noche, se conseguía un helado más denso que con leche fresca. A partir de estos datos, ellos *hipotisaban*, como le gustaba decir a Boyle; luego, cada hipótesis era comunicada a Hooke para que planteara un experimento que probara o refutara su veracidad. Y...

No vivimos ningún gran momento de iluminación, como se pretende con los discípulos. Puede que Arquímedes saliera desnudo de su baño y que Isaac Newton — que no formaba parte del grupo en aquella ocasión, aunque todos hablaban con admiración de sus experimentos con los telescopios— hubiera visto caer una manzana..., aunque Hooke afirmaba que se trataba de una leyenda creada por el propio Newton para ocultar el hecho de que había sido él, Hooke, quien había descubierto realmente las fuerzas que gobiernan la rotación de la tierra: los miembros de la Royal Society siempre se disputaban el mérito de sus hallazgos. Sin embargo, para mí fue sólo un periodo de pequeños pero importantes descubrimientos, como quien zarpa hacia un nuevo mundo pero no llega inmediatamente a su destino, sino que lo ve primero en la línea del horizonte y luego espera pacientemente a que los diferentes elementos del paisaje se hagan más visibles, y sólo tras muchas horas busca un sitio adecuado para aproximarse. Fue un viaje que tardamos más de un día en completar. A pesar de la gran capacidad de concentración de los *virtuosi*, los experimentos en el frío laboratorio del hielo se volvieron insoportables para ellos al cabo de unas horas. En cierto momento insistieron en que había llegado la hora de recuperar fuerzas en un café y me llevaron a Garraway's, donde sometieron al capitán de un barco a un interrogatorio para saber cuál era el mejor método para producir almendros de río. Luego me llevaron a Will's, donde tuvo lugar un ardiente debate sobre la posibilidad de que los holandeses abrieran los diques si los invadían los franceses. Y finalmente fuimos a Scott's, donde tomaron parte en una competición para crear una nueva rueda de molino para el puente de Londres. Dondequiera que fuéramos —no sólo en los cafés, sino también en las calles y los lugares que recorrimos—, la gente se acercaba a mis compañeros para informarse sobre sus progresos en sus diversos proyectos, para preguntarles por un experimento o para hacerles una observación. Empecé a comprender por qué, en general, preferían el café al vino o la cerveza: normalmente, aquellos *virtuosi* se movían, hablaban y pensaban con una impaciencia vivaz pero jovial que, a diferencia del aturdimiento que me

había provocado el *mum*, el café parecía potenciar.

Al cabo de tres días habíamos hecho tantos progresos que, al mirar atrás, me sorprendí al ver lo lejos que habíamos llegado. Era evidente que, en cierto sentido, la clave estaba en los huevos, porque ahora podíamos elaborar un helado con huevos — o testículos de gallina, como Wren se empeñaba en llamarlos— tan delicado y apetitoso que parecía no contener ni un solo cristal de hielo. No obstante, este resultado no satisfizo a mis amigos: querían saber por qué los huevos provocaban ese efecto y si se podía obtener con otros ingredientes. Primero tratamos de sustituir los huevos de gallina por los de ganso y gaviota (los primeros eran deliciosos, los segundos no tanto) y separamos las yemas y las claras para ver cuál de las dos era la responsable del resultado. Luego, gradualmente, redujimos el número de huevos y volvimos a trabajar con la crema.

El manifiesto objetivo de Wren, como experto en geometría, era dar con una fórmula matemática que expresara el resultado. «Porque sólo las matemáticas —dijo— pueden ser rescatadas del caos y de las supersticiones de los cocineros. Cuando voy a Garraway's, insisto en que preparen mi café con sesenta y ocho granos; cuando me como un bistec, exijo que lo hayan dejado en la parrilla cuatro minutos exactos. Vuestro helado, signor, puede que sea más complejo debido a sus ingredientes, pero ciertamente no está menos sujeto a las leyes del mundo físico que el movimiento o la luz». Fue gracias a este caballero que adquirí la costumbre de anotar con exactitud las cantidades y los métodos que había empleado para preparar mis helados, lo cual me permitió repetir su elaboración sin fiarme sólo de mi memoria.

Por el contrario, Hooke estaba más interesado en inventar una máquina para que el proceso resultara más eficaz. Después de haberme observado mientras preparaba la primera tanda de helados, dijo que permaneceríamos allí todo el invierno si seguíamos procediendo de aquel modo. Arrebatándome la espátula, practicó en ella seis grandes agujeros, ignorando mis protestas cuando le dije que aquel utensilio había sido fabricado ex profeso para mí en París. «Probad ahora», me dijo, señalándome la *sabotière*. Lo obedecí y descubrí de inmediato —¡naturalmente!— que la mezcla se colaba por los agujeros mientras se espesaba, acelerando así el movimiento de la espátula y trabajando el helado con mayor eficacia.

Sin embargo, Hooke no se detuvo aquí. Mientras Boyle, Wren y yo realizábamos los siguientes experimentos, Hooke volvió a su laboratorio para «improvisar algo», como decía él. Cuando regresó, lo hizo con una tapa para la *sabotière* en la que insertó una sencilla manivela. Al girarla, la espátula revolvía la mezcla, facilitando el trabajo.

—No os será muy útil —señaló—, teniendo en cuenta que prepararéis los helados en pequeñas cantidades. Pero para nosotros, que tendremos que preparar mucho para realizar estos experimentos, el proceso será más rápido.

Cuando comprendí que aquel utensilio era un presente destinado a mí, le pregunté cómo podía recompensarlo.

Hooke se encogió de hombros.

—Si alguien os pregunta, decidle que lo inventó el señor Hooke. Eso es todo cuanto yo, o cualquier otro, podría pedir.

¿Cuál fue, entonces, la conclusión de todas nuestras deliberaciones? Resultó que no había ninguna fórmula secreta, ningún ingrediente mágico ni ningún encantamiento, sino que todo se reducía a la precisión y al equilibrio. Descubrimos que el helado es como un triángulo con tres lados iguales que corresponderían a la fruta, a la mezcla de azúcar y crema y a la elaboración. Cuando la proporción entre esos tres elementos es perfecta, el helado es tan cremoso y delicioso como la mantequilla recién hecha.

Recordé lo que me había dicho Hannah sobre añadir más azúcar para que cuajara la crema. Después de todo, estaba en lo cierto, aunque sólo había sido una afortunada suposición. Ella no podía entender el proceso de elaboración como yo lo hacía ahora.

—Hemos terminado —dijo Boyle, soltando la cuchara—. Señores, todos a Garraway's. He oído decir que circulan interesantes noticias sobre un tratado de paz en el Rin.

Fuimos a Garraway's, donde se unió a nosotros un hombre que había inventado una prensa de sidra más eficaz, y otro que dibujaba los cambios en el cielo. Empezaron a hablar de alquimia y sobre si existía alguna diferencia fundamental entre ésta y el Nuevo Método. Hooke y Boyle no estaban de acuerdo en este punto: Boyle, un hombre amable y bondadoso, opinaba que Dios había creado la naturaleza deliberadamente misteriosa, mientras que Hooke —que, a pesar de la generosidad que me había demostrado, me resultaba antipático, porque era un hombre díscolo e irascible— creía que el universo no era más que un mecanismo, una especie de reloj gigante cuyos dientes y objetivos apenas empezábamos a vislumbrar. Sin embargo, lo que me intrigó fue que se enzarzaran en un airado debate, en el que ninguno de ellos cedía, durante más de media hora; aunque ambos golpeaban la mesa con el puño, no intercambiaron golpes, y cinco minutos después de convenir en que ninguno de los dos era capaz de probar sus respectivas hipótesis, se dedicaron a examinar, tan amigos como antes, un extraño escarabajo muerto que alguien había traído de Epsom.

Dejamos espacio para que la camarera nos sirviera otra ronda. Casi todos tomaron café, pero Boyle y yo habíamos pedido chocolate, una bebida más sana.

—He aquí un sabor de moda para vuestros helados, Demirco —dijo Kit Wren, volviéndose hacia mí—. Un copa de helado de café.

—Sería muy sencillo de preparar —repliqué—. La infusión de los granos en agua resultaría igualmente deliciosa con leche.

—Yo lo preferiría de chocolate —objetó Boyle—. El café me disgusta incluso más que Hooke.

Boyle le dedicó una sonrisa a su amigo para demostrarle que no pretendía ofenderlo. Cito esta conversación para demostrar la facilidad con la que esos hombres compartían sus ideas y para dejar constancia del origen de dos de mis más curiosas

recetas. La gente, tengo constancia de ello, cree que esos dos helados en particular son una prueba de mi locura, y cuando empezaron a circular suscitaban bromas y críticas. Todo cuanto puedo decir es que los que se burlan de su peculiaridad no los han probado, y que además de estar de moda, son realmente deliciosos.

En breve iban a celebrar una reunión en la Society, y para mi regocijo, me pidieron que me uniera a ellos como invitado. Debo decir que no comprendí mucho de lo que se habló esa noche. Hubo un debate sobre si el aire opaco o neblinoso era más pesado que el límpido. Hooke repartió unos brillantes dibujos de copos de nieve que sacó del fieltro de su nuevo sombrero y que estudió con el microscopio. Henshaw leyó una carta sobre el desarrollo del testículo del lirón e hizo una larga disquisición sobre por qué una puerta que se dilata en verano no lo hace en invierno. Wren describió la forma de hacer más agradable el humo de una chimenea y luego discutieron un estudio sobre el movimiento. Finalmente realizaron un experimento, propuesto por Hooke, para introducir aire en los pulmones de un pez; para mi sorpresa, el rey en persona presenció esa parte de la velada.

—Signor Demirco —dijo, cuando me vio—. No sabía que fuerais un filósofo.

—Sire, algunos miembros de vuestra Society me han estado ayudando a mejorar mis helados.

El rey enarcó las cejas.

—Deduzco que se trata del postre para mi fiesta, ¿verdad? ¿La que estará dedicada a mademoiselle de Keroualle?

Dudé... y al final asentí.

—Sí, será la creación más idónea para esa dama. Será un postre que no tendrá sólo un sabor, sino que en él habrá varios gustos, en función de los ingredientes que se empleen. Un día podrá ser de fresa, otro de melocotón, y otro de nueces, de leche con vino o de té. Sin embargo, su textura siempre será la misma: aunque fría y dura en la copa, en la boca se fundirá como la más mórbida de las cremas...

—¿Un helado frío en la copa pero que se derrite en la boca? —dijo, sonriendo—. Parece muy apropiado, signor. Estoy ansioso por probarlo.

Más tarde, cuando nos fuimos, le expresé mi sorpresa a Boyle por haber visto al rey.

—Oh, suele venir muy a menudo —me aseguró.

Lo acompañaba su sobrina. La muchacha me dijo que iba a buscarlo porque en las veladas de la Society se olvidaba de que estaba enfermo y corría el riesgo de pasarse toda la noche hablando de filosofía si ella no estaba allí para llevarlo a casa.

—Todos los días, no importa qué asuntos de estado deba atender, Su Majestad presencia al menos un experimento. Lo cierto es que es un buen alquimista.

La libertad con la que me habló me empujó a comentarle algo que se me había ocurrido recientemente.

—Antes de llegar a este país, me dijeron que Carlos era un gobernante débil y

afeminado. He visto con mis propios ojos que se rodea de patanes borrachos y de ministros oportunistas. Y a pesar de eso, me parece un hombre inteligente y encantador.

—Rochester puede tomarse la libertad de ser ofensivo, y Harvey la de diseccionar el cerebro humano —dijo Boyle—. Puede que, en el fondo, hagan lo mismo. —Su expresión era pensativa—. En una ocasión coincidí con Galileo. Yo era un joven que viajaba para estudiar en las universidades de toda Europa, y él estaba bajo arresto domiciliario en Florencia. Fui a visitarlo, pero para entonces ya había perdido la razón, en parte debido al trato que había recibido por parte de las autoridades. Inglaterra tiene muchos defectos, pero eso nunca habría ocurrido aquí. No creo que sea una coincidencia que contemos con eruditos como Halley, Flarvey y otros de su nivel.

—Por no mencionar a Boyle —susurró su sobrina.

Boyle hizo un gesto de impaciencia.

—Podría haber hecho muchas cosas útiles de no haber sido por mi enfermedad.

—Sois demasiado modesto, tío. Vuestra bomba de vacío...

—Un esbozo, nada más.

Mientras hablábamos nos dirigimos hacia su carroza. El lacayo se acercó para ayudarlo a subir.

—Gracias, Edwards —dijo Boyle, sentándose con un suspiro—. No siempre he estado tan débil —añadió, dirigiéndose a mí—. Un ataque de apoplejía. Lo que llaman «la mano de Dios». Aunque siempre me había imaginado que *Su* caricia sería más delicada. Entonces ¿queréis esos folletos?

Tardé un momento en recordar a qué folletos se refería: antes me había ofrecido una copia de sus publicaciones sobre el frío.

—Por supuesto.

—Muy bien... Os los mandaré. Y cuando los hayáis leído, podríamos retomar nuestras conversaciones.

—Me encantaría —dije—. Hay muchas cosas que hago que me gustaría comprender mejor. Y creo que necesito a alguien como vos, un filósofo natural, para entenderlas.

Boy le asintió.

—En mi estado actual son la clase de investigaciones que debería realizar. Dejaremos en manos de otros los secretos sobre el cosmos durante unos meses y tomaremos helado. ¿Qué me dices, Elizabeth?

Elizabeth colocó una manta sobre las piernas de su tío.

—No creo que resulte muy tranquilizador deslizarse sobre aguas heladas.

La muchacha dio un paso atrás y observé que le sonreía con familiaridad al lacayo, Edwards. Para mi sorpresa, él le devolvió la sonrisa con la misma familiaridad. Deduje que ambos compartían alguna romántica intimidad, algo que en otra ocasión me habría escandalizado. Sin embargo, eran tantas las cosas extrañas que

había visto y oído a lo largo de aquella noche que, simplemente, me dije: ¿por qué no?

Después de que Boyle se fuera, volví andando por la orilla del río, sumido en mis pensamientos, reflexionando sobre lo que me había dicho: era verdad que en aquel país todos tenían algo en común, desde el honorable Robert Boyle hasta Hannah Crowe. No se trataba exactamente de orgullo, aunque sí había algo de lo que se sentían orgullosos; no era obstinación, aunque sí podían ser obstinados si se lo proponían. Se trataba más bien de una fiera determinación a descubrir la verdad sobre una cuestión, de la pasión por los debates y de la negativa a aceptar otro punto de vista sin haberlo contrastado antes escrupulosamente con el propio, del mismo modo que una moneda puede ser mordida, doblada y finalmente lanzada al suelo para verificar su valor antes de aceptarla con un «muy bien». Puede que, después de todo, para un pueblo tan combativo y libertario como aquél, una forma de gobierno basada en el debate no fuera una mala idea.

Me había dado cuenta, cuando empecé a leer libros y periódicos en inglés, que para expresar la propia opinión en primera persona —«I», yo—, siempre usaban mayúsculas, como si quisieran subrayar su importancia. Eso, por supuesto, era algo que no habría hecho nunca un francés o un italiano con je o me. Al principio me había parecido otro ejemplo, casi divertido, del hecho de que aquí, el pueblo llano, consideraba su opinión tan valiosa como la de cualquiera.

Me habían dicho que entre ellos imperaba la moda de escribir diarios: no necesariamente para ser publicados, sino simplemente para dar a sus fugaces pensamientos una forma perdurable. Eso también me había parecido cómico. Sin embargo, quizás había sacado conclusiones precipitadas. Puede que la opinión de una persona corriente tuviera el mismo interés que los juicios de los grandes hombres; de hecho, puede que la única diferencia entre los grandes hombres y los demás era que los primeros se tomaban la molestia de formarse una opinión... Me di cuenta de que me empezaba a dar vueltas la cabeza, aunque no sabía si era por los efectos del exceso de café o por todas esas nuevas ideas.

## Carlo

Helado de fresas blancas: el delicado aroma de estos frutos no necesita ningún aderezo, salvo, quizás, un poco de pimienta blanca espolvoreada.

*El libro de los helados*

El gran banquete de Carlos, con el que se inauguraría su verano de festejos, tendría lugar el día de san Jorge, el patrón de Inglaterra. La ironía de ello no se escapaba a quienes sabían quién era el verdadero patrón del rey y quién costeara realmente sus celebraciones.

Casi un mes antes de la fiesta me trasladé a Windsor para supervisar los preparativos. En el nuevo Gran Salón aún no habían terminado las obras, mientras que los carpinteros fabricaban las últimas mesas para los invitados del rey. Los lacayos también trabajaban, sacando las vajillas que no se habían usado desde la coronación. Sólo la limpieza de los candelabros requería a ocho personas trabajando toda una semana.

No había depósitos de hielo, pero requisé una bodega y ordené que trajeran el hielo del lugar donde lo había almacenado. En primer lugar empecé a tallar las esculturas y puse a los hombres a trabajar para que prepararan grandes lechos de hielo picado en los que se servirían los manjares.

Sin embargo, aún no había decidido qué helado serviría en la mesa del rey.

Durante las semanas transcurridas desde que los *virtuosi* y yo perfeccionáramos la técnica para preparar un helado cremoso, había experimentado con todos los sabores conocidos. En cuanto un nuevo fruto o verdura llegaba a los mercados, lo congelaba: espárragos, alcachofas, nabos, incluso repollos... Los rábanos resultaron ser sorprendentemente deliciosos, al igual que las espinacas. Y la acedera también tenía sus méritos. Me acerqué a los muelles para comprar frutos exóticos en los barcos que habían llegado de las colonias. Preparé helado de pimienta, de melón, de mango y de frutas con un aspecto tan feo que ni siquiera tenían nombre.

Pero ninguna de ellas era la adecuada. No para un postre creado en honor a Louise.

Recorrí los invernaderos de naranjas y piñas de las propiedades de los grandes nobles con un mensaje del rey en el bolsillo que me daba *carte blanche*. Arranqué más de una piña de su plantación, y después de abrirlas y olfatearlas, las descarté.

—Dicen que en Sonning hay un hombre que cultiva fresas blancas —me informó Elias—. Son tan grandes como los huevos de gaviota, y muy dulces.

—Me cuesta creerlo.

—Es marinero. Ha traído las plantas de América.

Aunque no me lo creía, viajé hasta Sonning para verlo con mis propios ojos y

descubrí que Elias estaba en lo cierto: se trataba de un viejo marinero, con las botas cubiertas de barro, que cultivaba fresas en un lecho de tierra elevado, calentado gracias al calor de un fuego que transportaban unos conductos. Mientras manipulaba las fresas con sus manos, cubiertas de callos, hablaba en murmullos a las plantas, acariciándolas y pidiéndoles disculpas por la pérdida de su prole. Los frutos no tenían color: al principio pensé que estaban verdes, pero entonces el marinero me dio a probar una y me di cuenta de que no sólo eran dulces sino completamente distintas de las fresas tradicionales. Eran blancas como la crema, muy aromáticas y no tenían el sabor ácido de la mayoría de fresas. Cada una anidaba bajo una hoja cubierta por unas finísimas púas, como las grosellas espinosas o las ortigas; cuando las tocabas, pinchaban un poco.

Recordé que, según una vieja costumbre, cualquier animal blanco o albino pertenecía al rey. El ciervo blanco era el antiguo símbolo de los reyes; los cisnes estaban reservados a la mesa real, mientras que una carroza tirada por caballos blancos indicaba que su ocupante estaba emparentado con la familia real.

Y Louise también: aquella piel blanquísima estaba reservada exclusivamente al rey.

Me llevé todas las fresas del marinero y las dividí en dos grupos. Una mitad la serviría como fruta, y la otra la emplearía para preparar un helado con un poco de pimienta blanca, un placer destinado sólo al rey.

Finalmente llegó el día de la fiesta, o, mejor dicho, el primer día, dado que las celebraciones durarían casi una semana. Las banderas ondeaban en cada punta y torreta del castillo, sonaban las fanfarrias y por todas partes podían verse soldados desfilando en uniforme de gala. Había exhibiciones de caballistas para entretener a los invitados y una estatua mecánica que cantaba. No era Versalles —el castillo se parecía demasiado a un castillo para resultar elegante y el ambiente recordaba más al de una feria rural que al de las coreografiadas ceremonias oficiales de Francia—, pero la solemnidad de la ocasión era evidente. Los frescos del techo del Gran Salón aún estaban húmedos, pero la estancia era enorme y estaba repleta de cuadros, y cuando los miles de nobles que habían sido invitados entraron por las puertas talladas alzaron los ojos para admirarlos.

Y entonces, Louise hizo su entrada.

El vestido que lucía aquel día era muy hermoso. Se ajustaba a su cuerpo como un guante y, efectivamente, su cintura era tan estrecha que casi podía rodearse con dos manos enguantadas. El vestido tenía un delicado motivo con forma de diamante y constaba de dos piezas: el corpiño y las faldas, siguiendo la moda francesa. Las faldas tenían una abertura lateral, de modo que, al andar, podía entreverse una pierna entre los pliegues del tejido, que se levantaba hacia un lado y estaba fijado con un broche. Sólo su pelo —aquella selva de rizos oscuros y rebeldes— no tenía nada de francés: no lo llevaba recogido bajo un sombrero, sino simplemente peinado con la raya en

medio. Era como si estuviera diciendo: «A partir de este momento, seré yo quien dicte las normas. Copiaré lo que quiera, y vosotros me copiaréis a mí».

El rey hizo una reverencia y la acompañó hasta la mesa, separada del resto en un estrado ligeramente elevado. A la reina no se la veía por ninguna parte.

Poco antes de que llegara el momento de servir el helado, uno de los lacayos se acercó a mí.

—Esto debe acompañar al helado —dijo—. Por orden del rey.

Abrió una bolsita de terciopelo y dejó caer algo en la palma de mi mano.

Estaba escrito en el menú que tenían todos los comensales: «Un placer reservado sólo al rey: un plato de fresas blancas y un plato de helado».

Sin embargo, no estaba escrito cómo ocurrió: el estruendo de las trompetas, el grito de los heraldos, un repentino silencio: todos los ojos estaban fijos en mí mientras avanzaba, encabezando una solemne procesión de sirvientes, hacia las figuras que se sentaban a la mesa de honor.

Mi mirada se cruzó con la de Louise cuando me incliné sobre el damasco. Sin embargo, su ojo perezoso hacía difícil asegurarlo.

Di un paso atrás. El rey extendió un brazo hasta la fuente de hielo picado en la que descansaba la copa de fresas y tiró de una cadena. Tiró de nuevo, y en esta ocasión consiguió liberarla. Era pesada, con brillantes pepitas de lo que parecía hielo, un hielo que se iluminó a la luz de las velas.

Un collar de diamantes, tan grandes como las fresas, goteaba entre los dedos del rey mientras lo sacaba del lecho de hielo.

Sólo entonces me di cuenta de que el cuello de Louise estaba desnudo, esperando aquel momento. Mientras el rey le abrochaba el collar, susurrándole algo que sólo ella pudo oír, yo era capaz de imaginar la carne de gallina en la espalda y en la clavícula de Louise, causada por el frío del collar, el tacto mórbido y casi aterciopelado de su piel bajo las manos del rey.

Ella lo miró, con devoción pero también con timidez, y luego se volvió para sonreír a todos los presentes: la muchacha más feliz del mundo, inocente pero entusiasta. Instintivamente, los invitados la aplaudieron, muchos de ellos de pie. Y si había algunos cuyos aplausos eran más lentos, más cínicos, como los de Rochester o Buckingham, apenas se notó entre el fragor de la aprobación de la mayoría.

«Un placer reservado sólo al rey».

Incluso yo —cortesano, pastelero, cómplice de mi propia aflicción— aplaudí, fingiendo una alegría que no sentía.

## CUARTA PARTE

«Todos decían que la bella dama había yacido con él una de esas noches, y que le había quitado las medias como si se tratara de su esposa; admito que estuvo en paños menores casi todo el día, y que él no escatimó juegos ni pasión con aquella joven libertina; se decía también que yo asistí a la ceremonia que se había celebrado previamente, pero es totalmente falso».

*Diario de sir John Evelyn, septiembre de 1671*

## *Louise*

Lo he hecho. Estoy tumbada en el lecho real, empapada en el semen del rey. Ungida por el ungüento del Señor. Mis muslos están manchados de sangre. Mi virginidad mezclada con los fluidos de su deseo.

La sangre de Louise, derramada para que Luis pueda derramar sangre holandesa en Holanda.

Estoy aturdida en el lecho, y las palabras revolotean en mi cabeza. Soy una fortaleza en llamas, una aldea saqueada, una tierra quemada.

—Por favor, no lloréis, amor mío —me susurra—. Amor mío, mi dulce amor.

Por favor, Louise.

Estoy acabada, he sido deshonrada, derrotada. Soy Eva, María Magdalena, la Puta de Babilonia, «la dama libertina recién llegada de Francia», como dicen siempre los autores de panfletos. Mi precioso honor ha sido expoliado, manchado, al igual que las sábanas. Estoy, literalmente, hecha pedazos.

Pero, sobre todo, lo que pienso es...

¿De verdad?

¿Tanto sufrimiento para esto? ¿Estás segura?

¡Oh, por supuesto que me ha dolido! Esperaba que me doliera. Sin embargo, la primera vez todo ha sido tan rápido que apenas he tenido tiempo de decirme que no ha sido tan terrible como esperaba.

Pero puede que en eso radiquen sus grandes dotes de amante. Es como un cirujano: si sabe cómo amputar un brazo en menos de un minuto, los pacientes harán cola ante su puerta.

Sigo tumbada, incapaz de moverme, con todos los miembros amputados, desperdigados por la estancia, donde él los ha dejado. Carlos, el cirujano, está secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Sí, se quita la peluca. Debajo, su pelo empieza a ser de color gris. No, no echa a patadas a los perritos falderos. Gracias a Dios, los tres que ha traído a Newmarket eran demasiado pequeños para saltar al lecho. Los he oído toda la noche husmeando detrás de las cortinas.

Carlos, el cirujano, ha ido mucho más despacio en la segunda operación. Puede que esté cansado. Me acaricia entre las piernas con sus dedos, fríos a causa del esperma. ¿Qué está buscando ahí dentro? ¿Acaso está preparando el terreno?

Hurga, hurga y hurga sin parar.

Pienso en Aretino, en todas esas ilustraciones que estudié minuciosamente a fin de prepararme para esta noche, tratando de entender lo que pasaría. Incluso tomé notas. Sin embargo, ahora no puedo hacer nada de todo eso. Ni, afortunadamente, parece que él lo espere. Si lo único que puedo hacer es quedarme tumbada sin parecer exhausta, no quiero ni imaginarme que tuviera que agacharme, arrodillarme o hacer cualquiera de esas contorsiones.

—Amor mío, amor mío —dice, penetrándome de nuevo.

Y otra vez. Aplastándome. Pienso, con repentina envidia, en el mecanismo de un reloj, frío, mecánico y preciso.

Lanzando un gemido, me unge otra vez. Noto un estremecimiento en sus piernas. La primera vez pensé que era una especie de ataque, que había matado al rey. Sin embargo, esta vez resulta menos alarmante, aunque no menos desagradable.

Setecientos años de fiel servicio a Francia para esto.

Me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Son lágrimas de felicidad —susurro.

Satisfecho, se abandona sobre mí, como un peso muerto. Siento su corazón latiendo contra mi pecho. Todo su cuerpo es duro y sólido como una estatua, salvo la blandura que noto en la parte en que se unen nuestros cuerpos, allí donde la estatua se funde conmigo.

La tercera vez. Ya despunta el alba. Me despierto y lo veo arrodillado frente a mí, con su verga en el centro de mi campo visual, gruesa y aterradora. El vello de sus anchas espaldas y de su vientre son negros como el de un simio.

Vuelvo la cabeza y él me besa en la mejilla mientras, con un gesto lento y deliberado, me penetra.

Como una bandera. Ahora mi territorio le pertenece. He sido conquistada.

Esta vez, los embates son lentos y sonoros.

Poco después, me pregunta:

—¿Qué os ha parecido?

Me lo pienso.

—No ha sido como esperaba.

—¡Oh! ¿En qué sentido?

—Ha sido más parecido a montar a caballo o jugar a tenis que a la poesía o la música.

Una sombra cruza su rostro, y recuerdo dónde estoy. Con quién estoy. Y por qué.

—Lo que quiero decir es que ha sido maravilloso. Antes era la muchacha más feliz del mundo, y ahora soy la mujer más feliz del mundo.

Más tranquilo, abre las cortinas que están junto a él. Inmediatamente, aparecen dos ayudas de cámara: uno de ellos con agua, el otro con unas vestimentas.

El que sostiene la bacía, el más joven de los dos, mira al frente. Luego, como si no pudiera evitarlo, dirige sus ojos hacia el lugar donde estoy tumbada, con el pecho empapado en el sudor del rey. Ayer habría podido ordenar que lo azotaran. Hoy, sin embargo, soy una mujer deshonrada. Así pues, que mire.

Carlos se levanta. Lo observo mientras se limpia la verga real con la esponja y le tienden las vestimentas reales. Ahora hay mucha gente a su alrededor que rocía y acicala hasta que, finalmente, ya no es el hombre que está aquí de pie, sino el monarca que tira de los puños con lazos de su levita.

Por último, la peluca.

Da un paso al frente, hacia la puerta, que se abre como por arte de magia.

Música. Aplausos.

En mi lado de la cama tiran también de las cortinas. Veo a dos doncellas que miran al suelo, esperando hacer lo mismo conmigo. Oigo el rumor de conversaciones en la otra estancia. Y un grito: «¿A Newmarket, Majestad? ¿O ya habéis cabalgado bastante por hoy?». Estallan las risotadas, viriles y cordiales. Irrumpen en la estancia, densas y húmedas. Se escucha un canto, una docena de voces coreando el estribillo.

—¡Oh, oh, viejo Rowley!

Me levanto de la cama. Estoy entumecida y un poco dolorida.

Lady Arlington está aquí, esperándome.

—Tenemos mucho que hacer —se limita a decir.

Debo quedarme en déshabillé toda la mañana, una prueba de que soy una mujer casada. Me cepillan el pelo, aunque no demasiado. Han encargado un retrato de los dos, un presente del embajador; o mejor dicho, dos retratos: hay que guardar las formas. Yo extiendo la mano derecha, Carlos la izquierda, hacia el extremo de nuestros respectivos cuadros: aunque no nos toquemos, cuando las dos pinturas se cuelguen una al lado de la otra, el simbolismo estará muy claro. Sin embargo, hoy, el pintor apenas conseguirá que el rey pose para él. A lo sumo una hora; después, asistirá a las carreras.

Lord Arlington aparece a mi lado.

—¿Estáis bien? —me pregunta, en voz baja.

—Estoy bien.

—Pedídselo esta mañana, antes de que esté ocupado con otros asuntos.

—Como gustéis.

Me acerco a Carlos. Se vuelve con una sonrisa mientras los cortesanos que lo rodean retroceden unos pasos.

—Lord Arlington quiere que os pida un favor.

Él arquea las cejas.

—También ha sido él quien ha elegido el momento.

Carlos asiente con la cabeza, consciente de que he entendido —a diferencia de Arlington— que esta falta de sutileza no resulta apropiada con las circunstancias del momento.

—Quiere ser lord canciller.

Carlos parece realmente sorprendido por la presunción de Arlington. Luego, con expresión pensativa, dice:

—Louise, me transmitís su petición sin pedirme que la apruebe.

Me encojo de hombros.

—Arlington es un necio —dice, en voz baja—. Tendría que haberos dicho que me lo pidierais ayer. Ayer os habría concedido todo lo que me pidierais.

—Lo sé. Y es por eso que no lo hice.

La risa ahogada de Carlos induce a algunos de los cortesanos a alzar la mirada.

—¿No queréis que nombre a un necio para el puesto más importante del país?

—No.

—Pero es un viejo amigo.

—Y ha construido el palacio más nuevo de vuestro reino porque eso le hacía sentirse fuerte —digo, mirando con intención a nuestro alrededor.

—Si no debe ser él, ¿quién, entonces?

—¿Canciller? Shaftesbury.

—¿Shaftesbury?

—Si un parlamentario se da cuenta de que no es capaz de hacer que cuadren las cuentas, al Parlamento no le quedará más remedio que aprobar más fondos. Y a Shaftesbury le resultará difícil oponerse a la guerra si le habéis designado para ese puesto.

Además, la elección de Shaftesbury irritará a lord Arlington más que cualquier otra.

Carlos asiente con la cabeza.

—Y supongo que pensasteis todo esto mientras yacíamos en el lecho, ¿verdad?

—Por supuesto que no —miento—. Estaba demasiado ocupada pensando en vos, mi dulce amor.

—Bien, me ocuparé de ello. ¿Lo hago ahora?

Sonríó mientras observo el otro extremo de la estancia, donde los Arlington fingen estar hablando con el resto de cortesanos.

—Bueno, creo que podemos mantener la incertidumbre de lord Arlington un poco más, ¿no os parece? Hoy quiero asistir a las carreras y ver a ese semental del que tanto me han hablado. Después de todo, ahora ya conozco muy bien a su homónimo.

## Carlo

Helado de frambuesas: preparar un cuarto de galón de crema; cuando se haya enfriado, verterla en un cuarto de galón de frambuesas maduras, mezclarlo todo, tamizarlo, hervirlo a fuego lento y congelar la mezcla. No añadir demasiada azúcar: las frambuesas saben mejor si son un poco.

*El libro de los helados*

Louise ha resistido hasta septiembre, un año entero desde que llegó a Inglaterra. He oído decir que siempre había tenido la intención de dejarse seducir, que sus escrúpulos sólo eran fingidos, y su reticencia una mera estratagema. Sin embargo, esto no explica por qué los hombres más resueltos de Europa han tardado doce meses en conseguir que yacera en el lecho del rey.

Intenté ser fuerte y no pensar en lo que hicieron allí.

Sin embargo, las consecuencias políticas fueron inmediatas. Se encontró un pretexto para la guerra: la pequeña embarcación real, superada por la flota holandesa, no fue saludada con los honores debidos a un gran barco de guerra. Los holandeses se disculparon por su descuido, pero, aun así, los ingleses anunciaron las hostilidades. El gobierno suspendió el reembolso de las deudas para poder invertir el dinero en la guerra. Y Carlos redactó personalmente un decreto que llamó Declaración de Indulgencia. A partir de ese momento, todos los hombres y mujeres eran libres. Libres para practicar su fe y libres para pensar y decir lo que quisieran.

Casi parecía que hubiese anunciado que se pasara a espada a todos los niños ingleses o la violación de todas las vírgenes. El país se sublevó. Los aprendices protagonizaron tumultos y quemaron los burdeles. Las prostitutas organizaron marchas e incendiaron tiendas. Los comerciantes sellaron sus establecimientos. Los panaderos no podían vender pan y los sacerdotes denunciaron el comportamiento libertino del rey desde los púlpitos. Decían que el ejército estaba a punto de rebelarse, aunque nunca quedó claro por quién o por qué.

—Esto debe ser lo que tú querías —le dije a Hannah, exasperado—. Siempre estás hablando de los derechos de los ingleses. Y ahora Carlos los ha convertido en una ley.

—¿Acaso no lo entendéis? Ése es el problema. Tenemos esos derechos porque hemos nacido con ellos. No es el poder de Carlos el que nos los ha concedido o arrebatado. —Hannah lanzó un suspiro—. Además, todo el mundo sabe que esta Declaración es sospechosa no por lo que dice, sino por lo que omite.

—¿A qué te refieres?

—No es a los disidentes sino a los católicos a quienes el rey quiere beneficiar con estas libertades. Y entonces, cuando Inglaterra vuelva a ser católica, se restaurará la

Inquisición y se torturará a los disidentes.

Empecé a ver a gente por la calle que lucía lazos verdes en las solapas. Cassell me dijo que era una señal de que estaban a favor de Shaftesbury y de los partidarios del Parlamento.

—Algunos de ellos no son mejores que los *whigs* —dijo, resoplando.

—¿Los *whigs*?

—Los gitanos. Los hojalateros. —Su expresión era preocupada—. La situación es más grave desde la que se vivió durante la Restauración —admitió—. Con la mayor parte del ejército en Francia, sería difícil sofocar una revuelta aquí. Si eso ocurre, es casi seguro que el Parlamento apoyará la insurrección.

—¿Y cuál es la solución?

—Me temo que el rey tendrá que derogar la Declaración. Pero, ¿qué más exigirá el Parlamento? Ése es el problema. En cuanto tengan ventaja, ¿por qué habrían de limitarse a derogar una sola ley impopular? —Me miró de reojo—. Por vuestra propia seguridad, debéis tomar precauciones, signor. Sospecho que, en estos momentos, todos los católicos podrían ser fácilmente víctimas del populacho.

En realidad, ya lo había hecho. A menudo, los caminos que rodeaban Whitehall estaban bloqueados por multitudes descontentas; no pasaba un día en que no lanzaran una piedra contra mi carruaje, y en más de una ocasión me vi obligado a dar la vuelta. Contraté a dos fornidos sirvientes para que gobernaran el carruaje, aunque, en realidad, más que protegerme lo que hacían era disuadir. Sabía que, frente a un ataque de verdad, no habrían dado sus vidas para defenderme.

Se habría podido pensar que en la corte se respiraba cierta tensión. Sin embargo, ocurría todo lo contrario. Era como si la Declaración hubiese favorecido un ambiente agradable y distendido. Ahora que por fin había conseguido a Louise, Carlos estaba tranquilo; y del mismo modo que Louise se había dejado conquistar por él, ella había conquistado a la corte. Todas las damas de alta alcurnia llevaban el pelo *au naturel*, con la raya en medio. Se habían arreglado todos los vestidos para que tuvieran una abertura en un lado. La presencia de franceses en Londres iba en aumento. Le Notre llegó de Versalles para remodelar el parque de St James y se estremeció al ver el canal de estilo holandés. Un sastre llamado Sourceau fue llamado para vestir al rey, monsieur Pontac se ocupaba de los vinos y los vestidos de Louise eran obra de una modista llamada Desborde. Incluso oí hablar a algunas de las damas de compañía más jóvenes con un acento afectado, como si, al igual que Louise, el inglés no fuera su lengua materna. No la querían; en realidad, creo que la odiaban y la envidiaban en igual medida, pero gozaba del favor del rey, y eso era lo que contaba.

Y allí estaba yo. Me movía entre ellos, sirviendo mis cordiales y mi *granite*, casi como si estuviera de vuelta en Versalles. Asistía a las recepciones, a las partidas de cartas, a los refrigerios, a las funciones privadas y a los bailes de máscaras. Estaba allí —¡por Dios!— cuando el rey y su nueva amante retozaban. Estaba incluso en los aposentos de Louise cuando yacían juntos.

El rey era un hombre atlético: el ejercicio físico le provocaba calor, y cuando tenía calor pedía algo fresco. Todos los días preparaba para los amantes cordiales fríos con saúco, lavanda, borraja o flores aromáticas. Les ofrecía infusiones dulces de menta y jengibre sobre hielo picado. Elaboraba helados de limón y albaricoque, de membrillo y de manzana, de mora, de vainilla y de higo. Les servía copas de zumo de limón recién exprimido, endulzado con miel de diente de león y enfriado con nieve compacta. Llevaba mis helados en bandejas de plata a la alcoba de Louise, con su cama francesa labrada; detrás de las cortinas cerradas, en el propio lecho, sobre las sábanas revueltas. Sentía el olor del rey en su piel, y el de ella en la de Carlos. Les servía con una inescrutable sonrisa, y ella me daba las gracias con una sonrisa igualmente indetectable.

Durante aquellas primeras semanas, sólo en una ocasión conseguí hablar con ella a solas. Habían convocado al rey. En general, se negaba a atender a los ministros, que reclamaban su atención para atender los asuntos de Estado, pero si eran lo bastante insistentes aceptaba, a regañadientes, leer un montón de documentos en una reunión del consejo, aunque raramente se quedaba hasta el final. En esa ocasión se levantó de la cama cuando yo llegué, cogió una copa de zumo de melocotón helado de mi bandeja y, por encima del hombro, se dirigió a Louise.

—Volveré en seguida... Quedaos aquí.

Apenas se abrochó los botones para atender a sus ministros.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada.

—Entonces —dije, finalmente—, ¿es lo que esperabais?

—¿Esto? —Se encogió de hombros—. En cualquier caso, como esposa o como amante, éste habría sido mi deber. Al menos, ahora lo hago con alguien para quien yo no soy sólo un deber. Eso me ayuda a fingir.

—¿Fingir? ¿Eso es lo que hacéis?

No debería habérselo preguntado... Era como hurgar en una herida: no puedes evitarlo, aunque sabes que no deberías hacerlo.

—A veces sí —dijo, en voz baja—. Y a veces no.

—Pero, decidme, ¿ahora lo amáis?

—No pienso en él en términos de amor o placer —me respondió—. Sólo sé que ahora estoy en disposición de terminar lo que he venido a hacer. ¿Es amor? ¿Es placer? Sea lo que sea, le estoy agradecida por ello.

Mi posición en la corte, naturalmente, se vio reforzada nuevamente gracias a ella. No había nada más francés que los helados y, por ende, nada que estuviera más de moda. Desde Newmarket, mis servicios eran tan indispensables en las grandes ocasiones como la presencia de Louise de Keroualle.

Y aun así había un postre que nunca preparaba. Cordiales, *granite*, sorbetes e incluso recetas a base de leche helada... Todo eso lo servía sin problemas. Pero no helados. El nuevo helado, el que había creado con la ayuda de los *virtuosi*, era el

postre real. A menos que fuera el rey quien se lo ofreciera a un invitado, nadie más podía saborearlo.

Fueron muchos los que lo intentaron. Perdí la cuenta de las veces en que me pidieron que lo preparara, «por curiosidad», pero siempre les respondía frunciendo el ceño y les decía: «Lo lamento, pero no es posible». Algunos, por supuesto, no se dejaban arredrar fácilmente. Una mañana, lord Rochester irrumpió en el Red Lion y depositó una bolsa sobre el mostrador de la despensa mientras yo estaba trabajando.

—Quiero probar el helado de fresas blancas que el rey saboreó anoche.

—Lo lamento, pero no es posible.

—Ha dicho que es el postre más delicioso que ha degustado jamás.

—Efectivamente.

Señaló la bolsa con un gesto de impaciencia.

—Ahí dentro hay veinte *pistoles*. Coged las que queráis.

Agarré la bolsa y se la devolví.

—Ya está.

Rochester me miró fijamente. Sus ojos parecían los de un lagarto, desprovistos de cualquier atisbo de humanidad. Incluso a aquellas horas, apestaba a vino.

—¿Me desafiáis, signor Dildo? —susurró.

Yo también lo miré fijamente, sereno.

—Creo que sois vos quien desafiáis al rey.

Al cabo de un momento, asintió.

—Creéis que porque el rey presta oídos a vuestra amiga francesa, la gente como vos está a salvo de gente como yo. Y, en cierto sentido, es verdad. Pero recordad esto: él le presta oídos porque ella maneja su verga. Cuando la verga se canse, puede que les ocurra lo mismo a los otros órganos. Y, decidme, ¿qué sería entonces del pobre signor Dildo?

Otros eran más prudentes. Vi a un lacayo, Chiffinch, agarrando una copa de helado para tendérsela al rey: hizo una serie de elaborados gestos para coger las servilletas, y cuando se lo ofreció, me di cuenta de que en la copa había mucho menos helado que unos momentos antes, aunque la expresión del rostro de Chiffinch era tan inescrutable como siempre.

La tristemente famosa Barbara Villiers, duquesa de Cleveland, la antigua amante de Carlos, me convocó en su residencia o, mejor dicho, en su palacio: el rey le había regalado Nonsuch, una de las mansiones reales más lujosas, como pago por sus servicios. En principio, el motivo de nuestro encuentro debía ser la elección de los cordiales que yo iba a servir en un baile. Sin embargo, pronto quedó muy claro que lo que en realidad quería era helado, y que a cambio estaba dispuesta a concederme los mismos favores de los que en otros tiempos había disfrutado el rey. Cuando le dejé claro que no me vendía tan fácilmente, tuvo un arrebato. Nunca había visto semejante cólera. Parecía poseída por el demonio y me lanzó todos los objetos que tenía a mano, con el rostro deformado por la rabia.

Fue eso —el hecho de que sólo Carlos y Louise saborearan mis helados— lo que me hizo surgir una idea que posiblemente habría sido mejor ignorar.

Un día estaba trabajando en la despensa, a última hora de la tarde, cuando no había nadie. Eché un vistazo al cuarto de Hannah, que estaba al lado, y vi que estaba vacío.

Tras dudar un instante, entré y me dirigí al estante donde guardaba sus libros. Acaricié los lomos con los dedos: *The Cook's Guide: Or, Rare Receipts for Cookery... Physick, Beautifying and Cookery...*

*Excellent & Approve Receipts. The Compleat Herbal*, de Nicholas Culpeper.

Cogí el libro y empecé a hojearlo.

—¿Qué estáis haciendo?

Era Hannah, que había entrado en el cuarto detrás de mí.

—No tengo malas intenciones —le aseguré—. Sólo estaba buscando información.

—Entonces sería mejor que me explicarais de qué se trata. Conozco ese libro de principio a fin, y no es un volumen que deba prestarse.

—La receta que estoy buscando no es para mí. Es para... —Dudé un momento—. Para uno de mis clientes de la nobleza. Quiere evitar las pasiones del amor.

—¿Quiere *evitarlas*?

Asentí.

—Absolutamente. Es un hombre muy ocupado, con poco tiempo para el ocio. No quiere que lo perturben los pensamientos libertinos.

—Bueno, se trata de algo bastante inusual —dijo—. Normalmente, la gente quiere alguna hierba que produzca justo el efecto contrario. Pero sí, hay varias infusiones que causan el efecto que deseáis.

—Que desea mi cliente —la corregí.

Hizo un gesto de impaciencia, como para entender que le daba igual.

—Creo que estamos hablando más del deseo que de la capacidad para consumir el acto, ¿verdad?

—De ambas cosas, si es posible.

—Vamos a ver... —dijo, arrebatándome el libro y hojeando sus páginas—. Sí. La manzanilla es buena para eso, y la flor de saúco cuando hay luna llena. Pero el tratamiento más adecuado sería el de uva espina.

—¿Uva espina?

Asintió con la cabeza y leyó en voz alta: «Conocidas también con el nombre de uvas crespas, estos frutos del bosque refrenan las pasiones, en especial las pasiones de Venus, bajo cuyo dominio se encuentran. Una infusión de sus hojas enfriará la sangre y aplacará cualquier manifestación de cólera o exceso».

—¿Dispones de ellas?

—Puedo procuraros algunas en conserva, en una jarra. Pero si las queréis para hacer un helado, sería mejor que dejarais que os enseñara cómo preparar un budín de frutos del bosque. Se corre el riesgo de disimular el sabor ácido de las uva espina con

demasiada azúcar, y si hacéis eso, el helado no se congelará.

Me pregunté una vez más cómo se las arreglaba para tener tales conocimientos, y la cautela me hizo dudar. Con un deje de impaciencia, dijo:

—¿Aún seguís pensando que quiero robaros vuestros secretos? En cualquier caso, mostrándoos cómo preparar un budín de uva espina estoy haciendo justamente lo contrario.

Al cabo de un momento, asentí con la cabeza.

—Gracias.

Así pues, me enseñó cómo preparar ese sencillo postre inglés: había que hervir los frutos con agua, con un par de flores de saúco; luego había que machacarlos, tamizarlos, añadirles azúcar y, finalmente, mezclar el puré con crema y un poco de nuez moscada. Era tan fácil, y tan apropiado para un helado, que me sorprendió que mis colegas pasteleros de toda Europa aún no lo hubieran descubierto.

Como si me adivinara el pensamiento, Hannah dijo:

—Puede que un día alguien sepa cómo congelar esta mezcla.

—¿Y acabar con mi sustento, quieres decir?

—¿Por qué se paga a los cocineros? ¿Por sus secretos o por su talento? Preparar tartas no tiene ningún secreto, y aun así las mías son las más apreciadas de Vauxhall.

Lo dijo con desenvoltura, sin orgullo pero sin falsa modestia.

Refunfuñé.

—Puede que sea por eso que nadie que prepara tartas ha recibido la aprobación real.

Se encogió de hombros.

—Tal vez. Y ahora debo irme. Tengo cosas que hacer. Y espero... —dudó un momento— que vuestro amigo pueda aplacar sus deseos. Si la uva espina no funciona, hacédmelo saber. Hay otros remedios que puede probar.

Preparé helados de uva espina y se los mandé al rey. Una semana después, cuando le pregunté a Louise si el ardor del rey se había enfriado, me miró con extrañeza y me preguntó por qué quería saberlo. Traté de darle a entender que sólo me preocupaba saber si sus obligaciones le pesaban tanto como al principio.

—Bueno, está un poco más tranquilo —me dijo—. En realidad, es mejor así. Ahora, en algunas ocasiones, se preocupa por mi placer.

Aquella era una consecuencia que no había previsto. A partir de entonces, dejé de preparar helados de uva espina para el rey.

## *Louise*

Hay que saber manejarlo, y estoy aprendiendo a hacerlo. La política lo aburre: gobernar, considerar los intereses que están en juego, conseguir el difícil consenso a su alrededor. Es un hombre de acciones audaces, de decisiones repentinas. En ese aspecto, somos complementarios.

Detesta los problemas. Deja que sean otros quienes busquen soluciones; en realidad, deja que sea yo. «Louise, ¿por qué no se le ha ocurrido a nadie?». La respuesta sincera a esa pregunta, si yo fuera lo bastante estúpida para dársela, sería: «Porque no les habéis dado la oportunidad de hacerlo».

Y si el problema era grave, me ofrecía algún presente: un collar, o alguna joya de plata. He contratado a un lacayo, Hawton, para que los venda con discreción.

Tengo muchos gastos. En realidad, me he dado cuenta de que el rey no me quiere sólo como amante. Pero tampoco soy una reina. Soy más bien una suerte de princesa, como lo era Minette: derrochadora, culta, con mis aposentos siempre llenos de arte, diversión y deliciosa comida francesa. Él me anima siempre a pedir tapices de Gobelins, copas de cristal, sedas de París, perfumes de Grasse y vinos de la Champaña.

Mis aposentos son la corte que siempre ha soñado. Cuando está conmigo, es el rey que siempre ha querido ser: no es Carlos de Inglaterra, sino Luis de Francia, omnipotente en su reino. Ya no es el rey sometido a las condiciones y el consenso del Parlamento: es Carolus Rex, un monarca absoluto y arbitrario, el emperador de Inglaterra.

Ésta es la mayor de las farsas: ser capaz de fingir que las cosas no son como son. Esto explica, creo, su pasión por el teatro: él mismo es una especie de actor, y nosotros, en calidad de coprotagonistas, debemos seguir adelante con la representación. El rey no quiere que sus ilusiones sean perturbadas por una indecorosa realidad.

Y aun así, es gentil cuando me incomoda el comportamiento de los demás. En un baile estoy al lado de dos mujeres que tienen más o menos mi edad. Una de ellas es lady Sedburgh; la otra, Caroline de Vere. Son inteligentes y se sienten a sus anchas siguiendo las costumbres de la corte, aunque sin ser esclavas de ellas, hablan cuatro idiomas y saben tocar un instrumento, bailar y escribir. En pocas palabras: son la clase de mujeres con las que habría esperado trabar amistad.

Cuando doy un paso hacia ellas, me vuelven la espalda, fingiendo estar enfrascadas en una conversación. Escucho lo que dicen mientras paso disimuladamente a su lado.

Y pienso: en otros tiempos yo también habría hecho lo mismo que ellas.

Carlos me pregunta por qué parezco preocupada. Sin pensarlo, se lo digo e, inmediatamente, llama a las dos muchachas.

—He decidido que debéis entrar a formar parte del séquito de madam Carwell —

les dice, en un tono autoritario—. A partir de este momento, seréis sus damas de compañía.

Detecto una expresión de desdén en sus rostros y pienso: éstas no son formas. Sonrío con un aire de aprobación, pero por dentro me siento morir.

—¿Tenéis algo que objetar? —les pregunta, con voz atronadora.

Ambas sacuden la cabeza, sumisas.

—Quien yace conmigo merece la compañía de las más grandes damas de la nación —dice, contrariado—. Podéis retiraros.

En consecuencia, naturalmente, me odian más que nunca. Está claro que no ayuda el hecho de que Arlington me llame abiertamente ramera ingrata. ¡Ingrata! Lady Arlington se pasea por la corte con un collar de diamantes que, según dice, ha costado seis mil libras.

—Oh, es un presente de vuestro rey por haberos metido en su lecho.

Le sonrío con su misma dulzura y le digo:

—Entonces, yo también debo haceros un regalo, Elizabeth, por que no soy capaz de imaginarme cómo podría ser más feliz.

Evidentemente, no le regalo nada. Un collar de diamantes es una recompensa más que suficiente para una alcahueta.

Y entonces, en un instante, todo vuelve a cambiar.

## Carlo

Helado flambeado: disolver el azúcar en un cazo, aunque sin quemarlo; mientras tanto, preparar una masa con seis huevos, un chorro de sirope y una pinta de crema: remover la mezcla, tamizar y congelar.

*El libro de los helados*

—¿Encinta? ¿Estáis segura?

Ella asintió, abatida.

—Hoy ya he vomitado dos veces.

—¿Creéis que esto cambiará las cosas?

—¿Para mí? No lo sé. El embajador parece estar convencido de que es una buena noticia.

—Pero vos no estáis tan segura.

Se encogió de hombros.

—Carlos ya ha tenido bastardos. Al parecer, hay docenas de hijos suyos vagando por ahí. Sospecho que significa que mi posición se consolida y que, en consecuencia, es más difícil que cambie.

Comprendo lo que quiere decir.

—Seguís esperando que os convierta en su reina.

—Si Catalina muere, sí. ¿Por qué no? Ahora, ésa es mi única salida, el único modo en que mi posición podría considerarse respetable. Creo que incluso los ingleses tendrían algún problema para aceptar a una francesa gorda y preñada avanzando pesadamente hacia el altar para esposar a su rey.

—¿Qué dice Carlos sobre el bebé?

—¡Oh, él está encantado! Pero no porque desee tener otro hijo, sino porque es una nueva prueba de su virilidad. —Dudó un instante—. Y hay algo más. En cuanto se lo dije, su interés por mí disminuyó.

—¿Creéis que eso lo desalienta?

Sacudió la cabeza.

—Sigue visitándome, pero sólo para estar conmigo, para dar un paseo o para conversar. Diríais que su comportamiento es el mismo... Aún sigue siendo tan solícito como siempre, pero cuando yacemos juntos, sólo me penetra una vez. —No me pasó desapercibida su franqueza a la hora de hablar: ya no se sonrojaba, y las cópulas eran una cuestión de política y estrategia, y había que analizarlas como cualquier otro asunto de la corte—. Es casi como si, al dejarme encinta, pensara que había cumplido con su deber, como cualquier marido que le da un heredero a su esposa.

—Puede que así sea. Y es normal que el deseo de un hombre disminuya después

de la luna de miel. —Pensé que, después de todo, era posible que las uvas crespas de Culpeper hubieran surtido efecto—. Además, tendrá que abstenerse del todo a medida que aumente el tamaño de vuestro vientre. Después de un periodo de obligada abstinencia, volverá a vos con renovado vigor.

—Eso siempre que su abstinencia sea real —dijo ella, secamente.

—¿Creéis que tiene otras mujeres?

—Estoy segura de ello —repuso, en voz baja—. Y no debería importarme, si eso significa que no me desea tanto. Pero ahora es diferente. No se limita a que Will Chiffinch le suba alguna criada por las escaleras de servicio. Cena fuera, sin mí.

—¿Con la reina?

Niega con la cabeza.

—Cuando está con ella lo hace en público, para que todos puedan verlo. Me temo que Arlington le ha encontrado a alguien con quien intenta sustituirme.

Cassell fue incluso más explícito.

—El rey se está cansando de ella —dijo, bruscamente—. No me extrañaría que la mandara de vuelta a Francia para que dé a luz allí a su bastardo.

—¿Quién goza ahora de sus favores?

—Dicen que ha vuelto con la actriz.

—¡La actriz! ¿Por qué ella?

—Al final siempre vuelve con ella. Esa mujer lo divierte. Su Majestad no está hecho para ser fiel.

—Entonces podría volver con Louise.

—Supongo que es posible. Sin embargo, es mejor no armar ningún alboroto. Al rey le gusta estar tranquilo, y en el pasado ya hemos conocido a muchas mujeres peleando.

—Louise no se rebajará a protagonizar una pelea. Y mucho menos con una actriz.

—Oh, sin duda tendrá que pelear —dijo Cassell—. Lo que quiero decir es que deberá hacerlo con discreción. La actriz ya ha conseguido acabar con otras rivales, y madam Carwell haría bien en no subestimarla.

## *Louise*

En el parque de St James me acerco a un grupo de cortesanos, pensando que el rey está con ellos, pero a quien me encuentro es a la actriz, paseando de arriba abajo con porte presumido, farfullando un galimatías con acento francés y haciéndose llamar «madam Squintabella». Algunos cortesanos consiguen dejar de reírse cuando me acerco, pero la actriz se vuelve hacia mí sin perder la compostura.

—*Oui? Bonju* —dice.

Más carcajadas. Veo que tiene la cabeza un poco ladeada, con un ojo medio cerrado, como si estuviera mirando a través de un telescopio. Se está burlando de mi ojo perezoso.

—Estaba buscando al rey —digo, tranquila—. Pero veo que no está aquí. Lo buscaré en otra parte.

—Oh, Su Majestad está muy bien —dice ella, hablando de nuevo con voz normal—. En realidad, nunca lo he visto tan bien como anoche.

—Gracias —le respondo, con voz glacial.

Cuando me alejo, oigo al grupo aplaudiendo su exhibición.

—*Merci, merci*. —Les da las gracias, haciendo una reverencia—. Pero madam Squintabella prefiere las joyas a los aplausos.

Me parece increíble que sea admitida en la corte, dada su vulgaridad. Sin embargo, él la ha acomodado en una casa situada en un extremo de St James, con una puerta que conecta el jardín con el parque.

Pienso en las damas de compañía. ¿Es posible que la reprimenda de Carlos fuera también una advertencia en clave para mí? «Quien yace conmigo merece la compañía de las más grandes damas de la nación». ¿Debo esperar no sólo compartir con otras sus favores, sino que me lo recuerde ante mis narices?

Sólo tengo una elección: ignorarla y esperar que todo esto pase cuando ya no esté encinta.

Al parecer, incluso en este asunto debo comportarme como una reina.

Mientras tanto, hay que resolver el problema de Jemmy Monmouth, el primer hijo bastardo del rey. Acaba de regresar de su exilio, demasiado breve, y está ansioso por provocar desórdenes.

Se presenta ante el rey estando yo con él y le pregunta bruscamente si pueden hablar a solas.

—Jemmy —protesta Carlos—. No tengo secretos para Louise.

—No importa. Os dejaré solos —digo, cortésmente. Y, para rizar el rizo, añado—: Puede que tal vez nos volvamos a ver dentro de un rato, Carlos.

—Espero que dentro de muy poco.

Monmouth me mira con furia mientras abandono la estancia.

Evidentemente, más tarde, Carlos me cuenta lo que quería. Ahora que el ejército

está combatiendo, Monmouth quiere asumir su mando.

—He tratado de disuadirlo —dice Carlos—. Pero, al igual que todos los jóvenes, quiere demostrar su valor en los peligros de la batalla.

Creo que, por encima de todo, lo que quiere demostrar es que es digno de la corona. En voz alta, le digo:

—Supongo que desde su punto de vista es justo. Después de todo, vuestro hermano está al mando de la armada. ¿Por qué no debería estar vuestro hijo al frente del ejército?

La expresión del rostro de Carlos se ensombrece.

—Es algo muy distinto. Mi hermano es el hijo legítimo del rey, y mi heredero.

—¿Pensáis que daría mala impresión que Jemmy estuviera al mando del ejército? —le pregunto, con aire meditabundo—. Sí, no se me había ocurrido.

—A mí tampoco, hasta que he hablado con vos. Pero ahora me parece evidente: no debe hacerlo.

El asunto va bien, pero podría ir mejor.

—Tal vez podría llegarse a un entente —sugiero—. Dejad que vaya a Holanda a combatir, pero sólo a título honorario. Así podrá demostrar su coraje sin que deis a entender que es algo más que uno de vuestros fieles súbditos. Creo que sería un generoso gesto por vuestra parte permitirle que se redimiera de sus terribles actos del año pasado.

—Sois muy buena con él, Louise.

—Si soy buena con él es sólo porque sé cuánto os importa —digo, con una sonrisa.

«Los peligros de la batalla». Me gusta cómo suena: el mejor de los puestos para el primer hijo bastardo del rey.

Buckingham también querría ese puesto.

—Me inclino a concedérselo —reflexiona Carlos—. Aunque Jemmy entrará en cólera.

No he olvidado que Buckingham me insultó en Diepe. «Habéis sido enviada para seducirlo». Si bien, el desarrollo de los acontecimientos le ha dado la razón, su convencimiento acerca de que también podía llevarme a su lecho todavía sigue irritándome.

—¿Buckingham? ¿Es fiable?

—Ciertamente, George es insensato y un tanto petulante, pero posee algunas cualidades que resultan útiles en un soldado. Creo que el puesto es adecuado para él.

Habla como si ya hubiese tomado la decisión. Pensando con rapidez, le digo:

—¿Es protestante, verdad?

—Sí. —Carlos se encoge de hombros—. Como yo.

—De momento —puntualizo—. Pero un protestante al mando del ejército contra los holandeses... Decidme, ¿no es posible que Luis interpretara eso como una prueba

de que intentáis retrasar vuestra conversión?

—No es ésa mi intención.

Carlos parece incómodo. Siempre se muestra vago en lo referente a convertirse. Ya le ha escrito a Luis sugiriéndole que antes quiere discutir con el papa las consecuencias de su conversión; desgraciadamente, el papa está muy enfermo para viajar en estos momentos.

—Si Buckingham deja Inglaterra, la mitad de las damas de la corte se quedarán con el corazón hecho pedazos —añado, en tono burlón—. Sobre todo la pobre lady Shrewsbury.

La pasión que esta dama siente por él es legendaria, a pesar de que —o puede que precisamente porque— él había matado a su esposo en un duelo.

Carlos parece aliviado.

—Excelente. Le diré que las damas de Inglaterra no pueden vivir sin él.

Buckingham está furioso y se atreve incluso a acusar al rey en mi presencia de haberse dejado influenciar por mí. El rey, igualmente furioso, le asegura que la decisión ha sido sólo suya.

Estoy descubriendo que así es como funcionan las cosas: no le digas a un hombre lo que debe pensar, dile simplemente lo que ya está pensando. Nueve de cada diez veces se da cuenta de que está de acuerdo.

Así pues, si soy capaz de manejar a Monmouth, a Buckingham y a Arlington, ¿por qué no puedo hacer lo mismo con Nell Gwynne? Ella afirma que nunca ha leído un libro, y mucho menos una obra de teatro: se aprende sus diálogos haciendo que se los lean en voz alta. Tiene una voz estridente y vulgar, aunque cuando decide imitar a alguna de las grandes damas de la corte, es increíblemente precisa. Cuando la oigo hablar con la voz de Elizabeth Arlington —«No, Bennett, es imprescindible que construyamos una casa antes de Navidad, o tendremos que permanecer diez meses en el mismo sitio»—, hay algo de Elizabeth en sus gestos y su voz, aunque resulta incluso más divertido. Supongo que la imitación que hace de mí debe de ser igual de precisa, aunque yo no consigo darme cuenta.

Pero, si es capaz de hablar como una verdadera dama cuando se lo propone, ¿por qué no lo hace siempre?

Llevo muchos meses sin llorar. No por ella ni por mí. Pero ahora, con el bebé a punto de nacer, sí lo hago.

Mi honor es algo intangible, y, además, a veces soy capaz de olvidar que he sido deshonrada. Pero un bebé sí es algo tangible. ¿Será considerado siempre como el bastardo de una amante? ¿O será el hijo de la reina de Inglaterra?

El embajador viene a verme y, en mi desesperación, me lamento en su presencia. Ese idiota puritano no tarda en echarme una reprimenda.

—No es oportuno —opina Colbert— especular sobre la salud de Su Majestad.

Sobre todo porque hay buenas noticias al respecto. Al parecer, su médico había sacado conclusiones demasiado apresuradas. Ahora, el doctor Frazer dice que, después de todo, no padece tisis, sino una hipersensibilidad al placer.

No puede creer lo que estoy oyendo.

—¿Hipersensibilidad?

Asiente con la cabeza.

—Como ya sabréis, el rey tiene el don de prodigar un gran placer a las mujeres. Parece ser que la reina experimentaba tal paroxismo de felicidad cuando estaba con el rey, que acababa sangrando. Ahora que ya no tiene la necesidad de yacer con él, su salud ha mejorado.

—Pero vos dijisteis que...

—La medicina no es una ciencia exacta. Afortunadamente, no en este caso.

—Entonces, no morirá —murmuro, aturdida—. La reina no morirá.

—Todos moriremos —dice, piadosamente—. Pero, por lo que parece, la reina puede contar con que disfrutará de muchos años de buena salud.

—Me mentisteis. Vos y Arlington. Me dijisteis que ella iba a morir.

Colbert frunce el ceño.

—Creo que ya os dije entonces que eso era irrelevante, porque vos no tenéis madera de reina. En mi opinión, no está bien que sigáis especulando...

—¿No está bien? ¿No está bien? —Las lágrimas han dado paso a la rabia—. ¿Qué habéis hecho vos salvo especular sobre asuntos como ése durante años? No os atreváis a decir lo que está bien o lo que no. Mi familia vivía en la corte cuando la vuestra trabajaba los campos como las bestias.

Puede que fuera un poco injusto hablarle así, pero sólo pretendía herirlo.

—Ahora debo dejaros —dice, con una rígida reverencia—. Veo que estáis alterada, y sabido es que las damas que están en vuestro estado deben estar tranquilas por el bien de su hijo. A propósito, Su Muy Cristiana Majestad me autoriza a transmitir os sus felicitaciones personales por vuestra inmensa fortuna.

Colbert. Estoy más decidida que nunca a conseguir que lo obliguen a regresar, pero aún no: todo a su tiempo.

Pruebo otra estrategia con Nell: hacerme amiga suya. El rey está en Portsmouth, inspeccionando la flota, y la corte está tranquila. Paseando por el parque con las otras damas, veo que Nell luce un vestido nuevo. Afablemente, le digo:

—Vuestro vestido es muy elegante, miss Gwynne.

No es verdad, por supuesto: no tiene buen gusto ni medida. Cuando ve un lazo muy costoso o un hilo de plata, es como una niña: debe hacer gran acopio de ellos.

Ella me devuelve la sonrisa.

—¿Queréis decir que es lo bastante elegante como para que parezca una dama?

—Me preguntaba quién es vuestra modista. Tenéis que darme su nombre.

—¿Por qué? Vos ya vestís con bastante elegancia para ser una puta. —Incluso

para la corte inglesa, su comentario resulta excesivo. Algunos de los presentes contienen la respiración, pero los que están a mi lado se quedan petrificados. Nell mira a su alrededor—. Si es una dama de alta alcurnia, ¿por qué consiente en ser una mujerzuela? —pregunta, sin un ápice de recato—. Debería morir de vergüenza. En cuanto a mí, es mi profesión; no pretendo ser mejor de lo que soy. Y aun así, el rey me quiere tanto como a ella.

Me siento un poco mareada, pero consigo proseguir:

—También lleváis unos bonitos zapatos. Creo que los zapateros ingleses son los mejores de Europa.

Ésta es mi pequeña victoria: diga lo que diga, sea lo que yo sea ahora, no consigue provocarme para que me pelee como una vulgar pescadera. A eso se reducen mi honor y mis orígenes, en estos momentos. Mientras mantenga los buenos modales, no seré como ella.

## Carlo

Para enriquecer la crema con vainilla, coger la vaina de vainilla, quitarle las semillas, raspándolas, y añadirlas a la crema.

*El libro de los helados*

El orgullo inglés zarpó al mismo tiempo que la flota, bajo el mando del duque de York, una armada de sesenta barcos y veintiún mil hombres. El plan era que se unieran a la flota francesa en Solvay, en Suffolk, para bloquear juntos los puertos holandeses.

Aun así, los holandeses, a pesar de que su armada era mucho más reducida, tomaron la ofensiva. Mientras la flota aliada estaba aún en el puerto, los holandeses aparecieron en el horizonte, con el viento a sus espaldas. Los aliados se dividieron de inmediato en dos, y los barcos franceses dieron la vuelta, dirigiéndose hacia el sur. Los ingleses, en cambio, no tuvieron otra elección que quedarse y combatir. Más de mil cañones dispararon contra los holandeses durante casi todo el día antes de que éstos se retiraran.

Se dijo que la ausencia de los franceses en la batalla fue un simple error, provocado por un problema de señalización, pero la mayoría de los ingleses se decantaron por una explicación muy distinta: Francia había querido dejar solos a los ingleses frente al ataque. Sucedió lo que siempre habían temido. Inglaterra había sido arrastrada a aquella guerra con la deliberada intención de que el país quedara debilitado, preparando así el terreno para una invasión católica.

Ahora, las patrullas de reclutamiento forzoso recorrían las calles, alistando a todos los muchachos sanos con los que se cruzaban. Los impuestos habían subido, y sólo se podía mantener el orden con un vertiginoso aumento de latigazos y ahorcamientos públicos.

Preparé un helado de espárragos, lo vertí en un molde con la forma del vegetal y me las arreglé para que uno de sus extremos fuera verde y el otro blanco, como en la naturaleza. Carlos, que amaba todo aquello que no era lo que parecía, sentenció que era el helado más delicioso que jamás le había servido. Dio a probar un poco a sus invitados, para comprobar su estupor.

Louise, aún encinta, me mandó llamar con otro propósito.

—¿Podéis prepararme algo? Tengo un antojo: me apetecen unos pepinillos y un helado cremoso.

Lancé un suspiro.

—Dicen que las mujeres preñadas tienen gustos extraños. Veré qué puedo hacer.

Le preparé un helado de crema mórbida, recién hecha, aderezada con semillas de

vainilla. La vainilla, al menos, compensaría la acidez de los pepinillos. Sin embargo, eso no bastó para satisfacerla.

—Estáis haciendo que engorde —se quejó, aunque sin dejar de comer—. Estoy gruesa y deforme.

—Eso es cosa del bebé. Cuando haya nacido, perderéis peso.

—Ningún hombre de Londres se fija en mí, y mucho menos el rey. Parezco una cerda preñada. Ha empezado a llamarme «Fubs».

—¿«Fubs»?

—O «Fubsy». Significa «mofletitos».

—A mi parecer, la preñez no ha menguado el afecto que siente por vos.

—Me pellizca las mejillas, le dedica cumplidos a mi barriga y luego se va para pasar la noche con su actriz. El afecto no es suficiente. El afecto no compensará la perfidia de la flota francesa. El afecto no me sirve. Lo que necesito es *deseo*. Necesito pasión.

—Todo lo contrario. Cualquier hombre puede ser apasionado; en cambio, el afecto sugiere que sus sentimientos serán duraderos. Tened paciencia. Cuando nazca el bebé, volverá a vuestro lecho.

En otra ocasión, me dijo:

—He sido demasiado ingenua. Si quiero conservarlo, tengo que aprender algunos trucos.

—¿Trucos? —le pregunto, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

—Antes, yo confiaba en mi inocencia, como vos me sugeristeis, pero ahora no puedo permitirme seguir siendo inocente. Debo ser astuta.

—¿Y cómo pensáis aprender esos trucos?

—Vos deberéis enseñármelos, por supuesto. —Ella vio la expresión de mi rostro—. Así no. Tenéis que explicármelo todo: cómo debo moverme, cómo debo acostarme, qué debo decir. Ahora que conozco los rudimentos será más fácil entender vuestras explicaciones.

No podía negarle nada. Así pues, nos acostamos en su cama, con la puerta cerrada con llave para mantener alejadas a las damas de su séquito. Ella, sin aliento y con torpeza, asumió diversas posturas amorosas siguiendo mis instrucciones. Ambos estábamos completamente vestidos; su cuerpo, preñado, le pesaba. No fue ninguna sorpresa que no hubiera ni un ápice de pasión sincera ni en su conducta ni en el momento. Llegados a un punto, sin poder evitarlo, dije:

—Evidentemente, cuando estéis con él debéis ser cariñosa.

—¿Cariñosa?

—Ya sabéis..., llena de entusiasmo. Sonriente. Y le murmuraréis palabras con dulzura.

—¿Eso también? —Parecía perpleja—. ¿No basta con que haga todo esto? ¿Debo fingir que me gusta?

—Por supuesto. Vuestro deseo es el mayor cumplido que podéis hacerle. —Cogí

un pepinillo del plato—. Imaginaos que esto es el rey. —Lo mojé en el helado—. Imaginaos que tiene el sabor que más os gusta..., que lo deseáis más que cualquier otra cosa que deseasteis mientras estabais encinta. —Se lo tendí—. Ahora, probadlo.

Lo hizo: sacó la lengua y lamió la punta del pepinillo. Me miró, para comprobar si lo estaba haciendo bien. Por un instante, sus ojos verdes se llenaron de un deseo tal que me quedé sin aliento.

Luego, con la boca aún llena de helado, se echó a reír. Se tapó la boca con la mano para tragarlo del todo. Cuando por fin pudo hablar, dijo:

—Por vuestra cara, deduzco que ésta es una expresión adecuada de deseo irrefrenable.

—Sí —admití, con voz ronca—. ¿Qué estabais pensando?

—Pensaba en el helado y en que pronto se terminaría. Luego me he puesto un poco serio, lo he saboreado a fondo y se ha terminado de verdad.

—Haced lo que habéis hecho —dije, lanzando un suspiro—. Comportaos exactamente así y él creerá que lo adoráis.

Cuando regresé al Lion, le ordené a Hannah que subiera a mi aposento.

—Me imagino que sabrás algunos trucos —le dije, sin preámbulos.

—¿Trucos?

—Fiorituras. Variaciones. Como hacen en Francia.

—Sé preparar una *fricassée*, si es lo que queréis saber.

—Sabes bien que no se trata de eso.

—Sí, lo sé. Pero quería comprobar si era capaz de haceros sonreír —dijo, con un aire de misterio.

Refunfuñé.

—Te pagaré más.

—Muy generoso de vuestra parte, pero me temo que no puedo ayudaros. Si queréis trucos franceses, tendréis que buscaros una francesa. —Dudó un instante—. Pero tal vez ya la hayáis encontrado.

La miré a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo que, sea lo que sea lo que hacéis en la corte, no parece que os haga muy feliz.

—Eso no es asunto tuyo.

—Cierto —dijo, con una expresión inescrutable—. Entonces, ¿queréis lo acostumbrado?

—Sí. Lo acostumbrado.

Lo acostumbrado, en el acostumbrado silencio. El acostumbrado tintineo de las monedas. Las acostumbradas lágrimas en mis mejillas antes del olvido que procura el sueño.

Cuando me desperté, descubrí con sorpresa que ya eran más de las tres de la tarde. Me acerqué a la ventana y me quedé un rato sentado en el alféizar, mirando a la gente que iba y venía por la calle.

Entonces vi a Hannah saliendo de la posada. Posiblemente no habría advertido que era ella —llevaba un abrigo oscuro con una capucha que le cubría la cabeza—, pero cuando se dio la vuelta para mirar a derecha e izquierda, capté por un instante su perfil. En la mano, muy bien agarrada, llevaba una bolsa.

Algo, no sé muy bien qué, despertó mi curiosidad por saber adónde se dirigía. Me puse un abrigo y bajé las escaleras a toda prisa. Había visto la dirección que había tomado y no tardé en alcanzarla y en estar a diez pasos de ella.

Vi que mucha gente la saludaba al pasar, pero no con efusión, sino con un gesto de la cabeza o de la mano. Otros, hombres y mujeres, se detenían y le estrechaban la mano.

Recordé las palabras de Cassell: «Se niegan a inclinarse ante nadie porque afirman que todos los hombres son iguales».

Era evidente que Hannah tenía prisa y no se entretuvo para intercambiar cumplidos. Cinco minutos después giró por un callejón en el que había pequeñas tiendas que vendían libros y mapas. Cuando llegó al final, entró en la última. Parecía que, fuera lo que fuese lo que tenía que hacer allí, era el motivo de su salida, porque no abandonó la tienda hasta pasados unos minutos. Esperé hasta que volvió la esquina y entré.

El negocio era incluso más pequeño de lo que parecía desde la calle. Los libros cubrían casi toda su superficie. Sin embargo, encima del mostrador había un mapa desenrollado, como si acabaran de abrirlo recientemente. Me incliné para verlo mejor. En la parte de arriba había una inscripción.

«Un nuevo y exacto Mapa del Mundo. Dibujado según las más auténticas descripciones, los descubrimientos más recientes y las mejores observaciones realizadas por ingleses o foráneos».

—Es el que quieren todos —dijo el tendero, al ver que lo estaba examinando—. Está basado en los esquemas de John Speed. Fijaos, incluso muestra la isla.

—¿La isla?

—California —dijo, señalándola con el dedo—. Y esto, si sir William Penn consigue llegar, será Nueva Gales.

Observé el mapa, tratando de entender por qué le interesaría tanto a Hannah.

—¿Habéis reservado ya vuestro pasaje? —me preguntó el tendero—. Bueno, cuando estéis dispuesto a hacerlo, venid a verme. Nuestras condiciones son muy ventajosas. Un depósito, y luego un pequeño pago mensual. El barco es propiedad de mi cuñado: es el mejor de Bristol.

Entonces lo comprendí.

—¿La mujer que ha estado aquí hace un momento quería comprar un pasaje?

El hombre negó con la cabeza.

—Lo compró hace un año. Debería haber partido el pasado mes de mayo, pero se ha retrasado en los pagos. Ahora sólo le quedan seis, y luego... —Se interrumpió, consciente de que mi interés no era el de un cliente más—. ¿Deseáis algo en particular? —me preguntó, enrollando el mapa con esa gélida cortesía tan habitual en los ingleses.

Así pues, Hannah quería emigrar a América. No debería haberme sorprendido: allí era donde terminaban todos los insatisfechos y los bribones. Y si se costeaba el pasaje prostituyéndose, no era asunto mío.

Sin embargo, me sentí incómodo. Ahora que sabía para qué necesitaba el dinero, me avergonzó un poco saber lo que debía hacer para conseguirlo. Y, con cierta sorpresa, descubrí que también la envidiaba un poco, y no por lo que había hecho, sino porque hubiera sido capaz de hacerlo: había visto una oportunidad y se había agarrado a ella en vez de estar a merced de reyes y ministros.

## *Louise*

Al parecer, todo Londres habla de mi rivalidad con Nell. Y no sólo Londres: el embajador me ha dado a entender que en París también están ansiosos.

Los hombres pueden desafiarse con espadas o con raquetas de tenis, o luchar por su honor en el campo de batalla. Sin embargo, yo sólo puedo enfrentarme a Nell Gwynne con sonrisas y palabras.

Y las palabras, desgraciadamente, son su fuerte. Ni siquiera en mi lengua materna soy tan ingeniosa como ella. Según las últimas habladurías, ha descubierto que la casa de Pall Mall que le ha concedido el rey sólo ha sido arrendada, y por un periodo no superior a veinte años. La implicación de ese hecho es evidente: mientras el rey comparta su lecho, ella será una mantenida, pero cuando la relación termine, tendrá que volver al arroyo. Por alguna razón, el pueblo de Londres apoya su causa, y el asunto de la propiedad vitalicia de Nell ha aparecido en todos los periódicos y panfletos.

Dicen que Nell ha informado al rey de que ella se ha entregado a él completamente y sin límite de tiempo y no sólo en arrendamiento, y que a cambio espera la misma cortesía. Al parecer, a Carlos le ha parecido tan divertido que ha cedido. Para celebrarlo, ella ha mandado construir una *salle des miroirs* en su alcoba, ¡además de un lecho con incrustaciones de plata de su busto y el del rey y sus iniciales entrelazadas! Estoy segura de que Carlos, cuyo gusto es exquisito, se quedará horrorizado ante tanta ordinariez.

Le he dicho que quiero remodelar mis aposentos para que sean lo más parecidos a los que Minette tenía en Versalles. Naturalmente, me da su consentimiento. Más tapices, más alfombras, más objetos de plata, pero todo de la mayor calidad, es decir: francés. Cuando se vea obligado a escoger, estará claro entre qué deberá hacer su elección: la presunción y las buenas maneras o la vulgaridad y el refinamiento.

Al parecer, Nell descubrió a su lacayo peleándose en la calle: cuando le preguntó el motivo del altercado, él le dijo que alguien la había llamado puta.

—Entonces deberás encontrar otro motivo —le dijo—. Porque eso es lo que soy.

¿Cómo puede enfrentarse una a alguien que no se avergüenza de ser lo que es?

Si tiene un defecto es su incapacidad de ver que somos diferentes. Para ella, una puta y una amante son lo mismo: una vendedora de naranjas y una dama de compañía, sólo que con matices distintos.

A pesar de su descaró, pretende conseguir un título, y es posible que eso sea su perdición. Si Carlos la convierte en duquesa, todas las familias nobles de Inglaterra se sentirán ofendidas.

Así pues, mi estrategia consiste en recordarle a Carlos mis orígenes. Se presenta una oportunidad cuando muere un pariente lejano mío, el Chevalier de Rohan. Es cierto que ha sido ejecutado por orden de Luis por colaborar con los holandeses, pero

aún así lloro su muerte. Era descendiente de los antiguos reyes de Bretaña, lo que significa que también es un pariente lejano de Carlos.

Carlos me ve vestida de luto y me pregunta, delante de la corte, qué ha ocurrido.

—Llevo luto por nuestro primo, el príncipe de Rohan —le explico.

Mi intención es llevar luto no más de una semana, el tiempo apropiado para un pariente lejano. Sin embargo, al día siguiente, cuando aparezco en la corte, Nell también viste de negro. Mientras el rey está hablando con algunos de sus consejeros, la oigo sollozar quedamente. Al final, él le pregunta:

—¿Qué ocurre, Nell? ¿Ha muerto vuestra madre?

—No —dice—. No se trata de ella.

—Entonces, ¿de quién se trata?

—El Cham de Tartaria —dice, llorando—. Ha muerto. ¡Dios mío, ha muerto!

—Pero ¿qué relación os unía al Cham de Tartaria? —pregunta el rey, desconcertado.

—Exactamente la misma —lloriquea— que unía a Louise con el Chevalier de Rohan. Es decir: ninguna.

Se hace el silencio durante un instante. Luego, las risotadas recorren toda la corte. Como un perro huyendo de la cocina con una ristra de salchichas entre los dientes, van de un extremo a otro, de grupo en grupo, y aunque lo sigo furiosa con los ojos, no consigo acorralarlo.

—Bien —dice el rey, frotándose los ojos—. Entonces, vos, Nell, y Louise haríais mejor en dividiros el mundo, porque entre Tartaria y Rohan habrá muchos extranjeros a los que dar el pésame.

—Ya lo hemos hecho —dice ella, de inmediato—. Lo único que queda por decidir es cuál de las dos se quedará con Inglaterra.

Ahora se ríen abiertamente. Estoy avergonzada: no había calculado que mi estrategia fuera tan evidente. Sin embargo, lo que Nell no entiende es que cada vez que protagoniza una de estas vulgares escenas, yo salgo fortalecida. Puede que se rían con ella, pero ven cada vez con mayor claridad que no es una de ellos: tarde o temprano la excluirán, y yo venceré.

## Carlo

Helado de parmesano: coger seis huevos, media pinta de sirope y una pinta de crema. Verterlo todo en un cazo y hervir hasta que espese. Luego, rallar tres onzas de parmesano, mezclar, tamizar y congelar. Éste es un helado succulento y nutritivo, ideal para las madres lactantes.

*El libro de los helados*

Louise no se retiró para el parto y el puerperio hasta el último momento. No podía permitírsele: si ya se reían disimuladamente delante de ella, a sus espaldas lo hacían a mandíbula batiente.

—Oh, decidme, ¿dónde está la Carwell? —me preguntó un día Rochester, con la intención de que el rey también lo escuchase—. ¿Aún no ha parido?

Por eso, al menos, fue apartado de la corte durante unos días: una cosa era insultar a la amante del rey, y otra muy distinta incluir en sus chanzas al hijo nonato del monarca.

Mientras tanto, como Cassell había previsto, el Parlamento estaba reforzando su poder. La Declaración de Indulgencia fue derogada y sustituida por el Test Act, una ley según la cual todo cargo público debía jurar fidelidad a la religión protestante. Lord Clifford, el tesorero, fue uno de los que fueron obligados a renunciar a la vida pública: se quitó la vida en su casa de campo. Lord Arlington que, según sabía Louise, era católico, prestó juramento sin poner ninguna objeción. El duque de York dudó, y luego renunció al puesto de almirante de la Armada, confirmando así a la nación que, efectivamente, el hermano del rey se había convertido.

Una vez más tenía motivos para dar las gracias a que nadie, salvo yo, conociera los secretos de los helados: eso significaba que ningún inglés podía reemplazarme, por lo que seguí sirviendo al rey y a sus favoritos como había hecho hasta entonces.

Y aún así, si el Parlamento había pensado que podía limitar la influencia de Louise, se equivocaba. Dio a luz en julio, y en Navidad estaba de nuevo en la brecha, y de un modo que Nell no estaba en condiciones de emular.

## *Louise*

Ha nacido mi hijo. Carlos. Incluso a la hora de elegir el nombre se impone la política: el mundo debe saber quién es su padre.

El parto, evidentemente, es una agonía. Y aun así, no es nada comparado con el dolor de tener que entregar el bebé a una nodriza que lo amamante como si fuera suyo. Mis pechos, hinchados, derraman su leche sobre mis exquisitos vestidos franceses. Pero éste sería mi deber si fuera una esposa: regresar a la corte como si nada hubiese ocurrido, como si tener hijos fuera algo que no te cambia la vida.

A Carlos le gustan mucho los niños. Me sorprende, teniendo en cuenta que es alguien que se distrae y se deja llevar con tanta facilidad. Sin embargo, le encanta sentarse y tener el bebé entre sus brazos, acariciándole los labios con un dedo. Pero sólo un rato. Cuando el bebé llora, es la nodriza quien se ocupa de él.

—¡Qué llanto más imperioso! —exclama—. Será mejor que te lo lleves.

No aprecia a alguien con exigencias, sobre todo si son tan ruidosas.

—Decidme, ¿en qué religión será educado? —me pregunta.

Ya había pensado en eso, naturalmente. Para que yo pueda ser reina de Inglaterra, mis hijos deben ser protestantes. Pero si escojo ese camino, es como si renunciara a la idea de que un día Carlos cumpla la promesa de convertirse.

—Será educado en la Fe Verdadera —digo—. Puede que un día, vos y vuestro hijo podáis practicar la misma religión.

—Tal vez —responde, sin comprometerse.

Escribo a mis padres para comunicarles la noticia, invitándolos a venir para que conozcan a su nieto. Les describo con mesurado orgullo los favores que me concede el rey, las dimensiones de mis aposentos, las joyas que me ha regalado. Les dejo claro que su visita no supondría ningún inconveniente para mí.

Espero que, para entonces, ya me haya librado de madam Gwynne. Preferiría que mis padres se ahorraran eso: no quisiera que escucharan a una actriz inglesa llamando puta a su hija.

En el ámbito político, el tema de moda es quién desposará al hermano del rey. Los ingleses han renunciado a la esperanza de que acepte a una esposa protestante. Luis XIV se inclina por la duquesa de Guise, fértil pero poco agraciada, pero Jaime, según me ha confesado el rey, preferiría a una bella virgen.

—¿Tiene a alguien en mente? —le pregunto.

Carlos hace un gesto de impotencia.

—Ése es el problema. No le parece digno de él elegir a su propia esposa, pero rechaza a todas las que le proponen. Hasta ahora ha dicho que no a la archiduquesa de Innsbruck a causa de su figura; a la princesa de Württemberg a causa de su madre; a la princesa María de Alsacia porque es pelirroja, y a dos princesas alemanas porque eran alemanas. Mis ministros ya no saben qué hacer. Le he dicho que es absurdo desposar a una mujer por su belleza. Uno se acostumbra tan rápidamente a un rostro

que al cabo de una semana ya no le parece ni hermoso ni feo. —Duda un instante—. No es vuestro caso, por supuesto.

Sonríó para demostrarle que sé que no pretendía ofenderme.

—Tengo una prima que es joven y muy hermosa.

El rey arquea las cejas.

—¿De buena familia?

—Frangoise Marie es la hija de la duquesa de Elboeuf, y princesa de la casa de Lorena.

—Por supuesto —murmura—. A veces olvido que estáis emparentada con las mejores familias de Francia.

¿Se está burlando de mí?

—Tengo su retrato en mis aposentos. Si convencierais a vuestro hermano de que viniera para conocer a su sobrino, podría verla.

Carlos se echa a reír y me da una palmadita en la rodilla.

—¡Oh, os he echado tanto de menos, mi querida Fubs! Nos parecemos mucho. — Cierto. Es debido a nuestros orígenes.

Jaime viene a visitarme y admite sentirse intrigado por el retrato de Frangoise Marie. Unas horas después, un furioso Colbert irrumpe en mis aposentos.

—Su Muy Cristiana Majestad me ha ordenado explícitamente que me ocupe del compromiso de la De Guise —dice, casi a gritos.

—Estoy segura de ello —respondo, con calma—. Pero Jaime es un libertino y se ha convertido recientemente, por lo que quiere desposar a una muchacha que tenga la misma edad que sus hijas. Sólo un loco pensaría que quiere casarse con una viuda fea.

—¿Estáis llamando loco a Luis XIV? —balbucea Colbert.

—Por supuesto que no. Me estaba refiriendo a quien lo ha aconsejado. A la persona a la que, cuando el plan de la De Guise fracase, ciertamente culpará.

Veó que Colbert está reflexionando. Si puede utilizarme para dirigir la elección de Luis hacia un objetivo más asequible, podrá adjudicarse el mérito si llega a buen puerto y, en caso contrario, culparme de ello.

—Dejemos que Luis elija a otra muchacha católica —le propongo—. Pero que sea joven, atractiva y núbil. Entonces, vos y yo trabajaremos juntos para asegurar el matrimonio.

—Resulta que hay otra candidata —dice él, con ciertas dudas.

—¿Quién?

—La princesa María de Módena. Tiene trece años, y dicen que promete convertirse en una belleza. Sin embargo, ha expresado su deseo de entrar en un convento antes que desposarse con alguien mucho mayor que ella.

—¿Joven, bella y piadosa? —le pregunto—. Creo que es perfecta. Ordenad que envíen en seguida su retrato.

¡Al cabo de un mes, todo está organizado. Se casarán el año que viene, en cuanto ella cumpla los catorce. A cambio, Jaime ha aceptado celebrar dos ceremonias: una íntima, católica, y otra pública, de acuerdo con los ritos anglicanos.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —me pregunta Carlos—. Conmigo es terco como una mula, pero vos, al parecer, siempre conseguís de él lo que queréis.

—Puede que esté celoso de vos.

—¿Celoso?

Carlos parece sorprendido.

—Aún está un poco enamorado de mí, ¿sabéis? —Me encojo de hombros, con modestia—. No sé por qué.

—Sí, por supuesto. —Carlos me mira fijamente, y comprendo que me está mirando a través de los ojos de su hermano: me ve deseable, una mujer que podría convertirse en su esposa, pero por encima de todo inalcanzable—. ¿Cenaréis conmigo esta noche, madam? —me pregunta, de improviso.

Sonrío.

—Será un placer, Carlos.

Esa noche me posee de nuevo como si yo hubiese recuperado mi virginidad y él fuera un joven fogoso.

Más tarde, me dice:

—¡Por Dios, estabais llena de deseo!

Le doy un beso en el pecho.

—Sois delicioso. No puedo dejar de besaros.

Se abandona sobre el lecho, feliz. Sigo besándolo: en su fuerte pecho, en las costillas que apuntan bajo la piel, como el casco de un barco. Puede que sea por el bebé, por el alivio de haber recuperado su favor, o por otro motivo, no lo sé, pero siento una especie de ternura por él, un deseo que nunca había sentido hasta ahora. Me coloco encima de él y beso sus tetillas, suspirando por el sabor de su piel, por la fuerza de sus manos alrededor de mi nuca.

Así pues, todo vuelve a estar en su sitio. Estoy en el lecho de Carlos y gozo del favor de Luis. Colbert se ha comportado como un inútil y mis aposentos son, una vez más, la verdadera sede del Parlamento de Inglaterra.

Carlo quiere regalarme un collar. Mis espías me informan de que hay uno al que Nell le ha echado el anzuelo, literalmente: está enseñando al rey a pescar con la esperanza de conseguirlo. El collar cuesta más de ocho mil libras. ¡Sería un gran placer poder arrebatárselo!

Sin embargo, yo apunto más alto.

—¿Amor mío? —digo.

—¿Hum?

Estamos tumbados en el lecho, después de haber hecho el amor.

—No quiero regalos costosos.

—¿De verdad?

Parece sorprendido.

—Ser amada por vos es la única recompensa que deseo. Pero si queréis hacerme realmente un presente...

—¿Sí? —pregunta, y comprendo que se está preparando para una desmesurada exigencia: un vitalicio, tal vez, o una deuda de juego que hay que saldar.

—Como sabéis, provengo de una familia antigua y noble.

—Cierto.

—Mi abuelo materno era marqués. Los De Keroualle han sido Señores de Brest durante más de setecientos años, y aun así, creo que ningún miembro de vuestra corte es realmente consciente de mis orígenes. Sólo ven que soy vuestra amante, y al no tener ningún título inglés, no me consideran mejor que una vulgar vendedora de naranjas.

Asiente, pensativo.

—¿Queréis un título inglés?

—Con vuestra bendición.

Reflexiona. A simple vista, no es un presente costoso, pero sabe tan bien como yo que, normalmente, los títulos van acompañados de vitalicios y otros ingresos.

—Estoy dispuesto a ofreceros algo de esa naturaleza —dice, hablando muy despacio.

—Gracias. —Lo beso en la mejilla, en la que empieza a crecerle una barba incipiente—. Evidentemente, primero deberéis concederme la ciudadanía inglesa; en caso contrario, no podría ser duquesa o poseer cualquier otro título que decidáis otorgarme. Lo dejo en vuestras manos.

Creo que estoy empezando a comprender mejor cuál es el papel de una amante. No consiste sólo en escuchar, sino que también debe reflexionar; no debe sólo estar disponible, sino ejercer como representante del resto de mujeres que no están disponibles, las mujeres que él también desearía poseer si tuviera tiempo y se presentara la ocasión. Ser la mujer que todos los hombres pretenden pero que sólo uno puede tener.

Ahora entiendo por qué Nell Gwynne quiere tener su cama en una sala de espejos.

Estaba equivocada cuando le dije a Carlo que no conocía ningún truco cuando estaba en el lecho. Los trucos más sutiles no se llevan a cabo con el cuerpo ni pueden dibujarse en un libro de posturas amorosas.

## *Louise*

Quiere un retrato mío.

—Ahora que habéis recuperado la figura —dice, despreocupadamente— y antes de que volváis a estar encinta.

—No he recuperado la figura. Parezco un elefante.

—Mi querida Fubs —murmura—. A mí me gustáis así.

Por la referencia a mi figura deduzco que no quiere sólo un retrato de mi rostro.

—¿Queréis que pose desnuda?

—¿Por qué no? —Me mira por el rabillo del ojo—. Estaba pensando en sir Peter Lely. Un caballero muy discreto, y un excelente pintor. Además, nadie verá el cuadro.

«Para el exclusivo placer del rey». Pero el placer del rey, empiezo a darme cuenta, estriba en parte en lo que es sólo de su propiedad y, en parte, en imaginar el modo en que lo verían los demás.

—En Francia se considera una inmoralidad ser retratada desnuda.

—Sé que accediendo me concedéis un gran favor. Buscaré un modo extraordinario de daros las gracias.

¿Un título?

—Imaginaos la vergüenza que sentiría mi familia si llegara a enterarse.

Mis protestas lo están excitando. Tiene algo nuevo que conquistar, una nueva virginidad que conseguir.

—Para una vendedora de naranjas o para una actriz —añado— no tiene ninguna importancia, por supuesto. Pero decidme, ¿le pediría un rey a su reina que hiciera algo así? Creo que no.

—A menos que lo amara mucho —murmura.

Ambos sabemos cómo terminará este baile. No puedo resistirme durante mucho tiempo. No mientras él tenga a Nell Gwynne.

Al final llegamos a un acuerdo: una camisola de seda, desabrochada. No cubre nada, pero significa que, hablando con propiedad, no estoy desnuda. Estoy reclinada en un diván, expuesta a la mirada de Lely, que pinta, retoca y embellece una tela que no puedo ver.

Si bajo los ojos, aunque sólo sea un instante, él murmura:

—Miradme.

Mis ojos deben mirar a los de quien esté mirando el cuadro. Me resulta extraño pensar que cuando miro a Peter, que frunce el ceño, concentrado, estoy mirando fijamente a todos los hombres que me admirarán. Podrían ser docenas, centenares los que contemplarán el cuadro, algunos incluso después de mi muerte.

Y todos ellos me mirarán y pensarán que soy una desvergonzada al acceder a hacer esto para disfrute privado del rey.

Y no se dan cuenta de que son ellos y no yo quienes lo son.

Carlos viene para charlar. Temía que me aburriera, dice. Contempla el cuadro. Peter se hace a un lado, paciente ante la impaciencia del rey. De vez en cuando explica a su señor algún detalle del diseño o de la técnica.

—Fijaos: esto se llama impasto. ¿Os gusta el verde aquí o preferís aguamarina?

Hay algo en todo esto que excita a Carlos: los dos hombres, vestidos de la cabeza a los pies, contemplando mi cuerpo desnudo mientras hablan de mí. Casi como si yo fuera un hueso que Carlos puede dejar caer de su boca para que otro perro lo olisque.

Recuerdo las palabras de Colbert: «Una orgía desenfadada».

Lely sugiere incluir alguna fruta, a la izquierda, para equilibrar la composición.

—Naranjas no —digo, con firmeza.

Arquea ligeramente las cejas.

—Me recuerdan a las vendedoras de naranjas.

Sonríe. Evidentemente, fue él quien pintó el retrato de Nell.

—¡Ya lo tengo! —exclama Carlos—. ¡Helado! En el cuadro debería haber helados.

—Se habrán derretido antes de que Peter termine el retrato —objeto.

—Podrían sustituirse por otros —dice el artista. Puntea pensativamente sobre la tela, con el extremo romo del pincel, para mostrar al rey dónde podrían pintarse—. Aquí, en un lado, podrían sustituirse sin que estorbaran *la mise en scène*. En realidad, sería interesante. La gente se preguntaría cómo lo han hecho. Un momento capturado. La ilusión de la instantaneidad en medio del tiempo suspendido.

Es el discurso más largo que le he oído durante los cinco días que lleva pintando.

Otra mujer, pienso, con cinismo, se habría sentido un poco ofendida al comprobar que el desafío de pintar un helado lo excita más que un cuerpo desnudo.

—Sí. —Carlos lanza un suspiro—. Una fuente con helados. ¿Los pintaréis mientras se derriten?

—En el momento en que empiecen a derretirse, sire. La crema helada ablandándose. Como un fruto madurando en un cuenco, inmortalizado justo antes de que empiece a echarse a perder. Anticipando la inevitable corrupción de la pulpa.

Me mira, y me doy cuenta de que no es sólo la dificultad técnica lo que le excita. También hay alguna suerte de simbolismo.

Así pues, ordenan que traigan los helados.

—Deprisa, decidle que son para el rey. En el taller de Lely.

Carlo entra con la caja de helados. No puedo moverme ni advertirle de nada. Me quedo quieta en el diván, como Dafne, paralizada mientras se convierte en laurel.

—Ah, Demirco. Dejadlos aquí.

Se para en seco y me mira.

—Vamos, hombre. Cualquiera diría que nunca habéis visto a una mujer desnuda.

Se recompone en seguida.

—Pero nunca una tan hermosa, sire.

—Sí. —Carlos se acaricia el bigote, satisfecho—. Es muy bella, ¿verdad?

Carlo mira primero a Peter y luego a mí. Peter se ha quedado quieto, sin tocar la tela con el pincel, sorprendido. Ambos me miran.

Un rubor —intenso y carmesí, como una hoja de parra en otoño— recorre mi pálida piel, desde las piernas desnudas hasta la punta de las orejas.

Nell, en palacio.

—Oh, madam Carwell. He oído decir que os han retratado recientemente sólo con una camisola de seda.

—Es cierto, Nell. El retrato de sir Peter es magnífico.

—Puede que estemos una junto a otra en la galería del rey. Así, sus amigos podrán compararnos. Siendo como soy una puta, debería sentirme honrada de ser comparada con una dama como vos.

No le respondo.

—Decidme, ¿habéis visto a Carlos III esta mañana? —me pregunta.

Intuyo que me está tendiendo una trampa, pero aún así decido caer en ella.

—¿Por qué lo llamáis Carlos III? Él es Carlos II.

Cuenta con los dedos.

—Mi primer Carlos fue Carlos Hart; el segundo, Carlos Sackville. Así pues, Carlos Estuardo es el tercero. Vos, en cambio, sólo tenéis dos, ¿verdad?

Cuando está así no hay nada que hacer, salvo no perder la calma. Es como tener un niño que no quiere acostarse y cuyo único modo de hablar con los adultos es escandalizarlos. Afablemente, le digo:

—Antes de conocer al rey, Nell, no he tenido ningún otro hombre.

—Ah, bueno —dice, sacudiendo la cabeza—. Aún hay tiempo. A él no le importa, ¿sabéis? Barbara Villiers tenía cuatro al mismo tiempo, y el único comentario del rey fue que lo que es bueno para uno, es bueno para otro.

Un insulto simple y directo, como suele ser habitual en ella. Sin embargo, éste me da que pensar.

Las joyas de la corona se exhiben en la Torre de Londres, donde cualquiera puede verlas por un penique. Hace unos años estuvieron a punto de robarlas, pero Carlos no quiere ponerlas a salvo, lejos de los ojos de la gente. ¿Por qué?

Una actriz. Una mujer que interpreta muchos papeles. Un rey que se ve obligado a hacer lo mismo.

Una prostituta. Una mujer que ha tenido muchos amantes, pero muy pocos por amor. Un rey que decide hacer lo mismo.

Hacerme competir con Nell Gwynne... ¿Podría ser, en cierto sentido, algo deliberado? ¿Forma parte de su carácter?

Empiezo a darme cuenta de que Carlos alberga un profundo cinismo, casi un lado oscuro. A su escepticismo natural se han sumado los efectos de sus experiencias en el exilio: el hecho de vagar de una corte a otra, de haber sido aceptado por mero

oportunismo, tolerado sólo hasta que las consideraciones políticas de sus anfitriones lo creían útil.

De pronto, me doy cuenta de que Nell y yo tenemos eso en común, y también con el propio Carlos: todos sabemos lo que significa no tener ni un penique, estar indefensos y pasar frío.

¿Es por eso que se rodea de hombres como lord Rochester? ¿Acaso encuentra en su amargo sarcasmo un eco de lo que encierra en su mente?

Y cuando afirma que él y yo somos iguales... ¿Es a eso a lo que se refiere? ¿Será plenamente feliz sólo cuando le dé la satisfacción de demostrarle que está en lo cierto?

¿Necesita que le demuestre que puedo caer tan bajo como él?

## Carlo

El agracejo y la bergamota son dos de los frutos que saben mejor en helado que servidos al natural.

*El libro de los helados*

Luis XIV lideró personalmente el avance contra los holandeses, encabezando casi sin encontrar obstáculos un gran ejército franco-holandés a través de los Países Bajos españoles. Sin embargo, los holandeses, conscientes de que no podían vencerlo en un conflicto armado, abrieron los diques, inundando una vasta extensión de tierras que pretendía conquistar. Frustrado, el Rey Sol se vio obligado a armarse de paciencia.

Los ejércitos son muy costosos, y los ejércitos que no marchan —los que no saquean y se hacen con botines— son aún más costosos. A Luis, evidentemente, le bastaba con levantar un dedo y exigir un nuevo impuesto. Sin embargo, para Carlos, su aliado, que debía rendir cuentas al Parlamento, la cuestión era muy distinta.

El Gran Bloqueo del Tesoro Público, cuando su gobierno anunció a los cuatro vientos que no pagaría ni el capital ni los intereses de sus deudas durante un período de un año, ahora parecía un terrible error de cálculo. Porque, ¿qué banquero habría prestado más dinero a un rey que no estaba al día con los pagos? ¿Qué deuda sería segura si un rey podía modificar sucesivamente los términos del acuerdo a su antojo?

Ahora, sus únicos ingresos se reducían al vitalicio de Luis y al dinero que podía asignarle el Parlamento. Sin embargo, el Parlamento había dejado muy claro que no votaría más sin resultados. El rey estaba al borde de la bancarrota.

Eso ocurrió el mes en que le regaló a Louise un palanquín tapizado con seda plateada, con dos criados negros para transportarla; un collar valorado en tres mil libras; un hilo de perlas que costaba el doble, y la restauración de sus aposentos para instalar una sala de espejos. Y ese mismo mes ofreció a Nell un carruaje con seis caballos blancos para dejar claro que era la amante del rey y una mesa plateada para que hiciera juego con su vajilla de plata. Y también fue el mes en que ordenó la construcción de más aposentos en Windsor y que inundaran el parque de St James para recrear una batalla naval.

Fue un verano de helados, naturalmente el rey estaba entusiasmado con sus nuevos invernaderos; sus jardineros habían conseguido una gran cosecha de piñas, albaricoques y melones, y dio órdenes de que me facilitaran todo cuanto pidiera. Preparé un helado que tenía el mismo aspecto de una piña, endulzado con un poco de azúcar y mosto. A su alrededor, coloqué piñas de verdad y las corté con un gesto teatral delante del rey, anunciado que sería el fruto más dulce y maduro de todo el reino. Creo que este acontecimiento provocó más asombro en la corte que la rendición de Utrech.

Andaba corto de ideas. Después de haber servido al rey y a sus invitados todos los frutos que se cosechaban en Inglaterra, todos los cordiales de Europa, todas las aguas destiladas del mundo, ¿qué más podía ofrecer?

A veces deseaba ser como Hannah, que no preparaba más de cinco o seis tartas al mes, según lo que encontraba en el mercado.

—¿Qué es esto? —le pregunté un día en el comedor, levantando una corteza humeante que escondía algo delicioso, de un color un poco oscuro que no me resultaba familiar.

—Tarta de entrañas.

—¿De qué está hecho?

—De carne de venado. Corazón, lengua, seso y estómago de ciervo, con salsa de cebolla y tomillo. Todo lo que los ricos no quieren comer.

Sin embargo, me di cuenta de que los ricos mandaban a sus sirvientes al Red Lion para comprar esa tarta para cenar. La fama de Hannah se estaba propagando.

—¿Y mañana?

—Sopa de pollo y puerro. El jueves, de hígado y cerveza. Y el viernes, de queso y cebolla. ¿Por qué?

Refunfuñé.

—Necesito nuevos sabores para el rey.

—Servidle una tarta —dijo, en tono burlón.

No podía hacerlo, por supuesto, pero cuando volví a la despensa cogí sus libros de cocina y los hojeé, en busca de ideas.

—¿Qué estáis haciendo? —me preguntó Hannah cuando entró.

—Quiero preparar sorbetes de hierbas aromáticas. Esto parece interesante, por ejemplo. Culpeper habla del uso culinario de las ortigas...

—Deberíais ser más prudente. Ya os dije que no debéis coger este libro.

La miré, perplejo.

—Pensé que te referías a que no ensuciara sus páginas.

Sacudió la cabeza.

—Los libros de Culpeper han sido prohibidos por el Gremio de Libreros. Si los encuentran, los queman y detienen a su propietario, y eso con suerte. A veces los queman a ambos. Dicen que los herbarios son perfectos para alimentar las hogueras de las brujas.

—Pero ¿por qué?

Me arrebató el libro de las manos y lo colocó en el estante.

—Culpeper era un hombre de la quinta monarquía... En fin, uno de los que creía que la era de los reyes estaba llegando a su fin y estaba a punto de empezar la de los hombres libres. En parte fue por eso que publicó lo que sabía y en inglés: para que el pueblo llano tuviera acceso a los conocimientos que los médicos y boticarios se guardaban para sí mismos, con su lengua latina y sus gremios. Y ya veis cómo acabaron él y sus seguidores.

Recordé las hierbas que utilizaba en sus tartas: salvia, acedera, una deliciosa pizca de estragón, salsa de cebolla y tomillo...

—¿Tú eras una de ellos? ¿Una herborista?

Asintió con la cabeza.

—Entre otras cosas.

—Entonces, ¿me ayudarás a crear helados?

Se encogió de hombros.

—Supongo que sí. ¿Por qué no?

—Estupendo. Te pagaré más.

—No quiero que me paguéis —dijo, convencida—. Culpeper compartió sus conocimientos a cambio de nada, con la esperanza de que la gente hiciera buen uso de ellos. No quiero sacar ningún provecho.

Y así fue como empezó una nueva etapa de mi educación culinaria. Empezamos preparando sencillos sorbetes con una sola hierba aromática —ortigas, salvia, hojas de higuera, geranio y bálsamo de melisa—, aunque pronto comprobamos que era mejor combinar las hierbas, entre ellas o con otros aromas, y que empleándolas así se podía crear una variedad casi infinita de sabores.

Ya no era una cuestión de técnica, sino de cocina pura y dura. Algunos sabores maridaban bien, pero otros no. Se requería imaginación y habilidad para prever cómo sería un maridaje, si daría lugar a una unión fértil o estéril. ¿Quién habría pensado, por ejemplo, que el helado de manzana reineta y pétalos de rosa sería tan rico? ¿Que el delicioso dulzor de las manzanas y el intenso perfume de las flores harían que el helado resultara casi demasiado sensual y embriagador en la boca? ¿Quién habría dicho que el apio —el vegetal más soso y aguado—, después de haber tostado sus semillas y haberlas combinado con flores de hibisco, tendría un aroma tan limpio, seco y penetrante? ¿A quién se le habría ocurrido emparejar las grosellas negras con la menta, las naranjas con la albahaca o preparar un cordial con culantrillo y pimienta negra?

Higos y hojas de laurel, melocotones e hisopo, crema cuajada y lavanda, albaricoque y cardamomo fueron algunos de los ingredientes con los que preparamos helados aquel día. Eran esplendorosos, deliciosos, refinados, incluso excepcionales, a pesar de que su composición era tan sencilla como la de un simple huerto inglés en verano.

Evidentemente, no pude impedir que Hannah los probara: necesitaba su experiencia y su paladar. Y cuando ella quería conocer la opinión de una tercera persona, de alguien que no sabía lo que le esperaba, buscaba a Elias y le daba una cucharada para que nos dijera qué pensaba.

—¡Está riquísimo! —exclamó al saborear un helado de apio y pepino, inspirado en el libro de Culpeper.

—Está bueno, ¿verdad? respondía su madre.

Y ambos ejecutaron una suerte de baile en la despensa.

—Creía que estabas en contra de estas cosas —dije, sorprendido.

—¿Por qué? No estamos en contra de los placeres; sólo de los privilegios.

—Pero estos helados son sólo para el rey —le recordé—. Para el rey y algunos de sus favoritos.

—Sí —dijo, un poco desanimada—. Por supuesto.

—Quizás si lo conocieras no serías tan hostil. Es un hombre encantador.

—Quizás —repitió ella sin emoción, dejando de bailar.

Aquel mes, poco después, mientras el rey saboreaba un helado de agracejo y bálsamo de melisa, me dijo, pensativo:

—Sois el hombre que conoce todos los secretos del hielo, Demirco.

—Efectivamente, sire.

—Los planes de Luis son esperar hasta el invierno. Después de todo, si podemos conducir las carrozas por el Támesis, ¿por qué no podría avanzar él con los cañones por los pólders helados?

Dudé un instante. Entonces, él dijo:

—¿Pensáis que no funcionará?

—La cuestión está en la concentración de sal —le expliqué—. Por la misma razón que el Támesis no se congela debajo del Gran Puente, la entrada del agua del mar haría que se descongelaran los pólders. Todo depende de lo decididos que estén los holandeses a resistirse a la invasión.

—Guillermo de Orange ha declarado que todos los holandeses morirán ahogados antes que permitir que su país se convierta al catolicismo.

—Entonces no confiaré sólo en el hielo para ganar la guerra.

Unas semanas después, Arlington y Buckingham fueron enviados a Holanda para tratar de establecer una paz separada. Los franceses, furiosos, acusaron a Inglaterra de traición. En realidad, no se llegó a ningún acuerdo de paz, por lo que volvimos a la guerra, con la diferencia de que ahora los aliados de Carlos ya no se fiaban de él.

—¿Creéis que volveremos a Francia? —le pregunté a Louise un día que le llevé un refresco helado de junquillos y limón.

—No lo sé —me respondió, con aire cansado—. En cualquier caso, ahora estoy en otra situación. ¿Quién me desposaría, aceptando a un bastardo del rey? Una cosa es cerrar los ojos ante un pasado escandaloso, y otra ver ese pasado creciendo a tu alrededor.

—Podrías casaros con alguien de baja cuna que os ame a vos y a vuestro hijo —le sugerí—. Podrías ser feliz juntos, sin títulos ni riquezas.

Me miró, sonriéndome.

—¿Conocéis a algún hombre así?

—He oído decir que existen.

—Sois demasiado leal, Carlo —me dijo, con dulzura—. No merezco tal adoración.

—Al contrario, no os adoro en absoluto. Creo que sois exasperante mente práctica, terca, altiva, orgullosa...

—Gracias. En realidad no pretendía que hicierais un catálogo de mis defectos. Me encogí de hombros.

—Mejor admirar a una persona cuyos defectos conoces que a un extraño.

—¿Y el rey?

—¿Qué pasa con el rey?

—¿El hecho de que sea su amante no cambia vuestros sentimientos?

—¿Por qué debería cambiarlos? —Recogí algunas copas—. Sé que no lo hacéis por amor.

Se quedó un momento en silencio.

—Antes solía pensar que el amor era sólo una quimera, pero ahora me doy cuenta de que es una fuerza casi tan poderosa como un ejército.

—Carlos os ama.

Louise sacudió la cabeza.

—Le gusto, me desea y quiere verme feliz. Me ama como ama Windsor o el tenis: soy necesaria para su bienestar y para hacerlo sentir plenamente como un rey. Y también le soy útil porque le doy buenos consejos. Pero ama mucho más a Nell Gwynne que a mí.

—¿Nell?

—Sin duda alguna. En cualquier caso, ella es la única mujer a la cual nunca podrá renunciar, aunque sabe que a Luis o a cualquier otro rey le escandalizaría la idea de tener como amante a una vulgar prostituta. Por eso creo que sí, que la ama.

—Mientras que, presumiblemente, a ella sólo le interesa su dinero.

—¡Oh, no! Creo que la malinterpretáis. Puede que sea sólo una actriz y una puta, pero se toma muy en serio su relación con él.

—Y vos —dije—, que no sois ni actriz ni puta...

—Debo interpretar un papel y mentir a un hombre al que no amo. Sí, es una paradoja en la que también he pensado.

—¿Creéis que podréis derrotarla?

—Tal vez. Pero hay muchas más cosas que hacer. Debemos encontrar el modo de que siga combatiendo en esta guerra. Hay que impedir que el Parlamento lo obligue a firmar la paz. Jaime debe desposarse antes de que cambie de opinión. Más dinero. Más batallas.

Ese día, cuando regresé al Red Lion, me sentía un poco melancólico. Hannah estaba en la despensa, preparando la masa para las tartas.

—¿Qué estáis mirando? —me preguntó.

—Nada.

Cogió una jarra de harina, cascó dos huevos en ella y lo mezcló. Al cabo de un rato se volvió hacia mí.

—Si seguís mirándome así no puedo trabajar.

—No estaba mirando —le expliqué—. Al menos, no te estaba mirando a ti. Estabas en mi campo visual, eso es todo.

Hannah lanzó un suspiro y siguió trabajando la masa.

—Pero, por si quieres saberlo —añadí—, más tarde podrías subir a mi aposento.

Me respondió con voz inexpresiva.

—Deduzco que hoy habéis estado en la corte.

—Sí.

—¿Con madam Carwell?

—¿Y qué tendrá eso que ver?

—Pues que he notado que después de estar con ella siempre me invitáis a vuestro aposento.

Me encogí de hombros, pero no vio mi gesto porque no me estaba mirando.

—Te invito a mi aposento porque nos conviene a ambos. Puedes venir o no, tú decides.

Me pareció que estaba pensando si debía añadir algo más.

—Decidme —dijo, finalmente—. Cuando llegasteis aquí, ¿cómo supisteis a qué me dedicaba? ¿Que me iría con vos por dinero?

—Un conocido me dijo lo que hacían las sirvientas de las posadas. Y luego te vi con aquel hombre. Él lo sabía.

—Sí —reconoció—. Me llamó puta, pero sólo era una forma de hablar. Se estaba refiriendo al hecho de que yo era una disidente.

—Pero te amenazó con hacerte arrestar.

—Era un informador. Quería convencerme para que os espicara.

—¿A mí? —exclamé, perplejo.

—Se suponía que debía descubrir cómo preparabais vuestros helados. Pero ya os había dado mi palabra de que no lo revelaría, y por eso no lo hice.

—Pero... —dije, desconcertado—. Cuando te pedí que fueras a mi aposento por primera vez, lo hiciste. Aceptaste mi dinero.

—Sí.

—Entonces, Cassell tenía razón. Eres lo que dijo que eras.

Me contestó sin apartar los ojos de la masa.

—Tal vez. Pero he decidido que a partir de ahora, signor, sería mejor que se lo pidierais a Mary o a Rose.

—¿Por qué?

Tardó un buen rato en contestar, mientras seguía trabajando con los dedos la masa. Finalmente, dijo:

—No sería justo para Elias si acabara descubriendo lo que hacemos.

—Ah, entiendo.

—Él os admira. Podría mal interpretar nuestra relación. Podría pensar que entre nosotros hay algo más.

—Bueno, en ese caso, no volveré a pedírtelo.

—Gracias.

—Se lo pediré a Mary. O a Rose, da igual.

—Exacto.

Hannah cogió el rodillo y lo pasó por la masa con tanta fuerza que levantó una nube de harina.

## *Louise*

Es un secreto a voces que el Parlamento insistirá en la paz en su próxima sesión. Carlos se reúne todas las noches con sus ministros para debatir. Su objetivo es ganar tiempo: una estrategia que su hermano, en una rara muestra de ironía, ha dicho que es el equivalente a perderlo.

La única solución es disolver el Parlamento, es decir, suspender sus funciones por orden del rey. Sin embargo, desafiar así a la institución a la que debe la restauración podría provocar una rebelión armada. Sus ministros —con un ojo puesto en su popularidad frente al pueblo— le aconsejan prudencia.

Ellos no lo conocen tan bien como yo. Los gestos imprudentes le gustan. Prefiere la temeridad y las apuestas arriesgadas. Y su odio por el Parlamento es muy profundo. En público, debe mostrarse agradecido con él por haberle restituido el trono; en privado, sin embargo, no olvida que el trono quedó vacante porque asesinaron a su padre.

Creo que hay una solución, pero antes debo ser tan audaz como él.

Organizo una fiesta, una cena en mis aposentos para el rey y cuarenta de sus amigos más íntimos. Incluso invito a alguno de esos graciosos y frívolos libertinos que ejercen sobre él una influencia mucho mayor de la que le gusta admitir.

Un banquete con comida francesa, vinos franceses, helados franceses e ideas francesas expresadas en lengua francesa. Sólo el vino se sirve con una abundancia que no es francesa, y las conversaciones prosiguen de inmediato en inglés y pasan, como casi siempre ocurre en este país, de los comentarios picantes a las más vulgares obscenidades. Sin perder el tiempo, los cortesanos y las damas se retiran a los rincones más oscuros para sus encuentros amorosos y empiezan a desabrocharse las vestimentas. Desenfreno es la palabra que define la velada.

Pero no para Carlos y para mí, por supuesto. Él observa entre las sombras, y comprendo que en otra ocasión le habría gustado unirse a ellos, pero no puede dejarme sola para dedicarse a esa clase de actividades, no en mi fiesta.

Al amanecer, exhaustos o avergonzados, se han ido todos excepto mis damas de compañía, la honorable Lucy Williamson y lady Anne Berowne. El rey bosteza y dice que también debería irse. Es entonces cuando sugiero una última partida de Preguntas y Órdenes. Pero nadie tiene dinero.

Cuando el rey pregunta qué podemos apostar, le digo:

—Nuestras vestimentas.

Las muchachas parecen desconcertadas, pero no se atreven a protestar.

Cuando alguien pierde, se quita una prenda. Lucy es la primera en quedarse desnuda. Presa del nerviosismo, se cubre con las manos entre risitas, tratando de esconder su desnudez. El efecto —¿será intencionado?— es que acaba llamando más la atención.

Anne no se queda atrás. Yo soy la última en quedarme desnuda. Carlos, naturalmente, ha tenido suerte. Siendo él la banca, ha ganado casi todas las prendas de Lucy, y ahora lleva las enaguas de la muchacha sobre su camisa.

—Venid.

Apartando mi silla, cojo a las dos muchachas de la mano y me levanto. No ponen reparos cuando las conduzco alrededor de la mesa hasta el rey.

—¿Y bien? —digo, con voz dulce—. ¿Cuál de las dos se merece la manzana?

Evidentemente, él conoce la historia y la razón por la que hago alusión a ella. El juicio de Paris. Un concurso de belleza que provocó una guerra.

—Una decisión así no puede tomarse a la ligera —responde él, con una sonrisa famélica y poniéndose de pie.

Espero a que nos examine, como si fuéramos estatuas vivientes. Lo hace lentamente, explorando con ojos de experto nuestra piel desnuda. Pasea a nuestro alrededor, explorando con los dedos mi espalda, las curvas de mi cintura, mis caderas. Noto su aliento en la nuca. Me agarra una nalga con la mano, comparándola con la otra...

Uno de sus gruesos dedos me toca allí. A mi lado, Anne lanza un grito ahogado, y comprendo que ha hecho lo mismo con ella.

Desliza una mano sobre mi seno, dejando que el dedo pulgar descansa unos instantes en el lado antes de retirarlo con un suspiro.

Luego se vuelve hacia Lucy, que aún sigue riéndose entre dientes, nerviosa. Desde el otro lado, Anne lo mira con una intensidad que me hace sonreír. Sin duda alguna espera que la exhibición de sus encantos acabe en algo más.

—Preguntad, Lucy —murmura Carlos.

Ella no sabe qué preguntar.

—¿Os gusta lo que veis? —dice, finalmente.

—Por supuesto.

—¿Me deseáis? —le pregunta, sonrojándose.

—Por supuesto —repite él.

—Entonces os ordeno que bebáis a la salud de mi belleza —dice, ladeando la cabeza con coquetería.

—Con mucho gusto —responde él, cogiendo una copa—. Señora, me habéis cautivado. Espero que un día pueda devolveros la lisonja. —Bebe, se inclina y se vuelve hacia Anne—. ¿Y vos, lady Anne? ¿Cuál es vuestra pregunta?

Ella también duda, pero intuyo que en su caso se está preguntando cómo sacar partido a la situación.

—¿A quién deseáis más, a Lucy o a mí?

Creo que es una pregunta inteligente: sabe que, de haber incluido mi nombre, él se habría visto obligado a elegirme.

—Es una pregunta a la que un hombre galante no debería responder.

—Estamos jugando a Preguntas y Órdenes —le recuerda ella—. Debéis hacerlo.

Carlos asiente con la cabeza.

—Muy bien: os deseo a las dos, pero a Lucy menos que a vos. —Noto la protesta de Lucy en la mano que sigo agarrándole—. ¿Cuál es vuestra segunda pregunta?

—¿Cuántas amantes habéis tenido este año?

Él sonríe.

—A eso no puedo responderos, porque nunca llevo la cuenta.

—Entonces os ordeno que en algún momento os busquéis otra —dice Anne.

El significado de sus palabras, a pesar de mi presencia, está clarísimo.

Él asiente y bebe a su salud antes de volverse hacia mí.

—Y vos, Louise, ¿qué queréis preguntarme?

—¿Quién es el rey más feliz del mundo?

Parece sorprenderle la pregunta, pero me responde:

—Luis, por supuesto.

—¿Y por qué es feliz?

Aún no comprende adónde quiero ir a parar.

—Porque en su reino tiene un poder indiscutido.

—Pues ésta es mi orden: mandad a casa al Parlamento.

Parpadea, no sé si por mi insolencia o por el asunto. Sonrío y empiezo a darme la vuelta: al no soltarles las manos, Anne y Lucy también deben darse la vuelta al mismo tiempo que yo, hasta completar el giro.

—Os ordeno que hagáis sólo lo que queráis —digo, cuando volvemos a estar frente a frente—. Porque sólo vos sois rey de Inglaterra por derecho divino —digo, mientras efectúo el segundo giro—. Y sólo en un juego como éste —prosigo, mirándolo a la cara por tercera vez— puede un súbdito deciros lo que debéis hacer.

Lucy, a mi lado, ha empezado a temblar: estaba preparada para una orgía; sin embargo, la política la aterroriza.

—Por Dios —susurra Carlos—. Lo haré. —Da un paso al frente. Aún sigo cogiendo de las manos a mis damas de compañía, desnudas. Él las mira, desarmado—. Louise...

Me encojo levemente de hombros. Veo moverse sus fosas nasales, como si quisiera aspirar el aroma de nuestra piel. Coloca las manos en mi cintura.

—Señoras, podéis retiraros —digo, soltándoles las manos—. Os deseo buenas noches.

Aquel día, más tarde, se reúne el Parlamento, y él manda a sus miembros a sus respectivos distritos. El Parlamento queda disuelto hasta nueva orden. El país contiene el aliento, pero no se produce ninguna rebelión armada. La jugada ha salido bien.

Los franceses siguen combatiendo. Llegan las heladas, pero los holandeses rompen los diques que contenían el agua del mar y derriten los pólders congelados. Luis avanza por los que no se derriten, moviéndose lentamente con el cañón y la

artillería, haciendo crujir el hielo. Surgidos de la nada, aparecen los regimientos holandeses y caen sobre sus filas: han sacado a los marineros de los barcos de guerra atrapados por el hielo, los han armado con mosquetes y los han calzado con patines. Luego, los holandeses perforan el hielo, hundiendo el cañón bajo los pies de los artilleros franceses, que se retiran. ¡Se retiran! Nadie recordaba que el ejército francés se hubiese retirado así en toda su historia.

El Sol ha sido detenido y luego obligado a retroceder. En las calles de Londres, los holandeses son aclamados por los que se supone que deberían ser sus enemigos.

Mientras tanto, ha llegado la esposa adolescente de Jaime, remontando el río en un barco, para evitar los abucheos. Por desgracia, es la noche en la que se recuerda la Conspiración de la Pólvora, la noche en que toda Inglaterra quema efigies católicas para celebrar el fracaso de un complot.

Este año, además de a Guido Fawkes, también queman al papa, al rey de Francia y, por si acaso, a mí. Los monigotes están llenos de pólvora y de gatos vivos, que lanzan unos espeluznantes maullidos cuando son pasto de las llamas. A uno deciden quemarlo justo debajo de mi ventana, en el parque real. Arlington me advierte con una sonrisa que no salga de palacio sin una guardia armada.

—Apenas salgo de palacio —le informo—. Me traen todo cuanto necesito.

—Sois muy afortunada, señora.

Ahora, cuando me mira, me lanza dagas con los ojos. Aún sigue convencido de que soy responsable de que no fuera elegido canciller.

La princesa baja del barco, da tres pasos hacia mí y se inclina graciosamente.

—Alteza.

No tardan en oírse las carcajadas. La pobre muchacha parece confusa. Sin perder tiempo, le devuelvo la reverencia.

—No soy la reina, Alteza. Hoy no está en la corte. Pero os doy la bienvenida en su nombre. Venid, permitidme que os presente a algunos de vuestros nuevos parientes.

Carlos, que baja del barco después de ella, se da cuenta de que he conseguido evitar un incidente y asiente, agradecido. Jaime no se da cuenta. Dicen que está tan absorto en la religión que ni siquiera ha hablado con ella en privado. Y aun así, esta noche la desflorará. No es de extrañar que la pobre muchacha parezca aterrorizada y no me sorprende que me haya tomado por la reina. Con la excusa de mostrarle la corte, la agarro del brazo para tranquilizarla.

Sin embargo, no puedo dejar de pensar que nadie confunde nunca a Nell Gwynne con la reina.

Cuando, al cabo de un mes, la princesa Maria es presentada por fin a la reina, Catalina la trata con desdén. Me parece cruel, siendo como es una niña.

Esta corte es un lugar salvaje, mucho más brutal que Versalles. Me pregunto lo

que tardaré en habituarme cuando vuelva allí. Si vuelvo alguna vez, claro. Me cuesta cada vez más imaginar qué será de mí si fracaso en Inglaterra.

Estos lúgubres pensamientos me vienen en un momento extraño, porque no sólo no he fracasado, sino que he triunfado. Finalmente, Carlos me ha convertido en duquesa.

Soy baronesa de Petersfield, condesa de Farnham y duquesa de Pendennis. Luego, unos días después, el rey añade el título de duquesa de Portsmouth.

—Es una ciudad portuaria —comenta en voz alta Nell Gwynne, en mi presencia—. Llena de putas y muy cercana a Francia. Muy adecuada.

Sin embargo, nadie se ríe. Está claro que la corroe la envidia. Por su parte, Luis me responde con análogos honores: el feudo ducal de Aubigny. El mensaje es claro: soy la ilustre protegida del rey de Francia y la favorita, igualmente ilustre, del soberano inglés.

Y aun así... Si fuera posible que tal favor tuviera una desventaja, es que Carlos no habría podido elegir peor momento para concedérmelo. La guerra no resulta menos costosa por el hecho de que se desarrolle lentamente. El odio hacia los franceses es inmenso. Es casi como si Carlos quisiera llamar la atención sobre mi presencia en la corte.

¿Se lo habrá aconsejado alguien? Y si es así, ¿quién? ¿Esperan que el pueblo no le culpe a él sino a mí?

Ahora, en teoría, las damas menos importantes de la corte deberían inclinarse ante mí. Muchas no lo hacen, o intentan escabullirse con un gesto apenas esbozado que parece un encogimiento de hombros. Dejemos que se muestren desdeñosas. Mi familia ya era noble cuando Inglaterra no era más que una avanzada de bárbaros celtas.

Escribo a mis padres para darles la noticia de los títulos. Aún no han respondido a mi carta anterior, en la que les informaba del nacimiento de su nieto. Quizás habría sido mejor esperar y suavizar el golpe con estas novedades. Pero no importa: pronto debería estar en disposición de hacer algo por ellos, algún gesto grandioso que demuestre cuánto ha cambiado la suerte de nuestra familia.

Una noche, una figura vestida de negro aparece en mis aposentos. Una especie de secretario. Educado, discreto, inescrutable. Creo reconocerlo: un miembro del Parlamento, del partido de Arlington.

—Creo que deberíais ver esto —dice, tendiéndome una carta.

Es un despacho, o una copia, de Colbert de Croissy a Versalles. Contiene una diatriba contra determinada mujer.

«Confieso que siempre la encuentro tan poco dispuesta a servir a nuestro rey y con tanta aversión hacia Francia (no sé si porque se siente despreciada o sólo por capricho) que pienso realmente que no merece el favor de Su Majestad. Pero,

teniendo en cuenta que el rey de Inglaterra le profesa un gran afecto y le gusta complacerla, Su Majestad juzgará si es mejor no tratarla en base a sus méritos...».

—¿Por qué me la habéis mostrado? —pregunto—. Sois un hombre de Arlington.

—Lo era. Ahora estoy buscando un nuevo protector.

Arqueo las cejas.

—¿Yo?

—Necesito a alguien que esté dispuesto a distribuir las riquezas y no sólo a atesorarlas. Y lord Arlington ya no gozará de más influencias.

—Esta carta no tiene demasiado valor —le digo, golpeteando el papel con los dedos—. Una pataleta irreflexiva, pero sin consecuencias políticas.

—No, en efecto. Pero leed el último párrafo.

Doy la vuelta al papel y termino de leer. Tardo un momento en comprender el alcance de las palabras.

«Se arriesga a ofender a Arlington poniéndose de parte de su rival, Buckingham, pero ¿con qué intención? No es necesario imaginarse que con doscientas mil coronas podremos convencer a un grupo tan grande como el Parlamento para que tome una decisión que sólo la razón debería haber dictado...».

—Buckingham se ha puesto en contacto con un intermediario en la corte francesa, y le ha ofrecido vender los votos de su partido a Luis —me explica—. Su intención era que Colbert no estuviera informado de ello, pero, como podéis ver, lo ha sido, y no está muy contento.

—¿Qué dice Luis?

—Por ahora, nada. Sin embargo, ha enviado a Londres para negociar a un hombre llamado Ruvigny, un antiguo soldado.

Pienso, muy concentrada. Si este plan sigue adelante, Buckingham superará a Arlington en influencia. Pero, al mismo tiempo, Buckingham habrá traicionado al Parlamento vendiendo los votos de su partido. Así pues, más adelante podría revelarse esa información y destruirlo.

Como si me estuviera leyendo el pensamiento, el visitante me dice:

—Arlington será sustituido por Buckingham y Colbert por Ruvigny. Francia negociará con los holandeses. Cuando se haya restablecido la paz, puede que los franceses ya no sean tan odiados en Inglaterra como ahora. En cuanto a Buckingham, quién sabe lo que será de él.

Doblo la carta.

—¿Qué me sugerís que haga para favorecer estos felices acontecimientos?

—Dejadle claro a Luis que no apoyáis a Colbert. Sin él, Arlington está acabado.

—Y Buckingham ganará.

—Buckingham ganará —dice él—. De momento.

La política inglesa es un continuo corro de traiciones y más traiciones, de sobornos, intrigas y ambiciones. Nada es permanente, todo es posible, todo resultado puede ser manipulado. Las posibilidades bailan ante los hombres como fuegos fatuos.

Pero este joven parece tener el don de ver con claridad a través de todas esas quimeras de gracias y favores.

—¿Cómo os llamáis?

—Thomas Osborne, señora. A vuestro servicio.

Hace una reverencia.

—Gracias, Thomas. Escribiré de inmediato a Su Muy Cristiana Majestad. Y le diré a Carlos que Buckingham está conspirando. Creo que le interesará mucho saberlo.

## Carlo

Los helados, como la venganza, es mejor servirlos fríos; pero, como la venganza, si están demasiado fríos, pierden sabor.

*El libro de los helados*

Parecía que nada podía impedir que Louise conquistara la corte. A finales de año, Arlington había sido relevado de su puesto. En enero le llegó el turno a Buckingham de ser recusado y juzgado por el mismo Parlamento que, gracias a él, había adquirido tanto poder y cuyos votos había intentado vender a Francia. En el último minuto trató de congraciarse con sus acusadores, declarando que la culpa no era suya sino del rey y de su hermano. «Puedo dar caza a la liebre francesa con una jauría de perros, pero no con un par de langostas»<sup>[3]</sup>, dijo. Un comentario estúpido que le hizo perder el apoyo de las dos únicas personas que se interponían entre él y la Torre de Londres. Al final, presa de la desesperación, dijo haber comprendido sus errores. Encerró en un convento a su amante, lady Shrewsbury, se reconcilió con su esposa, se colocó un cilicio y adoptó las vestimentas y costumbres de los puritanos. Esto le salvó la vida pero no el orgullo, y a partir de entonces fue un hombre sin ninguna influencia.

Carlos se quedó mirando y no hizo nada por ayudarlo.

Para presentarse ante el rey, Nell Gwynne recurrió a uno de sus amigos, el viejo Tim Killigrew, rey vestido de caballero, con capa y fusta incluidas. Cuando el rey le preguntó a Killigrew a dónde iba con tanta prisa, el hombre gritó:

—¡Al infierno! A buscar al señor Cromwell para que vuelva y gobierne. ¡Ni siquiera él podría hacerlo peor!

Carlos se quedó de piedra. Por una vez, le abandonó su buen humor y, bruscamente, dijo:

—La política no es para vos, Nell, y tampoco para vuestro amigo George Buckingham. Haríais mejor en dejar estos asuntos a quien sea capaz de entenderlos.

Ahora sólo Louise podía aconsejarlo, con la colaboración de Osborne y el nuevo embajador francés, Ruvigny. Él la cubría de regalos, y no sólo con joyas, sino con feudos, vitalicios, réditos y tierras. Ella era la amante reconocida en palacio, su primer ministro oficioso y, en la práctica, la reina: era la mujer a la que se dirigían todas las preguntas y cuyas opiniones se traducían en estrategias políticas; era quien tomaba decisiones por un rey que prefería no tomar ninguna.

## Carlo

Para una celebración: bombas, banderas, adornos, tartas de varios pisos y otros helados extravagantes.

*El libro de los helados*

—Quiero organizar un baile —me anunció Louise un día de primeros de abril—. Algo especial. Algo de lo que sigan hablando incluso después de que se hayan olvidado de Nell Gwynne.

—¿En qué habíais pensado?

—Un festival de helados —dijo, de repente—. Una feria de hielo, pero... en verano. Tal vez a principios de junio, para celebrar el aniversario del rey. ¿Es posible? Lo pensé.

—Sí, si utilizamos de una vez todo el hielo que había almacenado para todo el año.

—¿Podéis congelar el Támesis?

Sonreí.

—Eso es imposible, incluso para mí. Pero podemos colocar bloques de hielo junto al césped y sellarlos con agua para convertirlos en una especie de lago en el que se pueda patinar.

—¿Y qué me decís de un edificio? ¿Un palacio de hielo?

—No veo por qué no. En una ocasión, Buontalenti construyó una gruta de hielo para los Médici en pleno verano. Ordenó a los escultores que esculpieran animales en el hielo y árboles para esconderse...

—¡Sí! ¡Animales y árboles! —me interrumpió—. Y un jardín de hielo a orillas del río. Arlington me privó de la coronación: este baile será mi desquite.

—Entonces, podríamos construir un arco de triunfo de hielo para que el rey y vos lo crucéis.

Lo dije medio en broma, pero ella asintió.

—Y mesas de hielo para comer...

—Fuentes heladas...

—Y hogueras entre el hielo, y faroles. En cuanto a la comida, quiero un festival de helados para mis invitados y los del rey.

—Costará una fortuna —le advertí.

—Le gusta derrochar —dijo—. Eso le hace sentirse como un rey.

Debería haber pensado que era extravagante, incluso ridículo, gastar toda la reserva anual de hielo para una única noche de placer. Y aun así, una parte de mí estaba entusiasmada. Tenía que ser el triunfo de Louise, pero también sería el mío. Después

de esa noche, el nombre de Demirco sería famoso en toda Europa, como los de Buontalenti o Varenne.

Un espectáculo de esas proporciones requería los servicios de un ejército, y en nombre del rey, podría procurarme uno. Era exactamente la clase de ilusión fantástica y efímera que Carlos adoraba. El invierno en pleno verano, unos costes astronómicos, un presente de su amante favorita, un acontecimiento del que hablaría toda Europa: tenía los ingredientes justos. Me ordenaron que no reparara en gastos y que cuidara hasta el último detalle. Si me faltaba hielo, sería requisado de los nobles que contaban con un depósito o sería enviado desde Francia. Si necesitaba algo más, algún talento o pericia especial, debía acudir directamente a él.

Creo que siempre tenía en mente el día de su Restauración: entró en Londres al mando de veinte mil soldados, la gente lloraba de alegría, las calles estaban llenas de flores, las campanas de las iglesias repicaban y el vino manaba de las fuentes.

En las oscuras y frías bodegas, los hombres empezaron a esculpir árboles, animales, fuentes y otras figuras que había ordenado. Dryden y Marvell empezaron a trabajar en las máscaras, Kit Wren abandonó el proyecto de St Paul para diseñar un gran pabellón de hielo, una catedral del placer cuya brillante fachada superaría en magnificencia todo lo que se había visto hasta entonces en Inglaterra. Hooke y Boyle, dos hombres con ingenio, inventaron un sistema de conductos para transportar agua de mar helada bajo la estructura para impedir que se derritiera. Y fue el propio Carlos quien eligió el sitio: Barn Elms, a tres millas de Londres, donde un recodo del río daría la impresión de una llanura inundada y congelada.

Era imposible mantener en secreto algo así. En realidad, Louise no quería que lo fuera: esa fiesta era, como dijo ella, una especie de coronación, y creía que el odio que la gente le profesaba se acabaría convirtiendo en aprobación.

—Será un circo —dijo—, y al pueblo le gusta el circo.

Ordenó que se declarara fiesta durante una semana y que se decoraran los árboles de mayo. Luis XIV mandó una carroza de hielo para que Carlos pudiera hacer su entrada a lo grande.

—Y preparadnos algo especial —me dijo—. Un helado exclusivo en honor a Su Majestad, como en otra ocasión hicisteis para mí.

Ahora, al mirar atrás, recuerdo aquella primavera como uno de los tiempos más felices que pasé en Inglaterra. Estaba con Louise casi a diario, pensando los detalles del baile. Era un proyecto grandioso, y estaba seguro de que me haría famoso. Dominaba el arte de los helados hasta tal punto que posiblemente no había nadie en el mundo que me igualara. Además, cabía la posibilidad, si al final se negociaba la paz entre Francia y Holanda, de que un día ella y yo regresáramos a Francia.

La noticia de que Rochester había sido expulsado de la corte no hizo sino aumentar mi buen humor.

—Escribió una sátira demasiado ofensiva, incluso para el rey —me explicó

Louise.

—¿De qué trataba?

—Decía que el rey es impotente.

—Comprendo que no quiera que tal calumnia quede sin castigo.

—Al contrario. —Mirando a su alrededor para cerciorarse de que nadie podía oírlo, añadió—: Rochester ya había hecho bromas parecidas en el pasado y no le expulsaron. La diferencia es que ahora es verdad.

—¿El rey es impotente?

—A menudo.

—Eso debería facilitaros las cosas, ¿verdad?

—No exactamente. —Hizo una mueca—. No quiere admitirlo, y lo intenta... Y cuanto más lo intenta, menos lo consigue.

—¿Y sólo le ocurre con vos?

—Al parecer, no. Esperadme aquí, voy a buscar el poema. Como de costumbre, alguien me ha hecho llegar una copia por debajo de la puerta.

Se acercó al asiento del clavicémbalo y lo abrió.

Eran las mismas obscenidades de siempre, pero había una estrofa en particular que me dejó sin aliento.

*Debéis creerme, el tiempo me dará la razón.*

*La pobre y esforzada Nelly*

*debe usar las manos, los dedos, la boca y los muslos  
para levantar su miembro preferido.*

—Incluso Rochester sabía que esta vez había ido demasiado lejos: no quería que el rey lo leyera, pero se lo entregó por error junto con otro poema. Pero, evidentemente, después de haber sido expulsado de la corte, la gente dice que es verdad.

—¿Esto afectará vuestra posición?

—No veo por qué. Confía demasiado en mí como para prescindir de mis servicios.

—Estoy seguro de que, en alguna ocasión, Arlington dijo lo mismo —le advertí—. O Clifford, Clarendon, Buckingham o cualquier otro de los ministros que ha destituido a lo largo de los años.

—No os preocupéis. Sé lo que hago.

Tenía razón... hasta cierto punto: ahora controlaba todos los resortes del poder, pero eso no impedía que sus enemigos hicieran un último intento por destronarla. Mientras estábamos preparando la fiesta con la que celebraríamos su victoria, todos los que había derrotado estaban conspirando contra ella. Sabían que no podrían vencerla por sí mismos y necesitaban ayuda externa. Y la encontraron en la encantadora hermana de

Olympe de Soissons, Hortense Mancini, duquesa de Mazarino.

«La duquesa de Mazarino es una de esas bellezas romanas carentes de la inocencia de una muñeca; en ella, la naturaleza se impone por sí misma a todas las artes de la seducción. Los pintores son incapaces de decir de qué color tiene los ojos: no son ni azules, ni grises, ni negros, ni marrones ni de color avellana. No son lánguidos ni apasionados, como si no exigieran ni expresaran amor. Simplemente miran como si ella siempre estuviera bañada por la luz del amor. Su complexión es delicada, y aún así, fresca y sana. Su cara es tan armoniosa que, a pesar de su piel oscura, su hermosura es perfecta. Su pelo negro cae en mórbidas ondas sobre su frente, como si se sintiera orgulloso de adornar su espléndido rostro. Nunca usa perfume».

*César de Saint-Réal, Mémoires de la Duchesse Mazarin*

## *Louise*

Es Nell la primera en ponerme en guardia cuando se presenta un día en la corte, vestida completamente de negro. Esperando que se repitan las carcajadas que provocó con el Cham de Tartaria, de momento decido ignorarla.

—¿Por qué lleváis luto, Nell? —le pregunta alguien finalmente, dándole el pie.

—No lo llevo por nadie —dice, con su característico acento nasal—. Lo llevo por las ambiciones de madam Carwell, que están muertas y enterradas ahora que la duquesa de Mazarino está aquí.

Aguzo el oído, pero no para escuchar sus estupideces sino el título. Mazarino. Ya lo he oído con anterioridad en algún cotilleo de mis días en Francia.

Y entonces lo recuerdo. Algo que dijo madame hablando de su hermano.

«Se enamoró de una belleza italiana llamada Hortense Mancini, pero eso fue durante su exilio. El tío de Hortense, el cardenal, pensó que era demasiado pobre para ella. Por eso se casó con Catalina de Braganza mientras Hortense está escandalizando a toda Europa como duquesa de Mazarino...».

Un amor al que él no podía aspirar. Una vieja llama. Muy ingenioso, pienso. Me pregunto cuál de mis enemigos la habrá traído a Inglaterra. Apuesto mis nada despreciables vitalicios a que esto no es ninguna casualidad.

Evidentemente, estoy en lo cierto. Tras algunas discretas pesquisas de mis allegados, descubro en seguida lo que está ocurriendo.

La Mazarino ha abandonado a su esposo después de despilfarrar toda su fortuna. Ha vivido a costa de varios adinerados amantes —de ambos sexos, según dicen— en diferentes partes de Europa; ahora, después de que Montagu le informara de que en Inglaterra había quedado una vacante como amante del rey, ha viajado hasta aquí a expensas de Carlos. Siente un gran odio por Francia: cree que Luis debería haber obligado a su esposo a devolverle su dote.

Me entero de todo esto antes de conocerla. Me preparo para enfrentarme a una persona artera; sabiendo que es hermana de Olympe de Soissons, me espero una mujercita rolliza, bella y maliciosa.

Señor, ¡qué error el mío!

La primera vez que la veo está cruzando el parque de St James al amanecer con Anne Fitzroy, la condesa de Sussex, de quince años, que camina a su lado. Viste prendas de hombre, medio desabrochadas; lleva dos floretes bajo el brazo y dos máscaras de esgrima en la mano. A medida que se acerca la veo mejor y me siento morir.

Es hermosa. Increíblemente hermosa.

Su rostro, sin maquillar, es luminoso, y transmite una inteligencia que me resulta simpática. Es alta y delgada, con las piernas tan largas como las de un hombre, pero su forma de andar tiene una gracia que es totalmente femenina.

Al ver que me detengo, ella hace lo mismo, esperando ser presentada. Siento el pulso en los oídos.

—Buenos días, Annie —digo, dirigiéndome a la muchacha que la acompaña.

—Buenos días —responde ella. Hace una breve pausa—. Os presento a la duquesa de Mazarino —añade, con un gesto mohíno por tener que compartir a una mujer a la que es evidente que idolatra.

Hortense y yo intercambiamos sendas reverencias, al estilo francés.

—Veo que habéis estado practicando la esgrima —digo, para romper el hielo, aunque lo único que quiero es devorar con la mirada la frescura natural de su rostro.

Sus ojos se iluminan y de repente me parece incluso más bella.

—¿Vos también practicáis la esgrima?

—Oh, no...

—Hemos combatido por mi honor —tercia lady Anne.

—¡Dios mío! Eso parece peligroso.

—Le estoy enseñando a defenderse —dice Hortense, sonriendo—. Nunca sabes cuándo puede resultarte útil.

La muchacha coge uno de los floretes y hace algunas fintas en el aire. Inmediatamente, Hortense adopta la posición de *en garde*, con la elegancia de un gato, y detiene con facilidad las torpes acometidas de Anne con tres golpes.

—Nunca he practicado la esgrima —me justifico, en voz baja.

—Si gustáis, os puedo enseñar —dice Hortense, sin apartar los ojos del florete de Anne—. Y luego podríamos enfrentarnos en un duelo. Sería divertido, ¿no os parece?

Puede que esté intentando desarmarme, pero no tengo la sensación de que me desee ningún mal. Sólo soy un obstáculo en su camino. O puede que ni siquiera eso. Debe estar acostumbrada al hecho de que todos los hombres con que se cruza se enamoren de ella. Y las mujeres también. El resto de mujeres —esposas, amantes, mantenidas— no son realmente sus rivales. Ella puede permitirse el lujo de no tener que demostrar nada ni luchar por lo que quiere.

Evidentemente, Carlos sucumbirá. Evidentemente, pensará que tiene que poseer a esta mujer extraordinaria, del mismo modo que en otros tiempos decidió que debía poseerme a mí. El remedio para la impotencia es el cortejo: en la batalla por poseerla, recuperará el vigor perdido.

Lo único que puedo hacer es ser paciente y esperar que después vuelva a mi lecho en vez de quedarse, impotente, en el suyo.

Tengo mi propia estrategia. El tiempo juega a mi favor. Creo que es el enfoque correcto, estoy segura. Y aun así, por la mañana, cuando abandono mi lecho y me siento frente al espejo para ocuparme del necesario cuidado de mi rostro, me siento exhausta, como si apenas hubiera dormido. Como si el mero hecho de ponerme mis lujosos vestidos, mis joyas, mis collares y mis broches de zafiro estuviera más allá de

mis fuerzas.

Pero aun así, lo hago. No dejaré vencerme por la vulgar y odiosa Nell Gwynne, ni tampoco por la refinada y bellísima Hortense Mancini.

Así pues, maquillo mi rostro, me acicalo el pelo y me pinto los ojos. ¿Para qué? Últimamente, el rey apenas me visita. Cuando la corte se traslada, como de costumbre, a Newmarket, para las carreras de primavera, su ayuda de cámara ni siquiera prepara un aposento para mí. Cuando le pregunto a Carlos, con una sonrisa, si se ha olvidado de mí, me responde, con sincera sorpresa:

—Pensaba que preferiríais quedaros en Londres, mi queridísima Fubs, y gobernar el país por mí durante mi ausencia.

Me he convertido en una suerte de segunda esposa, tan olvidada como la reina. Me quedo en Londres, gobernando el país. Me llegan noticias de Newmarket: Hortense Mancini se levanta muy temprano todas las mañanas y sale a cabalgar con los caballos más rápidos y peligrosos.

Nadie parece saber con certeza si ella y el rey ya son amantes. Anne Sussex se aloja en unos aposentos situados encima de los del rey, donde Hortense se reúne con ella. Dicen que el rey también la visita, aunque nadie sabe lo que ocurre allí dentro. El embajador cree que la duquesa tiene una relación con lady Anne, y que el rey se refrena por ese motivo. Otros dicen que sólo se trata de un juego para excitarlo.

Me han hecho llegar otro poema por debajo de la puerta.

*Me parece veros, apenas levantada,  
de vuestro lecho bordado, para una bella meada;  
con afectadas maneras y una mueca complacida,  
os imagino sentada, ante el espejo erguida.  
Vuestras gracias queréis recomponer,  
las que los abrazos nocturnos  
han acabado por revolver.*

Rochester, por supuesto. Ha regresado a la corte, tan desagradable como de costumbre. Dicen que mientras no ha estado en palacio ha escrito una comedia titulada Sodoma que supera en vulgaridad cualquier cosa escrita por los romanos. Hay escenas en las que aparecen seis hombres y seis mujeres, penes artificiales, sodomía y todo lo demás. Se representó en privado para Carlos y un selecto grupo de amigos. Un regalo para estimular la vacilante virilidad de un rey.

—Lo cierto es que estamos entrando en una fase delicada —dice el embajador.

Vuelvo a prestarle atención. Se llama Courtin. Es un hombre bajito, elegante y discreto. Al parecer, Francia ha reclamado a Ruvigny. «Un tráfico sucio y

asqueroso». Así es como definió la corte de Inglaterra.

El espectáculo de los franceses repartiendo sobornos, dicen, le ha disgustado más que el espectáculo del rey aceptándolos.

—¿Delicada? ¿Por qué?

—Su Muy Cristiana Majestad aboga por un tratado de paz. Como medida provisional, naturalmente. Una retirada estratégica. En este momento, sus negociadores están reunidos en Nimeguen.

—¿Y qué tiene esto que ver con Hortense Mancini?

—La más potente arma de negociación de Su Majestad sigue siendo la alianza con Inglaterra. Si en el extranjero se enterasen de que Carlos os ha dejado de lado y que os ha sustituido en su lecho por una enemiga de Francia...

—Él no me ha dejado de lado. Mi posición es más segura que nunca. Muy pronto, en toda Europa se hablará de mi baile. De mi palacio de hielo. De mi fiesta de cumpleaños para el rey.

Me dedica una sonrisa forzada. Ambos sabemos que ese acontecimiento es mucho más que una fiesta de cumpleaños.

## Carlo

De todos los helados extravagantes, el *gelato* luminoso, un helado rodeado por una fuente de fuegos artificiales, es uno de los más espectaculares.

*El libro de los helados*

La había visto cansada en otras ocasiones, pero desde que llegamos a Inglaterra nunca la había visto abatida. La rodeaba una suerte de tristeza, una calmada resignación, y no porque la hubiesen derrotado, nada más lejos de la realidad, sino tal vez porque se había dado cuenta de que aquél era su destino: enfrentarse durante toda su vida a rivales más hermosas, más encantadoras o más exóticas.

—Ahora es verdad —me anunció un día, a primeros de mayo—. La Mazarino y el rey son amantes. Lady Anne ha sido enviada al campo, pero Carlos sigue pasando mucho tiempo en sus aposentos, como solía hacer antes.

—Tomad, os he preparado un cordial —le dije, tendiéndoselo—. Los boticarios lo llaman licor de saúco anisado. Dicen que levanta el ánimo.

—Gracias.

Tomó un sorbo, pero me pareció que apenas se había mojado los labios.

—¿Creéis que volverá con vos?

Se encogió de hombros.

—Empiezo a sospechar que ahora sólo soy una especie de símbolo para él. En realidad no me desea, aunque quiere que todos piensen que sí lo hace. Soy la amante francesa, tan necesaria para él como un sastre o un cocinero francés, pero nada más.

—Entonces es un necio.

—Oh, también traicionará a la Mazarino. No es capaz de ser fiel a una mujer, del mismo modo que no sabe ser fiel a un tratado.

—Entonces es doblemente necio.

—No debería importarme, ¿verdad? Ahora tengo influencias sin necesidad de compartir su lecho. Hubo un tiempo en el que era sólo eso lo que quería. Además, eso significa que... —Dudó un instante—. Significa que soy libre en otros aspectos.

—¿A qué os referís?

No me respondió mirándome a la cara, sino que se acercó a la ventana para contemplar el parque.

—¿Recordáis lo que os dije aquella vez en Versalles, cuando os respondí que no podía desposaros y vos me preguntasteis por qué no podíamos amarnos sin más?

—Sí. Dijisteis que no erais como mi amiga Olympe.

—Así es —hablaba con voz pausada, aunque dirigiéndose a la ventana—. En aquellos tiempos era muy orgullosa... Pero ahora sí soy como Olympe, ¿verdad? Soy exactamente como ella. Una amante del rey abandonada.

La miré fijamente.

—¿Estáis diciendo que...?

—Ahora que ya no tengo que salvaguardar mi honor y nadie a quien ser fiel, puedo tener un amante... si lo deseo.

—¿Y lo deseáis? —le pregunté, en voz muy baja.

Se sonrojó ligeramente.

—He pensado que podría probarlo, para ver qué se siente.

—¿Tenéis a alguien en mente?

—He pensado que podría poner un anuncio en el *London Register*: «Putas de Babilonia, la mujer más odiada del país, busca amante. Debe saber preparar helados».

—Sólo hay una persona en todo el país que sepa prepararlos.

—Entonces, espero que sea ese hombre quien responda a mi anuncio.

No dije nada. Mi corazón estaba rebosante de emoción.

—Si aún me amáis, naturalmente —añadió—. Todos los demás parecen haber decidido que ya no valgo la pena. Si vos pensáis lo mismo, lo entenderé.

—¡Oh, Louise! —exclamé—. Louise... —Me acerqué a ella y la tomé entre mis brazos—. ¿Estáis segura?

Asentía, jadeaba y se reía al mismo tiempo, aunque sin olvidar que había que ser prudentes.

—Esperad —protestó—. Aquí no: podría vernos alguien. Pero sí, estoy segura. Nunca he estado más segura de algo. Tendremos que ser discretos.

—Por supuesto. No quiero poner en peligro vuestra reputación.

—No seáis bobo: yo no tengo reputación. Sólo quiero evitar que sigan chismorreando sobre mí.

—¿Cuándo queréis que venga?

—Esta noche. Estaremos solos.

—Así será —le prometí—. Pero ¿por qué no ahora? ¿Qué os ha hecho cambiar de opinión?

Se encogió de hombros. Al principio no quiso responder, pero tras insistir, lo hizo.

—Mis padres están en Inglaterra.

—¿Vuestros padres? ¿Dónde?

—Están en la mansión de sir Richard Browne, en Hampshire. Es un viejo amigo de mi padre. Lucharon juntos contra los españoles.

—¿Cuándo vendrán a la corte?

—No vendrán.

—¿Por qué no? —pregunté, desconcertado.

—No responden a mis cartas. Me han dicho que no tienen intención de volver a dirigirme la palabra.

—¿Qué? ¿Cómo se atreven?

—No, es justo. Lo entiendo: creen que los he deshonrado. Tienen una visión

anticuada de lo que es honorable. Y nunca aceptarían que en parte es culpa suya. Pensaban que los duques y los lores harían cola para desposarme porque llevaba su nombre. No podrían entender que, sin dinero, su precioso nombre no vale nada. —Se echó a llorar, y recordé que no la veía hacerlo desde hacía muchos meses—. Bueno, ahora me he librado de ellos —dijo, furiosa—. He cumplido con mi deber, y ya veis adónde me ha llevado eso. A partir de ahora sólo me ocuparé de mí misma.

## Carlo

Helado de fresas y pimienta blanca; sorbete de moras y crema; pudín de chocolate y vainilla... Por muchas recetas que puedan inventarse, los mejores helados son siempre los más sencillos.

*El libro de los helados*

Recorrí los largos pasillos de palacio con un recipiente para helados en las manos. Si alguien me hubiese preguntado, habría dicho que le llevaba un helado a la amante abandonada del rey para consolarla. Si alguien lo hubiese comprobado, habría encontrado en el recipiente un helado de fresas rojas y pimienta blanca rodeado de una guirnalda de hojas de fresa.

Sin embargo, nadie me detuvo. Nadie me preguntó. El rey no estaba, y los que se habían quedado en la corte no contaban.

Sus aposentos, normalmente llenos de cortesanos y ministros, estaban vacíos.

—Les he dicho que se retiraran —me explicó, al ver que echaba una ojeada entre las sombras—. Nadie nos molestará.

Llevaba el pelo suelto, que le caía en una trenza sobre uno de los hombros, cubiertos por un *deshabillé*. Iba descalza y se había despojado de las joyas del rey. Sin embargo, no era ésa la diferencia más evidente. Parecía más joven, como si se hubiera quitado de encima no sólo el peso de los rubíes del rey, sino el cansancio.

—Sois feliz —le dije, sorprendido—. Creo que nunca os había visto tan feliz.

Dio un paso hacia mí. Descalza, era más baja de lo habitual. Posé mis manos sobre sus hombros...

—Esperad —murmuró, besándome y dando un paso atrás—. Quiero que esta noche dure para siempre.

—Ya hemos esperado bastante.

La tomé entre mis brazos y la llevé a la alcoba.

Su piel, blanquísima, del color de la cera de las velas, de las fresas blancas, del helado.

Deposité una viruta de helado de fresa sobre su vientre y lo llevé hasta sus labios con la boca. Compartimos su helado dulzor hasta que se derritió en nuestras lenguas.

Ella se derretía más despacio. Aunque el helado se terminó pronto, seguí lamiendo su vientre. Su vientre y el suave manjar de sus muslos, y llené de besos su boca, fría y cremosa.

Había esperado todos esos años. Podía esperar unos minutos más.

Al final, lanzando un suspiro, atrajo mi rostro hacia el suyo y me besó con una repentina y desesperada pasión. Entonces supe que estaba preparada para el placer.

Era una nueva Louise. Aquella noche, su frenesí —su avidez— me cogió casi por sorpresa. Era como si le hubiesen privado de sensaciones mucho tiempo y ahora quisiera sumergirse en ellas sin límite alguno.

Y aun así...

No se lo dije, pero mientras estábamos tumbados, percibí la presencia de una tercera persona en la alcoba, o, mejor dicho, noté su ausencia. Cuando ella volvía la cabeza de un cierto modo, era porque él la besaba allí, en la mejilla. Cuando me miraba con esos ojos soñolientos y risueños, era porque a él le gustaba que lo hiciera. Cuando gemía, era un gemido que él había oído miles de veces.

Y cuando el paroxismo se apoderó de ella, con todos los músculos contraídos, susurrando imprecaciones en francés a demasiada velocidad como para que yo pudiera entenderlas, era como si ella nos hubiese abandonado a ambos, porque la pasión la llevó a un lugar adonde nadie podía seguirla.

Sabido es, naturalmente, que en pleno éxtasis amoroso se puede experimentar un momento de inesperada tristeza. Aquella noche la sentí. Había cumplido el deseo de mi corazón, y no estaba decepcionado, todo lo contrario, pero me faltaba algo, algo que se me escapaba y que no era capaz de definir.

## Carlo

Melocotones blancos, perfectamente maduros y fragantes, de los últimos días de verano. Chocolate espeso, delicado y enriquecido con crema. Ciertamente, no hay en el mundo una combinación de helados más deliciosa.

*El libro de los helados*

Me sumergí en los preparativos del baile. No dejé nada al azar. Construí una maqueta del lago para patinar, asegurándome de que funcionaría, y un modelo a escala del palacio de hielo, en el que dos figuras de cartón de Louise y Carlos se sentaban en unos diminutos tronos para dar la bienvenida a una fila de invitados, también de cartón. Preparé un helado que había ahumado ligeramente prendiendo una brizna de hojas de tabaco bajo un frigidarium perforado: mientras las hojas ardían, el humo perfumado impregnaba lentamente la mezcla. Confeccioné otro helado dentro de un pastel de merengue caliente, y otro más que en su interior contenía una bola de salsa de caramelo. Incluso preparé uno con unas manzanas que estaban empezando a pudrirse: su sabor era totalmente decadente, delicioso, enriquecido con el zumo de la mortalidad, pero dulce como el *brandy*.

Sin embargo, para el rey creé un helado sencillo pero extraordinario. En realidad, la idea me la había dado Wren el día que estuvimos en Garraway's, cuando sugirió convertir el chocolate caliente en helado. Cuando mezclé los huevos, el sirope y la crema con el cacao en polvo y una docena de tabletas de chocolate, obtuve un helado tan voluptuoso, espeso y delicioso que nada podría haberle arrebatado el protagonismo.

Recordé los sorbetes de pera que había preparado para Luis XIV. ¡Qué primitivos me parecían ahora! Sin embargo, como había dicho Luis, la sencillez tenía sus virtudes. Preparé una fuente de helados de chocolate: uno sólo de chocolate, otro de chocolate y esencia de romero, otro que combinaba chocolate y menta, luego otros mezclados con naranjas, frambuesas, cerezas y, finalmente, uno de sabor muy intenso inspirado en el *sanguinaccio* de Florencia: chocolate con sangre y piñones.

Cada pocos días visitaba a Louise para mostrarle mis progresos. Y con el pretexto de la discreción —«Esta parte debe ser una sorpresa: ahora debéis dejarnos a solas»—, las damas de compañía, los ministros, los pintores y todos los demás se retiraban de sus aposentos y nos llevábamos los helados a la cama.

Preparé un helado de melocotones blancos y almizcle —el perfume de la piel de Louise— y lo aromaticé con un par de gotas de su perfume de agua de rosas.

Al examinar mi palacio de hielo a escala, vi que faltaba algo. Hice un muñeco de nieve y lo coloqué sobre un pedestal en la entrada del palacio, justo detrás del rey y de su amante. Cuando los invitados llegaran, unos minúsculos copos de nieve

perfumada volarían en torno a sus cabezas, mientras el muñeco de nieve, con una sonrisa enigmática, les daría la bienvenida al baile.

Hannah se colocó delante de mí.

—Me voy —me espetó, sin preámbulos—. Mi barco zarpa de Bristol dentro de tres semanas.

La miré, sorprendido.

—¿Y el baile de hielo?

—Me lo perderé. Y lo lamento mucho, porque seguro que será una fiesta memorable. Pero si no subimos a ese barco, perderemos nuestros pasajes a América.

Me di cuenta de que hablaba en plural.

—¿Elias también se va?

—Sí. Le entristece enormemente la idea de partir. Ha disfrutado mucho trabajando para vos.

—Es un gran contratiempo —dijo, irritado—. Estamos más ocupados que nunca. El rey nos necesita...

—Lo siento —dijo, pacientemente—, pero llevamos años planeando esto. Nunca me preguntasteis cuánto tiempo estaríamos disponibles; de otro modo, os lo habría dicho.

—¡Pues vete tú, pero al menos déjame a Elias! —me oí decir.

—¿Dejar a Elias? ¿Cómo iba a hacer eso?

—Yo era más joven que él cuando me separé de mis padres. Dejaron que me fuera porque... —Me interrumpí—. Porque sabía que así tendría un futuro mejor. Que podría trabajar en la corte. Como Elias. Le enseñaré mis secretos, Hannah, como mi patrón hizo conmigo. Se hará rico y se convertirá en favorito de reyes y emperadores. Después de este baile, nuestra fama se extenderá aún más, estoy seguro. Lo llevaré a París, a Nápoles, a España.

—Pero ése no es el futuro que he elegido para él —dijo.

—¿Y por qué no? ¿Qué más podrías desear para él?

—¿Que qué más podría desear? —repitió, con una sonrisa triste en los ojos—. Un reino sin reyes. Una Iglesia sin iglesias. Un país sin los límites que imponen la propiedad, los privilegios y la cuna. Un lugar en el que ningún hombre nazca con riendas para que otros hombres monten en su grupa, donde todos los hombres, y también todas las mujeres, puedan decidir cómo practicar su fe, y donde las leyes que hay que respetar estén escritas en nuestros corazones.

Lancé un suspiro.

—Entonces, tu nuevo país será como una manada de animales. Sin leyes ni líderes, os acabaréis enfrentando unos con otros.

—Si necesitamos líderes, seremos nosotros quienes los elegiremos. Si necesitamos leyes, nosotros las redactaremos. —Dudó un instante—. Tal vez vos también deberíais venir.

—¿A América?

—¿Por qué no? Allí hay mucho hielo en invierno, y dicen que los veranos son calurosos. Creo que son las condiciones perfectas para un heladero. —Se encogió de hombros—. Helados y tartas. Nos va bien juntos, ¿no es así? Quizás podríamos emprender algo, vos y yo.

Me quedé mirándola fijamente.

—Mis helados están destinados a reyes y cardenales. Y, según tengo entendido, en América no los hay.

—Es cierto —repuso, en voz baja—. Disculpadme. Ha sido una idea estúpida.

Empezó a recoger sus cosas. Luego, mientras se dirigía a la puerta, me dijo:

—Ésta es la última ocasión que tengo para decirlo, de modo que lo haré: lo que estáis viviendo con Louise de Keroualle no es amor, es una forma de esclavitud.

—Eso no es asunto tuyo —le contesté, muy serio.

—Pero lo es —dijo, en un tono un poco triste—. Oh, por supuesto que lo es.

—¿Por qué?

No me respondió directamente. Pero sí me dijo algo.

—Creo que existen dos clases de amor: el amor que nos llega y el amor que buscamos. El amor que nos llega sin haberlo llamado es físico, es como una enfermedad que nos debilita. Es un amor que nos hiere, porque se basa en el deseo de poseer a alguien y no en el cariño y el respeto. Pero el amor que buscamos, el que dos personas deciden compartir, crece día a día, empezando con las más pequeñas cosas. Es como un fuego que puede ser avivado para cocinar y caldear la casa, pero al que está prohibido propagarse hasta que no ha quemado toda la ciudad, como el gran incendio de Londres. Sin embargo, es un amor que no puede construirse solo. Hay que ser dos.

—¿A qué viene esta cháchara sobre fuegos y cocina? —contesté, furioso—. Vete a América con tu bastardo, mujer. Vete al infierno. Allí también acabarás siendo una puta, igual que aquí, en Inglaterra.

—Una vez me preguntasteis por qué acudí a vuestro aposento la primera vez que me lo pedisteis —dijo, hablando muy despacio—, pero nunca os he explicado el verdadero motivo. Lo hice porque me gustabais y porque creía que podía disipar vuestra melancolía. Pero he llegado a la conclusión de que ninguna mujer puede conseguirlo.

—Hay una que sí puede. En realidad, ya lo ha hecho.

—Entonces no es el amor lo que os entristece, porque seguís estando tan melancólico como siempre —dijo, en voz baja—. Deben de ser vuestros secretos. Hasta que no decidáis revelarlos no creo que seáis libre.

Se quedó de pie, mirándome, y luego se dio la vuelta sin añadir nada más.

Al día siguiente partió para Bristol sin ni siquiera decirme adiós.

## *Louise*

El rey ha regresado de Newmarket y viene a visitarme. Pero sólo por las tardes. Por las noches se ausenta.

Una tarde asistimos al concierto de unos músicos que están de paso. Invitan al rey a escoger una canción.

—Preguntad a Fubs —dice—. Conoce mejor que yo esas baladas francesas.

—Cantad esa que empieza diciendo: «Dejadme morir de dolor, pero no de celos» —digo.

Él sonrío tímidamente, demostrándome que ha entendido la broma.

Más tarde, los músicos rasgan sus guitarras.

—¿Bailamos? —me pregunta.

—No puedo bailar esta música, sire. Es endiabladamente rápida para poder hacerlo.

Se vuelve hacia los que están a nuestras espaldas.

—¿Alguien quiere bailar?

—Yo —dice una voz.

Hortense Mancini da un paso al frente, en el espacio que hay entre los músicos y nuestras sillas. Sin avergonzarse en absoluto, dobla una pierna y coloca los brazos sobre la cabeza.

Me recuerda a la posición de *en garde* que le había visto adoptar: ágil, ligera, al acecho.

Entonces empieza a sonar la música, veloz y vertiginosa. Ella gira, golpea el suelo con los pies y chasquea los dedos... Una parte de mí quiere decir: «¡Oh, Carlos, fijaos! Baila como una zíngara napolitana», pero las palabras se atascan en mi boca. La danza es inequívocamente sensual, pagana. Sin embargo, no baila sólo para él: es a mí a quien también dirige su brillante mirada. Apenas puedo respirar. Miro al rey por el rabillo del ojo. Él la mira fijamente, obnubilado.

Cuando termina, inclinándose sin vergüenza ante la corte, que la aplaude, no es ella sino nosotros quienes nos hemos quedado sin aliento.

## Carlo

Helado de chocolate: no es fácil de preparar, pero el resultado merece el esfuerzo. Mezclar una taza de chocolate en polvo y media taza de azúcar. Añadir leche fría hasta obtener una masa, y luego dos tazas de leche caliente. Hervir a fuego muy lento, sin dejar de remover, durante ocho minutos. Luego, retirar del fuego y añadir seis tabletas de chocolate de una onza bien troceadas. En otro recipiente, batir seis yemas de huevo con media taza de azúcar hasta conseguir una masa blanca. Verter en la mezcla de chocolate, batiendo enérgicamente. Calentar, aunque sin dejar que hierva, y añadir media taza de sirope de azúcar. Dejar enfriar en un baño de agua fría y, para terminar, incorporar dos tazas de crema antes de congelar.

*El libro de los helados*

El rey me pidió un helado, el primero en muchos meses. Preparé un helado de chocolate y uvas y se lo llevé a sus aposentos.

—Está en su laboratorio —me dijo un lacayo—. Os está esperando.

El laboratorio estaba lleno de un humo maloliente y el rey estaba tosiendo.

—Ah, signor —dijo, recibéndome con jovialidad—. No mezcléis nunca azufre y magnesia.

—No, sire.

Junto a la ventana había un enorme prisma de cristal. Había sido colocado de modo que reflejara la luz del sol, descomponiéndola en un arco iris de colores. No pude evitar preguntarme cómo era posible, porque el cristal era totalmente transparente y no había nada en su interior.

Al ver que lo estaba observando, el rey asintió.

—Podéis cogerlo.

Lo hice y observé su interior, pero los colores se desvanecieron al instante. El arco iris sólo reapareció cuando volví a colocarlo bajo la luz del sol.

—Lo ha fabricado uno de mis *virtuosi* —me explicó—. Muestra de qué está hecha la luz.

—La luz viene de Dios, ¿no?

—Eso es lo que nos han contado. Pero ese hombre se ha atrevido a meter el ojo en la luz de Dios, y ha descubierto que es como cualquier otra sustancia, que tiene sus componentes en determinadas cantidades. Así pues, otra de nuestras ilusiones infantiles ha sido hecha añicos por el frío escepticismo de la ciencia. —Guardó silencio un instante—. ¿Cómo van los preparativos del baile de la duquesa de Portsmouth? ¿Tenéis todo cuanto necesitáis?

—Sí, gracias, sire.

—Siento un gran afecto por la duquesa, signor.

—Por supuesto —repuse, sin saber muy bien qué decir.

—Lo que intento decir es que no quiero que le falte nada para su solaz —dijo, volviendo la atención hacia su mesa—. Ni para su bienestar.

Asentí, incapaz de decir nada, porque me di cuenta de cuál era el motivo de la conversación.

—Últimamente no he podido atenderla como habría deseado. Los asuntos de Estado, la presión...

Se quedó mirando el helado de chocolate que había dejado sobre la mesa. Uno de sus perros falderos se subió un escabel, ladeó la cabeza y alargó la lengua hasta la copa. Tras unos cuantos lametones, no quedó ni rastro del helado.

—No soy un hombre celoso por naturaleza —dijo, en voz baja—. Si vos también tratáis de no serlo, signor, estaremos de acuerdo. —Tocó el prisma de cristal, moviéndolo para que las luces de colores se proyectaran en toda la estancia—. A veces es mejor no hacerse demasiadas preguntas sobre la naturaleza de las cosas. A veces la luz es excesiva.

\* \* \*

Vagué por las calles de Londres, reflexionando. Caminé varias horas, hasta que anocheció.

Luego, volví a Whitehall.

Me dirigí a los aposentos de Louise. Aunque era muy tarde, dos lacayos a los que no conocía me bloquearon el paso.

—No podéis entrar —dijo uno de ellos.

—Decidle a la señora que soy...

—Nadie puede entrar. Ni siquiera nosotros.

Di un paso atrás.

—Soy el pastelero.

Me di cuenta de lo patético que sonaba. Pero justo en aquel momento se abrió la puerta y salió el embajador francés. Me lanzó una rápida ojeada antes de alejarse a toda prisa.

Esperé. Unos minutos después salió Thomas Osborne, o lord Danby, como debíamos llamarlo desde que había sido nombrado Tesorero. Él también me miró un instante antes de darme la espalda.

—Su Majestad no desea ser molestada.

—¡Su Majestad! —Miré fijamente la puerta, tratando de imaginar qué estaría ocurriendo allí dentro—. Esperaré hasta que salga.

El lacayo se encogió de hombros, como dándome a entender que le daba igual.

Me senté en el alféizar de una ventana a esperar. Estaba amaneciendo cuando por fin se abrió la puerta y apareció una figura masculina que me resultaba familiar.

Me quedé quieto, pero la luz de la ventana debió de haber iluminado mi rostro, porque la figura se dirigió hacia mí. Debajo de nosotros, en el parque de St James, una manada de ciervos se movía entre la niebla de la mañana.

—Otro día muy agradable, signor —dijo, mirando hacia fuera.

Un instante después había desaparecido. Los largos pasos de los criados que lo seguían resonaron en el pasillo.

Los aposentos de Louise eran ahora tan vastos que se tardaba una eternidad en llegar a su alcoba. Todas las paredes estaban cubiertas de cuadros y tapices, y en todos los rincones había algún precioso mueble francés o algún jarrón de inestimable valor. Las velas ardían sobre mi cabeza en unos enormes candelabros de cristal que temblaban y tintineaban al pasar.

Ella también estaba junto a la ventana. Sólo llevaba un largo camisón de lana. El pelo descansaba sobre uno de sus hombros. Contemplaba la niebla que cubría como una capa la superficie del lago.

Cuando entré, se dio la vuelta. No parecía muy sorprendida de verme allí.

—He venido a advertiros —dije—. A informaros de que el rey está al corriente de lo nuestro. Pero, al parecer, he llegado tarde.

Asintió.

—¿Qué está ocurriendo? —le pregunté.

—Anoche, en estos aposentos, firmó un nuevo tratado con Francia.

—Un tratado secreto, supongo.

—Sí. Sustituye al tratado de Dover. A cambio de un nuevo vitalicio de Luis, Carlos disolverá el Parlamento y declarará una nueva guerra de Inglaterra contra Holanda.

—¡Otra guerra! Pero si apenas se ha secado la sangre de la última...

—A cambio obtendrá cuatro millones de coronas de oro, lo suficiente para mantener a todas las amantes que quiera. Lo suficiente para reconstruir el castillo de Windsor. Lo suficiente para vivir como un rey.

—¿Como un rey?

Ella se encogió de hombros.

—A partir de ahora será Francia quien tome todas las decisiones concernientes a la política exterior de Inglaterra. Lo que Carlos haga en su país, naturalmente, no es de su incumbencia.

—¿Y su conversión? ¿Y la conversión de su país? ¿Y todas las esperanzas de madame por su alma?

—Madame no era una mujer práctica en asuntos como éstos. En mi tratado, Carlos sólo promete que nunca abandonará a la reina. Así pues, su heredero será su

hermano Jaime, que ya es católico. Inglaterra será católica después de la muerte de Carlos.

—Pero entonces, vuestras esperanzas de convertirlos en reina...

—Tampoco eran demasiado realistas —me interrumpió—. Tendría que haberlo aceptado antes. Me basta con ser lo que soy.

—¿Y qué sois?

Era una pregunta absurda, porque las sábanas revueltas ya me daban la respuesta.

—Ha vuelto a mi lado —dijo, simplemente—. Vuelvo a ser la amante del rey.

—¿Y... eso es todo? —dije, desesperadamente—. ¿Vuelve con vos, os reclama y yo debo hacerme a un lado?

Entonces, de repente, me dedicó una mirada de pena... Pero no era la pena que yo sentía en aquel momento, sino una pena que no podía comprender.

Y entonces, de pronto, lo comprendí.

—No es una coincidencia, ¿verdad? —le pregunté, hablando muy despacio.

Ella no me respondió.

—El rey se había cansado de vos y debíais encontrar un modo de volver a despertar su interés. Un juego. —Entonces me vino a la mente algo más—. ¿Hay agujeros en la pared? —Miré los paneles que había encima de la cama, los espejos artísticamente colocados en todos los rincones de la alcoba—. ¿Le dijisteis cuándo debía venir para espirar? ¿Dónde colocarse para revigorizar la verga marchita del viejo Rowley?

—Yo no le dije nada —contestó, con voz cansada—. En eso, al menos, os equivocáis.

—Pero habéis permitido que otros lo hicieran.

—No puedo evitar que el palacio esté lleno de espías. Carlo, debería alegrarse del curso que han tomado los acontecimientos. Lejos de mostrarse celoso, el rey ha dejado claro que contáis con su bendición. No todos habrían sido tan comprensivos. Ésta es una señal de lo importante que soy ahora para él.

—Si estalla otra guerra, seréis la mujer más odiada de todo el reino.

—No estoy aquí para ser popular. Además, mis hijos deben recibir títulos nobiliarios. El pequeño Carlos será educado en la fe protestante. Será barón de Settrington, conde de March y duque de Richmond. —Pronunció los títulos casi saboreándolos—. Una generosa recompensa por unos cuantos abucheos, ¿no os parece?

—Decidme una cosa. Cuando yacíamos juntos, en este lecho... —Ahora apenas podía mirarlo—. ¿Había algo de verdad o era simplemente para excitar al rey?

—¡Oh, era todo verdad! Debéis creerme. Nunca había sentido tanto placer.

—Y seguro que eso significa algo para vos.

—El placer es el placer —se limitó a decir—. No significa nada. No cambia nada. Es agradable, sí, pero comparado con cosas más importantes, como planear y conseguir que toda Europa marche al son de un solo tambor..., comparado con el

objetivo de dar forma al mundo, no es nada.

—Entonces no me amáis.

—No, no como vos me amáis a mí. Y ¿sabéis una cosa? Me alegro. Odiaría tener la mente obnubilada por una pasión como la vuestra. Es como el tenis: cuando juegas por amor, juegas por nada. Y, a fin de cuentas, el amor no significa nada.

Posó una mano sobre mi hombro.

—Todo irá bien, Carlo, ya lo veréis. Vamos a la cama. Tenemos que celebrarlo.

La dejé en aquel mismo momento.

Me di la vuelta y abandoné sus aposentos, mientras algunas de las estancias se estaban llenando ya de postulantes, ansiosos por conseguir el mejor puesto en su *ruelle*. Salí de aquel palacio enorme y decrepito, dejando atrás a libertinos que aún estaban borrachos después de la noche anterior y a grandes damas que corrían hacia sus casas con sus vestidos de baile. Pasé al lado de cortesanas que salían de puntillas de los aposentos de los ministros y de soñolientos lacayos que retiraban las velas consumidas de los candelabros. Mientras aquel enjambre de cinismo e inmoralidad se disponía a empezar otro día, me fui sin dignarme a echarle una última ojeada.

Crucé el parque de St James. Un ciervo levantó la cabeza para mirarme: era un macho con cornamenta que vigilaba a sus cervatillos.

Ahora que Hannah se había ido, las cocinas del Red Lion estaban en silencio. El olor de las tartas horneándose no se propagaba por el comedor, y tampoco el perfume de sus hierbas aromáticas.

Había dejado el cuarto donde trabajaba perfectamente ordenado. Había regalado a vecinos y amigos los productos que se habrían echado a perder, y las cazuelas y otros utensilios los había vendido en el mercado para conseguir algo de dinero.

Encima de la mesa había un libro. Lo cogí, preguntándome por qué se habría olvidado aquel volumen en particular.

Culpeper. *The Compleat Herbal*. Abrí la tapa. En la primera página había escrito:

Signor:

Este libro circula libremente en el lugar al que me dirijo. Será mejor que vos os quedéis con éste; yo ya compraré otro. Sin embargo, os ruego que lo conservéis con mucho cuidado y no permitáis que lo quemem.

Vuestra amiga, Hannah Crowe.

Pasé las páginas.

Melones... Pepinos... Bardanas... «Las ortigas son tan famosas que no necesitan ninguna descripción; pueden encontrarse, sólo tocándolas, en la noche más oscura».

Camomila. Menta. Berros. ¿Merecía realmente acabar en la hoguera un libro sobre hierbas?

¿Tendría razón Carlos cuando me habló del prisma? ¿Qué es más peligroso? ¿El conocimiento o los secretos?

Cogí mi carro y me dirigí a Barn Elms. Los jornaleros, con las manos enfundadas en guantes para combatir el frío, trabajaban muy duro, subiendo los bloques de hielo que constituirían la fachada del pabellón. A su lado, el lago para patinar ya estaba terminado y lo habían cubierto de paja para mantenerlo frío.

Di una vuelta para inspeccionarlo todo. Los rayos del sol ya estaban humedeciendo la superficie de los bloques. Una vez concluido, el palacio de hielo sólo se mantendría en pie unos días, dos semanas a lo sumo.

Sería todo un éxito, por supuesto: todo lo que ella hacía era un éxito. La gente hablaría durante años de aquella extravagancia. En cuanto al sabor de mis helados, ¿qué dirían de ellos? Nada, porque ¿cómo podrían hablar de algo que sólo unos pocos habían probado y que nadie era capaz de imaginar?

Desaparecerían, como los copos de nieve en verano. Como el muñeco de nieve de Miguel Ángel, barrido por la lluvia.

Dos aprendices estaban jugando en medio de unos montículos descartados, lanzándose trocitos de hielo, que fueron atravesados por un rayo de sol por encima de sus cabezas. De pronto, por un instante, apareció un arco iris. Los muchachos dieron gritos de alegría antes de que su capataz los regañara con un gruñido.

Cargué el carro con hielo y con mis instrumentos. Hacia el este estaba el camino de Londres: el nuevo King's Road, que aún no estaba terminado, pero que sin duda pronto recibiría parte de aquellos *livres* franceses. Hacia el oeste estaba el gran camino que conducía a la costa más lejana de Inglaterra: los puertos de Plymouth, Bristol y Torquay.

Me dirigí hacia el oeste, hacia el sol del atardecer.

## Carlo

Hay pocos placeres que cuesten tan poco como un helado.

*El libro de los helados*

Tras dejar atrás Slough, me topé con una pequeña feria campestre. No tenía nada de especial, pero precisamente por eso era especial: los niños montaban ponis y mostraban su habilidad dando pequeños saltos; había malabaristas y vendedores de lazos, un concurso de calabazas para dar con la más grande y otro para la vaca que daba más leche. En los puestos del mercado vendían uvas crepas, grosellas negras, albaricoques y nueces.

Preparé un helado de grosellas negras y lo serví con una deliciosa crema que elaboré con leche.

En Maidenhead preparé un helado de crema de limón y menta y lo vendí el día de mercado a medio penique la copa.

En Newbury compré uvas crepas y preparé un budín de helado.

En Hungerford casi provoqué un tumulto con un helado de nueces de Barcelona. Preparé dos galones, pero la demanda fue tal que muchos tuvieron que compartirlo. Vi a muchachos y muchachas de campo lamiendo las cucharas a la vez, y cuando me fui estaban bailando alrededor de los árboles de mayo.

En Castle Combe pasé las noches escribiendo mis recetas y explicando cómo congelar los helados con sal.

En la feria de Marlborough ofrecí una demostración: la gente pensaba que se trataba de un truco, y no paraban de preguntarse cómo era capaz de embaucarlos así. Al final, para conseguir que me creyeran, tuve que repartir el helado a cambio de nada.

En Bath dejé mi carro delante de las salas de la asamblea. Preparé un helado de nectarinas y otro de pistachos. Las damas y los caballeros, vestidos a la última moda, saltaban de alegría como unos chiquillos.

Cuando llegué a Bristol había empleado casi todo el hielo; apenas me quedaba una pinta. Lo guardé en mi aposento, y mientras escribía mi libro de los helados, lo miré mientras se convertía en un agua límpida, fría y pura.

Me la bebí añadiendo unas gotas de limón y una ramita de hinojo.

Bristol es una ciudad grande, la más grande de Inglaterra después de Londres. Dicen que aquí se puede encontrar hielo de buena calidad para los nobles. Sin embargo, ya estaba un poco harto de preparar helados.

He dado con un tal señor Gregory, un librero, que ha accedido a imprimir mi libro. Parece algo sorprendido por el hecho de que no le pida dinero a cambio. Pero

yo ya tengo mis utensilios y mi talento, y con eso me basta.

Me pregunto si encontraré a Hannah en América. Me parece improbable; según el mapa inacabado que he comprado, está claro que es un país enorme. Sin embargo, no es imposible. No sé por qué, pero nada parece imposible en una tierra tan nueva y virgen que ni siquiera figura correctamente en un mapa.

Un lugar donde ningún hombre nace con riendas para que otros hombres monten en su grupa.

«Un nuevo y exacto mapa del mundo...».

Aunque no la encuentre, encontraré el amor. De eso estoy seguro. Me moverá el espíritu de la gracia divina de Dios que hay en mí, como dijo ella.

Y mientras estoy aquí, escribiendo en esta posada, esperando mi barco, que llegará dentro de dos semanas, bebo un trago de agua y siento, en lo más profundo de mi corazón, cómo una astilla dura y fría, algo que ha estado ahí desde que soy capaz de recordar, empieza finalmente a derretirse.

## *Louise*

Por supuesto que me odiáis. ¿Por qué no ibais a hacerlo?

Soy, con toda certeza, la mujer más odiada de Inglaterra, ahora que los jóvenes ingleses están muriendo de nuevo, con los proyectiles de los mosquetes holandeses en sus pechos, y ahogándose con el ruido de los cañones holandeses retumbando en sus oídos. Ahora que Hortense Mancini, harta tanto de las atenciones como de las dudas de Carlos, se ha ido a Europa con el príncipe de Mónaco, llevándose con ella todos los presentes del rey.

Se rumorea que Thomas Osborne, lord Danby, comparte ahora mis atenciones con el rey. No es cierto —tiene una esposa irascible, y parecía una buena estrategia política coquetear con él—, pero muchos lo creen, incluido el rey.

Danby y yo tenemos algo mucho más interesante en común. Nos dividimos las ganancias de la adjudicación de los cargos menores del gobierno. A nadie le importa que sea este o aquel hacendado quien sea nombrado alguacil de Hampshire o guardián de las ocas reales, por lo que decidimos sobre la base de los emolumentos que nos ofrecen. ¿Quién podría poner alguna objeción? Todos los miembros del Parlamento se dejan corromper. Si alguno de ellos crea problemas, me basta con pedir a la embajada francesa que me proporcione los recibos de los sobornos.

Y aun así, resulta irónico que toda esta corrupción no sea más que un derroche del oro de Francia. Las guerras contra Holanda, que casi han arruinado al país, no se han ganado, y los territorios que Francia ha conseguido conquistar no pertenecían a los holandeses sino a los españoles. Han sido los ingleses quienes han logrado hacerse con el mayor botín: Nueva Ámsterdam, rebautizada ahora como Nueva York.

Ha sido también la guerra contra Holanda lo que ha llamado la atención de los ingleses sobre las grandes aptitudes del sobrino de Carlos, Guillermo de Orange. El pueblo cree que si es capaz de defender a Holanda frente a los franceses, quizás podría hacer lo mismo por Inglaterra. Así pues, Danby ha organizado un matrimonio secreto entre Guillermo y Ana, la hija mayor del duque de York, un compromiso del que estoy al corriente desde hace mucho tiempo, pero del que —tengo mis razones— no he considerado oportuno informar a Francia.

Tomo mis precauciones, eso es todo.

Sin embargo, ni siquiera esa alianza ha traído la paz. Buckingham y Arlington puede que estén acabados, pero lord Shafesbury aún sigue conspirando por ellos. Sus *whigs* aún siguen imaginando absurdas intrigas: he perdido la cuenta de los opúsculos, baladas, sátiras y panfletos que me han hecho llegar por debajo de la puerta, y de los grabados pornográficos que pretenden mostrar a la Puta de Bretaña siendo satisfecha por su regimiento de amantes papistas.

A Nell Gwynne le gusta contar la historia de cuando fue atacada por una muchedumbre mientras iba en su carroza. Al darse cuenta, por sus gritos, de que habían confundido su carruaje con el mío, se asomó a la ventana y gritó: «No, buena

gente, ¡yo soy la puta protestante!». Después de dedicarle tres hurras, la escoltaron hasta su casa.

Si hubiera sido yo, le gusta comentar, altiva, aquel día, en Inglaterra, habría habido una católica menos.

No obstante, si me odiáis, preguntaos esto: ¿qué otra cosa habría podido hacer?

Habría podido desposar a un noble y darle un montón de herederos. Habría podido ingresar en un convento y ser, supongo, la madre superiora. Habría podido convertirme en la dama de compañía de una gran señora y ayudarla con sus labores y las cuentas de la casa.

Habría podido desposar a un heladero al que no amaba y llevar una cómoda existencia burguesa a la sombra de una corte, rodeada de nuestros hijos.

Sin embargo, tengo mucho más poder que muchas reinas y más influencia que muchos ministros. Pase lo que pase en este pequeño y bárbaro país —aun a riesgo de que alguna alianza provisional se haga añicos bajo mis pies—, seguiré adelante y venceré.

## *Nota histórica*

Según el credo de un amante enamorado, es una herejía perdonar una infidelidad. Sin embargo, donde la mera naturaleza es quien la provoca, es posible que un hombre disienta de la opinión general, afirmando que un rival sólo se deja llevar por el corazón, obviando todo lo demás.

*George Savile, marqués de Halifax, sobre Carlos II*

En 1685, cuando murió Carlos II, Louise de Keroualle tenía treinta cuatro años. Regresó a Francia siendo una mujer muy rica y se retiró en su feudo ducal de Aubigny, donde llevó una vida tranquila hasta que murió, a los ochenta y cinco años de edad. Voltaire la conoció cuando tenía setenta años y dijo de ella que aún tenía «un rostro noble y agradable que los años no habían marchitado». Nunca contrajo matrimonio, dedicándose a hacer buenas obras y a apostar grandes sumas de dinero en el juego.

La «bella e ingeniosa Nell», como la definió Pepys, falleció en 1687, a la edad de treinta y siete años. En el momento de su muerte, había acumulado un número considerable de deudas.

El trono de Carlos lo heredó su hermano Jaime, pero el Parlamento inglés se rebeló, afirmando que, al convertirse, era como si hubiese abdicado. El ejército le negó su apoyo y no le quedó otra elección que huir del país. Entonces, el Parlamento invitó al protestante Guillermo de Orange a ocupar el trono. Era la primera vez en Europa que un Parlamento elegía a un rey, una decisión apenas sangrienta que fue conocida como la Revolución Gloriosa. Una de las primeras leyes aprobadas por el Parlamento prohibía al monarca inglés practicar el catolicismo o casarse con una católica, una ley que aún hoy sigue estando vigente.

La técnica persa para preparar sorbetes ya se conocía en Florencia hacia 1660, aunque el proceso exacto era un secreto que estaba a buen recaudo. Un francés que estaba de visita en la ciudad, un tal Audiger, se las arregló para llevarla a París hacia 1665. Se convirtió en *limonadier* de Luis XIV, después de haber ofrecido al rey guisantes fuera de temporada como carta de presentación. No se sabe, en cambio, cómo llegó dicha técnica a Inglaterra ni cómo nació el verdadero helado, presentado en la gran fiesta que dio Carlos II en honor de la Orden de la Jarretera en 1671, ni se conoce el nombre del pastelero que, según decía el menú, sirvió «un plato de fresas blancas y un plato de helado» sólo en la mesa del rey. El nombre de Demirco, sin embargo, se ha asociado anecdóticamente al del hombre que decidió que los helados dejaran de ser un privilegio real. Según algunas fuentes, trabajó para Carlos I, pero no existen documentos que den fe de su presencia en la corte real de la época, y teniendo en cuenta que en aquellos tiempos aún no se había inventado el helado, parece

probable que, en el curso de los siglos, se confundieran los nombres de los dos soberanos.

Durante las décadas que siguieron a la muerte de Carlos II, la técnica de preparación de helados se difundió lentamente por toda Europa. Uno de los primeros libros de recetas fue un manuscrito anónimo de ochenta y cuatro páginas titulado *The Art of Making Ices*; las filigranas de sus páginas han permitido datarlo poco antes de 1700. Incluye recetas de helados de violetas, rosas, chocolate y caramelo, unos sabores que en aquella época debieron de parecer tan extraordinarios como las actuales recetas creadas por los gastrónomos moleculares. En 1718, una mujer llamada Mary Eales, que afirmaba haber sido pastelera en la corte inglesa, publicó una receta «para congelar la crema..., al natural o azucarada, o con fruta». También hay una receta de helado en el libro *The Art of Cookery made Plain and Easy*, escrito por la inglesa Hannah Glasse en 1751, que resulta admirable por su sencillez: «Para preparar un helado... colocarlo en la bacía más grande. Llenarlo con hielo y una pizca de sal».

Mientras tanto, los cuáqueros y otros disidentes habían llevado la técnica del helado a América. Los documentos más antiguos, hallados en Pensilvania, datan de 1744: «Entre las rarezas... se encontraba un helado muy rico que, con fresas y leche, resultaba delicioso». Se sabe que tanto George Washington como Thomas Jefferson ordenaron que se sirviera en cenas oficiales.

Madame Enriqueta de Inglaterra, hermana de Carlos II, murió, efectivamente, tras haber bebido una copa de agua de achicoria helada. Aunque en su momento se sospechó que fue envenenada, ahora se cree que su muerte se debió a una peritonitis provocada por una úlcera perforada. En cuanto al tratado secreto de Dover, al que tantos esfuerzos había dedicado, no lo conocían más de doce personas en Inglaterra, entre ellas Louise de Keroualle. Incluía la siguiente cláusula: «El rey de Inglaterra hará profesión pública de la fe católica y recibirá la suma de dos millones de coronas de su Muy Cristiana Majestad, durante los seis meses siguientes, como contribución a este proyecto. La fecha de esta declaración queda únicamente en sus manos». No debe sorprender que Carlos negase la existencia de este tratado ante el Parlamento cuando fue interrogado sobre el particular en 1675: «No existe ningún otro tratado con Francia, anterior o sucesivo, que haya sido firmado y no se haya divulgado». Finalmente se descubrió una copia de dicho tratado, que fue publicado en 1830.

Los documentos del embajador de Francia en Londres demuestran que los franceses se gastaron muchos millones de coronas en corromper a políticos y ministros ingleses de aquel periodo. Parece probable, aunque nunca se ha podido demostrar, que el fin último de Francia era conquistar Holanda y luego invadir Inglaterra, posiblemente con el pretexto de rescatar al católico Carlos II de su propio Parlamento. Eso habría aislado a Alemania, el último gran país protestante de Europa.

La Royal Society, conocida entonces como Royal Society of London for the Improvement of Natural Knowledge, fue creada por Carlos II en 1660. Entre sus

miembros e invitados figuraban Robert Boyle, Isaac Newton, Christopher Wren, Samuel Pepys, John Hooke, Gottfried Leibniz, Nicholas Mercator, John Locke y Edmond Halley, por citar sólo a unos pocos. Boyle estaba especialmente interesado en la congelación, y su ensayo *Observaciones sobre el frío* fue uno de los primeros textos dedicados a investigar científicamente los métodos de congelación artificial. Puede que le influyera el hecho de que, en aquellos tiempos, Europa estaba atravesando la «pequeña edad de hielo», que indujo a organizar ferias de hielo en el río Támesis. Los intereses de los otros miembros iban desde la fabricación de botellas de champán a las leyes de la luz y el movimiento. En general, se los considera los primeros pensadores de la Ilustración.

## ***Agradecimientos***

Una vez más, estoy profundamente en deuda con mis lectores de AP Watt: Caradoc King, Elinor Cooper y Louise Lamont, y con mis editoras Rebecca Saunders, de Little Brown, y Louise Davies, que han contribuido a convertir este libro en una historia.

A quien quiera documentarse sobre la preparación de helados le aconsejo Ices: *The Definitive Guide*, de Caroline Liddell y Robin Weir (publicado también con los títulos de *Frozen Desserts and The Ice Cream Book*), que incluye muchas recetas de libros de cocina antiguos. También pueden encontrarse recetas tradicionales en [www.historicfood.com](http://www.historicfood.com). Sin embargo, mi mayor deuda la tengo con el libro que me dio la idea para escribir esta novela: *Harvest of the Cold Months*, de Elizabeth David, una historia de los helados y los sorbetes.

La biografía de Louise de Keroualle fue escrita por Henri Forneron con el título de *La corte de Carlos II*. No es un relato especialmente compasivo. «Durante quince años, Louise de Keroualle tuvo a Gran Bretaña en su delicada mano, manipulando a su rey y a sus hombres de Estado... como habría podido hacer con su abanico», es uno de los comentarios que incluye. Las cartas que he utilizado en la tercera parte entre Colbert, Louvois y Luis XIV se han extraído directamente de las traducciones de dicho libro.

Charles Beuclerk, descendiente de Nell Gwynne, ha escrito una biografía fascinante de su antepasada en la que describe la rivalidad entre las amantes del rey. Mi descripción del juego de Preguntas y Órdenes, en el que Louise se las arregla para que tanto ella como sus damas de compañía se queden desnudas, con la intención de que Carlos disuelva el Parlamento, está tomada de ese libro, aunque he cambiado la fecha en un año.

Aunque muchos de los hechos descritos en *La emperatriz de los helados* tuvieron lugar tal como los describo, el palacio de hielo de Louise de Keroualle está inspirado en el que ordenó construir la emperatriz Ana de Rusia en 1740, descrito por Ivan Lazhechnikov en su libro *El palacio de hielo*.



ANTHONY CAPELLA nació en Uganda, África, en 1962. Se educó en el Colegio San Pedro, Oxford, donde se graduó con un primer puesto en la literatura Inglés. *The Food of Love (Manjar de amor)*, su primera novela ha sido traducida a diecinueve idiomas. Vive en Oxfordshire, Inglaterra.

# Notas

[1] Siglas, en inglés, de Board Certified Behavior Analyst (miembro del consejo de analistas de la conducta). *(N. del T.)* <<

[2] En inglés, «mum» significa mudo, silencioso. (N. del T.) <<

[3] En inglés, «lobster» (langosta) se usaba también para referirse a los soldados del ejército británico, debido al color escarlata de su uniforme. (*N. del T.*) <<